# Desde un rincón de La Casa Blanca

UNA MEMOIR

beck dorey-stein

# Desde un rincón de la Casa Blanca

Beck Dorey-Stein

Traducción de Joan Trejo

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Se han modificado varios nombres y ciertas características personales que podían identificar a sus poseedores con el fin de proteger la privacidad de algunas personas. He utilizado seudónimos, nombres compuestos y otra clase de disfraces. En algunas ocasiones he alterado y/o condensado acontecimientos y períodos de tiempo debido a cuestiones narrativas. He echado mano de todas mis habilidades para recrear diálogos, y me he ayudado de textos, notas periodísticas que ha sido horrible volver a leer, apuntes que tomé en mi teléfono móvil y correos electrónicos enviados a mi madre. A aquellos lectores que crean reconocerse en este libro les recomendaría que escuchasen el tercer tema del disco de Carly Simon *No Secrets*, o si lo prefieren que se tomen una copa y se metan en «esa cama tan evidentemente incómoda», como la describió la inefable Joan Didion.

BECK DOREY-STEIN

*Para las guerreras*

¡SUBE LA MALDITA MÚSICA!
¡MI CORAZÓN ES COMO EL DE UN CAIMÁN!

HUNTER S. THOMPSON

• Sigue las normas, las gramaticales y todas las demás.
• Llega a primera hora y no digas nada.
• Sé discreta y limpia; como una biblioteca o una puta de lujo.
• Los tonos neutros son los correctos.
• Respira sin hacer ningún ruido o deja de respirar.
• No utilices con frecuencia el punto y coma; no cuestiones las convenciones.
• Vive para teclear, no teclees para vivir.
• Debes exudar feminidad de un modo que no sea sexual.
• Nada de ñaca-ñaca en el lugar de trabajo... ni en ningún otro lugar, nunca.
• No busques la perfección. Sé la perfección.
• Y, por encima de todo, guarda para ti los secretos.

## NO DEBO DE SER TAQUÍGRAFA

# Este lugar

En noches como esta espero escuchar la Voz de Dios.

El presidente Obama puede hacer una rueda de prensa en la Sala Este de la Casa Blanca en cualquier momento. Estoy tumbada en el sofá de mi pequeño despacho en el edificio Eisenhower, al otro lado de un enorme aparcamiento, tres pasillos y cinco tramos de escaleras más arriba. El sol poniente tiñe la estancia de un llameante color naranja. La Voz de Dios es la persona anónima que anuncia la llegada del presidente. Es la voz que estoy esperando oír.

En cualquier momento.

Soy una auténtica experta en esto de esperar.

¿Recuerdas cuando eras niño, una de esas extrañas noches en que acudías al colegio después de cenar para participar en el concierto de fin de curso o en la obra de teatro de primavera? Ibas a toda prisa, por delante de tus padres, dejabas atrás la sala de la siesta, camino del lugar de donde procedían las risas de los niños, los susurros de las maestras. Cada paso parecía impulsado por una suerte de juego, y el corazón te latía a toda velocidad movido por el deseo de encontrarte ya en aquel lugar sagrado, a aquella mágica hora. Volteabas la esquina para encarar el pasillo de los mayores y allí estaban todos tus amigos, alineados ya con sus pantalones negros y sus camisas blancas abotonadas hasta arriba. Te llamaban con gestos para que te unieses al grupo, porque esa noche todo podía pasar. Estabas en el lugar adecuado.

Finalmente, oigo la Voz de Dios. Me acerco a la pantalla del circuito cerrado de televisión y subo el volumen. Un minuto después, aparece en la pantalla el presidente, bromea para romper el hielo y hace una de sus características pausas antes de abordar el tema de esta tarde. Habla de un modo elocuente, en tono uniforme, sincero. Arrecian los aplausos cuando bendice al público asistente y a los Estados Unidos de América. Tecleo la transcripción, la reviso y la envío a la oficina de prensa antes de subir la cremallera de mi chaqueta, colgarme la mochila de la espalda y cerrar la puerta de madera del despacho al salir.

Son más de las nueve de la noche cuando recorro los pasillos ya desiertos. El mármol blanco y negro produce un eco plagado de secretos y eléctricas posibilidades.

Esta casa ha sido mi hogar los últimos cinco años. Durante mucho tiempo este ha sido el único lugar en el que he deseado estar. Hasta ahora. Desde el mes de noviembre, todos los días han parecido un funeral. El pasillo es solo para mí; ni siquiera se ve, por ningún lado, a los conserjes empujando sus pesados carritos de la limpieza. Las puertas medio abiertas dejan entrever escritorios solitarios, paredes limpias, negros marcos vacíos, papeleras rebosantes de documentos. Todas las estancias son la prueba manifiesta de los diferentes grados del divorcio inevitable.

Franqueo las lentas y acristaladas puertas automáticas del edificio Eisenhower y me sumerjo en la fría oscuridad de otra noche de enero. Desde lo alto de la escalinata de la Marina veo grupos de personas deambular bajo las farolas tras su guía en la visita al Ala Oeste. El único ruido perceptible es el del golpeteo de la cuerda contra el mástil de la bandera. Este lugar recuerda más a una especie de monumento conmemorativo que a la máquina bien engrasada que ha sido hasta hace muy poco. La luna llena planea por encima de la Casa Blanca igual que una bandera a media asta.

Esta ha sido mi escuela. Este ha sido mi templo. Lo ha sido todo para mí. Pero con cada día que pasa desaparece un poco más.

Paso junto al coche del presidente y acaricio con un dedo el parachoques sabiendo que los agentes, desocupados, me observan desde su vehículo. Después de despedirme con la mano del nuevo guardia del turno de noche, paso mi placa por el escáner, oigo el pitido, el clic, el crujido de la puerta y salgo a la avenida Pennsylvania, completamente desierta.

Este lugar.

Este lugar.

Este lugar puede romperte el corazón.

Todo el mundo habla sin parar del final, pero yo sigo volviendo al inicio.

# ACTO I

## 2011-2012

> Podemos hacerlo. Sé que podemos, porque lo hemos hecho antes.
>
> *Presidente Barack Obama,*
> *discurso sobre el Estado de la Unión, 2012*

# UNIENDO LOS PUNTOS

(2011 – enero de 2012)

«¿A qué te dedicas?», es la primera pregunta que te hacen en Washington, y la última a la que quieres responder cuando no tienes empleo, que es justo mi caso. Corre el mes de octubre de 2011 y desde el verano me siento de nueve de la mañana a cinco de la tarde ante la mesa de mi cocina escribiendo cartas de presentación que nadie leerá nunca. Cada vez bajo más el listón y ya ni siquiera espero que lleguen a concederme una entrevista. Me conformaría con una respuesta genérica que me diese a entender que alguien recibió mi solicitud, porque al menos eso me confirmaría que no he desaparecido por completo, aunque sí lo hayan hecho mis ahorros y mi confianza. A estas alturas, valoro a los empleados que son lo bastante considerados para rechazarme mediante un correo electrónico de cortesía. La desalentadora hoja de cálculo de Google que tengo sobre mi escritorio muestra mis inexistentes posibilidades laborales, así como la cantidad que debo de los préstamos de estudios y el recordatorio de que he de pagar el alquiler dentro de cuatro días. Y en un rato voy a ir a pulirme un dinero que no tengo en un bar lleno de gilipollas.

Dante se equivocó, pues no habló del décimo círculo del infierno, el destinado a las personas que fingen ser felices durante la *happy hour,* cuando las bebidas son más baratas, en un repugnante bar con el suelo pegajoso, repleto de jóvenes políticos, a dos manzanas de la Casa Blanca. Me refiero a locales impersonales similares a los TGI Fridays, aunque en ellos los combinados cuestan diecisiete dólares y cada vez que entro en uno me da la impresión de oír en mi cabeza la banda sonora de *Tiburón*.

Sé que están a punto de formularme la pregunta, me acecha bajo la superficie como un paciente depredador: ¿A qué te dedicas? ¿A qué te dedicas? ¿A qué te dedicas?

En Washington, la *happy hour* supone una oportunidad, apenas encubierta, de trabajar tu red de contactos. No es mi rollo, pero aquí me tenéis, en el Gold Fin, porque le prometí a una amiga que hablaría

con la novia de uno de sus compañeros sobre la posibilidad de trabajar como investigadora en su *think tank*. Sin embargo, ahora que estoy hablando con Tracy, la ideóloga, me da la impresión de que todos estamos perdiendo el tiempo. Creo que no encajo en los *think tanks*, ni en las empresas de Relaciones Públicas, ni en las ONG; ni siquiera he recibido cartas de rechazo por parte de ninguna de ellas en las últimas semanas. Poco a poco, de hecho, me estoy haciendo a la idea de que, en términos generales, no encajo en esta ciudad, donde todo el mundo se comporta como si supiese algo que yo ignoro y se viste como si pensara acudir al funeral de un capo de la mafia en 1985. Negro sobre negro sobre negro. Y no del negro molón estilo Nueva York, sino más bien de un negro aburrido, monótono, producto de mezclar ropa masculina de grandes almacenes y prendas del catálogo de Ann Taylor Loft.

Así que en lugar de centrarme en Tracy, la del *think tank*, me fijo en el camarero. Estoy intentando emborracharme lo más rápidamente posible para dejar de preocuparme por mi cuenta bancaria; aunque sé que ahora tendré que contestar a la inevitable pregunta: «¿A qué te dedicas?» A medida que los límites del bar empiezan a hacerse borrosos, el suelo me resulta algo menos pegajoso y la vida más bella, irónica y divertida.

Mientras espero en la barra a que me sirvan otra copa, observo la pantomima de todos los que quieren medrar, todos los que esperan ansiosamente el momento de entregarte una de sus tarjetas de visita recién impresas. Todos esos veinteañeros, deportistas baratos de jueves noche y salvajes bebedores de cerveza de sábado noche, resultan tan poco interesantes como las descoloridas paredes de este bar y, sin embargo, son tan arrogantes que me obligan a preguntarme si hay algo en ellos que desconozco. Después de todo, se trata de personas reales con trabajos reales que ganan sueldos reales, de jóvenes profesionales que no bajan al supermercado a comprar comida en pantalón de chándal un miércoles por la tarde. Cuando los miro por encima de mi copa me pregunto: «¿Cuándo empecé a quedarme atrás? ¿Cuándo me convertí en una perdedora de veintiséis años sin trabajo ni plan de vida alguno, que ni siquiera es lo bastante responsable con sus gastos como para quedarse a beber en casa?»

Ya me he tomado dos combinados Cape Codder y estoy esperando a que me sirvan el tercero cuando un tipo con aspecto severo, y a todas luces desesperado por parecerse a su padre, logra situarse a mi lado, se presenta y, como quien no quiere la cosa, me pregunta: «¿A

qué te dedicas?»

Sé que otras personas en mi situación suelen responder: «Estoy cambiando de trabajo» o «Estoy sopesando varias opciones», pero todo el mundo sabe qué significa en realidad, y yo odio esa clase de chorradas. Así que en lugar de eso miro a los ojos a ese jovencito de aspecto reaganiano y le digo que no tengo trabajo.

Mantiene su sonrisa de urbanita, pero compruebo que está recalculando; noto cómo giran las ruedas de su cerebro. Inclina la cabeza, como si desde un ángulo diferente pudiese evaluar mejor mi situación. «Así es como deben de sentirse los perros que solo tienen tres patas», pienso.

Lo más gracioso del asunto es que a nadie le importa realmente a qué te dedicas. No te lo preguntan porque sientan curiosidad respecto a qué haces durante el día o a cuáles son tus inquietudes. Lo que le interesa a la gente de Washington es saber si eres importante o si estás conectada o si eres poderosa o si eres rica. Esa es la clase de asuntos que pueden ayudar a que avance tu carrera. Pero una chica sin trabajo, medio borracha, en un bar cualquiera, no puede hacer nada por la carrera de nadie.

El chico reaganiano retrocede en cuanto consigue otra cerveza, sin molestarse siquiera en entregarme su tarjeta de visita, de modo que acabo a toda prisa mi tercer combinado y salgo del bar antes de que Tracy, la del *think tank*, aparezca. De camino a casa le envío un mensaje a mi amiga para decirle que para mí se han acabado las *happy hours*. Me deprimen demasiado.

Me instalé en Washington en la primavera de 2011, por mi cuenta, para trabajar durante seis meses como tutora en la Sidwell Friends School. Mi intención era vivir tres meses en la capital, ni un día más, porque ¿quién quiere vivir en Washington? Disponía de amigos suficientes como para que la estancia resultase interesante, pero también me respetaba lo bastante a mí misma para saber que la ciudad y yo nunca llegaríamos a intimar. Washington es como una de esas chicas que jamás dicen palabrotas ni se maquillan; o como uno de esos chicos que montan un *brunch* en la residencia de estudiantes de la universidad para sus diez colegas más íntimos y piensan que la propina correcta en un restaurante es justo de un quince por ciento. Me llevé dos maletas a la ciudad y mantenía los ojos bien abiertos.

Washington iba a servirme para ampliar mi currículum. A cambio, se quedaría con todo mi dinero, el justo para pagar mi alquiler y los insípidos bocadillos de once dólares.

Sidwell Friends, una exclusiva escuela cuáquera, presume de haber tenido entre su alumnado una considerable cantidad de personajes ilustres, desde el hijo de Teddy Roosevelt hasta Bill Nye, el divulgador científico, pasando por Chelsea Clinton. En semejante olla a presión, donde los padres con los que me reunía en las tutorías de los viernes podían ser miembros del Congreso, no me sorprendió descubrir que los alumnos estaban terriblemente preocupados por no ser lo bastante listos o lo bastante buenos en oboe/squash/debate/o todo a la vez para lograr entrar en una universidad. De ahí que dedicase la mayor parte de mi tiempo de las tutorías asegurándoles a todos aquellos chicos y chicas de dieciséis años que eran la mar de inteligentes, que sin duda lograrían ir a la universidad y que no iban a tener problemas para conseguir cita para el baile de graduación. En otras palabras, mi trabajo aquella primavera de 2011 consistió básicamente en ayudar a que todos aquellos alumnos estresados y con las hormonas revolucionadas se calmasen un poco.

Las instalaciones de Sidwell eran impresionantes, como lo eran los profesores con los que me cruzaba por los pasillos, todos ellos buenorros y cachas. Di por supuesto que la escuela podría alardear de alguna clase de programa de entrenamiento físico experimental de alto nivel para mantener en forma todas aquellas musculaturas masculinas. En tanto que soltera que pasaba poco tiempo en el campus, no malgasté ni un solo minuto en coquetear. Por otra parte, cada vez que alzaba la vista para saludar a alguno de aquellos muñecos Ken de carne y hueso, con sus camisas de manga corta desabotonadas, recibía una rápida mirada y una sonrisa de labios finos que evidenciaba un total desinterés en mi persona.

En una ocasión estaba en la cafetería, sentada frente a uno de esos profesores de mandíbula cuadrada, y me acerqué a él y me presenté. Me ofreció una avergonzada sonrisa y me dijo que estaba trabajando. «¿En qué estás trabajando?», le pregunté. No tenía una pila de papeles o de exámenes frente a sí; ni siquiera un bolígrafo. Estaba allí sentado y no tenía nada delante. ¿De verdad estaba trabajando? Volvió a decirlo y apuntó con el mentón hacia un grupo de chicas que ocupaban una mesa cercana. Me sentí confusa, hasta que una de las chicas gritó: «¡Malia!», y la mesa al completo estalló en carcajadas.

«Ah, claro.» Las hijas de Obama también estudiaban en Sidwell, al

igual que las nietas de Joe Biden. Esos chicos no eran modelos de ropa masculina pluriempleados como monitores de gimnasio: eran agentes del Servicio Secreto.

Me di por vencida con ellos más o menos al mismo tiempo que me di por vencida con respecto a la ciudad en general. Washington era excesivamente pretenciosa para mí, estaba demasiado marcada por la política. Cuando en junio acabó mi trabajo en Sidwell, hice las maletas y me dispuse a irme adonde me llevase mi siguiente trabajo, dejando atrás a mi amplio grupo de amigas y colegas que se habían instalado en la ciudad después de graduarse.

Y no es que Washington estuviese mal. Iba a echar de menos pasar el rato con Sarah, Erin, Charlotte, Emma y Jade, cinco de mis antiguas compañeras del equipo de lacrosse, cuyos apartamentos en el barrio de Foggy Bottom estaban tan cerca uno del otro como lo estaban nuestros dormitorios en la residencia universitaria. Vivir en la ciudad junto a un buen puñado de amigas había sido como volver al último año en el campus. Fue flipante. Siempre podía surgir la oportunidad de tomarse unas copas en la terraza de alguien o acudir a una fiesta de cumpleaños o ir a un concierto de jazz en el National Gallery Sculpture Garden un viernes por la noche, o disfrutar los sábados de algún *brunch* de esos que empezaban al mediodía y acababan al caer la noche. Salíamos a correr juntas por el parque Rock Creek y llegábamos hasta el National Mall, serpenteando entre los monumentos y lamentándonos de lo lentas que éramos en comparación con nuestras marcas de pretemporada en la universidad.

—Es divertido —dijo Sarah un sábado de mayo mientras caminábamos cogidas del brazo camino de una fiesta en la calle Diecisiete. JD y Elle, también alumnas de Wesleyan, estaban montando la primera barbacoa de la temporada.

—Sí —convine—. Es como si Washington fuese nuestro nuevo Wes particular.

—Pero sin tener que entregar trabajos ni el estrés ni tener que congelarnos en los partidos de lacrosse en Maine —apuntó Jade, temblando al recordarlo.

—Ni dramas con los tíos —añadió Charlotte—. ¿O hay dramas con los tíos?

Todas se detuvieron para mirarme y sentí su codo contra mis costillas.

—Ni hablar —dije.

—¿En serio? —preguntó Emma—. ¿No has tenido suerte con los

del Servicio Secreto?

—Para nada. Pero es lo normal, porque desde que estoy en Washington no he salido con ningún chico.

—¿Quieres decir que estás saliendo con chicas? —preguntó Jade.

Negué con la cabeza.

—Solo voy a quedarme un mes más —dije—. No voy a perder el tiempo con tipos que se creen Napoleón Bonaparte.

Washington está muy bien para pasar un largo fin de semana y poder ver los monumentos y los cerezos en flor, pero el paripé político me resulta tan atrayente como Patrick Bateman de *American Psycho*. Incluso el cajero del supermercado Trader Joe's me preguntó cómo me ganaba la vida mientras metía mi comida en una bolsa con la precisión de un campeón de Tetris.

En cambio, mi vida social estaba bien nutrida. Había convertido toda la ciudad en territorio para las amigas y me sentía bien al respecto, porque lo último que deseaba en la primavera de 2011 era verme ligada a un hombre en esta ciudad empantanada de egos.

Por eso mismo, precisamente, no me enamoré como una boba esa noche en el patio donde se hacía la barbacoa.

Era una noche cálida y húmeda y yo estaba dando cuenta de mi segundo combinado Cape Codder cuando apareció en el porche el vecino de arriba con una cerveza y un cuenco con patatas fritas. Era alto, con el pelo de color castaño claro y la simpatía natural típica de los californianos cuando están lejos de casa. «Hola, soy Sam», dijo tendiéndome la mano en la que llevaba la cerveza.

Más allá de la ropa deportiva y sus ojos verde musgo, me dio la impresión de que tenía la cara más bonita que jamás había visto, a pesar de que todavía estaba manchado de barro después de haber pasado el día jugando al rugby. Cada vez que me miraba se me aflojaba el corazón en el pecho como uno de esos muñecos hinchables de los concesionarios de automóviles. Y cuando a Sam le hizo gracia uno de mis chistes casi me da un soponcio. Después de una hora, más o menos, vi cómo se despedía de sus amigos justo en el momento en el que empezaba a sonar mi canción favorita: la versión de Dr. Dog de *Heart It Races*. Antes de escabullirse, me susurró al oído que Dr. Dog también era una de sus bandas favoritas.

—¡Ha sido como un relámpago! —chilló Sarah cuando regresábamos a casa aquella misma noche.

—¡Adiós a los días sin tíos! —dijo Jade entre risas.

—JD me ha dicho que Sam le ha pedido tu número de teléfono —

aseguró Charlotte, sonriendo mientras leía el mensaje.

—¡Que se lo dé! —gritó Emma.

Sam no se parecía a los otros chicos de Washington. Es cierto que trabajaba como Relaciones Públicas en una empresa y que pensaba en política mucho más que yo, pero eso era común en la ciudad. Y sí, había trabajado como voluntario en la campaña de Obama de 2008, pero todas las personas de mi edad en Washington se habían visto involucradas en ella; formaba parte de la enseñanza estándar: instituto, cuatro años en la universidad y Obama. Cuando le contaba a la gente que en el otoño de 2008 había estado dando clase, entornaban los ojos, confusos. ¿Por qué me había dedicado a dar clase cuando podía haber sido voluntaria para el mejor presidente que habíamos tenido nunca? No se les ocurría pensar que tenía que empezar a devolver los préstamos de estudios después de graduarme, que incluso sabiendo del voluntariado no podría habérmelo permitido.

Pero a Sam sí se le pasó esa idea por la cabeza, y me entendió. Le encantaba que hubiese dado clase, que no me preocupasen las tarjetas de visita ni los rangos profesionales. Empezamos a enviarnos mensajes a todas horas y a quedar por las noches, conscientes de nuestro vertiginoso romance pero sin miedo.

Dos semanas después de aquella barbacoa, Sam y yo estábamos en la cola de la caja del supermercado Whole Foods. Mientras descargábamos nuestro carrito le pregunté: «Eres mi novio, ¿verdad?» Y de ese modo se convirtió en algo oficial. Dos semanas después de eso, me acompañó a la boda de mi hermano y conoció a toda mi familia, acosada por el estrés. A mi madre le gustó que Sam fuese un manitas (arregló un banco del jardín delantero). A mi padre le gustó cómo daba la mano (con firmeza pero sin romperte los huesos). A mi hermana pequeña le gustaron sus Converse. A mi hermano mayor, el que se casaba, le pareció que era una «jodida locura» lo de llevar a un novio reciente a una boda familiar, «y Elizabeth está de acuerdo conmigo», me dijo sobre su futura esposa por teléfono.

Pero aquella noche, mientras todo el mundo bailaba bajo la enorme carpa blanca instalada en el jardín, Sam me dijo que estaba encantado. Nos encontrábamos a unos treinta metros de distancia de donde yo acostumbraba a tomar el autobús del colegio. Mi hermano tenía razón: era una jodida locura. Pero, por suerte, Sam también lo

era.

Tener una buena pareja te ayuda a crecer, te obliga a salir de tu zona de confort, y Sam hizo ambas cosas conmigo en muy poco tiempo. Era optimista por naturaleza. Además de sus besos, su tranquila actitud al estilo del sur de California hizo que me sintiese mucho más relajada, como si todo el rato tuviese un gatito dormido en el regazo.

La mayoría de noches de ese verano fueron como paseos de sonámbulo, alcohólicas y musicales. Sam pasaba el día en la empresa como Relaciones Públicas y las noches tocando en una banda llamada Fear of Virginia. Conocía todos los bares de segunda fila de Washington y tenía tantos amigos que empecé a llamarle El Alcalde. No podíamos recorrer la calle Dieciocho sin detenernos a saludar al lavaplatos del Lauriol Plaza, que había salido durante un descanso, o a un montón de antiguos compañeros comiendo mejillones en L'Enfant Café.

En muchos sentidos éramos polos opuestos: Sam era noctámbulo y a mí me gustaba celebrar la salida del sol mientras corría. Sam tenía un millón de amigos y yo era más bien el tipo de persona con un pequeño pero sólido grupo de amistades. Veía las tonalidades grises en todas las situaciones mientras que yo quería que todo fuese blanco o negro, correcto o incorrecto. Yo hablaba con mis padres o con mis hermanos casi todos los días, nuestro grupo para mensajes estaba siempre activo. Sam, por su parte, guardaba más distancia con su familia, afincada en Los Ángeles. Sabía cortar las verduras en juliana, y yo ni siquiera conocía el significado de «en juliana». Sam era capaz de reconocer a todos los congresistas que se cruzaban con nosotros, y tenía una opinión formada sobre todos los proyectos de ley. Yo no tenía ni la más remota idea de todo eso.

Pero a un nivel profundo compartíamos valores y deseábamos lo mismo. Dejábamos generosas propinas en los restaurantes, pues ambos habíamos trabajado como camareros. A los dos nos encantaba bailar en los conciertos y practicar algún deporte de equipo los sábados: rugby en su caso y fútbol en el mío. Andábamos buscando siempre la emoción que entraña una canción nueva y aplaudíamos a rabiar para los bises. Nos gustaba leer y comer algo a media noche después de haber bebido. Él despreciaba tanto como yo a los que se las dan de

conocer a gente importante, a todos esos idiotas urbanitas que aspiran a ser políticos. «Los llamo criaturas de Washington», me dijo una noche mientras brindábamos en un bar abarrotado de egos durante la *happy hour*. Sam y yo podríamos haber pasado más de una tarde en el parque para perros de la calle S, señalando a nuestros chuchos preferidos. Ambos deseábamos tener una carrera brillante que nos realizase como personas; no teníamos ni idea de cómo íbamos a conseguirlo, pero estábamos convencidos de ello. Sabíamos que podríamos tener todo lo que quisiésemos porque nos habíamos encontrado el uno al otro.

Teniendo a Sam a mi lado dejé de sentir ansiedad por el futuro. Me quedé en Washington después de dejar Sidwell en verano y decidí que mi siguiente aventura tendría lugar aquí, en la capital, con Sam. «*Love and happines* —cantaba suavemente Al Green mientras preparábamos la cena—, *will make you do right*.»

Me mudé a una casa adosada en la calle Swann, al norte de Dupont Circle, con Emma y Charlotte. Nuestra casa de la calle Swann tenía un porche ideal para el verano y un jardín trasero pensado para almuerzos que durasen todo el día, algo a lo que nos habíamos aficionado cuando estudiábamos en la universidad. Pero lo mejor de la casa de la calle Swann es que estaba a un tiro de piedra de la de Sam. No tardaba ni cinco minutos en llegar a su casa, que también compartía; además, el parque para perros estaba de camino.

Para cuando acabó el verano, el único problema era que todavía no había encontrado empleo. Emma trabajaba en el Capitolio con el senador Leahy, pero Charlotte y yo transitábamos juntas por el paro. Éramos dos mujeres jóvenes, brillantes y trabajadoras; saldríamos adelante.

¿O no? A medida que los días se hacían más cortos, fui puliéndome mis ahorros y nadie me llamaba para concertar una entrevista. Empecé a pensar que debería haber hecho caso a mi padre cuando me advirtió sobre la Gran Recesión, algo que iba a provocar que fuese prácticamente imposible encontrar trabajo. En el otoño de 2011, ni siquiera pude conseguir unas prácticas no remuneradas, porque todos los puestos habían sido cubiertos; aunque tampoco habría podido permitírmelo. Todas las mañanas, Charlotte y yo abríamos nuestros ordenadores portátiles en la mesa de la cocina, cada día menos esperanzadas de encontrar trabajo en esta ciudad.

Consciente de que mi confianza se estaba desinflando, Sam me envió una cita de Steve Jobs: «No puedes unir los puntos mirando

hacia delante, solo puedes hacerlo mirando hacia atrás. Así que vas a tener que confiar que en un futuro próximo los puntos estarán conectados de algún modo.» La cita me gustó tanto que la escribí con una cera azul en un papel blanco y la colgué en la puerta de la nevera de la calle Swann.

Finalmente recibí una llamada un martes gris de octubre. Era de mi antigua jefa en Sidwell; me dijo que querían contratarme de nuevo hasta que la tutora a tiempo completo volviese a ocupar su puesto después de seis meses de baja por maternidad. «Está superada», me explicó, y yo me limité a balbucear con empatía al tiempo que intentaba refrenar mi nerviosismo. Me encantó que volviesen a llamarme, no solo porque necesitaba el dinero desesperadamente, o porque eso significase que les había gustado, sino también porque podría convertirme en profesora sustituta.

Regresé al campus como una deportista veterana que juega en casa, amable con las cocineras y con los agentes del Servicio Secreto, que todavía me recordaban de la primavera anterior. Me puse al día con mis alumnos en mi pequeño despacho, que daba al campo de césped, y me di cuenta de lo mucho que me gustaba pasar el tiempo con adolescentes, a pesar de que estuvieran siempre al borde del llanto debido a la preparación de las pruebas de admisión a la universidad; o tal vez, precisamente, a que siempre estaban al borde del llanto a causa de ellas.

Estaba más contenta, aunque todavía me preocupaba poder pagar el alquiler. Sidwell era un trabajo de media jornada, así que reuní a todos mis tutorandos los miércoles. De ese modo, podría conseguir algún otro trabajillo más para cubrir gastos.

En enero de 2012 tenía cinco de esos trabajillos: era profesora sustituta en la Washington International School; camarera en el café Kramerbooks & Afterwords, luego estaban mis tutorías de los miércoles en Sidwell y finalmente las tutorías particulares con algunos chicos. También trabajaba veinte horas a la semana en la tienda Lululemon, lo cual me suponía una especie de choque cultural (¡¿cien dólares por unos pantalones de yoga?!). Iba de un lado para otro de la ciudad con tres uniformes diferentes metidos en la mochila. Lograba llegar a fin de mes, pero estaba tan ocupada y tan cansada que apenas podía quedar con Sam. Mientras me desplazaba de un lugar a otro empecé a pensar en la posibilidad de cazar una ballena blanca: un trabajo a tiempo completo con beneficios y una bonita cualificación. Un buen puñado de mis compañeros licenciados en Inglés se habían

pasado a Derecho, y a mí no me costaba imaginarme llevando un maletín, con el pelo recogido en un moño y ganando un buen sueldo. Dado que apenas sabía nada de abogados, más allá de lo que había aprendido viendo *Matar a un ruiseñor*, *Algunos hombres buenos* y *Una rubia muy legal*, empecé a indagar un poco sobre el tema.

Cuando vi en el sitio de clasificados Craiglist que ofertaban un puesto de taquígrafa en un bufete de abogados, presenté la solicitud, pero me eché a reír cuando llegué a la sección en la que exigían añadir una carta de presentación. ¿Una carta hablando de lo mucho que me emocionaba teclear? Había escrito cuatro docenas de cartas de ese tipo, y dudaba de que nadie las hubiese leído nunca. No iba a malgastar mi tiempo escribiendo otra para un curro de taquígrafa que ofertaban en Craiglist, que pensaba aceptar solo bajo la condición de poder ejercer algún día de asistenta jurídica.

Así que cuando una tal Bernice respondió a mi solicitud diciendo: «Gracias por tu solicitud, tengo el currículum, pero no has adjuntado la carta de presentación», yo respondí: «Creo que mi currículum habla por sí mismo», como si yo fuese Robert De Niro y no una chica de veintiséis años que compraba latas de sopa de tomate en Safeway que podían durarle una semana entera. Supuse que no volvería a saber de Bernice, pero me invitó a pasar una prueba, que yo supuse que sería de taquigrafía. Coser y cantar.

Era viernes cuando me presenté en un edificio de oficinas de la calle Dieciséis. Le pedí al recepcionista que me permitiese dejar allí mis botas UGG, empapadas por el aguanieve, para así ponerme los zapatos de tacón que llevaba en el bolso. Subí a la quinta planta y una mujer me condujo a un despacho vacío y me dijo que disponía de una hora para acabar el examen.

Pero no se trataba de una prueba de taquigrafía. Eran preguntas de respuesta múltiple e incluso había una sección con analogías, como el examen GRE que realicé cuando me planteé la posibilidad de estudiar un posgrado. ¡Estupendo! Lo paso bien haciendo exámenes, y espero ansiosa que me digan cómo lo he hecho, especialmente si confirman que soy un genio en bruto y que he tenido muy mala suerte hasta ahora con mi búsqueda de trabajo. Una oferta laboral, cualquier oferta laboral, supondría un valiosísimo chute para mi autoestima.

Al lunes siguiente, Bernice me envía un correo electrónico diciéndome que el examen ha salido muy bien y me pregunta si podría volver para una entrevista personal.

Soy consciente de tres cosas cuando respondo afirmativamente a la

entrevista con un miembro de Selección de Personal: una, que no quiero trabajar ahí; dos, que tengo que practicar mis habilidades en las entrevistas; y tres, que las cartas de presentación son, tal como pensaba, una chorrada.

El día en que se supone que tengo que entrevistarme con Bernice, mi turno en Lululemon se alarga. No quiero decirle a la encargada que debo acudir a una entrevista de trabajo porque es una de esas chicas malas de Long Island que te dicen que les sobran dos kilos esperando que tú les respondas que son preciosas y perfectas y que están súperdelgadas. Me cortaría un brazo antes de decirle cualquier cosa que no sea que he doblado otro par de pilas de camisetas extra grandes sin mangas antes de mi descanso. Me veo obligada a anular mi entrevista con Bernice.

Cuando finalmente me despido de mis colegas y salgo de la tienda, la batería de mi teléfono móvil ha muerto. Pasan ya dos horas de la cita que habíamos acordado para la entrevista cuando estoy a punto de enviarle un correo electrónico a Bernice disculpándome por no haber aparecido; y eso sin tener en cuenta el nudo de ansiedad que se forma en mi pecho. ¿Quién demonios anula una entrevista de trabajo? Solo una pardilla de veintiséis años que no va a ninguna parte.

Camino de la oficina de Correos, pues me dispongo a enviarle a mi hermano su regalo de cumpleaños, me siento como una gilipollas de primera división. Intento convencerme de que en realidad no necesito otro trabajo; sería el sexto. Tal vez llegue a convertirme en encargada en la tienda Lululemon; aunque yo sería simpática, no una de esas chaladas que proclaman a voz en cuello el número de calorías que ingieren en el almuerzo.

Mientras hago cola en Correos, compruebo que Bernice me ha enviado un mensaje. Supongo que querrá decirme que soy una persona horrible y desconsiderada que jamás va a encontrar empleo en esta ciudad, ni en ninguna otra, pues soy incapaz de acudir a una entrevista de trabajo. Me planteo la posibilidad de borrar el mensaje sin leerlo pero acabo diciéndome que me merezco todo lo que ella tenga que decirme, por desagradable que sea.

**Hola, Rebeca:**
**Entiendo que estás ocupada. Para que quede claro, quiero que sepas que lo que te ofrezco es un trabajo en la Casa Blanca, y que tendrías que viajar con el presidente tanto en sus compromisos nacionales como internacionales. Me gustaría que me dijeses si eso cambia las**

**cosas.**

**BERNICE**

El teléfono móvil se me cae de las manos. O tal vez lo tiro yo. En cualquier caso, acaba en el suelo, sobre los azulejos. Pero cuando lo recojo compruebo que la pantalla no se ha roto, y que ese perturbador correo sigue ahí.

«Esto es Washington, así que tal vez no sea una broma», me comenta Charlotte cuando le muestro el correo electrónico en el salón de nuestra casa. Sus esfuerzos por encontrar trabajo han sido tan estériles como los míos; es decir, no le ha ido nada bien. Pero sus ojos centellean mientras lee el mensaje, y su boca empieza a dibujar una sonrisa. Al menos una de nosotras no cree que se trate de una broma de mal gusto. Dejé de fiarme de internet en sexto, pues cuando creía estar hablando con Brian Littrell, de los Backstreet Boys, mediante un sistema de mensajería instantáneo de AOL, descubrí que, en realidad, se trataba de un niño de nueve años que se negó a confesar su verdadera identidad hasta que su madre le amenazó con cancelar su fiesta de cumpleaños.

Me entrevisto con Bernice a la semana siguiente. Desde una esquina de su despacho puede verse la Casa Blanca.

—Hay una vacante para el puesto de taquígrafa del presidente —me dice.

Es una ocupación que por lo visto sigue siendo real a pesar de estar en el siglo xxi. Mientras intento imaginarme con gafas de secretaria repipi y un moño, tecleando en una diminuta máquina de escribir, Bernice me explica que sería la responsable de grabar las entrevistas, las sesiones informativas, las ruedas de prensa y los discursos, y después tendría que transcribirlos en el despacho de taquígrafas.

No, no sería necesario transcribir en tiempo real.

No, no tendría que aprender taquigrafía.

La discreción y la precisión son mucho más importantes que la velocidad.

Tendría que aprender a elaborar transcripciones oficiales de la Casa Blanca para el Departamento de Prensa y para el archivo presidencial. Tendría que ir allí donde fuese el presidente Obama. Un

trabajo a jornada completa y con beneficios. De hecho, un trabajo a jornada completa en un sentido más amplio que el de la mayor parte de los trabajos a jornada completa, pues tendría que acudir también los fines de semana.

—Di clases en un internado durante dos años —le digo a Bernice —. Estoy acostumbrada a estar de guardia los fines de semana.

Bernice alza las cejas y le echa un vistazo a sus uñas pintadas de un rojo manzana.

—Muy bien —dice—. Pero esto es la Casa Blanca.

Le pido disculpas a Bernice por haber faltado a la primera entrevista antes de decirle lo mucho que me emociona tener otra oportunidad de conocerla, así como de la posibilidad de ser testigo directo de la historia. Estoy al borde del llanto y me tiemblan las manos. Si no me contrata, solo podré culparme a mí misma por haber faltado a la primera cita, pero sería muy jodido estar tan cerca de algo tan guay y no llegar a formar parte de ello. Le pregunto cómo es posible que ofertasen semejante trabajo en Craiglist.

—Prescindí de la gente del Departamento de Estado —me responde, lanzando su bolígrafo sobre el escritorio y reclinándose en la silla de cuero—. Como nunca lo había hecho, no estaba segura de cómo encontrar candidatas. Me llamó la atención tu experiencia en Sidwell. Si te dejaron estar cerca de las hijas de Obama, seguramente podrías estar cerca del presidente.

Sigue diciéndome que tendré que pasar otra entrevista con la mujer que sería mi inmediata supervisora en la Casa Blanca, Peggy, y después querrán conocerme los del FBI.

—No podemos meterte en el Air Force One si tienes antecedentes —me dice justo antes de poner fin a la entrevista.

No quiero gafarlo, pero estoy bastante segura de que pasaré el reconocimiento del FBI: solo tomé drogas en una ocasión en la universidad, y fue por accidente.

Estoy tan nerviosa y emocionada cuando me encuentro con Peggy que mientras le doy la mano le digo que adoro a Barack Obama, que dio el discurso de graduación en mi universidad y que casi me desmayé cuando fui a saludarlo tras recibir mi diploma. Le comento que me dediqué a la docencia y no a la publicidad porque en su discurso nos dijo que teníamos que devolver parte de lo que habíamos

conseguido. Cuando dejo de parlotear me doy cuenta de que tal vez ella odie al presidente; el suyo no es un cargo político sino profesional.

—A mí también me encanta. —Peggy sonríe—. Llevo trabajando en la Casa Blanca casi treinta años. Empecé con Reagan, pero este es, de lejos, mi presidente favorito.

Al otro día estoy en la cafetería de Sidwell y de repente me doy cuenta de que tendría que llevar conmigo el teléfono móvil por si me llama Bernice. Me pongo en pie con tanto ímpetu que topo con una alta estudiante de grado medio concentrada en sus papeles. Estoy a medio tramo de las escaleras que conducen a mi despacho cuando me percato de que la estudiante alta de grado medio es Malia Obama. En cuestión de minutos sabré si nuestro encuentro ha sido un buen o un mal augurio.

Resulta ser el mejor topetazo que jamás haya recibido. Me conceden el trabajo.

A la semana siguiente regreso al despacho de la agencia para el papeleo. Al firmar en la última página y dejar la pila de papeles sobre el escritorio de Bernice, le pregunto si tiene algún consejo que darme. No dice nada, se limita a sonreír, pero se recuesta en su silla de cuero y parece reflexionar.

—¿Tienes novio? —me pregunta Bernice.

—Sí... —respondo muy despacio, no muy segura de hasta qué punto es eso relevante.

—Bien —dice Bernice—. Mantenlo.

Sonrío con incomodidad.

—He visto cómo mucha gente se enamoraba aquí de la persona equivocada —dice con una mirada oscura; su voz es como una cuchilla de afeitar envuelta en un susurro—. Quédate con tu novio —repite Bernice—, y mantente alejada de los agentes del Servicio Secreto.

Suelto una carcajada, sincera en esta ocasión. ¿Los agentes? ¿En serio? Ya intenté esa vía en Sidwell.

Al salir del despacho de Bernice echo a andar por la acera dando saltitos, haciéndome todo tipo de promesas mientras me cruzo con personas que me miran como si hubiese perdido el juicio. «¡Tengo trabajo!», quiero gritarles a todos. Juro que voy a estar al día con las

noticias, que llegaré puntual a la oficina, que me compraré un nuevo par de zapatos de tacón, que trabajaré muy duro para gustarle a todo el mundo. Me echo a reír al recordar la advertencia de Bernice. *Y me quedaré con mi novio*. Esa es la parte más fácil del asunto. Amo a Sam.

La nieve cae al día siguiente a modo de confeti como celebrando mi nuevo trabajo. Decido dar un paseo hasta Georgetown luciendo una chaqueta de chándal rosa chillón y mis nuevos pantalones de yoga de Lululemon (gracias, descuento para empleadas). A pesar de que todavía no he empezado a trabajar, la promesa de un inminente cheque me permite visualizar cosas en las que he estado pensando en los últimos meses: ir a la peluquería, comprarme unas zapatillas de deporte para correr, regalarle un cinturón nuevo a Sam, y adquirir ropa apropiada para la Casa Blanca.

Recibo una llamada de mi padre mientras me dirijo hacia la calle M. Quiere saber si estoy contenta con mi nuevo trabajo, porque él, sin duda, lo está; el mero hecho de que me telefonee evidencia su entusiasmo. Mi padre es más bien tímido y suele hablar en voz baja, no es uno de esos padres que grita desde la banda del campo de fútbol, se toma una cerveza con sus hijos o llama a su hija simplemente para charlar. Pero esta noche es diferente, esta noche es eso exactamente lo que hace.

—Estoy un poco nerviosa —afirmo, sin darme cuenta de lo que estoy diciendo hasta que ya lo he expresado. Mi padre es psicólogo y tiene ese poder mágico que consiste en hacer que me dé cuenta de las cosas y las diga en voz alta. Es la persona que mejor sabe escuchar de todas las que conozco; a menos que esté viendo un partido de los Eagles de Filadelfia, porque entonces hablar con él es inútil.

—¿Por qué estás nerviosa? —A él no le afectan los silencios prolongados. Supongo que forma parte del hecho de saber escuchar.

—Verás, papá, después de todo acabo de firmar un contrato para un trabajo en el que voy a ganarme la vida tecleando. —Mi padre conoce el poder de las pausas, pues permiten desentrañar los propios nudos—. Si he aceptado es por el presidente y por la Casa Blanca y por toda la cuestión histórica y porque, como mínimo, ahora voy a tener beneficios y un salario fijo, pero solo voy a teclear, ¿me entiendes? No requiere habilidades especiales. Nadie va a pensar de mí que soy inteligente.

De nuevo, silencio.

—¿Te das cuenta de que van a pagarme por no pronunciar palabra?

Mi padre se echa a reír.

—Sí —dice finalmente—, eso puede llegar a ser un problema.

Antes de colgar, mi padre me recuerda que nada es permanente y que se trata de una estupenda oportunidad no solo para ser testigo de la historia, sino también para tomar apuntes, para escribir sobre ello.

—Ya que no puedes hablar, escucha. ¿Qué es lo peor que podría pasarte?

Esa es siempre la pregunta de mi padre cuando estoy ansiosa. Y tiene razón. Nos despedimos y me meto el teléfono móvil en el bolsillo. Me siento mejor. Respiro hondo y entro en Banana Republic.

Recorro las tiendas de la calle M buscando americanas y blusas, y también me pruebo varios zapatos de tacón. Antes de desembarcar en la tortura institucionalizada que supone comprar calzado profesional femenino, me echo un vistazo en el espejo: traje de falda negro, camisa blanca con un botón abierto y zapatos negros. Parezco totalmente integrada. Es como los cambios de imagen en las comedias románticas, pero a la inversa: un espíritu libre convertido en una adicta al trabajo.

«Lograré cualquier cosa si puedo pasar por una criatura de Washington», pienso mientras me recojo el pelo en un tieso moño al estilo de una ejecutiva agresiva. Sonrío y le entrego a la cajera mi tarjeta de crédito. En un período de seis meses he pasado de estar sola y perdida a estar enamorada y a trabajar en la Casa Blanca. Citando las inmortales palabras de LL Cool J: «No digas que has vuelto.»

Ese fin de semana, Sam y yo hacemos un maratón de *El ala oeste de la Casa Blanca*. Sam ha insistido mucho, pues cree que ver la serie es imprescindible para mí antes de entrar en el mundo de Obama. Comemos demasiada comida mexicana y nos tomamos demasiados margaritas.

—Eh —dice Sam tras darme un golpecito en las costillas—. En breve vas a volar en el Air Force One.

Me echo a reír y dejo escapar lágrimas de alegría mientras me acurruco en su regazo.

El domingo por la noche estoy en vela, me siento muy nerviosa ante la perspectiva de mi primer día de trabajo. Sam ronca a mi lado mientras mi mente corre a toda velocidad. Miro hacia la puerta de la habitación, de la que cuelga mi traje negro. Me siento tan afortunada.

Como no puedo dormir, me da por pensar que tal vez fue necesaria aquella mesa de tipos borrachos que me dieron una propina de trescientos dólares en Kramerbooks; que tal vez fue necesario que la

encargada de Lululemon me preguntase si me había planteado alguna vez dejar de comer carbohidratos. Tal vez fueron necesarias las depresivas *happy hour*, las noches solitarias acusándome a mí misma de falta de ambición. Porque tal vez este iba a ser mi punto de inflexión. Tal vez Steve Jobs tenía razón al decir:

«Vas a tener que confiar que en tu futuro los puntos estarán conectados de algún modo.»

# BIENVENIDA AL VECINDARIO

(febrero)

Lo primero que hace Peggy el lunes por la mañana, mi primer día de trabajo, es enviarme un correo electrónico:

> **Nuestra oficina está en la quinta planta del edificio Eisenhower, ese enorme edificio a la derecha de la Casa Blanca. Como todavía no tienes tarjeta oficial, deberás pasar por la entrada para visitantes; asegúrate de que llevas tu carné de identidad. Enviaré a alguien para que vaya a buscarte.**

Estoy tan nerviosa ante la perspectiva de entrar en el número 1600 de la avenida Pennsylvania que casi me olvido de leer la última frase del correo de Peggy:

> **Bienvenida al vecindario.**

Se me pone la piel de gallina.

Me encuentro con Peggy en la entrada para visitantes que está en el cruce de la Diecisiete y State Place y me abraza como si fuese su sobrina y no su nueva empleada. Destaca por su altura, ronda el metro ochenta, sus ojos son de una amable tonalidad azul, su cabello es color caoba y le llega hasta los hombros. No soy buena para adivinar la edad de nadie, pero diría que tiene la edad de mis padres; es decir, debe de rondar los sesenta.

—Es posible que hoy te sientas un poco abrumada —me dice con una sonrisa—, pero le pillarás el truco a todo esto muy rápidamente.

Después de pasar el control de seguridad, me lleva a dar una vuelta por el edificio Eisenhower.

El edificio se llama así en honor al presidente Eisenhower, me dice Peggy, porque evitó personalmente que lo derruyesen. Me alegra que lo hiciese, porque es bonito, por dentro y por fuera. También es muy

grande: tiene cinco plantas y ocupa toda una manzana.

—Las taquígrafas están en la quinta planta, donde anidan los pájaros —me comenta mientras ascendemos por una impresionante escalera de mármol al final de la cual se abre una pesada puerta de madera de dos hojas, lo que me recuerda a aquel momento de la película *El diablo viste de Prada* en el que Stanley Tucci grita: «¡Muy bien, que todo el mundo se apriete los machos!»

Una vez dentro, Peggy me explica que la gran escalinata en espiral conecta todas las plantas, y que si te colocas en el centro del círculo en la planta baja puedes ver la cristalera emplomada del techo.

Me resulta difícil creer que este sea el lugar en el que voy a trabajar todos los días.

Estamos recorriendo la planta baja cuando Peggy señala hacia Ike's, la cafetería para los empleados del edificio.

—Allí está la oficina de Correos. Y siguiendo ese pasillo, la unidad médica.

—¿Unidad médica?

Peggy asiente.

—Imprescindible, porque tenemos que asegurarnos de que estás al día de tus vacunas antes de que viajes al extranjero. Te darán pastillas para la malaria y todas esas cosas. Hay médicos y enfermeras que viajan con el presidente, pero son muy amables y cuidan de todos nosotros.

Alucinante.

—Ahí abajo están los despachos del Servicio Secreto, la tienda de regalos y la agencia de viajes —indica Peggy, haciendo un gesto con el brazo—. Ah, y bajando las escaleras está la bolera. Puedes reservarla para una noche y traer a tus amigos. También está la ACCC.

—¿La qué?

—La Agencia de Comunicación de la Casa Blanca —aclara Peggy —. Son nuestros héroes. Nos ayudan con el sonido. Y al igual que la unidad médica, todos los miembros de la ACCC son militares en servicio.

La miro con los ojos como platos.

—La mayoría de ellos han servido en Irak o Afganistán —concluye mientras subimos las escaleras que conducen al primer piso.

Ya el propio suelo de las plantas es increíble: mármol blanco y negro, como si se tratase de un gigantesco tablero de ajedrez. Los pasillos son largos y el sonido de los tacones repiqueteando sobre el mármol crea un eco tan turbador que me da la impresión de

encontrarme en una película de Hitchcock.

Miro a mi alrededor esperando cruzarme con alguna mirada. Me gustaría saludar a alguien, un detalle que siempre incomoda a mis amigas de Manhattan cuando voy a visitarlas. Pero todo el mundo parece demasiado ocupado como para sonreír. Todos los trajeados miembros del personal tienen la vista clavada en sus móviles o miran al frente. Nadie saluda a nadie.

Peggy pulsa el botón que muestra una flecha hacia arriba junto a la puerta del ascensor.

—Estos trastos son especialmente lentos —dice, sacudiendo la cabeza—. Aunque estemos en la quinta planta, a veces pienso que es más rápido subir por las escaleras.

Las puertas del ascensor se abren con el amargo gruñido de un abuelo artrítico. Peggy y yo entramos y nos amontonamos junto a un puñado de personas trajeadas.

Cuando llegamos a la quinta planta Peggy me dice que alce la vista.

—Vaya. Parece una iglesia —susurro al contemplar la cristalera del techo.

—¿Eres creyente? —me pregunta Peggy.

—Ahora, sí —respondo.

Lo primero que pienso al entrar en el despacho de las taquígrafas es: qué pequeño. Es diminuto. Hay cinco escritorios alineados contra las paredes y tres personas sentadas tras ellos que ahora me están mirando. Peggy me presenta a un tipo de mi edad llamado Lucas que cubre al vicepresidente. Me da la mano, se coloca los auriculares y se pone a teclear.

Entonces Peggy dice:

—Esta es Lisa y ella es Margie.

Las dos chicas son de mi edad y se parecen físicamente, pues tienen el pelo castaño, los ojos marrones, llevan los labios pintados de rojo y las cejas perfectamente perfiladas. Ambas visten completamente de negro: Margie lleva un vestido negro y Lisa pantalones y jersey del mismo color. Me pregunto si serán hermanas o si es que empiezas a parecerte a tus colegas cuando pasas el tiempo suficiente dentro de este minúsculo despacho.

Es el día de San Valentín y a mí me hubiese encantado hornear

galletas en forma de corazón para mis nuevos compañeros; sin embargo, Sam me había aconsejado no hacerlo. «Antes de comportarte como una maestra de primaria, averigua cómo funcionan ahí las cosas», me había dicho.

Esa noche le digo a Sam que me ha dado la impresión de que no les gusto a mis compañeras de despacho. Él se ríe y se encoge de hombros mientras engulle los espaguetis que ha preparado.

—Ha sido tu primer día. No vas a saber cómo son hasta que lleves allí por lo menos un mes.

Antes de dormirme, me digo que conseguiré caerles bien a esas chicas. La felicidad es contagiosa y yo nunca he sido más feliz en mi vida. Tengo un novio alucinante, una casa alucinante, unas amigas alucinantes y ahora un nuevo trabajo alucinante.

Al día siguiente conozco a la mujer que voy a sustituir. Connie ha sido taquígrafa en la Casa Blanca durante nueve años, pero ahora quiere probar algo nuevo, y este trabajo le ha abierto puertas. Otro punto a favor. Tal vez el tiempo que pase en la Casa Blanca me lleve a descubrir que, en realidad, quiero ser periodista o estratega política o tal vez acabe dedicándome al Derecho.

Peggy le pide a Connie que me lleve a la rueda de prensa que va a tener lugar dentro de cinco minutos. Ya caminábamos deprisa, pero ahora tenemos que correr para cruzar el aparcamiento que separa el edificio Eisenhower del Ala Oeste.

—¡Vamos a la zona ejecutiva! —me grita Connie por encima del hombro para imponerse al zumbido de los motores de una docena de coches negros.

Desde la quinta planta del edificio Eisenhower hasta la sala de prensa del Ala Oeste se tardan unos siete minutos a paso normal y unos dos a toda marcha. Recorremos pasillos a la carrera, cruzamos toda una serie de puertas, subimos un tramo de escaleras, le sonreímos a dos guardias, pulsamos un enorme botón cuadrado y descendemos dos escalones hasta acceder a la oficina de prensa. En este punto, Connie toma aire y yo doy por hecho que hemos llegado.

Hay dos mujeres de veintitantos años sentadas frente a dos grandes pantallas de ordenador. Connie me presenta y todo el mundo se detiene. Más adelante seré capaz de identificar esa clase de pausas como algo inherente a las presentaciones jerárquicas, a las órdenes

implícitas en las diferencias de rango.

Surgido tras un muro de caras, un hombre rubio se me acerca. Me tiende la mano y me dice:

—Hola, Rebecca. Soy Jay Carney.

Al inclinarme hacia él para darle la mano, me pregunto por qué su nombre me resulta familiar. Los periodistas están al otro lado de esas dos gruesas puertas de madera de color azul royal.

—Están esperando —me explica Connie—, así que ponte al fondo. Si hay sitio para sentarse, siéntate si quieres, pero supongo que hoy va a estar a tope.

Oigo el ruido de muchas voces al otro lado de las puertas, pero cuando Connie abre una de ellas de repente se hace el silencio. Salgo al escenario justo después de que se alce el telón. Todo el mundo nos mira. Docenas de rostros e incontables cámaras han quedado paralizadas, a la espera. Connie recorre la sala con seguridad y el silencio vuelve a convertirse en parloteo cuando los periodistas entienden que no se trata del secretario de Prensa, dispuesto a ofrecer el informe diario, sino de la taquígrafa y de una chica que va tras ella.

Sigo a Connie y paso frente a la primera línea de periodistas bien vestidos y repeinados. Más adelante sabré que pertenecen a las cadenas de televisión, que solo ellos y la gente de Associated Press y de Reuters pueden estar en la primera fila. La gente de *The New York Times*, *The Washington Post* y del *The Wall Street Journal* están en la segunda. Los de BuzzFed, en la parte de atrás.

En ese momento siento sus miradas sobre mí. Y no se trata de una atención agradable, por eso me obligo a sonreír como lo haría un pez que se esforzase por alejarse de la visión periférica de un tiburón. Connie se sienta frente a la primera fila con un micrófono en la mano y se coloca los auriculares; yo sigo caminando hacia el fondo de la sala, con el corazón golpeándome en el pecho debajo de mi camisa nueva, ahora empapada en sudor.

Menos de un minuto más tarde, cuatro personas salen por las puertas azules. De nuevo, se impone un súbito silencio cuando Jay Carney sube a la pequeña tarima y deja su carpeta sobre el atril.

—Buenas tardes y bienvenidos a la Casa Blanca para el informe diario. Tengo algo que anunciar antes de responder a sus preguntas.

La sala está a rebosar, las preguntas vuelan y Jay las responde con la calma y la resolución propias de un jugador profesional de béisbol. Se muestra paciente y atento. No se apresura. No voy a tardar en acostumbrarme a los intercambios de la sala de prensa, pero hoy me

siento cautivada por la embriagadora emoción de asistir por primera vez a esa especie de competición deportiva, impresionada por la visión que ofrece estar al otro lado de la barrera.

En cuanto salgo le envío un mensaje a Sam, y él se burla de mí por no saber quién es Jay Carney. Ha estado siguiendo toda la conferencia por el canal público de cable C-SPAN y me ha visto un par de veces de refilón. Se siente muy orgulloso.

# EL GRUPITO

(marzo)

Este nuevo trabajo se parece a haber vuelto al internado, pues me levanto temprano, me acuesto tarde y tengo que estar disponible los fines de semana. Cuando caigo finalmente en la cama, Sam se burla de mí diciéndome que estoy incluso más ocupada que él.

—¿Volveremos a verte alguna vez? —me pregunta mi madre por teléfono un sábado por la mañana. Yo voy de camino al trabajo para cubrir un acto local, lo que quiere decir un acto en la ciudad o en Maryland o en la región de Virginia del Norte, adonde podemos ir en el convoy y regresar al cabo de unas pocas horas. Hoy, POTUS (que es el nombre clave con que se denomina al presidente de los Estados Unidos) va a visitar un colegio.

—Mamá, iré a casa en Semana Santa. ¿Es que no recibiste mi correo electrónico? —le pregunto.

—Me lo estaba reservando para esta noche como si fuese un pequeño regalo.

Le he estado escribiendo correos muy largos a mi madre detallándole mis aventuras en la Casa Blanca. Le envié diez páginas describiendo mi primera rueda de prensa en la Sala Roosevelt, contándole qué periodistas estaban presentes, dónde se sentó todo el mundo, qué pinta tiene en persona David Remnick, el editor de *The New Yorker*.

—De acuerdo, tengo que irme —le digo a mi madre justo frente a la entrada de la Casa Blanca; los agentes del Servicio Secreto están esperando para dejarme pasar—. Tengo que encontrarme con los del grupito. Luego te llamo.

Muestro mi placa al llegar a la primera puerta de metal y espero. Después de que el agente de servicio pulse el botón, empujo la primera puerta y abro después otra pesada puerta de metal que lleva hasta el garito de seguridad. Les doy los buenos días a los agentes, paso mi placa por el escáner y tecleo mi contraseña, dejo mi bolso en la máquina de rayos X y paso por el detector de metales, que

inevitablemente empieza a pitar debido a mi collar de oro en forma de caimán. El guardia al mando sabe de qué se trata, porque me conoce, por eso sonríe y dice:

—El condenado caimán.

A pesar de que los monstruos de los pantanos me dan miedo, me encanta mi collar en forma de caimán. La mejor manera de enfrentarse a los miedos es adoptar como propia su ferocidad. Cuando me pierdo en el edificio Eisenhower u olvido el nombre de algún miembro veterano del Ala Oeste, toco mi caimán de oro no solo para tranquilizarme, sino también para recordar que soy fuerte y que tengo agallas.

Aprieto el paso y me encuentro con Marie, la jefa de Prensa, y los cámaras alineados fuera de la sala de conferencias de abajo. El «grupito» está formado por los trece corresponsales y fotógrafos del Departamento de Prensa responsables de viajar con el presidente y registrar cada uno de sus movimientos. En uno de los días tranquilos, cuando el presidente está en la Casa Blanca y mantiene encuentros privados, tan solo están aquí unos cuantos de los miembros del grupito. Si hay que salir a la carretera, van con el presidente más de veinte, y reciben información que va desde «El convoy se dirige a una ubicación desconocida» hasta el resumen de los momentos más destacados de la pandilla de Jay, que puede consistir en «aquí está el menú para la cena de Estado de esta noche». Justo en el momento en el que empiezo a saludar a todo el mundo, mi teléfono suena.

—Oh, oh. Novata a la vista —señala Jeff, uno de los cámaras—. Será mejor que pongas esa cosa en silencio mientras trabajes aquí —me dice con una sonrisa.

Durante los dos meses siguientes no tengo ningún contratiempo mientras intento seguir el protocolo, encontrar el lugar al que tengo que llegar a través de los pasillos sin ventanas de las estancias del Ala Oeste; e incluso trato de hacer amigos. La primera vez que entro en el Despacho Oval, estoy tan concentrada grabando el sonido, intentando mantenerme en pie en medio de la estampida de corresponsales, y de colocarme exactamente donde Lisa me ha dicho que me coloque —detrás de la lámpara grande junto a la mesa lateral, entre el asiento del presidente y el sofá marrón—, que pasan varios minutos antes de que alce la vista de la grabadora.

Me empiezan a temblar las manos de forma descontrolada. El presidente Obama está sentado a metro y medio de distancia y asiente levemente hacia mí con los labios apretados antes de dar comienzo a sus declaraciones para los corresponsales. Lisa me ha dicho que me quede entre la prensa y el presidente, porque parte de nuestro trabajo consiste en ejercer de parachoques neutral, aunque yo no me siento neutral en absoluto. El Despacho Oval es más pequeño de lo que creía, aunque muy agradable y acogedor. Los dos grandes sofás parecen cómodos y hay un cuenco lleno de manzanas perfectas en el centro de la mesa de café que parecen estar pidiendo que alguien se las coma. Tras el escritorio hay una mesa cubierta de fotos enmarcadas de la familia Obama.

Todavía estoy asimilando los detalles de la sala cuando la jefa de Prensa anuncia que nos vamos, que ha acabado la sesión de fotos. Merodeo un poco, intentando grabar en mi memoria todos los detalles para contárselos a mi madre, y me doy cuenta de que el vicepresidente Biden está de pie junto a la puerta de cristal que lleva a la columnata, dándoles las gracias a algunos corresponsales que se están yendo y bromeando con ellos. Cuando paso por su lado, el vicepresidente se fija en mi flamante placa azul, sonríe y dice: «Bienvenida.»

Mi curva de aprendizaje asciende ligeramente a medida que voy haciéndome con la jerga del Ala Oeste y me lanzo a utilizarla al mismo estilo balbuceante que usaba cuando estaba aprendiendo español. Lisa me cuenta que cuando estamos en la carretera, PNF significa Pasar la Noche Fuera, y «espera» puede significar o bien sala de espera o bien que aguarde (dependiendo de si se usa como sustantivo o como verbo), y «la Bestia» es el Cadillac negro fuertemente blindado en el que va montado el presidente. Los chicos «EDA» son el Equipo De Asalto que va delante del primer autocar de prensa, con la ventanilla trasera abierta, vestidos de negro, musculosos como Van Damme y provistos de armas de gran calibre, dispuestos a defender al presidente. Cuando los corresponsales se refieren al presidente como «Obama», siento algo parecido a la vergüenza, como el resto del equipo, porque para nosotros es «POTUS» o «el presidente»; nunca utilizamos su apellido. Asiento cuando Steve Holland, de la agencia Reuters, dice: «Otro día más de esperar y correr» cuando nos apiñamos fuera de la Sala Roosevelt debido al

«momento grupito», que es el término que utilizamos cuando existe la posibilidad de que la prensa saque fotos.

Antes del informe diario, enciendo mi micrófono cuando Jay y dos secretarios del Departamento de Prensa cruzan las puertas azules de madera. El silencio se impone en la sala. Jay sube a la tarima, abre su carpeta y alza la vista. Pero antes de abrir siquiera la boca, repito mentalmente las habituales palabras de Jay: «Buenas tardes, damas y caballeros, y gracias por haber venido a la Casa Blanca para el informe diario.» No puedo evitar sonreír: le he cogido el tranquillo a este trabajo.

No pasa mucho tiempo cuando Peggy me dice que ya es hora de que despliegue mis alas: ha llegado el momento de volar sola en el Air Force One. La noche antes de mi primer viaje nocturno a Oklahoma, no soy capaz de dormir; no porque esté nerviosa, que lo estoy, sino porque no tengo ni idea de qué ponerme. Necesito ropa para trabajar, pero también un pijama y ropa informal, ¿y tendría que llevar también algo cómodo para el vuelo? ¿Puedo ponerme una sudadera en el avión, o los demás lo entenderán como algo poco profesional o, lo que sería aún peor, poco patriótico? Mi armario está menos preparado para ese viaje de lo que lo estoy personalmente. Charlotte y Emma intentan ayudarme, pero soy un caso perdido. Meto la mitad de mi ropa en una bolsa de viaje roja de mis tiempos de futbolista y confío en que al abrirla de nuevo aparezca el vestuario de otra persona, alguien más elegante.

A la mañana siguiente, presa del pánico, meto en la bolsa algunas prendas de ropa más y dos pares de botas, por si acaso tenemos que vérnoslas con un huracán o una inundación o un incendio forestal. Llevo conmigo ropa para un mes y solo voy a estar fuera una noche, lo cual hace que me sienta idiota. Pero ya es demasiado tarde para cambiar el curso de las cosas. De hecho, llego tarde. Todos los que van a viajar con el presidente han dejado ya sus maletas en la sala de equipaje, en la planta baja del edificio Eisenhower.

Lisa me llama por mi nombre cuando me ve recorrer los pasillos del edificio cargando mi bolsa llena hasta reventar.

—¡Espera! —me dice. Le echa un vistazo a mi bolsa—. ¿Vas a llevar eso?

Lisa solo viste ropa negra nueva de marcas caras, de modo que sé

que odia mi bolsa incluso más de lo que odia mi vestido verde, que al menos es de la última década. Se pone a caminar a mi lado intentando transmitirme tanta información como le sea posible antes de que siga adelante y mancille la reputación de las taquígrafas con mi vestido brillante, mi bolso de marca desconocida y mi tendencia a saludar a todo el mundo. Mientras desciendo por las escaleras de la Marina hacia uno de los autocares blancos para dieciocho pasajeros aparcados junto al Edificio Ejecutivo, me queda claro que a ella le pone incluso más nerviosa que a mí mi primer viaje en solitario. Anteriormente he sido su sombra en viajes de un día a Albany, Nueva York o Columbus, Ohio, pero sigue pensando que es prematuro que vuele sola. Peggy me ha confesado que suele esperar seis meses hasta permitir que las nuevas taquígrafas viajen solas, pero que como se trata del año de reelección del presidente Obama da por hecho que habrá un montón de viajes y quiere que cuando llegue la parte más candente de la campaña, en verano, sea ya una auténtica veterana.

Después de dejar mi equipaje para una noche en la parte trasera del autocar, Lisa me presenta a Skye, que forma parte del equipo de viaje. Skye trabaja con un gran número de personas que van desde los integrantes de la oficina de proyectos a militares o ayudas de cámara para asegurarse de que tanto el presidente Obama como el equipo que viaja con él lleguen a destino a tiempo y sin infortunios de ninguna clase (ya sean visados, pasaportes, mal tiempo, golpes de Estado, etcétera). Skye sonríe antes de decirme:

—Encantada de conocerte, Rebecca.

—Oh, mejor llámame Beck —respondo. Parece confusa con mi respuesta y le echa un vistazo a su portapapeles, en el que tiene el documento con los nombres de los que iban en el autocar y van a montar en el Air Force One.

—Aquí pone Rebecca —me dice, mostrándome mi nombre en el documento.

—Sí, pero ese es mi nombre completo y siempre me han llamado Beck.

—¿Rebecca, no?

—No, solo Beck.

—Nunca lo había oído como diminutivo —me dice Skye al tiempo que tacha mi nombre con un rotulador negro. Inclina la cabeza hacia un costado y escribe mi apodo—. Es diferente.

Cuando finalmente Skye aparta la mirada del portapapeles y me mira a los ojos me doy cuenta de que es muy guapa y está muy

delgada, tiene el pelo negro, largo y liso y sus ojos son de un azul glacial. Lleva puesta una ajustada falda de tubo y unos zapatos de tacón alto Tory Burch. No puedo evitar observarla, hasta que me doy cuenta de que ella también me está mirando. Estoy a punto de decirle lo mucho que me gusta su blusa color crema cuando una especie de destello en esos descomunales ojos azules suyos me recomienda que no lo haga.

—¿Lo llevas todo? —me pregunta Lisa.

Esperamos en la acera, a escasos metros de Skye, que sigue verificando los nombres del resto del equipo. La preocupación de Lisa me resulta entrañable, parece una madre preocupada en la parada del autobús el primer día de escuela.

—¿Micrófono, cables XLR, grabadoras, transformadores, pilas, ordenador portátil, pedal, cargadores?

—Todo en orden —le digo, agitando el contenido de mi pesada mochila negra.

—¿Y tu pin? —me pregunta con los ojos muy abiertos.

—¡Aquí mismo! —Le muestro el brillante octógono de metal, muy pequeñito, que llevo sujeto en la pechera de mi vestido. Ese pin no tiene precio: para el Servicio Secreto es la prueba de que formas parte de esta burbuja, y me permite ir allí donde vaya el presidente, excepto al «segundo espera», que es el código que utilizamos para ir al baño.

—Envíame un mensaje si pasa cualquier cosa —me dice, subiéndome el cuello de la americana.

—Entonces, ¿Skye es nuestra jefa cuando estamos de viaje? —le pregunto a Lisa. No me aclaro con las jerarquías. Cuando era una profesora novata, todo el mundo quería echarme una mano. En la Casa Blanca, nadie lo hace. No estoy segura de a quién tengo que acudir en caso de necesitar ayuda.

—En realidad, no —dice Lisa—. No tenemos algo así como una supervisora durante los viajes. Supongo que, técnicamente, Jay es nuestro jefe, habida cuenta de que trabajamos para el Departamento de Prensa.

—Así pues, ¿acudo a él si tengo algún problema?

—¡No! —exclama Lisa. Skye y un joven con gafas nos miran—. Llámame a mí —me dice en voz baja—, y no molestes a nadie más.

Una vez en el autocar, nadie alza la vista hacia mí cuando me dirijo más bien torpemente hacia los asientos del fondo. Por suerte, Lisa me ha explicado en el ascensor que una de las reglas no escritas viene a decir que los miembros de rango superior del equipo se

sientan en las primeras filas. Me fijo en dichos miembros mientras escriben en sus BlackBerrys. Hay una mujer pelirroja, de cabello rizado, en la primera fila, escribiendo en su teléfono móvil. Lleva toda una ristra de pulseras de oro que le llegan hasta el codo, y las hace resonar al escribir. Cuando paso por su lado la oigo susurrar algo a Pete Souza, el fotógrafo principal de la Casa Blanca, que está jugando a Apalabrados con sus amigos en el móvil. Pete, que tiene sus cámaras junto a él, como si fueran perritos falderos amaestrados, estalla en una carcajada junto a la mujer pelirroja, que hace resonar con fuerza sus pulseras. Sonrío, pero me siento como una idiota porque no sé de qué se están riendo; es posible que me haya pillado la ropa interior con el vestido... otra vez.

Vamos de camino a la Base de las Fuerzas Aéreas de Andrews y yo intento respirar con la mayor calma posible y mantener fija la mirada en mi teléfono móvil con el mismo rictus serio que los demás. Nadie habla a excepción de algunos miembros de rango superior en las primeras filas, aunque apenas utilizan monosílabos, como si se tratase de códigos secretos, mientras responden a sus correos electrónicos. No son auténticas conversaciones, es más del rollo: «Jesús», o «¿Puedes reenviármelo?» o «Ha dicho sí a lo de mañana, ¿verdad?».

Llegamos a la pista y el trajeado personal embarca en el Air Force One cargado con bolsas de deporte y maletines de aspecto ligero. Todas las piezas que conforman el equipaje son negras, por eso mi bolsa para una noche llama tanto la atención. La mujer pelirroja lleva consigo un bolso de mano Tumi y me mira fijamente cuando ya estamos en la cola que se forma al pie de la escalerilla del avión; su mirada constata que jamás podré permitirme un bolso como el suyo.

Los miembros de las Fuerzas Aéreas comprueban los nombres de todo el mundo en el documento correspondiente antes de dejarnos abordar. Cuando me toca decir mi nombre, pido disculpas por el guion de mi apellido.

—Lo siento, mis padres eran hippies —le digo al oficial de las Fuerzas Aéreas.

Sonríe mientras busca mi nombre en el papel. Al ver mi bolsa de deporte me pregunta si juego al fútbol.

—Jugaba —le digo, cambiándome la bolsa de hombro para compensar el peso.

—Estupendo deporte —responde—. Mi hija lo practica.

Asiento y le pregunto qué edad tiene su hija y en qué posición juega antes de darme cuenta de que aquel oficial es la primera

persona que habla conmigo desde que Lisa se despidió de mí. A mi espalda, un miembro del equipo de rango superior se aclara la garganta. Estoy ralentizando la cola. El oficial también lo oye y se pone firme, sonríe y me dice que siga adelante.

Al entrar en el Air Force One no tengo la sensación de embarcar sino de vagar torpemente, intentando no chocar con nadie mientras atravieso compartimentos con mi pesada carga. Cuando, sin querer, hago que un asistente de vuelo se tope contra la pared me siento tan sobrepasada por la ansiedad que no soy capaz de decir nada.

Finalmente me disculpo y al alzar la vista veo a Jim Carrey en la parte delantera del avión. Estoy a punto de preguntarle a alguien por qué Jim Carrey viaja con nosotros, pero entonces alguien grita: «¡Jason!», y el hombre se vuelve. No es Jim Carrey, sino un doble suyo vestido al estilo Washington.

Me dirijo hacia la cabina del equipo —Lisa me mostró dónde debía sentarme durante mis viajes de preparación— y encuentro el asiento con mi tarjeta en el reposa vasos. «Bienvenida a bordo, señorita Dorey-Stein», reza la tarjeta en letras azules. No puedo creer que esta sea ahora mi vida. Me encanta el asiento. Está cerca de una ventanilla, con un único asiento cerca del mío que Lisa me ha dicho que habitualmente queda vacío. Todas las butacas pueden reclinarse casi por completo. Dispongo de tomas de corriente a mis pies.

Frente a mí hay una mesa con una amplia variedad de periódicos del día y una bandeja con caramelos y Snickers, Reese's, Kit Kat, dos clases de chicles y, lo mejor de todo, cajas de M&M del Air Force One. A mi izquierda están los aparatos de oficina, desde los que voy a poder enviar mis informes por correo electrónico, que es la razón principal por la que me encuentro aquí. En los viajes del presidente siempre lo acompaña una taquígrafa porque, siquiera brevemente, el secretario de Prensa de la Casa Blanca tiene que «informar», ofrecer una sesión informativa informal de lo que no ha quedado registrado para los trece corresponsales y fotógrafos del grupito. Mi trabajo consiste en permanecer junto a Jay, grabar dicho informe, y enviarlo al personal que se encuentra en el despacho. En mis viajes de preparación, Lisa me dejó cubrir dos de esos informes. En ambas ocasiones me puse histérica: ¿y si las pilas del micrófono se agotan?, ¿y si se estropea la grabadora?, ¿o borro media grabación?, ¿o estornudo? Las dos sesiones fueron bastante tranquilas, aunque al final de la segunda golpeé a Jay accidentalmente en la boca con el micro. A decir verdad, había turbulencias, pero en cualquier caso así acabó mi último

informe, de modo que hoy estoy nerviosa. Quiero que los miembros de mi departamento se sientan orgullosos o, como mínimo, demostrarle a Lisa que puede confiar en mí cuando esté fuera.

Intento no mirar la enorme pantalla plana de televisión en la pared del fondo, así como los auriculares aislantes del ruido del avión o las almohadas y las mantas. No logro imaginar que pueda existir un momento en el que sentarme y relajarme. En lugar de eso, decido hacer inventario de todo mi material taquigráfico.

Una vez colocada mi mochila en el asiento de al lado, Todd, uno de los asistentes de vuelo, me pregunta si me apetece beber algo. Todavía faltan unos cuarenta minutos antes de que llegue el helicóptero del presidente, el Marine One, así que la tripulación del Air Force One anda de un lado para otro ofreciendo refrigerios. Le pido un café, tratando de aceptar mi buena suerte.

—Muy bien, y por favor hágame saber si necesita algo más. Estoy aquí para ayudarla —me dice Todd con una cálida sonrisa. Al igual que ocurre con la unidad médica de la Casa Blanca, todos los integrantes de la tripulación del Air Force One son militares de servicio. Por otra parte, algunos de ellos son las personas más estables y generosas que haya conocido nunca.

En mi viaje de preparación con Lisa, descubrí que tenemos *per diems*, es decir, cobramos por cada día que estamos de viaje. Los *per diem* en ciudades caras como San Francisco son significativamente más cuantiosos que los que nos corresponden por lugares como Kansas City, pues se ajustan al coste de la vida del lugar. Todos esos detalles me parecieron ridículos —¿recibiré dinero extra por viajar con el presidente?— hasta que Lisa me dijo que tenemos que pagar la comida y la bebida que tomemos en el Air Force One y que rara vez disponemos de tiempo para comer en condiciones durante los viajes. El servicio de habitaciones, me explicó, es menos un lujo que un imperativo, porque a la hora que solemos llegar a los hoteles después de un largo y estresante día en el convoy y sin comer, acosados por el sueño, por mucho que ruja tu estómago los restaurantes ya están cerrados.

El olor de las tortitas que flota en la cabina del equipo es tan delicioso que me importa bien poco cuánto cuestan o cuánto me corresponde *per diem*. El Air Force One está inmaculado, pero yo me esfuerzo por crear algo de caos cuando hurgo dentro de mi mochila negra para sacar los utensilios de trabajo. Con las prisas, al salir de casa llené la bolsa del ordenador con algunas prendas de ropa y un

puñado de cosas personales: maquillaje, alisador de pelo, zapatillas de deporte y un libro de la biblioteca.

Después de dejar mis pijamas en el asiento contiguo veo unos zapatos de hombre, negros y brillantes. Son de Jay Carney, que sonríe al examinar el lío que he formado con mis cosas. Le da un sorbo a su café, que bebe en una de las tazas del Air Force One, antes de preguntarme:

—¿Estás preparada para todo esto? —Y lanza un puñetazo al aire.

Oh, oh. A Jay el café lo ha cargado de energía y quiere librarse del informe lo antes posible para poder jugar a las cartas con el presidente. Peggy me ha dicho que al presidente Obama le gusta jugar a las cartas durante los vuelos. Y la primera regla de mi trabajo consiste en no hacer esperar a ningún cargo superior. Jamás.

—Tómate tu tiempo con eso —bromea mientras intento encontrar el micrófono en el interior del agujero negro que es ahora mi mochila. Alzo la vista para decir algo ingenioso, pero Jay enrojece de golpe y me dice a toda prisa—: Ahora vuelvo.

¿Qué he hecho? No he dicho nada. Estudio mi montón de cosas e intento imaginar de qué se trata. Está la bolsa con los cables, la grabadora, el micrófono. Las zapatillas de deporte en el suelo, el neceser del maquillaje en el asiento. Tengo mi alisador de pelo en la mano... Maldita sea, ¡mi alisador de pelo! Dios mío, mi alisador de pelo de viaje está metido en una pequeña bolsa de seda color rosa chicle... ¡y parece un vibrador! Jay Carney habrá pensado que estaba hablando con él, en el Air Force One, con un vibrador en la mano.

Regresa al cabo de un par de minutos y nos encaminamos juntos a la cabina de prensa. Mientras cruzamos la cabina del Servicio Secreto, me planteo la posibilidad de decirle: «No era un vibrador», pero eso probablemente empeoraría las cosas. Por eso lo que hago es colocarme junto a los corresponsales y poner en marcha el micrófono y la grabadora.

—Buenos días a todo el mundo, y gracias por viajar con nosotros en el Air Force One —empieza diciendo Jay.

Uno de los corresponsales le pregunta si las manifestaciones en contra del gobierno en Rusia, debido a la reelección del presidente Putin, pueden llegar a ser violentas.

—Como bien sabes —le responde Jay—, no voy a comentar nada sobre situaciones hipotéticas.

El resto del día va como la seda y no tardamos mucho en llegar a nuestro hotel en Oklahoma City. Grabé adecuadamente el audio del informe, dos declaraciones públicas y una entrevista para la NBC. «Hoy has hecho un buen trabajo», me escribe Peggy cuando ya estoy sentada en el asiento del autocar de prensa. Mientras yo iba de un lado para otro con el grupito, Peggy, Lisa, Lucas y Margie han transcrito las grabaciones de audio que les envié. A pesar de que estoy agotada, a estas alturas ya puedo afirmar que me encanta ir de viaje: encontrarme con corresponsales y fotógrafos, recorrer los pasillos de centros de convenciones, presentarme a los miembros de diferentes equipos, observar al presidente Obama desde las bambalinas, e intentar no mirarle a los ojos cuando pasa por mi lado después de su discurso.

Al llegar al hotel y descargar las maletas de la parte trasera del autocar, uno de los corresponsales dice:

—Vas a tener que ponerte al día, nueva taquígrafa.

Con la mitad de mis pertenencias apelotonadas en mi bolsa de deporte, me arrastro hasta el ascensor. Un puñado de los miembros del equipo, incluida la mujer pelirroja con las pulseras de oro, están allí esperando y me miran con desgana. Sus bolsos Tumi negros esperan ya en sus habitaciones, gracias al personal del Air Force One que los recogió esta mañana en el edificio Eisenhower.

Se abren las puertas del ascensor y entramos todos los miembros del equipo. Hay espacio para mí, pero no para mi bolsa. No sé hasta qué punto se me han subido los colores, por eso les digo que esperaré al siguiente. Sonríen con condescendencia como si pretendiesen decirme: sí, vas a tener que esperar al siguiente.

Estoy observando las puertas de metal cerradas cuando aparece Jay Carney. Es la primera vez que lo veo sin traje. Parece un padre enrollado con tejanos y una camiseta negra con cuello de pico.

—¿Te vienes al bar? —me pregunta.

Niego con la cabeza y me encojo de hombros.

—Es cierto, ha sido un día muy largo —añade entre bostezos—. Buenas noches.

Se aleja con una amplia sonrisa, pensada más para sí mismo que para mí. Tengo que contener el impulso de gritar: «¡No era un vibrador!»

# VAGINAS GIGANTES

(abril)

El trabajo está ocupando mi vida al completo, a toda velocidad, así que Sam y yo somos como dos barcos que se cruzan en la noche. Le gusta escuchar mis historias, así que le prometo que lo escribiré todo.

En mi siguiente vuelo en el Air Force One viajamos a Carolina del Norte, donde el presidente hablará del acceso a las universidades, y después iremos a California para recaudar fondos. A pesar de que ya le he pillado el ritmo al trabajo, todavía no entiendo bien los análisis sociales o los protocolos.

Por fin he hecho una amiga: Hope («Esperanza»). Cuando la conocí pensé que estaba bromeando, porque me sonó a chiste que la camarógrafa del presidente Obama se llamara así.

Es una mujer que desprende magnetismo. Sus grandes ojos pardos recuerdan a los de Jeanne Moreau; tiene los pómulos marcados y una larga cabellera ondulada de color castaño que traiciona a la californiana que lleva dentro. Aunque se ha dedicado al cine de manera profesional buena parte de su vida adulta, se mueve como la gimnasta que fue en su día: mide un metro sesenta y su figura es compacta y fuerte. Resulta difícil intuir que tiene más de cuarenta años. Además de por su belleza y su vivacidad, Hope destaca porque saluda a todo el mundo. Es justo lo opuesto a una criatura de Washington.

Ya en el avión, me pongo en pie cuando veo a Hope caminar hacia mí con la intención de darme un abrazo antes de seguir para saludar a alguien más. Está hablando con uno de los subjefes del equipo cuando dice:

—Fíjate, ¡cuántas mujeres!

Echo un vistazo a mi alrededor y constato lo que ha dicho Hope: el equipo de viaje está formado en su mayoría por mujeres. Es una rareza, incluso en la Casa Blanca de Obama, así que Hope organiza una foto en la cabina del equipo «para celebrar que un grupo de espléndidas mujeres está haciendo que las cosas funcionen en el Air

Force One».

No estoy segura de si tengo que salir en la foto, porque soy nueva, así que finjo no haberme dado cuenta porque estoy muy ocupada leyendo mi libro. Al pasar una de las páginas oigo que Hope me llama por mi nombre desde el otro lado de la cabina y me pide que me una al grupo. Noto la mirada de la mujer pelirroja cuando camino dubitativamente hacia allí. Resuenan todas sus pulseras de oro, como si fuese el cascabeleo de una serpiente antes de atacar. El modo en que me mira me hace sentir que no tengo ni idea de todas las maneras en las que puedo cagarla. Nunca antes me había sentido tan avergonzada e intimidada. Finjo que no me importa, a pesar de que noto cómo me sudan las manos. Me digo que la Serpiente de Cascabel ni siquiera sabe quién soy y que seguramente soy demasiado susceptible y que le doy demasiadas vueltas a las cosas.

Me acerco al grupo arrastrando los pies mientras Chuck, uno de los cinco fotógrafos de la Casa Blanca, prepara su Canon. Nadie se presenta a nadie. Cuando nos estamos colocando para la foto una de las mujeres de rango superior dice algo sobre vaginas, por lo que doy por hecho que no debo de haberla entendido bien. Paso el brazo alrededor de Skye, la única persona cuyo nombre conozco. Después le pregunto a Hope si ha oído a alguien decir la palabra «vagina».

—Vaginas Gigantes —me dice con una media sonrisa.

Hope me explica que tras la elección del presidente Obama, en 2009, hubo muchas críticas por el hecho de que no hubiese mujeres entre los miembros de rango superior en una administración que había presumido de diversidad a lo largo de la campaña. Para cuando yo llegué aquí, en 2012, la paridad entre hombres y mujeres había mejorado de manera muy llamativa: había dos jefas de departamento, una fotógrafa, una representante en el Consejo Nacional de Seguridad y una embajadora en las Naciones Unidas.

—Algunas de las mujeres más poderosas de la administración Obama —me aclara Hope— se denominan a sí mismas Vaginas Gigantes.

Noto un inmediato retortijón en el estómago. ¿Por qué me incomoda eso de «Vaginas Gigantes»? ¿Soy demasiado sensible? ¿Soy una mojigata? No me haría mucha gracia que los hombres de rango superior del Ala Oeste se pusiesen el sobrenombre de «Los 25 centímetros».

De regreso en Washington, me dispongo a salir de la Casa Blanca con Lisa, que parece odiarme por mi exceso de entusiasmo. Le

pregunto por la Serpiente de Cascabel y ella me suelta:

—¿Por qué? ¿Le has dicho alguna estupidez?

Niego con la cabeza, y añade:

—Vale, no sé qué habrás hecho, pero a mí me cae bien. Intercambiamos artículos de la revista *Cosmo* en el avión la semana pasada.

Guardo silencio, incómoda, y respiro aire fresco cuando salimos al aparcamiento. Lisa está en lo cierto, debo de haber hecho algo malo.

A medio camino en el aparcamiento, me detengo de golpe.

—¿De quién es ese coche?

Lisa se encoge de hombros. ¿Cómo iba ella a saberlo y por qué tendría que importarle?

Es un Jeep Grand Wagoneer de 1989, igual que el que tuvo mi familia; del mismo color azul y con los mismos paneles laterales de madera oscura. Durante casi veinte años, mi madre nos llevó a mis hermanos y a mí todos los días de la semana a los entrenamientos en ese coche. Perdí mi primer diente en el asiento trasero. Cuando crecí lo suficiente para hacer de copiloto, mi hermano y yo nos turnábamos para sentarnos delante y discutíamos sobre la emisora de radio que había que sintonizar. Pasé la mitad de mis días en ese coche, y ahora está ahí, un viejo amigo de los años más felices de mi infancia, esperándome en el aparcamiento del Ala Oeste.

—Debe de ser de alguien con un cargo importante —me advierte Lisa cuando me acerco a la ventanilla del copiloto. Tiene el mismo interior de polipiel—. Ya sabes por qué lo digo: de no ser así no podría aparcar aquí.

—Alguien con este coche seguro que es mi alma gemela.

No lo digo completamente en broma. Este aparcamiento, con plazas designadas para los altos cargos, está lleno de Prius y de Chevys: coches apropiados e indistinguibles. Nada como esa ranchera, con el óxido asomando por debajo de la madera. Aprieto mi cara contra la ventanilla en busca de pistas sobre el propietario.

«Necesito este coche», me digo.

Lisa pone los ojos en blanco.

—¿Podemos irnos?

# EL CIRCO

(mayo)

Cuando sucede por primera vez me encuentro en el ascensor de un hotel. Una mujer mayor, al agarrar su bolso de mano, se fija en el pin rojo que llevo en la chaqueta y nos pregunta:

—¿Formáis parte del grupo?

—¿Parte del circo? —le pregunto—. Sí, formamos parte de él —le respondo, tocando instintivamente ese pin de metal barato que es, sin lugar a dudas, la joya más valiosa de la que dispongo.

En el videojuego Mariokart, la estrella te convierte en invencible. En este circo, el pin rojo te hace imparable. Y ahí estoy yo, recorriendo otro pasillo, dejando atrás a los soldados vestidos de negro con sus grandes armas colgando del pecho, también al médico, a la enfermera, a los asistentes militares con el maletín nuclear, al cabecilla del Servicio Secreto, a los malabaristas, a las Vaginas Gigantes, a las Fuerzas Especiales, a los payasos y a la Serpiente de Cascabel hasta llegar al jefe: el presidente de los Estados Unidos.

Cada vez que alzo la vista me doy cuenta de que voy siguiendo a POTUS de un estado a otro. Cuando cruzo pistas de aeropuerto o calles cortadas, suena en mi cabeza Johnny Cash cantando *I've Been Everywhere*. Empiezo dejando un chubasquero en el avión, después unos zapatos de repuesto, una sudadera, todo un conjunto de ropa después de un trágico incidente con un café. Tengo la impresión de pasar más tiempo en el avión que en cualquier otro sitio mientras la campaña electoral va subiendo de intensidad, igual que sucede con la humedad de Washington.

Lisa, Peggy y yo nos alternamos en los viajes, así que cada una de nosotras viaja el treinta por ciento del tiempo. Y como POTUS parece viajar los siete días de la semana, apenas tengo tiempo de deshacer la maleta antes de volver a marcharme. Hay días en los que recorremos tres estados, en otras ocasiones se trata de dos ciudades en costas opuestas. Resulta agotador, pero también estimulante entrar en un estadio o en un centro de convenciones estatal y empezar a gritar:

«*Yes we can!*» y «*Fired up! Ready to go*!». El tema de U2 *City of Blinding Lights* anuncia la entrada de POTUS en el escenario, y el de Bruce Springsteen *We Take Care of Our Own* indica el final de su discurso. POTUS es el único líder de una banda de rock que toca un montón de veces al día, y nosotros somos el centenar de manos invisibles que trajina entre bastidores. Ayer estuvimos en Cincinnati, hoy aterrizaremos en Denver poco después de medianoche.

Me niego a que mi brutal programa de viajes interfiera con el hecho de salir a correr por las mañanas, así que me levanto temprano y me visto, sin olvidar colocarme el pin rojo en mi top negro de Lululemon, que quedó señalado después de un desafortunado incidente con un cúter mientras todavía trabajaba en la tienda. Pero me gusta ese roto. Me recuerda la suerte que tengo, hasta dónde he llegado.

Son poco más de las siete de la mañana en Colorado y el sol se filtra a través de las persianas del diminuto gimnasio del hotel, tiñendo la pared del fondo de un tono rosa neón y generando un destello imposible en la pantalla de televisión de mi cinta para correr. No es que me importe mucho ver la televisión; estoy escuchando mi lista de reproducción dentro de mi cabeza. David Plouffe, uno de los principales asesores del presidente, sorbe su café detrás de mí y mira con incredulidad las polvorientas máquinas de pesas. Le observo en el espejo y me pregunto qué estará pensando ese hombre. Marvin Nicholson, el director de viajes, superalto y superbobo, está contándole chistes a los chicos del Servicio Secreto mientras estos comprueban la seguridad del gimnasio con sus pastores alemanes rastreadores de bombas.

Tras correr cinco kilómetros, aumento la velocidad. Cuando llego a siete, vuelvo a aumentarla. «A los nueve lo dejo», me digo. Finalmente, tras trece kilómetros, desacelero y echo un vistazo al espejo. Tengo la cara roja y estoy sudando como un animal. Tengo la camiseta empapada, el pelo también está húmedo y apelmazado, incluso mis calcetines están mojados, como si hubiese metido los pies en un charco.

Voy ralentizando hasta detenerme, y con el rabillo del ojo veo que alguien se sube a la cinta de correr que tengo al lado. Apenas me percato.

—Creí que serías más rápida —me dice.

Miro al graciosillo que tengo al lado. Es el presidente.

—Eh, chicos, ¿no creéis que podría haber corrido un poco más

rápido? —le pregunta a los agentes que controlan la sala mientras noto cómo me pongo roja como un tomate.

Se echan a reír, y él también ríe, y yo debería reír, pero no soy capaz. Estoy en *shock*.

—Podrías haber corrido un poco más rápido —me dice, guiñándome el ojo.

El presidente lleva puesta una gorra Kangol negra, pantalones negros y camiseta negra; su atuendo habitual para hacer deporte. Parpadea por debajo de la visera, mastica chicle. Se está quedando conmigo, pero me ha dejado sin habla y quiero desmayarme y no se me ocurre nada que decir. De repente me doy cuenta de que se me olvidó ponerme desodorante y de que debo de oler fatal, en este mismo momento, junto al presidente, que por lo visto ya ha desistido de bromear amistosamente con la chica muda que tiene al lado y se ha puesto a cambiar los canales de su televisor en busca de SportCenter.

Mortificada, me bajo de la máquina y salgo corriendo del gimnasio. Marvin, el director de viajes, me choca la mano antes de desaparecer. Subo en el ascensor hasta mi habitación, temblando todavía debido al encuentro y preocupada porque creo que no voy a llegar a tiempo para la llamada de recogida de las maletas. Cuando llego a mi planta, correteo por el pasillo. Cada segundo cuenta. Si no respondo a la llamada para las maletas tendré que cargar con la mía en todo momento allí donde estemos hoy.

Voy dejando atrás las puertas de las habitaciones y, de repente, una se abre y aparece Jon Favreau, el principal redactor de discursos, arrastrando su maleta para atender a la llamada de marras. Solo lleva una toalla alrededor de la cintura, dejando a la vista sus espectaculares abdominales, brillante y húmedo recién salido de la ducha. Nunca hemos hablado, y no vamos a hacerlo ahora, porque semejantes abdominales son de los que dejan a una chica sin palabras.

—¡Buenos días! —me dice sonriente, aunque un tanto abochornado.

Dudo mucho de que Jon esperase toparse con la nueva taquígrafa justo al abrir la puerta en ese preciso momento. Todavía estoy sudada, y lamento mucho no haberme puesto desodorante, así que no me detengo, avergonzada por los dos.

Ya en mi habitación, me desnudo y saco la ropa del día antes de meter el resto de cosas en mi nueva maleta azul, incluida mi sudada ropa de deporte de esta mañana. Envuelta en una toalla, dejo mi maleta en el pasillo justo a las ocho de la mañana. Menos mal.

Solo después de una rápida ducha soy consciente de lo que he hecho. De nuevo con la toalla puesta, abro la puerta de la habitación, pero mi maleta ha desaparecido... y ya es demasiado tarde para ir a una tienda. No hay modo de arreglarlo. Con las prisas, he guardado en la maleta toda mi ropa interior. Así que hoy voy ir por ahí acompañando al jefe del Estado sin bragas.

# EN NOMBRE DEL FEMINISMO

(mayo – junio)

Sam y yo estamos en el Rock & Roll Hotel para uno de sus conciertos con el grupo Fear of Virginia cuando empezamos a discutir seriamente. Me he tomado varios Cape Codder, esperando en la barra a que acabase las pruebas de sonido. Cuando se me acerca para saludarme, me pongo de puntillas y me abalanzo sobre él para plantarle un agresivo beso alcohólico. No es una buena idea, pues Sam está sobrio y sus compañeros todavía siguen allí, esperando a conocerme.

A partir de ahí la noche va cuesta abajo: una pelea después del concierto, primero en el camerino y luego cuando la banda ya ha guardado el equipo, y más tarde otra vez en la calle, donde han quedado, justo antes de que me monte en un taxi y me vaya a casa, sola. No recuerdo el motivo de la pelea; ni siquiera creo haberlo sabido en el momento en que se produjo. Pero me gustaría saberlo. Estoy en la cama esperando oír sus pasos en las escaleras, el chirrido de la puerta del dormitorio. Medio dormida, imagino ese olor familiar, la mezcla de sudor y Old Spice, triunfo musical y bourbon.

Me despierto en mitad de la noche y compruebo que Sam todavía no ha llegado y que tampoco me ha enviado un mensaje. Es en ese momento cuando me doy cuenta de que algo se ha ido al traste. Algo se ha estropeado y no sé por qué me emborraché de ese modo. ¿Y cuándo fue la última vez que Sam no me envió un mensaje para darme al menos las buenas noches?

A la mañana siguiente, salgo de la cama con la dolorosa sensación de que lo nuestro se ha acabado, y ni siquiera sé la causa. Me acerco a la cafetería como una zombi, repaso lo ocurrido el último mes en busca de alguna pista, como una Sherlock Holmes que todavía no se ha duchado y, muy posiblemente, sigue borracha. En las últimas semanas encuentro pruebas de que algo andaba mal, como cuando me detuve a acariciar a un perro en la calle Church y Sam me reprendió, irritado de verdad, a pesar de que yo siempre me detengo a acariciar a

los perros. O la ocasión en que, en un bar, se pidió una cerveza para él y nada para mí a pesar de que estaba justo a su lado. O el momento que me parece más esclarecedor, la semana antes de nuestro aniversario, cuando le pregunté qué quería hacer para celebrarlo y se encogió de hombros y me dijo que no creía que los aniversarios garantizasen nada. Se me cayó el alma a los pies. Yo había barajado toda una serie de posibles regalos para él.

A media mañana entendí que era una idiota: había sido testigo de un montón de advertencias y simplemente me había hecho la sorda. Le envié un mensaje a Sam diciéndole que teníamos que hablar, preguntándole si podíamos vernos en la calle Swann, en mi casa. Si íbamos a romper lo mejor sería hacerlo ahora, antes de que me involucrase más.

—Lo siento —me dice Sam antes de que llegue a abrir la boca. Estamos sentados en el porche delantero. La primavera está dando comienzo y la temperatura es perfecta: ni mucho frío ni mucho calor —. Sé que vas a cortar conmigo —prosigue Sam—, y no te culpo. Me he comportado como un idiota, pero te amo y quiero que sigamos juntos.

—Lamento haberme emborrachado en el concierto —digo, mirándole a sus ojos verde musgo. Dios mío, adoro esos ojos.

—No pasa nada —dice Sam, tomándome la mano—. Quiero decir que es algo tan impropio de ti. Y yo me enfadé en ese momento porque son personas a las que trato profesionalmente, pero no pasa nada. Pero no cortes conmigo, por favor.

Miro a Sam de reojo. Pienso: «¡Aleluya, maldita sea! No voy a tener que deshacerme del tipo con el que quiero casarme.»

Me agarra de la mano y me besa —en la mejilla, en la boca— y susurra:

—Te quiero, Galletita. —Así es como me llama en la intimidad, pues dice que soy como una de las galletas que se comió la noche en que nos conocimos.

—Yo también te quiero —le digo—. ¿Quieres ver una cosa muy graciosa que mi amiga Jen ha colgado en Facebook?

Subimos a mi habitación y saco mi ordenador portátil, pero cuando abro mi página de Facebook aparece una alerta y me indica que tengo un mensaje de una mujer llamada Wendy: la exnovia de Sam.

«Tu novio sigue llamándome para decirme que me quiere más de lo que jamás te querrá a ti.»

Esa es la primera línea del mensaje de Wendy.

«En nombre del feminismo, o de alguna clase de hermandad universal, he sentido que tenía que mostrarte sus mensajes.»

Sam salta de mi cama como si de repente se hubiese incendiado y desde la lejanía le oigo decir:

—Tienes que cortar conmigo, tienes que cortar conmigo.

Cuando cliqueo el documento adjunto, recuerdo que Wendy telefoneó a Sam en mitad de la noche la semana pasada, y que el incesante ruido me había despertado. Le di un codazo a Sam, que pareció sorprendido y molesto. «Tal vez sea algo urgente», le dije. No habían vuelto a hablar desde su desagradable separación. Sam negó con la cabeza y silenció el teléfono móvil, se apretó contra mí y dijo: «Vuelve a dormirte, Galletita.»

El documento adjunto son ocho páginas a espacio simple que recogen correos electrónicos entre Wendy y Sam, de abril a mayo. Voy pasando por ellos, uno tras otro. Y como si se tratase de un coro griego, lejanísimo, sigo oyendo a Sam soltando su letanía: «Tienes que cortar conmigo, tienes que cortar conmigo.» Centro hasta el último átomo de mi atención en los correos y con mucha calma descubro que hay un mensaje en el que Sam le dice a Wendy que es más lista que yo, es más fogosa, más abierta, más sofisticada, mejor en la cama, más creativa, más disciplinada, más capaz de tirar adelante y tener éxito de lo que yo llegaré a ser jamás...

Es posible que creas que voy a dejarme llevar por el pánico, que no seré capaz de respirar o de pensar, que voy a echarme a llorar. En lugar de eso, noto cómo la adrenalina corre por mis venas al mirar a Sam, que tiene los ojos clavados en mí, con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Acabo de leer el correo de Wendy sintiendo el latido de mi corazón en los oídos.

«¡Ah, solo una cosa más! Si está llorando tendrás la confirmación de que miente. No creas nada de lo que te diga. Ahora ya sabes la verdad.»

¿Recordáis a aquella madre que levantó el coche que iba a arrollar a su hijo debido a un subidón de adrenalina? Pues al observar cómo le caen las lágrimas a Sam siento que podría levantar un montón de todoterrenos. Se disculpa, lo admite todo; no tiene más remedio, está escrito. Sam me explica que cortó definitivamente el contacto con Wendy la semana pasada, y que por eso ella me ha escrito. Dejó de responder a sus correos electrónicos, ignoró sus llamadas y por eso ella le llamó en mitad de la noche y me despertó.

¿Hermandad? Y una mierda, Wendy.

Ni siquiera me había parado a pensar en la llamada que hizo de madrugada. Confiaba plenamente en Sam. Éramos un equipo. Lo compartíamos todo.

Sam me dice que me quiere al tiempo que se seca las lágrimas con la manga de la camisa de franela que le regalé por Navidad.

—Tienes que cortar conmigo —balbucea llorando.

Sam jura y perjura que no creía todas esas cosas, que la cagó. Me dice que odia su trabajo, que no es feliz, pero que no me ha engañado, que no ha sido más que una fantasía. Mi cerebro funciona más o menos como lo harían unos huevos revueltos, pero aun así intento dignificar el engaño emocional frente al engaño físico... ¿o se trata de lo mismo? ¿Importa que se haya acabado? Desde la lejanía, Sam sigue insistiendo: «Tienes que cortar conmigo», mientras me mira a los ojos y espera mi inevitable veredicto, esperando que le grite, que le lance cosas y le diga que salga de mi casa.

Sin embargo, no quiero cortar con él. Le quiero. Es la persona con la que quiero casarme y formar una familia. Solo él logra que me mantenga despierta hasta muy tarde para escuchar música en vivo. Es él quien me obliga a salir de mi zona de confort, siempre y cuando me haya tomado de la mano y me haga sentir segura. Es mi mejor amigo. La persona que ríe cuando pongo los ojos en blanco, quien me recuerda que tengo que ver el lado bueno de los demás, que tengo que otorgarle a todo el mundo el beneficio de la duda.

Pero al volver a fijarme en los mensajes que aparecen en la pantalla siento que negociar va a ser imposible, como va a serlo intentar encajar a mi Sam con el Sam de Wendy, o el Sam de Wendy en mi Sam. No va a funcionar.

—Eres tú el que ha hecho que cortemos.

Lo digo sin dejar escapar una sola lágrima, con un tono de voz tranquilo, judicial, que no soy capaz de reconocer como propio.

En un momento dado, Sam se va. Me enrosco sobre mi cama formando una bola y cuando oigo el sonido de la puerta de la casa al cerrarse, toda esa fuerza sobrehumana que me poseía se apaga como una luz. Eso es lo que significa estar sin Sam. Unas pocas horas después, decido que no puedo soportar tanto dolor. Corro hasta su casa más rápido de lo que jamás he corrido. En lo que dura un suspiro, llego allí, subo los escalones de dos en dos hasta llegar a su habitación. Me acomodo entre sus brazos y, durante un segundo, me siento mejor.

Obviamente, lo nuestro no va a durar. En las siguientes semanas, Sam se muestra sumamente dulce, sumamente atento, lo cual no hace sino destacar lo ausente que llegó a mostrarse semanas antes. Todas las noches sueño con él y con Wendy. Mientras voy o vuelvo del trabajo todos aquellos mensajes que se intercambiaron se repiten en mi cabeza sin descanso. Y cada vez que dice que me quiere, o que le gusta mi vestido, o que escribo muy bien, o se detiene voluntariamente en cuanto ve un perro para que pueda acariciarlo, me acuerdo de Wendy y de todas las cosas que Sam ha pensado en secreto sobre mí.

Con el paso de los días, es la amabilidad de Sam la que me resulta odiosa e insoportable. Sus esfuerzos por parecer mejor persona me hacen sentir fatal, y tras un par de semanas intentando olvidar, pongo fin a nuestra relación. No soy capaz de mantener el equilibrio entre la rabia y la pena y el resentimiento y el amor. Corto con Sam y me sumerjo en mi tristeza.

Evito ver a mis amigas porque me avergüenza demasiado tener que hablarles de Wendy y de lo que Sam le dijo de mí. De todos modos, están acostumbradas a saberme muy ocupada por cuestiones de trabajo, así que dejan de llamarme y yo empiezo a acostarme antes de que anochezca.

La advertencia de Bernice resuena en mi cabeza una y otra vez: «Conserva a tu novio, conserva a tu novio, conserva a tu novio.» Pero lanzo dicha advertencia por la ventana de mi dormitorio y me centro en el trabajo.

Con una nueva concentración rayana en la obsesión, perfecciono mi técnica para los informes fuera de registro. Llego temprano, pongo en marcha la grabadora cuando la reunión da comienzo y anoto la hora de inicio. Al instante encuentro un asiento contra la pared o en un rincón, cualquier lugar que esté apartado. Cuando la sesión acaba me desplazo entre los corresponsales y el personal para recuperar mis aparatos, pulso el botón de *stop* y anoto la hora de finalización. Regreso después a mi despacho, donde están mis compañeras, transcribo la grabación y la corrijo antes de hacerla pública —para su lanzamiento inmediato— o la envío por correo electrónico solo al Departamento de Prensa y al archivo presidencial, como transcripción interna. Cuando acabo, me meto en el lavabo y me echo a llorar.

Regreso a mi escritorio secándome las lágrimas y leo el correo del Departamento de Prensa: «¿Contamos con una taquígrafa para esto?» Puede tratarse de cualquier cosa: una mesa redonda en la Sala Roosevelt, una declaración en Rose Garden, un informe de repaso en la oficina del secretario de Prensa, una entrevista en la Biblioteca, en la Sala de Recepción Diplomática, en la Sala de Mapas, en la Sala Azul, en la Sala Roja, en la Sala Verde, en la Sala Este, en el Comedor de Estado, en la Sala de los Armarios o en el Despacho Oval.

Repaso todos los correos. Se trata de una convocatoria para cubrir una reunión sobre atención sanitaria encabezada por Eric Holder, fiscal general del Estado, y Kathleen Sebelius, secretaria de Sanidad y Servicios Sociales. Cruzo el aparcamiento del Ala Oeste con diez minutos de adelanto y luego el vestíbulo. El ambiente allí siempre me recuerda al de una biblioteca: oscuras luces doradas, alfombras orientales, silencio. Cruzo el vestíbulo de puntillas y entro en la Sala Roosevelt, silenciosa como un monasterio.

La Sala Roosevelt no fue diseñada pensando en la acústica, así que tengo que dejar seis grabadoras a lo largo de la extensa mesa de caoba, más una séptima que coloco justo frente a la silla de POTUS, ligeramente más grande que las demás. Después de colocar las grabadoras, rodeo la sala y apunto quién se va a sentar en cada sitio. Justo cuando estoy anotando el nombre del corresponsal del *Washington Post*, alguien apoya su mano en mi hombro. Doy un respingo, siempre en tensión, y el hombre a mi espalda se ríe.

—Tienes que relajarte —me dice con una amable sonrisa—. Soy Von.

Me presento y correspondo a su amabilidad cuando me cuenta que lleva cuarenta años trabajando como mayordomo en la Casa Blanca.

—¡Cuarenta años! ¿Algún consejo? —le pregunto.

Von se encoge de hombros.

—No es más que un trabajo.

Asiento despacio, un tanto decepcionada. Necesito que sea algo más que un trabajo. Sin Sam, es lo único que me queda. Von se excusa tras dejar la última taza con su platillo correspondiente. Cuando está saliendo, se vuelve hacia mí.

—Encantado de conocerte, Beck. Y lo digo en serio: relájate, no es más que un trabajo.

Ese fin de semana le pido a Sam que nos veamos. Nos encontramos en una cafetería, territorio neutral, y él me suplica que le perdone, que volvamos a estar juntos... Y yo lo hago. Sigo enamorada de él. Todavía creo que vamos a casarnos. Así que me lanzo con todo lo que tengo. No le cuento ni a mi familia ni a mis amigos lo que nos ha pasado, porque si lo nombro será real.

—Mi terapeuta me ha dicho que deposité todas mis frustraciones laborales en ti en lugar de en mí mismo —me explica Sam. Sus palabras me tranquilizan, como si hubiésemos estado conduciendo con un coche estropeado y el mecánico hubiese encontrado el problema—. Necesito trabajar en la campaña de Obama, Galletita —continúa—. En Toledo, Ohio. —Parece estar pidiéndome disculpas, pero sus ojos centellean. Me digo que realmente le emociona ese trabajo, y que si es feliz haciéndolo no me engañará, y tampoco le enviará correos electrónicos a Wendy.

A pesar de la distancia, creo que hemos vuelto al buen camino. Somos el pequeño motor que recibió su diagnóstico y ha sido arreglado. Sam regresará de Toledo en noviembre —dentro de cinco meses— y yo estaré muy ocupada trabajando hasta entonces. Todo irá bien. En cuanto la campaña acabe estaremos juntos, y tal vez sea permanecer distanciados lo que nos convenga ahora, para demostrar que seguimos siendo el mejor equipo del mundo.

PARAÍSO, EL EQUIPO

# DE UNA SOLA PERSONA

(junio)

Volando en el Air Force One no consigues puntos ni millas aéreas, pero sí los obtienes cuando viajas en los vuelos chárter de la compañía Delta destinados a la prensa. Para los viajes internacionales, todos los medios de prensa se unen y fletan vuelos chárter en aviones privados a fin de ahorrar tiempo; así no hay que esperar en las aduanas ni pasar por otro lado cuando estás en Afganistán o Rusia; en la vida real no se dan escenas como las de las películas *Venganza*, *Venganza 2* o, Dios me perdone, *Venganza 3*.

Este es mi primer viaje internacional, mi primer desplazamiento en vuelo chárter, al que suelen apodar el avión festivo, pues ni POTUS ni los altos cargos de la Casa Blanca van nunca en él. Mientras Lisa viaja en el Air Force One grabando el informe y junto al grupito de prensa, Peggy y yo iremos en el otro avión. Eso conllevará alojarnos en un hotel diferente al del presidente cuando lleguemos a San José del Cabo, en México, para la reunión del G-20.

Lisa, siempre al día en cuestiones de moda, me ha dado un par de consejos sobre cómo vestir de un modo más informal en el avión festivo. Y yo se lo agradezco, pues no veo a nadie en traje mientras esperamos en la pista de aterrizaje. Compruebo que Chuck Todd viste vaqueros, mocasines y americana. Las mujeres llevan gruesos jerséis sobre *leggings* negros, y gafas en lugar de lentillas. Solo Kristin Welker, de la NBC, parece preparada para salir en antena, y está vestida así

porque acaba de llegar de unas tomas en directo en la Casa Blanca.

Rodney, uno de los cámaras de la NBC, me saluda con aspavientos. Lucas me cuenta que elige la ropa en función del lugar al que va —se vestiría como un duende si viajáramos a Irlanda, por ejemplo—, por eso cuando me cruzo con él le veo con un sombrero mexicano y unas maracas.

A pesar de que él no va en este vuelo, Lucas me ha dado sus propios consejos sobre el avión festivo, así que antes de despegar espero ansiosa los carritos de bebidas en el pasillo, porque los asistentes de vuelo de Delta están especialmente preparados para atender a clientes VIP, lo cual significa que no te obligan a sentarte y mucho menos a abrocharte el cinturón durante el despegue. Encuentro mi asiento y encuentro también una bolsita de regalos de Delta con mi nombre. Los presentadores de televisión están relajados, pero yo me siento como una estrella de cine.

Peggy se sienta a mi lado. Viajar con ella es como hacerlo con tu tía: es cortés y te hace sentir cómoda. Durante el viaje, los asistentes de vuelo ofrecen el cóctel que me gusta y me dicen «cariño» cuando me traen una mantita que yo no he pedido. Los tentempiés y refrigerios no tienen fin, y el licor corre como mi contador de millas aéreas. Entonces todo el mundo empieza a sacar sus billeteras. Peggy ya me ha informado de ese ritual: se trata de una especie de lotería propia del avión a la que denominan Asiento-0. Los participantes apuntan su letra y número de asiento en un billete de veinte dólares y lo dejan en la bolsa del Asiento-0 mientras Rodney recorre el pasillo recogiendo el dinero. El bote oscila habitualmente entre los mil y los tres mil dólares.

De mala gana escribo en el billete (pero ¿hacerlo no es ilegal?) y Rodney grita por los altavoces:

—¡Bienvenidos a bordo! ¿Quién está preparado para Asiento-0?

Estoy nerviosa y siento vergüenza, así que me limito a sonreír cuando Rodney se acerca hasta mí y me dice:

—¡Hola, señorita!

Las bolas de fieltro amarillo de su sombrero bailotean cuando se inclina sobre mí. Dejo mi billete de veinte dólares y observo cómo Peggy hace lo propio y Rodney sigue adelante por el pasillo con su bolsa de Asiento-O.

La elección del asiento tiene lugar cuando ya hemos alcanzado altitud de crucero. Rodney se coloca donde suelen hacerlo los asistentes de vuelo para indicarte dónde encontrar el chaleco

salvavidas. (Algo que refuerza el ambiente de infalibilidad del avión de prensa o del Air Force One es que no disponen de instrucciones de seguridad o de vídeos.) Una vez que hemos alcanzado la altitud máxima y Kelly, la directora de Prensa para viajes de la Casa Blanca, nos da las gracias a todos por viajar con la administración Obama a Cabo, le pasa el micro a Rodney y se produce un estallido de gritos y aplausos. Todos tenemos la mirada clavada en Rodney cuando saca el billete de veinte dólares de la bolsa. Tras enarcar las cejas y sonreír mostrando todos sus dientes, Rodney anuncia el nombre del ganador. Se trata de uno de los productores televisivos, y todos protestan porque, de hecho, es el que más dinero suele ganar. Cuando aterrice en Cabo dispondrá de mil trescientos dólares extra en efectivo. Después del abucheo, todo el mundo se echa a reír y aplaude y felicita al productor porque, a decir verdad, todos van con los gastos pagados a un resort tropical. Y por enésima vez en los últimos cuatro meses no puedo creer que esta sea ahora mi vida. O la vida de nadie. Nadie merece tanta suerte.

En Cabo el aire tiene un toque dulzón, un aroma que a partir de ahora voy a asociar con países en vías de desarrollo como Costa Rica, Tanzania o Laos. Los autocares nos llevan desde el aeropuerto hasta el resort, me registro y me entregan un paquete con todo lo que voy a necesitar, incluida una pulsera blanca para poder comer y beber todo cuanto quiera. Veo a los corresponsales haciendo cola en la barra de la piscina, con sus pulseritas a punto, y mientras Peggy y yo nos vamos en busca de nuestras habitaciones me pregunto quién podría llegar a ser mi amigo entre los integrantes del vuelo chárter de prensa.

Hope, mi única conocida en los viajes de la Casa Blanca, va con POTUS y el grupito y llegarán mañana, y desde la cumbre del G-20 se irán zumbando a una escuela primaria y de ahí a un centro cultural y de ahí a un monumento a los caídos y de ahí a un banquete de etiqueta. El presidente suele trabajar las veinticuatro horas del día cuando está en el extranjero; si alguien merece una pulserita durante los viajes internacionales es él, y también los miembros del grupito, pero POTUS apenas le da un sorbo al vino que sirven en las cenas en su honor, y los del grupito, con suerte, pueden disfrutar de una cerveza tibia en el autocar de prensa de vuelta a su hotel a medianoche. Solo los presentadores de televisión y el resto de los que viajamos en el avión de prensa podremos darnos el lujo de preocuparnos por la cantidad de calorías que ingeriremos mientras estemos en Cabo.

Llego a mi habitación y dejo escapar un silbido al descubrir las vistas del océano. ¿Cómo es posible que esta sea mi habitación? ¿Se habrán equivocado? Es el lugar más hermoso en el que he estado en mi vida, la habitación más bonita en la que me he alojado nunca, y no tengo que compartirla con nadie. Peggy y Lisa se echaron a reír cuando les pregunté si tendría que compartir con alguien una habitación de quinientos dólares la noche. «No, idiota», me dijo Lisa, dándome una colleja como si fuese un perrito tonto.

Suelto la mochila y abro la cremallera de mi maleta en busca del bañador. El vuelo de prensa siempre llega un día antes que POTUS y el Air Force One para que las cadenas de televisión puedan montar sus espacios para las conexiones en directo, habitualmente en balcones que dan al océano, o a las montañas, o a la ciudad, o a una zona devastada, según el paisaje y la naturaleza del viaje. Dispongo de veinticuatro horas para achicharrarme con el sol mexicano, leer, y tomarme con una pajita algún combinado que contenga algo de color rosa y Malibú.

Ser la chica nueva allí donde vayas resulta un tanto incómodo, pero ahora soy la chica nueva con un bañador y voy camino de una piscina llena de compañeros de trabajo que parecen no recordar mi nombre. No tengo un grupo de amigos, no tengo a nadie con quien compartir sombrilla, nadie a quien pedirle que me pellizque para despertarme de este sueño.

Varios de los corresponsales y de los cámaras están ya metidos en el agua, en la parte menos honda mientras beben sus daiquiris en vasos de plástico, permitiendo que sus pálidas pieles se abrasen. El pequeño equipo del Departamento de Prensa de la Casa Blanca también se ha metido en la piscina: Tim, que ayuda con los discursos, James, de Seguridad Nacional, Marie, la jefa de Prensa, Diane y Scott, ayudantes del secretario de Prensa. No quiero acoplarme: llevan años trabajando juntos. Son algo más que compañeros, son amigos. Así que me adueño de una tumbona en un extremo, lejos de donde parece desarrollarse la fiesta.

Veo a Peggy bajando por las escaleras y me encojo en mi tumbona. Si se coloca a mi lado, la gente guay del grupo jamás me invitará a unirme a ellos. Peggy me ve y me saluda con la mano y mi corazón se arruga al tiempo que le devuelvo el saludo. ¿Por qué tengo que ser yo la única con carabina? Pero Peggy echa a andar en dirección opuesta, hacia la parte más elevada de la barra de la piscina, donde varios cámaras chillan y ríen. Veo a Peggy acercarse hasta Rodney y

palmearle el hombro. Se vuelve y todos se emocionan. «¡Peggy!», gritan al unísono mientras la rodean y le preguntan qué le apetece beber.

Me encojo todavía un poco más en mi tumbona deseando desaparecer. Incluso mi jefa de sesenta años tiene un grupo de amigos. Está claro que lo tiene. Tim y James intercambian insultos mientras se lanzan una pelota de fútbol y las chicas compiten con un presentador y un productor de la CNN haciendo la vertical.

Intento desconectar de la ruidosa fiesta y concentrarme en mi libro. Al ver que no soy capaz, respiro hondo, le envío un mensaje a Sam y le digo que me encantaría que estuviese aquí. Sam aprecia mi reticencia y me escribe: «Tómate algo. Relájate. Disfruta.»

Me acerco a la barra de la piscina y le pido al camarero, que está la mar de ajetreado, que me sirva un mai tai.

—Que sean dos —dice James, un atractivo portavoz de Seguridad Nacional, justo a mi espalda—. ¿Demasiado exquisita para estos rollos? —me pregunta, obligándome a volverme.

—¿Yo? —le digo, y no con ánimo de flirtear, sin parpadear ingenuamente ni nada por el estilo. Se lo pregunto porque necesito asegurarme: demasiadas veces en mi vida he respondido a comentarios que no iban dirigidos a mi persona.

—Sí, tú —responde James, dedicándome una devastadora sonrisa.

—No, eh, es que...

—¿Qué estás leyendo?

Levanto el libro, *La conjura de los necios*. Mi libro favorito. Mi versión literaria de lo que representa una cálida mantita. Lo he leído tres veces, pero necesitaba algo familiar en mi primer viaje al extranjero.

—Me encanta —me dice justo en el momento en el que alguien grita mi nombre.

James y yo nos volvemos hacia donde se encuentran Peggy y su cámara. Nos saludan con la mano.

—La justicia te reclama —me dice, y a través de sus gafas de sol puedo apreciar cómo su mirada, como si de un ascensor se tratase, me recorre de arriba abajo, deteniéndose en todas las plantas. Resulta halagador y desagradable y excitante—. Luego pásate por aquí —añade con calma, y me pregunto qué quiere decir con ese «por aquí».

No voy a descubrirlo, porque una vez que me uno al grupo de Peggy y el cámara ya no me aparto de ellos hasta que se pone el sol. Cuentan una historia increíble tras otra, sobre las diferentes

administraciones, presidentes, personal e incidentes internacionales. Todos estaban allí cuando Bush padre vomitó sobre el primer ministro de Japón, cuando Reagan se durmió delante de las narices del Papa en Roma, con lo de Monica, el 11 de septiembre, el *Katrina*. Y soy su público ideal: una tabla rasa con los ojos desorbitados, que les hace preguntas y en todo momento parece impresionada.

Peggy me pasa el brazo por encima de los hombros y me pregunta si quiero cenar con ellos.

—¡Pago yo! —bromea George, alzando la muñeca en la que lleva la pulsera blanca. Peggy gruñe y le golpea en el hombro.

Puedo verme reflejada en ella: la chica guay con amigos masculinos, la mujer franca y divertida, lo bastante inteligente para no liarse con ninguno de los hombres que han intentado cortejarla a lo largo de todos esos años. A pesar de que los cámaras son de la edad de mi padre, tratan a Peggy con el respeto y el cariño reservados a las hermanas mayores. Quedamos en encontrarnos a las siete, después de ducharnos.

Subo a mi habitación un tanto achispada y sintiéndome afortunada. Le envío un mensaje a Sam contándole cómo ha ido el día, pero no me responde. Durante unos segundos mi mente se centra en Wendy, pero la saco de mi cabeza y meto la tarjeta en el lector de la puerta. Antes de entrar en mi habitación se abre una puerta al fondo del pasillo y aparece James, recién duchado; apaga la luz antes de cerrar la puerta a su espalda. Puedo ver el número de su habitación antes de que mi cerebro llegue a saber por qué lo estoy registrando: 811.

—Eh —me llama mientras se acerca hasta colocarse justo a mi lado; demasiado cerca, de hecho. Siento un nudo en el estómago, igual que me ocurrió cuando, en quinto, Nate asintió en mi dirección en la pista de patinaje. Sé lo que ese vuelco significa. Es el delicioso aroma que supone subir la apuesta, una botella vacía dando vueltas que acaba señalándome en la parte de atrás de la escuela cuando nadie puede vernos.

Cuando ya está en el otro extremo del pasillo, James se vuelve hacia mí y me mira justo en el momento en el que alguien lo llama desde las escaleras. Es una mirada ensayada y eficaz. Y yo... aprecio en ella las posibilidades, los secretos que rondan por las barras y las piscinas de los resorts y se cuelan bajo las puertas de los hoteles en mitad de la noche, cuando todo el mundo duerme; reconocer en la esquina del bar que todos somos adultos y que tenemos derecho a

pasarlo bien.

Cuando Sam me llama por Skype antes de irme a la cama, dejo escapar un suspiro que no sabía que estaba reteniendo. En lo más profundo de mi mente me permito imaginar que ha estado hablando con Wendy otra vez. Le cuento cómo ha transcurrido la tarde, le hablo de la cena con Peggy y sus chicos y sobre la mirada de James. «Bien por ti, Galletita», me dice riendo, con el sonido propio de un bar de Toledo como trasfondo. «James Lentz es un tipo guapo.»

Una semana después del viaje a Cabo, voy camino del trabajo cuando mi padre me llama por teléfono. O bien ha pasado algo gordo o bien alguien ha muerto.

—¡Beck! ¡Lo logró! ¡El Tribunal Supremo ha dado su visto bueno a la Ley de Reforma de la Sanidad!

—¡No me digas!

—¡Han sido cinco votos a cuatro! ¡El presidente del tribunal, Roberts, afirma que la orden judicial se ajusta a la Constitución!

Para cuando cuelgo, Sam ya me ha enviado un mensaje, aunque su enfoque es más político: «Es alucinante... ¡Romney lo va a tener crudo a partir de ahora!»

Un par de horas después, POTUS hace una declaración en la Sala Este y las taquígrafas transcriben sus comentarios en nuestro despacho.

—Ha quedado bien claro que no he hecho esto porque se trate de una buena decisión política —dice el presidente—. Lo he hecho porque creo que es bueno para el país. Lo he hecho porque creo que es bueno para el pueblo estadounidense.

Si bien el resto de miembros del despacho se lamentan de que a partir de ahora su seguro de salud *premiun* les va a costar más caro, Peggy, Lucas y yo nos abrazamos. Es lo correcto. ¿Cuánta gente con la que me he cruzado en los viajes va a seguir viva, o sus hijos van a poder hacerlo, gracias a esta nueva ley?

—Sí, joder, POTUS —exclamo entre dientes mientras envío la transcripción.

# SUEÑA A LO GRANDE

## (julio – agosto)

—Beck —me dice Peggy una mañana a principios de julio—, quiero hablar contigo sobre la próxima semana.

Me pongo nerviosa de inmediato: ¿habré hecho algo mal? Me pregunto si se habrá enfadado porque he llegado un poco tarde las últimas semanas. Lo único bueno de que Sam no esté en la ciudad es que me voy a dormir temprano y que me despierto al amanecer, corro y después paso un rato leyendo y escribiendo hasta que llega la hora de irme a trabajar. Pero cuando empiezo a escribir me cuesta horrores dejarlo. Es como si cayese presa de alguna clase de estado hipnótico mientras rememoro lo sucedido durante la semana, pues cada nuevo detalle parece más importante que el anterior.

Voy a abrir la boca para disculparme, pero Peggy me detiene.

—El presidente va a salir en un viaje de dos días en autocar, ¿puedes ir con él?

Le respondo que sí sin mirar mi agenda. No tengo ningún plan para esos días. Este trabajo requiere tanto tiempo que he dejado los equipos de fútbol y de lacrosse.

—¿No quieres saber dónde va? —me pregunta Peggy. Me vuelvo para mirarla a la cara—. La primera parada es Maumee —dice Peggy —. Es un suburbio de Toledo, Ohio.

Tras dejar escapar un chillido y abrazar a Peggy, salgo al pasillo para llamar a Sam bajo la claraboya de cristal. ¡No puedo creerlo! ¡Voy a ver a Sam! No me responde pero no me extraña: son las diez de la mañana de un martes. Probablemente esté en alguna reunión. Le envío un mensaje con un centenar de exclamaciones.

El día que voy a encontrarme con Sam, volamos hasta el aeropuerto de Toledo y vamos en un convoy hasta la Casa-Museo Wolcott. Mientras POTUS se dirige a la rugiente multitud que espera fuera, entro en el museo, que es una antigua vivienda, para ver dónde puedo instalarme. Tras su discurso, POTUS concederá un puñado de entrevistas de entre cinco y siete minutos a la prensa local, que yo tendré que grabar y enviar al despacho antes de la siguiente localización, donde Sam está esperándome. Veo que la Asociación de Corresponsales de la Casa Blanca ya ha acampado en el salón, así que coloco mi equipo de audio junto a los suyos.

POTUS no ha concedido entrevistas a medios locales desde hace un tiempo, por eso parece un tanto oxidado durante la primera entrevista en el salón. Los siete minutos con *Channel 13 Action News* están repletos de pausas llamativas, de momentos de expectativa y de transiciones del tipo: «Pero la buena noticia es...» Cuando acompañan al periodista fuera de la habitación, POTUS se vuelve hacia Jay Carney, que está a mi lado, y dice con una mueca de desagrado:

—He hablado como un político.

Cuando eres médico te gusta que tus palabras parezcan las de un médico si tienes que darle el diagnóstico a un paciente. Si eres fontanero lo más adecuado es hablar como un fontanero si estás explicando cuál es el problema. Si eres peluquero, bombero, abogado, cuidador en el zoo, director de escuela o estrella del porno quieres que se note que trabajas en un ámbito concreto. Pero nadie quiere sonar como un político, especialmente los políticos.

Luego vamos hasta nuestro siguiente destino, y allí me encuentro con Sam. El mero hecho de verlo me deja fuera de juego. Está tan mono, vestido con traje y dando la mano a los corresponsales. Me acerco a él y me levanta del suelo; yo deseo quedarme aquí con él y no tener que volver al autocar durante el resto de la campaña. Cuando POTUS inicia su discurso, Sam me suelta la mano y me susurra al oído:

—Enseguida vuelvo. Quiero que Jay me conozca.

Asiento, orgullosa de él, y me quedo allí quieta. Pero cuando el presidente encara ya la parte final me doy cuenta de que Sam no ha regresado y que tengo que volver al convoy, por lo que no voy a poder despedirme.

Los aplausos van en aumento cuando POTUS casi grita el último párrafo, con la voz ya ronca:

—Y si ganamos en Toledo, ¡ganaremos en Ohio! Y si ganamos en

Ohio, ¡ganaremos estas elecciones! Y si ganamos estas elecciones podremos acabar lo que hemos empezado, ¡y les recordaremos a todos por qué los Estados Unidos de América es la nación más grande del mundo!

Veo a Sam corriendo entre la multitud hacia mí.

—¡Habías desaparecido!

—Lo siento, Galletita, me he encontrado con un montón de gente a la que tenía que saludar. —Sam me abraza, me da un beso en la mejilla y un rápido beso en los labios, después me acompaña hasta el convoy, donde los agentes del Servicio Secreto le paran—. Necesito una de estas cosas —dice Sam, tocando el pin rojo que llevo en la solapa.

Lo agarro del cuello y lo beso una vez más.

—Regresa pronto —añade con una sonrisa.

—Regresa pronto, tú —contesto, desordenándole el pelo, hasta ese momento perfectamente peinado. No voy a volver a verlo en un mes, como mínimo, pero no tengo tiempo para pensar en ello. Me vuelvo y echo a correr para no quedarme en tierra.

Peggy tenía razón: la campaña hace que el tiempo pase volando. Ya estamos a finales de agosto y, tras varios meses de campaña, todos me conocen: los corresponsales, los fotógrafos, el equipo de avanzadilla, el personal militar que controla el avión y lo protege comprobando que figuren en el documento correspondiente los nombres de todos los que están autorizados a subir a bordo.

—Arriba, señorita Dorey-Stein —me dicen con una sonrisa antes de que abra la boca.

Todd, uno de los asistentes de vuelo del Air Force One, promete llamarme Beck después de unos cuantos meses de llamarme «señora». «Es una costumbre muy difícil de cambiar, Beck, pero lo intentaré.» Los miembros del Departamento de Prensa ya no se refieren a mí como la taquígrafa. Jen Psaki sabe mi nombre, y Jay Carney se siente cómodo llamándome Beck antes de los informes. Rob Nabors comparte conmigo la bolsita de plástico con los pececitos de queso cheddar Goldfish, y Pete Souza me da mi maletín sin decir nada cuando llegamos a la parte de atrás de la Casa Blanca. Poco a poco me estoy haciendo amiga de verdad de Hope, la camarógrafa, aunque en la mayoría de viajes sigo sintiéndome bastante sola.

Entonces conozco a Shilpa, en el segundo autocar para el personal en Florida.

Habitualmente voy en el primer autocar de prensa, pero después de viajar a Coral Gables para recaudar fondos, el convoy ya se ha puesto en marcha, así que ahora viajo en el segundo. Cuando subo al autocar, una hermosa chica con cabellera negra levanta la vista del teléfono móvil y me mira, sonríe y me saluda: un gesto inútil. Debe de ser nueva. La mayoría de los presentes están demasiado ocupados como para no estar concentrados en sus BlackBerrys, así que no saben ni con quién van a viajar.

—Soy Shilpa, la más nueva de todas las ayudantes de la secretaria de personal —dice, tendiéndome la mano.

La secretaria de personal es un cargo superior con un equipo bajo su mando de cinco ayudantes que se encargan de todos y cada uno de los papeles que el presidente lee en un día cualquiera. Es decir, son responsables no solo de la sesión informativa diaria del presidente, sino también de todos los documentos, desde las circulares urgentes para Seguridad Nacional a las facturas para el Congreso o las notas de agradecimiento a personas como, digamos, Ethel Kennedy.

—Vaya, eso es mucho trabajo —digo, guardando el micrófono en mi maleta.

—¡Ya lo creo que lo es! —exclama Shilpa entre risas, ofreciéndome la más cálida de sus sonrisas.

Una semana más tarde, en uno de los autocares de campaña, mientras cruzamos Iowa, me encuentro con Shilpa. Tras un largo día entre turbinas de aire y campos de maíz y granjas, bajamos al bar del hotel donde nos reunimos con Cole, uno de los asistentes de viaje del presidente. Cole forma parte del círculo más cercano al presidente cuando está de viaje; jamás se aleja más de unos pocos metros de POTUS para poder informarle sobre todas y cada una de las personas con las que el presidente va a encontrarse durante la jornada y mantenerle al día de los planes de viaje. Para ser un ayudante de viaje efectivo, obviamente, hay que ser delicado, sociable y prescindir del ingenio al referirse a cuestiones políticas, y nadie es mejor en ese sentido que Cole. Nos hace un montón de preguntas, algo más bien poco frecuente por parte de un integrante de ese círculo. Pero Cole, que tiene unos brillantes ojos azules y pelo castaño de punta, dispone

de un afilado e inteligente sentido del humor, parece interesarse genuinamente por Shilpa y por mí en tanto que novatas, y yo aprecio su amabilidad. No llego a entender cómo puede Cole encajar en la jerarquía social: da la impresión de sentirse igualmente bien hablando con nosotras o con la Serpiente de Cascabel, que está sentada en un rincón junto a los otros altos cargos, incluidos Jay Carney, Marvin Nicholson, Jen Psaki, Terry Szuplat, el redactor de discursos, y Jason Wolf, el tipo al que confundí con Jim Carrey.

—¿No te parece que es el doble de Jim Carrey? —le pregunto a Cole, señalando hacia la mesa de Rattler con el mentón. Cuando ella alza su copa, el tintineo de sus pulseras de oro provoca un escalofrío en mi Ruso Blanco.

—¿Te refieres a Jason? —me pregunta Cole.

—¡Sí!

—Jason es todo un personaje. Es el segundo tipo más gracioso de este espectáculo, después de mí, claro. ¿Quieres que te lo presente?

Niego enfáticamente con la cabeza. No tengo ninguna intención de molestar a los integrantes de la mesa de la Serpiente de Cascabel, todos ellos altos cargos superimportantes.

—Entonces quedémonos aquí y tomemos otra ronda —propone Cole alegremente—. ¿Qué estáis tomando?

A medida que pasan las horas en el bar del hotel me doy cuenta de que más que borracha estoy un poco mareada por eso de hacer nuevos amigos. Shilpa y Cole me gustan de verdad, y creo que ellos sienten lo mismo por mí. Cuando llega la cuenta metida en una agenda negra, Cole le tiende al barman su tarjeta de crédito sin mirar siquiera el importe.

—Vaya, Cole, gracias, pero deja que... —digo sacudiendo mi billetera, sintiendo un pánico repentino porque es posible que no lleve dinero en efectivo. Shilpa hace lo mismo que yo.

—Ni hablar —replica Cole, haciéndonos un gesto con la mano—. Bienvenidas al equipo.

—Cole... —dice Shilpa tendiéndole veinte dólares.

Pero Cole se limita a sonreír y a negar con la cabeza antes de alzar su copa.

—Por soñar a lo grande —propone.

Shilpa se echa a reír, pero yo no pillo el sentido.

—Es lo que POTUS le escribe a los niños cuando les firma alguna cosa —me explica Shilpa.

—¿Soñar a lo grande? —repito tentativamente.

Shilpa asiente, radiante. Ambas sabemos que es algo ideal para decirle a un niño. Nuestro presidente es de lo que no hay.

Cuando llego a mi habitación del hotel le escribo un mensaje a Lisa preguntándole por Cole. Me dice que es un personaje importante. En tanto que asistente en los viajes, decide quién va a encontrarse con el presidente.

«¿A qué te refieres?»

«Cosas como quién tiene que salir en la foto, quién va a recibirlo en la pista de aterrizaje, quién va a saludar y quién no a POTUS entre bambalinas... Esa clase de cosas.»

«Eso entraña mucha responsabilidad.»

«Sí, tanto él como Noah son muy buenos en su trabajo.»

«¿Noah?»

«El otro asistente de viaje.»

«Creo que no he conocido a Noah todavía.»

«Es difícil de olvidar. Tiene unos labios que apetece besar.»

Me burlo de Lisa por fijarse tanto en los chicos y le doy las gracias por la información. Me sorprende descubrir que Cole tiene solo un año más que yo. No ha cumplido los treinta y ya dispone de poder en la administración Obama. Y yo soy... taquígrafa. Pero tal vez esa no sea la cuestión. Tal vez POTUS tenga razón y haya que soñar a lo grande.

# ESTRATEGA A LA CARRERA

(septiembre – noviembre)

El 30 de septiembre vamos a Henderson, Nevada, a las afueras de Las Vegas, para la preparación del debate que ha de celebrarse dentro de tres días. De camino allí, le envío un mensaje a Sam para comunicarle que se trata de un viaje largo con muchos ratos de inactividad, pues POTUS estará metido en una sala de conferencias con John Kerry y los altos cargos preparando el debate. Sam me dice que no va a disponer de mucho tiempo para hablar esta semana, que está muy ocupado con la campaña. «¿Por qué no escribes? ¿O te vas a leer a la piscina?» En lugar de eso voy en busca de Hope, pero ella se disculpa y me dice que le tocará trabajar la mayor parte del viaje: tiene dieciocho horas de filmación que deberá comprimir para crear el episodio de seis minutos de la Semana del Ala Oeste. Por desgracia, Shilpa no viene con nosotros en este viaje.

Por la mañana, salgo a correr. Las Vegas queda en algún lugar hacia el noroeste mientras asciendo por una cuesta, alejándome del hotel y adentrándome en unas empinadas calles vacías flanqueadas por pretenciosas mansiones embargadas. Estas casas están abandonadas desde que estalló la burbuja inmobiliaria. Más allá de esta ciudad fantasma están las montañas, indiferentes al calor seco, a la Gran Recesión, y también a la campaña de reelección del presidente.

Mientras mis pies golpean el pavimento, pienso en Sam. Puedo imaginarlo a él y a un grupo de escurridizos animales políticos acudiendo al mismo bar todas las noches para tomarse unas cervezas y teclear en sus portátiles, soltando números aleatoriamente de vez en cuando como si se tratase de una versión del síndrome de Tourette aplicada a la campaña electoral. Odio esas cosas. Sam las adora.

Una sombra en el cemento me saca de mis pensamientos. ¡Alguien está a punto de adelantarme! Jamás ocurriría algo así con una de las criaturas de Washington. En un principio pienso que debe de tratarse de un agente del Servicio Secreto, y me digo que no puedo

molestarme; les pagan para estar en forma. Pero si se trata de algún miembro del equipo me sentiré fatal. La sombra va creciendo hacia delante a medida que el perseguidor se me acerca. Dios mío, odio que me adelanten. ¿Quién será? ¡Voy a saberlo enseguida!

Estoy a punto de volver la cabeza cuando pasa por mi lado David Plouffe, dedicándome un respetuoso gesto de corredor al hacerlo. ¡Increíble! Es veinte años mayor que yo e infinitamente más importante. ¿De dónde saca el tiempo para ir tan rápido? Mi admiración y mi sentido de la competitividad chocan. No puede incomodarme que Plouffe esté realizando lo que deben de ser series de seis minutos. A pesar del calor del desierto y del hecho de haber sido superada, compongo una sonrisa mientras asciendo la colina. ¡David Plouffe es rápido! Eso está bien, ¿no?

Una vez en lo alto, veo a Plouffe doblar la esquina, pero de pronto acelera en la calle en dirección a la tierra roja. Se sale del camino y levanta una nubecilla de polvo justo antes de desaparecer tras una de esas pretenciosas mansiones de estuco blanco. Me pregunto hacia dónde irá o si conoce alguna clase de camino secreto.

Cuando regreso a mi habitación, me siento para escribir y el día se borra. Mientras el presidente se prepara para su primer debate con Mitt Romney, yo escribo sobre mi carrera con David Plouffe. No hay razón alguna para atormentarme con cada una de las palabras, pero tengo que hacerlo, aunque nadie llegue a leerlo. Es como si mi mente hubiese estado dormida y ahora intentase despertarla; como ponerse a correr de nuevo después de un invierno de inactividad. A la hora del almuerzo, canturreo porque he guardado ya el borrador del perfil de mi personaje en el escritorio del ordenador. Lo he titulado «Estratega a la carrera».

Al día siguiente volamos a Denver, donde POTUS lo hace fatal en el debate. Después de eso, se desata un infierno. Marie, la jefa de Prensa, señala hacia el autocar y yo me meto en él junto a varios corresponsales. Ocupo el asiento que me han asignado, al instante, y le pregunto a la conductora qué le pareció el debate.

—Oh, creo que Romney lo hizo realmente bien —me dice. Miro hacia donde suele estar el sello presidencial en el parabrisas, pero no está ahí, en su lugar está la insignia de Romney. Marie nos ha hecho subir por error al autocar de prensa de Romney.

Los corresponsales están muy ocupados escribiendo, así que digo:

—Chicos, estamos en el autocar equivocado.

Ellos empiezan a maldecir porque el convoy está a punto de

ponerse en marcha y va a dar le impresión de que *The New York Times* y los corresponsales de las agencias han cambiado de candidato justo después de un debate terrible. Nos bajamos y echamos a correr de un lado a otro, pero finalmente Marie nos encuentra. Recibo una mención por parte del grupito por haberles salvado el culo, y en el blog de *The Wall Street Journal* escriben: «La taquígrafa de la Casa Blanca sumó dos más dos y dijo: "Chicos, estamos en el autocar de Romney..." Se desató el pánico.»

A la mañana siguiente, bajo al gimnasio del hotel. En el mismo instante en que me subo a mi cinta para correr, POTUS se coloca en la de al lado. No hay nadie más en el gimnasio. Sin muchos miramientos, me dice «Buenos días» y yo le respondo y me aparto de su camino.

El 6 de noviembre de 2012, POTUS consiguió la reelección porque es el puto amo de este juego. A pesar de la evidente emoción que embarga a la ciudad de Washington, mi particular noche de celebración resulta decepcionante: veo los resultados en el diminuto televisor de nuestra casa de la calle Swann y espero a que el presidente pronuncie su discurso porque tengo que transcribirlo. Mientras Lisa y Margie están de celebración en Chicago, con el equipo de la Casa Blanca, y Sam está en Toledo, bebiendo para celebrar su personal victoria en Ohio, así como la victoria general, yo estoy sobria, sentada en una casa vacía. Charlotte, Emma y otras amigas me envían mensajes desde una fiesta y me dicen que van a ir andando hasta la Casa Blanca para celebrarlo, así que en cuanto acabo la transcripción salgo a la calle para encontrarme con ellas. La avenida Pennsylvania está ocupada por felices seguidores de Obama, que ríen y aplauden y hacen ruido como si se tratase de Año Nuevo. Todo el mundo está muy contento, pero yo estoy agotada tras meses de interminables viajes durante la campaña.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Charlotte, agarrándome por los hombros y con las mejillas sonrosadas. Ha estado en una fiesta y lleva bebiendo desde las cinco de la tarde.

—Echo de menos a Sam. —Le he llamado, pero no me ha respondido. Supongo que estará en un bar ruidoso con todos sus compañeros.

—¡Pero tenemos a Obama! —grita Charlotte, y de repente toda la gente se pone a cantar: «¡Cuatro años más! ¡Cuatro años más!», y

Charlotte y yo nos unimos al eufórico coro. Charlotte tiene razón: si una se fija en la panorámica al completo, todo resulta bastante alucinante. Obama le ha pasado la mano por la cara a Romney, y Sam está a punto de regresar. Tal como POTUS ha dicho en su discurso esta misma noche: «Lo mejor está por llegar.»

# ALZAR LA VISTA

(finales de noviembre)

Sam está recogiendo lo que ha sido su vida en Ohio y metiéndola en una maleta para regresar a Washington. Mientras tanto, yo me preparo para emprender un largo viaje a Asia antes de Acción de Gracias con la Casa Blanca. Vamos a pasar por Tailandia, Birmania y Camboya. Va a ser mi primer viaje al extranjero en el Air Force One.

—Buena suerte. Ya sabes que puedo cambiarme contigo si estás cansada —dice Lisa antes de despegar. He sido asignada a POTUS y al grupito, así que Peggy y Lisa viajarán en el avión festivo y se quedarán con los que van en él. Yo estoy dispuesta a acoplarme al grupito todo el tiempo. Quiero demostrarle a Lisa que puedo hacer este trabajo tan bien como ella.

Después del informe durante el vuelo a Bangkok, regreso a mi asiento y me quedo allí durante las siguientes veinte horas. Me tomo un Ambien, un somnífero bastante potente, porque estoy nerviosa y no quiero adormilarme hallándome tan cerca de la Serpiente de Cascabel.

La humedad en Birmania, al día siguiente, resulta insoportable. Me siento como si me hubiesen metido dentro de la boca de alguien; y el mal olor viene a ser el mismo. Hope y yo estamos apelotonadas junto a todos los corresponsales en un estrecho pasillo en un palacio en Naipyidó, la capital del país. El amontonamiento de cuerpos hace que resulte prácticamente imposible respirar, por lo que cambiamos miradas de desazón. El presidente Obama y el presidente Thein Sein están manteniendo una reunión bilateral al otro lado de las puertas que se encuentran en uno de los extremos de la sala. Encastada entre dos corresponsales, veo que por sus caras resbalan gruesas gotas de sudor hasta desaparecer entre la pelambrera de sus barbas. Estamos esperando a que tenga lugar el breve informe para el grupito, pero todavía no sabemos cuándo va a ser. Así que ahí estamos todos, apretados durante un período de tiempo indeterminado, sin que nadie se digne a hablar con nadie, lidiando cada uno por su cuenta con los efectos del *jet lag*, muertos de sed, conscientes de que esta es tan solo

la primera jornada de un viaje de seis días.

Veinte minutos más tarde seguimos esperando, como una sola masa resbaladiza formada por carne y equipo técnico. Los cámaras ajustan sus pesados aparatos. Sus camisas están empapadas desde que pasamos por Tailandia.

—Un día perdido —me dice Rodney. Al ver que alzo las cejas, se coloca bien el cuello de la camisa y me aclara—: No voy a llevarme de vuelta a casa esta cosa.

Oímos cómo se abre una de las grandes puertas al fondo y todo el mundo reacciona, despertando de golpe de ensueños protagonizados por cervezas frías y piscinas.

—Muy bien, chicos —susurra Marie, la jefa de Prensa—. Vamos allá, hagámoslo fácil.

Intenta organizarnos en dos filas indias —una para los estadounidenses, otra para los birmanos—, pero somos bichos sudorosos que lo que pretenden es quitarle el sitio a cualquiera de nuestros homólogos. Siempre es un momento estresante cuando treinta corresponsales y fotógrafos, armados con grabadoras, cámaras y escaleras de mano, empiezan a dar codazos y golpean a los demás con sus trípodes intentando abrirse paso hacia la puerta. Los embotellamientos son inevitables. Los agentes del Servicio Secreto que están en las puertas observan con desdén cómo nos esforzamos por cruzarlas para poder atender a nuestros líderes como si fuésemos lechones ansiosos por hacernos con alguna de las ubres de la mamá cerdita.

Obama y Thein Sein están a unos seis metros de distancia, frente a nosotros, sentados en unos sillones de madera muy grandes, de respaldo elevado, con los reposabrazos tapizados con motivos florales. La sala parece el típico salón de la casa de la abuela, con sus gruesas alfombras rojas que van de pared a pared y sus mesas de café decoradas frente a cada uno de los delegados gubernamentales, que se sientan en sillones más pequeños y más bajos en los márgenes de la sala.

Aunque hemos esperado casi una hora en el pasillo, los comentarios de nuestros líderes son escuetos, así que al cabo de unos pocos minutos ya nos están echando de la sala. Marvin dice:

—Gracias, grupito. —Poco menos que un eufemismo para disculparse por el tiempo de espera. Mareada debido a la deshidratación, me concentro en llegar al autocar, pues sé que allí hay botellas de agua, y el aire acondicionado, aunque mediocre, funciona.

Sin venir a cuento, nos piden que aceleremos, lo cual no deja de ser inusual porque estamos dentro de un palacio. Aprieto el paso hasta colocarme junto a Carolyn Kaster, fotógrafa de Associated Press. Recorremos a toda prisa una sala que desemboca en otra sala mayor, y una vez allí Carolyn me grita:

—¡Beck! ¡Mira eso! —Miro hacia la izquierda sin bajar el ritmo y veo un Buda dorado gigantesco, de unos tres pisos de altura—. ¡No te olvides de esto! —chilla Carolyn mientras la jefa de Prensa nos apremia desde atrás como si fuésemos perros de caza—. ¡No olvides alzar la vista! —grita Carolyn sin dejar de correr.

Puedo decir que esta es la ocasión en que más de cerca he vivido algo parecido a una estampida. Veo entonces a dos fotógrafos —uno birmano y otro estadounidense— que tropiezan y caen sobre el suelo de mármol.

A pesar de que la jefa de Prensa nos pisa los talones, Carolyn vuelve a gritar, apuntando con la cámara hacia el techo ornamentado.

—¡Alza la vista, Beck! ¡Para eso estamos aquí! —Se está dejando llevar por sus ansias de fotografiar con su cámara Nikon, enfocando hacia ese sobrecogedor Buda sin dejar de correr, con el torso girado, disparando tan rápido con la cámara que el sonido recuerda al de un chef picando verduras frenéticamente: ch-ch-ch-ch-ch-ch. Dentro de un par de años Carolyn ganará el premio más importante en el ámbito del fotoperiodismo, pero de momento estamos en ese enorme vestíbulo, riéndonos de lo ridículo del asunto: ese gigantesco y hermoso Buda junto a este pasillo húmedo que ha conseguido que nuestro interés por este viaje se entibie.

Al oír nuestras risas, otros corresponsales se vuelven hacia nosotras para comprobar dónde está la gracia y, aunque no tienen ni idea de lo que sucede, empiezan a reírse también porque a estas alturas todos deliramos ya un poco. Corremos y reímos topando contra las paredes, y no tardamos en salir a pleno sol, dando un paso tras otro tras otro tras otro como si fuésemos de cabeza a lo más profundo del mundo, recorriendo el sendero de grava camino de nuestros autocares.

Agarro una botella de agua de uno de los asientos del primer autocar de prensa y un agente del Servicio Secreto nos dice que tenemos que quitarnos los zapatos. Aparece la jefa de Prensa y les dice a los agentes que también ellos van a tener que quitarse los zapatos. Una de las agentes refunfuña. Jamás ha tenido que quitarse los zapatos en todos sus años de servicio. También refunfuña una de las corresponsales. Está embarazada de siete meses y le preocupa no

poder volver a ponerse los zapatos si se los saca.

—¡Tengo los pies como sandías! —se queja a la jefa de Prensa, alzando uno de sus pies hinchados para que lo vea. Observo su pie en el retrovisor, y lo cierto es que sí, recuerda a una pequeña sandía.

Mientras la agente sigue discutiendo con la jefa de Prensa, la mujer embarazada quiere saber por qué todo el mundo tiene que quitarse los zapatos.

—Vamos a una pagoda —responde la jefa de Prensa por encima del hombro mientras se encamina a otro autocar. Lo dice como si tal cosa, como si fuésemos a visitar un McDonald's o a detenernos en una gasolinera. Pero no tiene nada que ver con eso. Vamos a la pagoda Shwedagon, la estupa budista más antigua del mundo.

—Es una de las visitas no programadas —murmura uno de los corresponsales de la agencia France-Press mientras se quita los zapatos.

Habitualmente, las visitas no programadas del presidente no son en absoluto espontáneas, sino que responden a un plan trazado con días o semanas de antelación. Esta visita a la pagoda, sin embargo, ha sido incluida en el plan pocas horas antes, cuando volábamos hacia Birmania. El presidente vio desde la sala de conferencias del avión el destello de los círculos dorados que forman los cuatro mil quinientos treinta y un diamantes incrustados en el techo de la estupa. Le dijo a su equipo que quería visitar esa pagoda, y allí es hacia donde nos dirigimos ahora. POTUS se acordó de mirar.

El trayecto hasta la pagoda dura menos de cinco minutos desde la casa de Thein Sein. Una vez allí, saltando y corriendo por los escalones, la experiencia es surreal. Oigo maldecir a los agentes, con sus trajes oscuros y sus gafas de sol, mientras corretean descalzos a mi lado hasta lo alto de la explanada. No les gusta comprometer la seguridad del presidente en aras de lo sagrado de la tradición, pero es justo lo que están haciendo.

—Sois bastante monos cuando os mostráis vulnerables —le digo al oído a uno de los agentes cuando llegamos arriba.

—Puedo matarte incluso estando descalzo —me responde.

La pagoda Shwedagon te obliga a abrir los ojos como platos y resulta conmovedora. Los rayos de sol rebotan contra los templos cubiertos de oro, creando formas hipnóticas que resultan muy hermosas pero también cegadoras. El presidente está haciendo una visita guiada dentro de la pagoda y el grupito de corresponsales están ahí plantados, sin decir palabra, incrédulos ante la posibilidad de

haberse perdido este fantástico espectáculo si el presidente no hubiese ordenado expresamente la visita.

Cuando nos vamos de allí, incluso con mayor rapidez que a la llegada, nos metemos en los autocares y nos encaminamos a la casa de Aung San Suu Kyi. Una vez en su patio, ya con los zapatos puestos, observo a los corresponsales veteranos tomar fotos con sus móviles y mostrar su asombro por Suu Kyi. Nadie se queja ni anda buscando un lavabo. Nadie parece preocupado por el futuro de los rohinyás. Nadie puede prever las masacres, la barbarie, mientras esperamos a Suu Kyi para hablar de progreso. De nuevo estamos todos sumergidos en nuestra frágil historia, tan intrincada y compleja como la propia pagoda.

Suu Kyi emerge del porche trasero con el presidente. Hace comentarios con POTUS a su izquierda, y todos la escuchamos embobados detallar el amor que siente por su país y la emoción que le provoca el futuro. No se la ve atada al pasado, sino que está tan vinculada al presente que parece haberlo convocado y que se encuentre justo entre ella y el presidente Obama.

En silencio, pensativos, cruzamos el patio y nos dirigimos a nuestra última parada en Birmania: la Universidad de Rangún. Esta noche dormiremos en Camboya, pero de momento recorremos ese centro educativo, que recientemente ha vuelto a abrir sus puertas. No puedo ver al presidente en el escenario desde el asiento que me han asignado. Me han sentado en una sala trasera usada como archivo de prensa, y solo veo a un hombre birmano de unos setenta años sacudiendo los hombros al oír hablar al presidente del potencial de este país. Veo cómo las lágrimas le caen por las mejillas, sentado frente a un pequeño televisor en blanco y negro, escuchando al presidente de los Estados Unidos alabar los progresos de Birmania. Tendré que acordarme de que este es el motivo por el cual estamos aquí. Tendré que acordarme de alzar la vista. Tendré que acordarme de recordar.

Durante mi primer día en Camboya, me pierdo. Desesperada por encontrar un lavabo tras cinco horas sin pausa en la cumbre de Asia Oriental, dejo allí al grupito y me voy en busca de uno, pero cuando regreso a la sala de espera (donde habitualmente el grupito se reúne entre actos), todo el mundo se ha ido. Empiezan a sudarme las manos

cuando soy consciente de lo grande que es ese recinto, un gigantesco centro de convenciones con pasillos que tienen la amplitud de campos de fútbol. Todo el mundo ha desaparecido y está teniendo lugar un encuentro bilateral entre POTUS y el primer ministro Noda, así que en cuestión de unos diez minutos tendría que atender al informe para la prensa. No hay nadie allí, a excepción de un tipo grandullón en una esquina con credenciales estadounidenses colgándole del cuello.

—No hay problema, puedo llevarte al lugar del encuentro bilateral —dice mi salvador—. Por cierto, me llamo Teddy.

Teddy, uno de los auxiliares que llegó a Camboya dos semanas antes de la cumbre, conoce el lugar como la palma de su mano. El equipo de los que han llegado antes se ocupan de que el viaje del presidente responda a una logística muy concreta para que POTUS y todos los que van con él puedan concentrarse en cumplir adecuadamente con la agenda prevista. Dicho equipo se ocupa de los hoteles, los convoyes, las localizaciones, las comidas y los actos en sí; en cierta medida se parecen a los organizadores de bodas, porque cada uno de los días del presidente cuando está de viaje es como un enlace, aunque bastante más caro, con intereses más elevados, consecuencias más significativas y pasteles más llamativos.

A Teddy su nombre le va como anillo al dedo. Mide metro noventa y debe de rondar los ciento diez kilos de peso, por lo que parece un gigantesco osito de peluche. Tiene cara de crío y sus manos son enormes, una especie de garras de poder desconocido.

—¿Viviendo el sueño? —me pregunta Teddy en tono burlón cuando le pido que vayamos más deprisa.

Asiento sin sonreír. Voy cargada con un ordenador portátil, grabadoras, cables, un micrófono, una conexión wifi móvil. Estoy aterrorizada ante la posibilidad de perderme la rueda de prensa de POTUS y el primer ministro japonés. En el mundo de Obama, hablar de «vivir el sueño» es una especie de código que remite al tipo de vida que llevamos aquí: alucinante, estresante, sin descanso, agotador, frustrante..., aunque todo ello queda compensado en cuanto piensas para quién estás trabajando y cuál es el objetivo. También es la expresión que utilizamos por correo electrónico cuando lo que queremos decir es «voy a matar a alguien en un futuro muy próximo si no consigo: algo de ayuda con esto/ un descanso de cinco minutos/ café/ una semana de vacaciones».

Teddy se echa a reír y eso, curiosamente, me tranquiliza.

—Relájate, muchacha, llegaremos a tiempo.

—¿Muchacha? —pregunto con tono irónico en el momento en que nos metemos en el ascensor—. Debemos de tener la misma edad.

—Es posible. Pero ¿cuánto tiempo llevas viajando con POTUS?

—Ocho meses.

—¿En serio? Pues te llevo cuatro años de ventaja, muchacha.

Al contrario que la mayoría de integrantes de los equipos que van en avanzadilla, que suelen mostrarse un tanto altivos después de pasar varias semanas con sus compañeros preparando la llegada del presidente, Teddy es amistoso con todo el mundo. Es como un perro labrador pero con forma humana; bueno, un labrador cruzado con un jugador de fútbol americano.

—Ya hemos llegado —anuncia Teddy, dándome una palmada en la cabeza cuando me entrega a Marie, la jefa de Prensa, y me coloco junto a los miembros del grupito.

Todavía están en fila fuera de la sala donde tiene lugar el encuentro bilateral, esperando el momento de la rueda de prensa.

—Vaya, parece que te has perdido lo mejor —me dice Teddy, guiñándome el ojo antes de volverse y perderse entre un montón de integrantes de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático.

—¡Justo a tiempo! —me dice Marie—. ¡Vamos a entrar!

Los corresponsales, fotógrafos y cámaras tanto de Estados Unidos como de Japón están bajo presión, porque tienen que conseguir la mejor fotografía, grabar el sonido del modo más adecuado, encontrar el mejor ángulo posible, así que todos entran en la sala empujados por una agresividad que nada tiene que envidiar a cuando empieza a sonar Rage Against the Machine en la pista de baile. Un cámara japonés me golpea con su trípode en las costillas sin querer, y veo también cómo un fotógrafo estadounidense le propina un codazo a su homónimo japonés.

Una vez traspasada la puerta, busco la caja de conexiones que me permite enchufarme directamente a los micrófonos del presidente y del primer ministro. Pero dicha caja no funciona hoy, así que en cuanto enchufo mi grabadora en la caja me veo obligada a tener que remeterme entre el marasmo de periodistas con mi micrófono porque solo dispongo de dos opciones de audio: o la caja o el sonido ambiente que capta el micro. Las ruedas de prensa de las reuniones bilaterales son un deporte de riesgo. Me encantan.

Después de que los dos líderes hagan sus comentarios, Marvin nos da las gracias por estar allí y señala hacia la salida que está a su espalda. Llevo recorrido la mitad del pasillo, hablando con Kathleen

del *L. A. Times*, cuando me percato de que he dejado los cables y la grabadora conectadas a la caja de conexiones múltiples. ¡Mierda! Eso no es bueno, especialmente en un país extranjero, pues los anfitriones pueden pensar que, en tanto que norteamericana, has dejado la grabadora allí con la intención de grabar algo de manera secreta.

Me vuelvo y echo a correr hacia las puertas cerradas, pensando qué voy a decirle a Mike White, el encargado del Servicio Secreto, que está frente a la puerta y no va a gustarle tener que abrirla para mí. Casi he llegado cuando Jason, el doble de Jim Carrey, sale de la sala bilateral.

—¡No cierres la puerta! —le digo intentando no gritar.

No llamaré tanto la atención si la puerta ya está abierta. Jason, que me ha oído, cierra la puerta de todos modos. Cuando estoy a su lado me pregunta cuál es el problema.

—He dejado los cables y la grabadora en la caja de conexiones —le explico, resoplando, demasiado estresada como para sentir vergüenza —. Tengo que recuperarlos. Van a creer que estoy espiando a los japoneses o algo así.

—Eso sería terrible —me dice Jason; no parece preocuparle lo más mínimo.

Estoy a punto de pasar por su lado cuando, al mirarlo, veo que me está dedicando una enorme sonrisa; lo cual me permite también darme cuenta de que tiene unos ojos muy azules.

—No andarás buscando esto, ¿verdad? —me pregunta tendiéndome los cables y la grabadora.

—¡Oh, Dios mío! ¡Muchísimas gracias! —Sin pensarlo, le doy a Jason un tremendo abrazo. Le oigo reír y solo entonces soy consciente de que nunca nos han presentado—. ¡Lo siento! ¡Menudo alivio! Soy Beck —le digo, dando un paso atrás y tendiéndole la mano.

—Lo sé. Soy Jason —dice, correspondiendo a mi saludo.

—Eres mi héroe —le digo, enjugándome el sudor de la frente—. No sabes cómo te lo agradezco.

Me dispongo entonces a regresar con el grupito.

—Ha sido un placer —responde Jason—. ¿Cómo va tu primer viaje al extranjero? —Jason es uno de los miembros más destacados en este viaje, pero me hace esa pregunta como si dispusiese de todo el tiempo del mundo.

—¡Genial! Es una locura, pero resulta fascinante, como una carrera de velocidad —le digo—. No quiero hacerte perder el tiempo, así que gracias otra vez por lo de los cables. ¡Me has salvado!

—No me haces perder el tiempo —replica—. Creo que vamos a quedarnos por aquí al menos veinte minutos más.

—Ah, bueno, en ese caso... —Pero entonces me doy cuenta de que no tengo nada que decir.

No conozco a este hombre. Me propongo no decirle que se parece a Jim Carrey. Porque eso sería inoportuno y poco profesional.

—¿Te han dicho alguna vez que te pareces a Jim Carrey? —Pero ¿qué demonios me pasa? La culpa ha sido del *jet lag*, o de que acabo de librarme por los pelos de una acusación de espionaje.

Jason ríe y me mira desde lo alto. Porque es un tipo alto, más o menos como Sam, calculo, rondando el metro noventa.

—No —responde.

—¿En serio?

—En serio. ¿Crees que me parezco a Jim Carrey? —me pregunta.

—Bastante —respondo.

Jason sonríe y mira hacia el pasillo.

—¿Eso quiere decir que soy gracioso o solo que tengo una pinta divertida? —Jason arquea las cejas y no me cuesta entender por qué todo el mundo lo adora, incluso la Serpiente de Cascabel. Es inteligente y encantador, y yo me doy cuenta de que a su lado me siento más relajada de lo que me he sentido en todo el viaje. Transmite calma en mitad de todo este jaleo que nos rodea.

—Pero... ¡se trata de algo bueno! —le digo torpemente.

—Encantado de haberte conocido oficialmente, Beck.

—Encantada de conocerte, Jim.

—Me llamo Jason.

—¡Ya lo sé!

Estoy recorriendo el pasillo, pero sigo oyendo su risa.

La última noche del viaje, Marie, la jefa de Prensa, me pregunta si me apetece tomar algo con ella en el bar. El hotel Raffles, en Nom Pen, tiene un aire colonial. Puede olerse la historia, casi puedo sentir la sangre en mis manos mientras me ducho antes de bajar al bar. Hope, Teddy y Marie están sentados a una mesa, lo cual me hace una ilusión tremenda: ¡son tres de mis personas favoritas! Cuando pido un Ruso Blanco, Teddy exclama:

—Oh, vaya, creo que yo también voy a pedirme un Caucásico. —Y al instante lo hace.

—Hasta ahora nadie había querido tomarse un Ruso Blanco conmigo —le digo a Teddy—. Oficialmente acabas de convertirte en el mejor de esta expedición.

—Todavía eres una recién llegada —dice Teddy sonrojándose—. Hay un puñado de personas estupendas en los viajes. Ya lo verás.

Marie y Hope asienten, dándole la razón a Teddy. Me da la impresión de que se parece a Sam: siempre buscando el lado bueno de las personas.

—Brindemos. ¡Por un maravilloso viaje! —dice Hope alzando su copa.

Necesito las dos manos para agarrar el elefante de cerámica, lleno de Kahlúa, vodka y leche. No le damos más que un par de sorbos a nuestras bebidas, porque después de una semana fuera de casa, todos estamos bastante tocados y no tardamos en irnos a dormir.

A la mañana siguiente, entreveo a Teddy en el bufet del desayuno. Mientras nos atiborramos con seis tipos diferentes de bolas de masa, sopa de fideos de arroz, mango y agua de coco en su propio coco, observamos cómo la secretaria de Estado, Hillary Clinton, pasa media hora saludando y dándole las gracias a todos los que trabajan en la cocina.

—Trabaja de lo lindo —digo con la boca llena.

—Es cierto —coincide Teddy—. ¿Has probado las bolas de plátano y arroz?

Niego con la cabeza y Teddy me pasa una bola amarillenta de su plato.

—Son alucinantes —me dice—. Un verdadero placer.

Tiene gracia, acabo de conocer a Teddy, pero para cuando nos levantamos de la mesa tengo la impresión de conocerlo de toda la vida.

—Un buen ensayo para Acción de Gracias, ¿no te parece, muchacha? —me dice Teddy de camino al convoy. Vamos a volar de vuelta a casa.

Cuarenta y ocho horas más tarde, estoy en casa de mis padres para la cena de Acción de Gracias y aprovecho para perder la consciencia. El *jet lag* que provoca el regreso de Asia no es poca cosa. Me acurruco debajo de la mesa del comedor mientras mis padres hablan y mis hermanos bromean por encima de mi cabeza. Sam está aquí, a gusto con este caos al tiempo que le sirve a mi hermano, y se sirve él también, varios dedos de bourbon. Mi madre me propone que me vaya a mi antigua habitación, como si tuviese otra vez siete años, pero le

digo que quiero quedarme allí para escuchar, así que mi padre me lanza una manta desde el salón. En el Air Force One hay asientos la mar de cómodos y sirven comidas caras, pero tumbarme a los pies de mi hermana pequeña bajo la mesa del comedor el día de Acción de Gracias es exactamente lo que deseo hacer.

# ABIERTA EN CANAL

(diciembre)

El problema con las campañas electorales es que se acaban, y aquello en lo que pusiste todo tu corazón toca a su fin, como cuando termina una competición deportiva. A pesar de que la campaña de Obama acabó en victoria, Sam tiene que encontrar otro trabajo, y nada parece estar a la altura. Es decir, ninguno de los trabajos le satisface lo suficiente.

Cuando vuelve de Toledo, sin apartamento y sin dinero, Sam se viene a vivir conmigo a la pequeña casa de la calle Swann; de hecho, se instala en mi habitación. Así pues, ahora tengo conmigo a mi novio, deprimido y desempleado, y me toca sufrir el comprensible mal rollo de mis compañeras al tener que soportar que mi pareja vaya de un lado para otro de la casa, sin pagar alquiler y mostrándose más bien poco amable. No puede decirse que sea este el regreso del héroe que yo había imaginado durante todos estos meses. Creía que la campaña en Toledo le había aportado a Sam todo lo que necesitaba. En mi fuero interno creía que había tomado suficientes cervezas baratas y que había comido suficiente comida de bar y que había pasado tiempo más que suficiente sin novia. Estaba convencida de que volvería dispuesto a establecerse conmigo y a trabajar en una oficina. Pero no es el caso.

Como si del primer trago se tratase, o del primer minuto de juego, los meses que Sam ha pasado en Ohio durante la campaña solo le han llevado a desear más de lo mismo: anhela la competición, las estrategias dinámicas, el trabajo en equipo, las horas sin fin, los riesgos, las relaciones, las disputas con periodistas y las epifanías a última hora de la noche con los colegas. Sé que Sam está buscando trabajo solo en campañas políticas, y que ninguna de estas va a tener lugar en la ciudad de Washington, lo cual me sitúa en un callejón sin salida. Quiero que Sam sea feliz y que disfrute de una carrera profesional que le llene, pero sé que eso significa que se vaya lejos otra vez.

Mi ánimo va decayendo con el paso de los días, pero intento enfocarme en lo positivo. Una mañana de viernes, a mediados de diciembre, estoy en mi despacho borrando las grabaciones de los informes diarios y mirando por la ventana hacia el nido de un pájaro. Es un hermoso día de invierno, las temperaturas han ascendido, pero entonces empiezan a llegar las noticias de televisión. Veo imágenes de niños a los que sacan de los colegios cogidos de la mano y pienso: «Vaya, esto ha sido cerca.»

Entonces empiezo a conocer los detalles y no, no ha sido cerca. Se trata de un tiroteo. En una escuela de primaria en Newtown, Connecticut.

A medida que se van sabiendo los pormenores de la masacre van apareciendo nombres asociados a caras diminutas. Leo lo que la directora de la escuela, Dawn Hochsprung, va a decirles a los alumnos de la escuela primaria Sandy Hook: «Sed amables con los demás, ¡es lo único que importa!» Han disparado a veinte niños de seis años en su propia escuela, así como a seis de sus maestras, auténticas heroínas, que los han escondido en armarios y les han tenido agarrados de la manita hasta el final.

Marie, la jefa de Prensa, recibe una llamada de una asistente en Upper Press, y por los altavoces nos anuncia que disponemos de dos minutos. Nos apelotonamos frente al televisor en nuestro despacho y esperamos a ver a POTUS entrando en la sala de prensa. Tenemos listas las grabadoras.

En cuanto se abren las puertas azules, la primera fila de corresponsales dejan de hablar hacia las cámaras de sus respectivas cadenas. En primer lugar aparece el presidente, seguido por Jay y sus principales asesores, que se sientan a ambos lados de la sala, abarrotada, con más de sesenta periodistas.

El presidente se coloca tras el atril.

—En los últimos años hemos tenido que enfrentarnos a demasiadas tragedias de este tipo. Y en todas estas ocasiones he reaccionado a tales noticias no como presidente, sino como lo haría cualquiera, como alguien de la familia.

Miro a Peggy. Le tiemblan las manos. Sé que piensa en sus nietas. El vicepresidente Biden habla con la prensa por teléfono para dar su apoyo al control de armas. Al transcribir sus palabras escucho cómo el vicepresidente recrea una y otra vez la masacre con detalles muy gráficos.

De camino a casa me fijo en los autocares llenos de niños de

preescolar en el parque Lafayette. Al cruzar la calle Diecisiete una niña pequeña, con una mariposa pintada en la mejilla, me saluda con la mano, y yo me esfuerzo por superar la tristeza y le devuelvo el saludo. Veo a todos esos niños como posibles víctimas. Veo las caras cenicientas de los padres de la escuela Sandy Hook que, en los próximos meses, tendrán que encontrarse en restaurantes chinos, en la sección de congelados de los supermercados, en los aparcamientos de los edificios donde se encuentran sus terapeutas, y deberán escuchar, inevitablemente, las risas de otras familias porque la vida sigue.

POTUS vuela a Newtown dos días más tarde para hablar durante la vigilia de oración, y Peggy va con él. Cuando POTUS empieza a hablar, su voz es calmada y un tanto ronca. En el edificio Eisenhower yo transcribo sus palabras sin poder dejar de llorar, y cuando el presidente nombra a cada una de las víctimas, se oyen los llantos de la gente. «Tenemos que hacer algo —me digo—. El Congreso debe actuar.»

Cuando el presidente acaba y yo corrijo la transcripción de sus palabras, me siento a solas en el despacho, a oscuras, y cierro los ojos. Me pregunto cómo hemos permitido que suceda algo semejante. Y por primera vez en muchos años, puesto que nunca antes me había sentido tan perdida y abatida, rezo. Inclino la cabeza y le prometo a las veintiséis víctimas que voy a hacerlo mejor. Que voy a hacerlo mejor por ellas, y por todos los demás.

# ACTO II

## 2013

> No estamos aquí para ser perfectos. Estamos aquí para hacer que las cosas sean diferentes.
>
> *Presidente Barack Obama,*
> *discurso sobre el Estado de la Unión, 2013*

# PUEDES IR DONDE QUIERAS

(enero)

El tercer domingo de enero, muestro mi placa en la entrada norte de la avenida Pennsylvania y espero a que me dejen entrar con el zumbido habitual. Después de casi un año en la Casa Blanca, mi ritual matutino de entrada podría reducirse a toda una serie de sonidos: el zumbido, el tintineo, el gemido, el agente del Servicio Secreto bromeando sobre mi collar de caimán después de pasar por el detector de metales.

Pero hoy todo sonido tiene algo sagrado; incluso las quejas de los agentes sobre la posibilidad de que nieve. Me he ofrecido voluntaria para trabajar hoy, porque «trabajar» en esta soleada mañana de invierno significa ver cómo Barack Hussein Obama jura su segundo mandato como presidente de los Estados Unidos.

Estoy ya dentro del Ala Oeste cuando me topo con Lawrence Jackson, uno de los cinco fotógrafos de la Casa Blanca.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—Voy a encontrarme con los del grupito —le digo.

Lawrence sonríe forzadamente y sacude la cabeza.

—Olvídate de eso —me dice—. Tienes una placa azul y un pin. —Se ajusta la correa de la cámara sobre el hombro y deja atrás el despacho de prensa—. No tienes que esperar a los del grupito —me aclara—. Puedes ir donde quieras.

—¿En serio? —le pregunto. Peggy y Lisa siempre me dicen que me quede con los del grupito, pero la idea de apartarme un poco de la dinámica correr-y-esperar y de seguir el consejo de ir-donde-quiera me resulta de lo más atractiva.

Lawrence asiente.

—Eres miembro de la Casa Blanca, y tienes que llevar a cabo un trabajo importante.

Nunca lo había enfocado de ese modo. Hasta que se lo oigo decir a Lawrence, siempre me había visto como el último mono dentro del equipo, con un trabajo arcaico, mecánico y repetitivo.

Lawrence y yo recorremos juntos la columnata en dirección al Ala Este. No decimos palabra mientras cruzamos el Rose Garden. Incluso en enero está precioso.

El Ala Este es más lujosa que la Oeste. La moqueta roja se extiende ante nosotros cuando entramos en esa parte del edificio y saludamos al médico y a las enfermeras en su oficina; Fred, el agente del Servicio Secreto, está de guardia. Pasamos por la Sala de Recepción Diplomática, ascendemos la gran escalinata y llegamos a la Sala Azul, donde tendrá lugar la ceremonia de la jura del cargo.

Unos cuantos minutos más tarde, llega Marie acompañada del grupito y señala hacia la línea blanca que indica dónde tienen que colocarse los corresponsales y los fotógrafos durante la ceremonia.

No tardan en aparecen POTUS, FLOTUS (la Primera Dama), Sasha, Malia y el resto de su familia. Cuando llega el fiscal general Roberts, FLOTUS sostiene la Biblia familiar con ambas manos para que su marido pueda jurar sobre ella. Me doy cuenta de que la ceremonia recuerda vagamente a una boda: y por el poder otorgado al fiscal general Roberts, ¡ya está hecho! POTUS se ha convertido de un modo oficial en el presidente, de nuevo, y la familia se junta para abrazarse brevemente antes de las fotos.

Y al igual que ocurre en las bodas, tras los votos llega lo divertido: el baile inaugural. Hay más de treinta y cinco fiestas elegantes: diecisiete bailes oficiales y más de veinte extraoficiales. A Sam lo han invitado a ir al baile de Ohio junto al resto de los que trabajaron en la campaña, y a mí no me han invitado a nada.

El día del baile para la gente del equipo, sin embargo, Matt, del Departamento de Prensa nos ofrece invitaciones a las taquígrafas. Las otras taquígrafas no quieren ir, así que me quedo con sus invitaciones y se las paso a Charlotte y a Emma. Ninguna de nosotras tiene vestidos adecuados, pero tampoco hemos formado parte de la campaña. Perfectamente podríamos vestirnos de cualquier manera.

—¡Me hace ilusión conocer a tus compañeros! —dice Emma mientras estamos las tres en el lavabo de casa maquillándonos, peinándonos y quejándonos del hecho de que solo disponemos de un baño para las tres mientras que Sam tiene uno entero para él solo; pues todavía vive en nuestra diminuta casa de muñecas, sin pagar el alquiler, para disgusto de mis compañeras.

—No te esperes gran cosa —le respondo a Emma. He pasado casi un año en la Casa Blanca, pero mis compañeros de trabajo apenas siguen siendo conocidos. No tengo el número de teléfono de casi

nadie; cuando quiero contactar con Hope o Shilpa, Teddy o Cole, lo hago a través del correo electrónico oficial.

—¡Galletita! ¡Vámonos! —oigo gritar a Sam desde la planta de abajo.

Tiene previsto saludar a un montón de gente en el baile: amigos de Ohio y de Washington, pero también a personas que conoció en la campaña de 2008. Para él es un gran acontecimiento, así que cuando llegamos al centro de convenciones, apenas cruza la puerta alguien le llama y allí que se va él como un perrito faldero. Todo el mundo quiere a Sam, lo cual es estupendo, porque todavía está buscando trabajo y necesita relacionarse con toda la gente que pueda. A mí lo de hablar por hablar me cuesta horrores, pero Sam es brillante en eso.

—Vamos a tomar algo —sugiere Charlotte, y las tres nos encaminamos hacia la barra.

Sam reaparece justo antes de que POTUS y FLOTUS suban al estrado y le den las gracias a los miles de voluntarios y miembros del equipo que han participado en la campaña y que ahora escuchan a su comandante en jefe en grupos y con los brazos cruzados. Cuando POTUS habla de Alex Okrent, un miembro del equipo de veintinueve años que murió trabajando en el cuartel general de la OFA, Sam me aprieta la mano. Todos los que estamos allí, ya en actitud de respeto, dejamos escapar un profundo y humilde suspiro.

—No disponemos de mucho tiempo —dice POTUS—. Sé que cuando uno es joven da la impresión de que las cosas durarán para siempre. Pero resulta que todo es frágil. Y lo único que nos sobrevive es aquello que hacemos por los demás; es lo que nos diferencia. Y sabemos que lo que hizo Alex permanecerá.

Los sollozos y los suspiros crean una audible sensación de pérdida a modo de trasfondo a lo que está diciendo el presidente. Pero POTUS no tarda en cambiar de tema y en devolvernos el espíritu festivo del momento, el amor y la esperanza y el idealismo que unifica a este grupo tan heterogéneo, y le pone fin a su discurso al entonar en varias ocasiones el ya famoso: *Fired up! Ready to go!*» Resulta imposible no sentirse cargada de energía cuando te unes a Obama para entonar el grito de guerra. Todos voceamos y aplaudimos y alzamos nuestros puños. Y entonces lo entiendo. Miro a Sam, chillando tanto que mañana estará afónico. Y entonces lo entiendo.

Pocos días después, me encuentro en el nido de pájaro, grabando una comunicación personal del presidente en la Sala Este. Cuando POTUS se coloca tras el atril, reconoce a su jefe de gabinete, Jack Lew, por su prolongado servicio e indica que a partir de ahora se encargará del Departamento del Tesoro, y anuncia que Denis McDonough será ahora su nuevo jefe de gabinete. Su notificación no se aparta de lo habitual, pero entonces POTUS sonríe y dice:

—Creo que voy a aprovechar la ocasión para avergonzar a alguien.

«Oh, esto va a estar bien», pienso.

—Es posible que algunos de vosotros sepáis que hoy es el último día de David Plouffe en la Casa Blanca —dice POTUS.

«¡¿Cómo?!»

—Lo que quizá ignoréis —sigue POTUS—, es que el motivo por el cual él se ha dedicado a esto es porque realmente se preocupa por las personas.

He grabado a Plouffe en un montón de informes de fondo, y me ha quedado claro que se si ha dedicado al servicio público es porque tiene vocación de servicio. Es un buen hombre.

Mientras el resto de taquígrafas se encuentra en la planta de abajo almorzando, transcribo las últimas palabras del presidente, y después hago aparecer en mi pantalla el documento «Estratega a la carrera» para ajustar el formato.

—¿Qué es eso? —me pregunta Lisa a mi espalda. Me vuelvo y veo que está leyendo por encima de mi hombro, con el ceño fruncido. Antes de poder responder, ella lee en voz alta—: «Con pasos rápidos y decididos, eléctricos y ansiosos, Plouffe corre como piensa.»

Siento que se me revuelve el estómago al cerrar el documento; que Lisa haya leído mi texto me resulta tan agradable como que me hagan una citología. Siento que me pongo roja como un tomate y le digo:

—Es una cosa que escribí sobre Plouffe durante la campaña.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué escribiste sobre él? —me pregunta evidentemente irritada.

—Porque me adelantó mientras corría y me impresionó tanto que no pude enfadarme —le digo.

—¿Y ahora te has puesto a leer eso?

—Quiero dárselo... Es su último día —le respondo.

Lisa da un paso atrás para apartarse de mí.

—No puedes hacerlo —dice.

—¿Por qué?

—Porque no es profesional —dice Lisa—. Se sale totalmente de la norma. ¿Acaso te conoce?

Al oír esas palabras me echo a reír.

—De hecho, no lo sé.

Probablemente habrá olvidado lo que ocurrió aquel día. Pero no me importa. Lo que cuenta es que escribí el texto y que creo que a él le gustará. Y si no, tampoco supondrá un problema porque no tendré que volver a verlo.

—No puedes dárselo —me dice Lisa de nuevo con las manos en las caderas.

—De acuerdo —le respondo justo antes de apretar el botón de Imprimir.

Cuando Lisa y Margie se van a tomar un café, bajo las escaleras, cruzo el aparcamiento y entro en el Ala Oeste con una única misión: entregarle ese papel a David Plouffe. No tengo en cuenta lo que me ha dicho Lisa, porque ¿desde cuándo es poco profesional hacer un regalo de despedida? El hecho de que me encuentre en la parte baja del tótem no significa que no pueda mirar hacia arriba. «Sed amables con los demás, ¡es lo único que importa!» Las palabras de Dawn Hochsprung tienen un mayor significado para mí que las de Lisa mientras cruzo el embrollo de la Marina, la oficina del Consejo de Seguridad Nacional. Subo las escaleras y espero fuera del despacho de prensa de la planta de arriba, pero entonces me doy cuenta de que no tengo ni idea de dónde está el despacho de David Plouffe.

—Eh —oigo que me dice alguien. Me vuelvo y veo que se trata de Jason... ¡Él sabrá dónde está el despacho!

Le explico la situación a Jason y acabo diciéndole que el único problema es que no sé dónde está el despacho de David Plouffe.

Jason ríe.

—Creo que puedo ayudarte. —Me lleva hasta la sala de espera del Despacho Oval, nos detenemos y me mira—. ¿Te importa si lo leo antes?

Niego con la cabeza y le paso la hoja. Estoy a diez metros del Despacho Oval, enseñándole a un alto cargo al que apenas conozco un texto que he escrito sobre otro tipo importante al que todavía conozco menos.

Jason se toma su tiempo en leerlo, con los labios bien apretados. Alza la vista de la página y me mira cada vez que le gusta alguna frase en particular. Yo intento que no me dé un soponcio cuando lee en voz

alta:

—«Plouffe, cuyas ligeras piernas, su afilada mente y sus puntiagudos codos recuerdan a un montón de cosas terminadas en punta, como los lomos de los libros, las cajoneras o la colección Wüsthof...» Espera un segundo —me dice, deteniendo la lectura—. ¿Eres escritora?

—¡No! —Niego con la cabeza. No quiero que piense que soy una artista esnob—. Es decir, me gusta escribir, pero no. Antes de dedicarme a esto era profesora de lengua.

Jason se encoge de hombros. Le brillan sus ojos azules.

—Según lo que he leído, para mí eres escritora.

Me lleva entonces por un pasillo hasta el otro lado del Despacho Oval.

Me percato de que estamos en la sección de los altos cargos. Lisa me señaló esta zona durante mi segundo día en la Casa Blanca, y me dijo que nunca tendría una buena razón para acercarme hasta aquí.

—Beck —dice Jason con los ojos cerrados durante un segundo—, este es Jeff, el secretario de David Plouffe.

Un chico más o menos de mi edad se pone en pie al otro lado del escritorio y me tiende la mano. Cuando se la estrecho, la extrañeza del momento paraliza mi lengua y en lugar de decir: «Encantada de conocerte», como haría una persona normal, digo casi a voz en grito, alegremente:

—¡Holi! —Como si fuese boba.

Jeff mira a Jason y este me mira a mí, y yo me tapo la boca con la mano. Me he sonrojado tanto que me resulta doloroso. Pero no tengo tiempo para decir nada, porque de inmediato Jason exclama:

—¡Ah! ¡Hola, David! —Se inclina hacia delante y mete la cabeza en el despacho de David; parece una jirafa en busca de hojas frescas.

David entra en el despacho de Jeff y allí estamos ahora los cuatro, apelotonados, cuando Jason dice:

—David, creo que ya conoces a Beck, del departamento de taquígrafas.

Plouffe sonríe y dice con gentileza:

—Sí, claro. —Y asiente hacia mí como si todo esto fuese completamente normal.

—Hola, señor, mmm, gracias por todo —balbuceo, consciente de que tanto Jason como Jeff me miran y se preguntan si realmente soy británica, o si soy norteamericana, o si me he vuelto loca. David también me mira, pero la suya es una mirada de alegre curiosidad—.

Dudo... que lo recuerde —prosigo de forma entrecortada—, pero en el mes de octubre, durante la preparación del debate, me adelantó corriendo, en la pista, y...

—Oh, sí. Me salí de la calle y me fui hacia las montañas —dice Plouffe, rememorando con una sonrisa.

—Eso es, así que, mmm, yo escribí esto, porque iba usted muy deprisa y... aquí está —le digo, tendiéndole el papel que llevo en la mano.

—Vaya —dice Plouffe—. Gracias. Estoy ansioso por leerlo.

—No, no, gracias a usted. Y espero que tenga unas muy buenas vacaciones con su familia —le digo justo antes de salir. Demasiadas emociones para mi corazón de taquígrafa, así que me apresuro a regresar al edificio Eisenhower y subo a mi despacho, todavía roja como un tomate y avergonzada.

—¿Dónde estabas? —me pregunta Lisa mientras sorbe su capuchino.

—Estirando un poco las piernas.

Me siento orgullosa de mí misma y me alegra que Plouffe tenga el texto que he escrito, aunque jamás llegue a leerlo. Me fijo entonces en un correo electrónico que acaba de llegar a mi bandeja de entrada. Es de David Plouffe. Hará unos cinco minutos que salí de su oficina.

> **Muchas gracias por el texto, un buen recuerdo. Será bonito rememorarlo dentro de unos años por haber podido correr a una velocidad decente.**
> **Eres una excelente escritora...**

Leo esas líneas una y otra vez. No puedo creerlo. ¿Y si lo enmarcase? ¿Y si lo colgase de la pared y me pasase el resto de mi vida mirándolo? ¡David Plouffe me ha dicho que soy una excelente escritora! Le reenvío el correo a Sam. «Es que ERES una excelente escritora, Galletita», me responde. Estoy tentada de enseñarle el correo de Plouffe a Lisa, pero decido guardármelo para mí. Será mi secreto.

El año está a punto de tocar a su fin cuando todo el equipo de la Casa Blanca nos vamos a California. Estoy en una cinta para correr en el gimnasio de un hotel en San Francisco. Miro a mi izquierda y veo que POTUS corre a mi lado. Cuando finalmente cojo el ritmo, me doy

cuenta de que, por primera vez, no me siento nerviosa de tener a menos de dos metros de distancia al líder del mundo libre. Resulta extraño lo normal que puede llegar a ser el hecho de saludar al presidente en el gimnasio. Los otros residentes del hotel no le quitan ojo a la parte de atrás de su gorra Kangol e intentan hacerle fotos discretamente con sus teléfonos móviles. En uno de los hoteles, un tipo intentó correr tan deprisa para impresionar a POTUS que se salió de la cinta; y sí, es cierto, logró llamar su atención.

Poco a poco me detengo, escuchando música a todo volumen por mis auriculares. POTUS me dedica el típico saludo de despedida de gimnasio. A su espalda, bueno, en uno de los televisores planos de setenta pulgadas que tiene a su espalda, puede verse en las noticias al Air Force One aterrizando anoche en San Francisco. En mis oídos, Young Jeezy canta: *«Tell him I'm doin' fine, Obama for mankind/ We ready for damn change so y'all let the man shine»*. Cuando salgo del gimnasio saludo con la mano a Jason, que está hablando con uno de los agentes del Servicio Secreto junto a la fuente de agua.

—¡Como el rayo! —me dice, tendiéndome la palma de la mano para que la choque.

—¿Cómo? —pregunto sacándome uno de los auriculares.

—¡Eres muy rápida! —dice Jason—. Te estábamos observando... Impresionante.

—¡Oh! ¡Gracias!

—Sigue así, Rayo —dice Jason.

—Lo intentaré, Jim.

De vuelta en mi habitación, estoy a punto de escribirle a Sam para contarle lo surrealista que se ha vuelto mi vida, pero decido no hacerlo. Sam todavía no ha encontrado trabajo, así que lo último que necesita es que le diga lo mucho que me divierto cuando estoy de viaje. En lugar de eso, abro el correo electrónico del trabajo para comprobar a qué hora salimos, porque el convoy solo espera a una persona, y no soy yo. Tengo dos nuevos correos en la bandeja de entrada. El primero es de Shilpa; me pide mi teléfono móvil porque quiere invitarme a una fiesta. ¡Genial, nueva amiga a la vista!

El segundo mensaje es de Jason:

**¡Buenos días! Realmente eres muy rápida. ¡Que tengas un buen día!**

Le respondo de inmediato:

Me siento junto a Hope durante el desayuno y le pregunto sobre Jason.

—Es un tío muy majo —me dice Hope—. Dejando de lado al presidente, y tal vez a Marvin, Jason es el mejor embajador que tenemos. Hace que todo el mundo se sienta valorado.

Antes de que pueda preguntarle algo más, Hope añade que mantiene una relación seria con una mujer llamada Brooke.

—Yo no la conozco —me dice Hope entre sorbos de café—. Jason nunca la ha traído a ningún acto, pero su padre es un famoso productor de Los Ángeles. Por lo visto tienen un compuesto alucinante en Beverly Hills.

—Ah, qué bien —digo, porque no tengo ni idea de qué es un «compuesto». La única vez que oí nombrar la palabra «compuesto» asociada a alguna clase de edificación fue cuando los corresponsales describieron el lugar en el que se encontraba Osama Bin Laden. Tras echarle un vistazo a mi reloj me bebo de un solo trago lo que queda de café, y acto seguido Hope y yo nos vamos hacia el convoy.

Topamos con Jason de camino a los autocares; está junto a un agente de policía con el pelo plateado y un bigote a juego.

—El presidente valora mucho lo que estáis haciendo aquí —le está diciendo Jason. Le da la mano al agente y le entrega una de las monedas presidenciales.

Hope me da un codazo sin dejar de caminar.

—Por eso todo el mundo quiere a Jason. —Sonríe—. Siempre se asegura de que todos se sientan especiales.

# ESPERANZA Y CAMBIO

(febrero)

Finalmente, Sam consigue un trabajo. En Nueva Jersey. Cuando me lo dice me quedo sin habla. Ese no era el plan... Aunque, ¿cuál era el plan? Supongo que quedarse en Washington, encontrar un trabajo de oficina, volver a deprimirse y... ¿contactar otra vez con Wendy? Llamo a mi madre para contarle lo del trabajo de Sam.

—Vaya —responde—. Es como si te hubiesen dado una patada en el estómago.

—Así es justamente como me siento.

—Madre mía, Beck —suspira mi madre—. Tu padre también dice que es como una patada en el estómago.

—Me alegra saber que todos estamos en la misma onda.

Sam trabajará en la campaña de la demócrata Barbara Buono contra Chris Christie. Me siento aliviada de poder disponer otra vez de mi diminuto dormitorio de dos metros y medio por dos metros y medio, pero realmente estoy muy triste. Voy a echar de menos la época en la que Sam vivía casi al otro lado de la calle y no a cientos de kilómetros de distancia.

Y Sam no es el único que va a abandonarme: Emma quiere irse a vivir con una compañera de trabajo a Capitol Hill, y Charlotte va a establecerse en Vermont para estudiar Medicina. La mayoría de mis amigas de la universidad han abandonado la ciudad para seguir estudiando o debido a ascensos laborales. Voy a tener que encontrar nuevas compañeras o bien abandonar la estupenda casa de la calle Swann.

—Ahora que lo pienso... ¡mi contrato de alquiler se acaba a finales de mes! —me dice Shilpa mientras comemos. Estamos sentadas en mesas de pícnic en el aparcamiento, a mitad de camino entre su oficina en el Ala Oeste y mi despacho en el edificio Eisenhower, donde los pájaros hacen sus nidos.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le pregunto, inclinándome hacia delante y aguantando el aliento.

—¡Sí! —chilla Shilpa. Y de ese modo, dos compañeras de trabajo se convierten en compañeras de casa.

Shilpa y yo no tardamos en desarrollar una especie de rutina. Antes de emprender nuestra caminata de veinticinco minutos hasta el trabajo, valoramos nuestros respectivos atuendos para asegurarnos de que ni mi falda es demasiado corta ni la suya demasiado ajustada. Queremos que nos tomen en serio, pero al mismo tiempo somos conscientes de que tenemos veintitantos y no queremos vestirnos como monjas todos los días. Bueno, a lo mejor a Shilpa sí le gustaría, porque le encanta el color negro, pero en mi armario abundan los colores chillones, debido a mis tiempos de profesora, lo cual supone un problema porque me dijeron que no soy lo bastante veterana como para vestir de un modo más informal. En la cadena alimentaria de la Casa Blanca, mejor integrarse que dejarse comer viva. Solo las Vaginas Gigantes pueden llevar algo parecido a las prendas del catálogo de J. Crew.

Me gustaría poder echar mano de toda esa paleta de color de faldas de tubo y cárdigans estilo Jackie. Pero en cuanto me paro a pensar en la admiración que siento por las mujeres que han ascendido en la cadena jerárquica, oigo en mi mente el sonido de las pulseras.

En un viaje a Minnesota a principios de febrero, la oigo llegar antes de verla. De manera instintiva bajo la vista y finjo estar muy ocupada. Pero el tintineo del metal se hace más fuerte y al instante entiendo que la Serpiente de Cascabel me ha atrapado. Alzo la vista y la veo cerniéndose sobre mí, agarrándome con dos dedos la tela de mi americana color naranja.

—Me encanta —dice casi entre dientes, sin preocuparse siquiera por mirarme a los ojos, justo antes de seguir adelante por el pasillo. Mi corazón ha dejado de latir y no volverá a hacerlo hasta dentro de un minuto.

Esa misma noche, en la calle Swann, Shilpa pone los ojos en blanco y me pasa una copa de vino cuando le hablo del encuentro con la Serpiente de Cascabel, lo cual me resulta más intimidante que halagüeño. Le indico que para alguien que presume en público de ayudar a sus compañeras femeninas, resulta que su asistente es hombre y que su historial indica que ha ascendido a más hombres que mujeres.

—Pero bueno —digo con una sonrisa de medio lado—. La Serpiente de Cascabel se dedica a ayudar a las mujeres.

—Especialmente a mujeres que llevan americana naranja y zapatos

rosas de tacón bajo —replica Shilpa, alzando una ceja justo antes de brindar conmigo—. Será mejor que vayas con cuidado, B. Se ha quedado con tu cara.

Shilpa tiene razón. Lo que ha hecho la Serpiente de Cascabel es recordarme las resbaladizas imposiciones de la jerarquía. El hecho de que agarrase mi americana sin siquiera mirarme a los ojos fue su manera de decirme que regresase a los tonos neutros, colores similares al plancton, capaces de mimetizarme con el entorno. Con ese simple gesto me hizo saber cuál es mi posición, que, sin duda, está a años luz de la suya. Los colores brillantes son para los altos cargos, no para las taquígrafas.

El día de San Valentín, Sam me recoge con una hora de retraso en la estación de tren de Nuevo Brunswick. Ese sábado, a primera hora, ha tenido un acto de recaudación de fondos para Buono, por eso quedamos para comer después. Sam se encoge de hombros antes de decirme que va a tener que trabajar el resto del fin de semana.

—Podrías ir de compras —me sugiere.

Miro por la ventana y veo una tienda de animales que ha quebrado y un local para hacerse la manicura llamado Joann's Nails.

Cuando me está llevando en coche a la estación el domingo por la noche, Sam se disculpa por el decepcionante día de San Valentín. Tendré que hacer frente de nuevo a la tortuosa sonrisa de James Lentz en el Ala Oeste y cenar sola un bol de cereales mientras mi novio dedica todo su tiempo a una candidata con pocas posibilidades de ganar las elecciones. Tengo veintiséis años, se supone que estos deberían ser los mejores años de mi vida.

—Lamento este desastroso fin de semana, Galletita —me dice Sam en el coche tras aparcar de cualquier manera junto a las vías del tren —. Acabo de llegar y todavía ni siquiera he deshecho del todo las maletas... Dame algo de tiempo.

Asiento. Quiero ver las cosas desde el punto de vista de Sam. Lucha con todas sus fuerzas por cumplir su sueño al tiempo que intenta mantener una relación a distancia. Tampoco las cosas son fáciles para él.

Me voy de Nueva Jersey con la firme convicción de no atosigar a Sam con mi dependencia emocional. Voy a esforzarme por hacer amigos en Washington. Si tengo amigos cerca, no echaré tanto de menos a mi novio.

Esa semana veo a Teddy en el edificio Eisenhower. Del hombro le cuelga una bolsa de deporte y por eso le pregunto adónde va.

—Esta noche tengo un partidillo de baloncesto en el Departamento de Interior —me responde Teddy—. ¿Por qué? ¿Tú juegas?

—Jugaba en el instituto —le digo—. ¿Son buenos?

—El nivel no está mal —dice Teddy—. Serías la única chica, pero creo que estarías a la altura.

Así que esa noche Teddy me lleva a la cancha del Departamento de Interior. El olor del parqué bien encerado es uno de mis diez olores favoritos, justo por debajo del de una polvorienta biblioteca y del olor de la hierba recién cortada de un campo de fútbol, por eso no puedo evitar reírme cuando recuerdo todos los años en los que jugué al baloncesto: los robos, las jugadas, los rebotes y los contraataques. Me encanta el baloncesto. Algo dentro de mí vuelve a despertarse mientras caliento con Teddy.

—No me dejes en mal lugar, muchacha —me dice cuando empiezan a llegar los demás.

No voy a dejarlo en mal lugar, ni voy a hacer el ridículo. No soy la jugadora más destacada, pero tampoco soy de las peores; en absoluto soy una carga. Algunos de los chicos que juegan allí están entre las personas más amables con las que he tratado en mi vida, o como mínimo son los jugadores de baloncesto más amables que he conocido. Tras tirar una pedrada de tres puntos y echar a correr para volver a defender, Eric me dice:

—¡Sigue tirando!

Y cuando corto un pase muy malo, oigo que Javon grita:

—¡Así se hace!

Dado que soy la única chica en la cancha, puedo ser todo lo agresiva que quiera y no tengo que preocuparme por hacerle daño a nadie; la mayoría de los chicos son grandes y se ríen cuando intento aplacarlos.

—Un encanto —me dice Teddy al pasarme la pelota.

Cuando acaba el partido, todos nos damos la mano y los chicos me preguntan si voy a ir a jugar con regularidad. Les respondo que eso espero y entonces Eric sonríe.

—Ojalá... ¡Eres la bomba!

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan orgullosa. A veces la mejor terapia posible es hora y media de esfuerzo físico.

Voy a jugar todos los martes y, pocas semanas después, Noah, el otro asistente de viajes del presidente, se une a nuestro grupo. Noah es la mar de majo. Tiene el pelo liso de color castaño, la mandíbula cuadrada, ojos marrones de mirada profunda y unos labios muy

deseables, tal como Lisa los describió. Al contrario que Cole, Noah es reservado y apenas llega a decirme hola cuando me presento. Resulta intimidante, aunque no es especialmente alto; por eso acabamos defendiéndonos el uno al otro. Me da la impresión de que no le apetece defenderme, pues apenas se dirige a mí, aunque debería reconocerme del trabajo. Pero cuando llevamos diez minutos de partido, Noah lanza un tiro largo ante mis narices y sin pensarlo mascullo:

—¡No me jodas!

Noah me oye y suelta una carcajada. Está tan centrado en reírse que no puede cubrirme cuando esprinto. Cuando quiere darse cuenta ya he encestado.

—Eh, tío, estate más atento —le dice Javon al poner la pelota en juego.

—O como mínimo defender un poco —añade Eric.

Noah me sonríe y me mira.

—No vas a volver a repetirlo —me dice.

Después del partido Teddy nos lleva a Noah y a mí a nuestras respectivas casas. Antes de salir del coche, les pregunto si les gustaría ir a un concierto conmigo. Lucas, mi colega taquígrafo y ahora también amigo, toca el viernes en el Rock & Roll Hotel. Se suponía que Sam iba a ir conmigo, pero anuló su billete de tren por cuestiones de la campaña electoral.

—Suena bien —me responde Noah.

—Sí, me apunto —dice Teddy.

Me pasan sus números de teléfono; le doy las gracias a Teddy por traerme en coche y salgo de él. ¡Ya tengo dos nuevos amigos!

Durante el concierto del viernes, Noah se muestra especialmente silencioso. Debido a sus oscuros rasgos, su voz profunda y su mirada reflexiva parece un espía británico. «Las personas silenciosas suelen ser profundas —me digo—, o bien es un tipo engreído.» Ese es el problema con la gente más bien callada de Washington, una no puede saber si se trata de alguien reservado o simplemente alguien a quien no le interesa perder tiempo hablando con una persona que esté muy por debajo de su estatus. Nos emborrachamos, pues Teddy nos invita a varias rondas de chupitos, y cuando nos disponemos a irnos, un hombre detiene a Noah y le pide que le dé su tarjeta de visita, a lo que

este accede de mala gana. Después nos vamos los tres a un puesto de falafel y en el trayecto de diez minutos en coche hasta casa, Teddy se queda roque con el falafel apretado contra el cuello.

«Gracias por dejar que me acoplase», me escribe Noah a medianoche mientras me lavo los dientes. Utilizo demasiados signos de exclamación al responder —Noah no parece la clase de hombre al que le gusten los signos de exclamación—, pero me responde de inmediato y me dice que estaría bien salir de vez en cuando, que siempre se apuntaría a un concierto.

«¿Crees que Teddy se habrá acabado el falafel o se lo habrá guardado para el desayuno?», me pregunta. Sonrío mientras me acurruco.

# PERSIGUIENDO EL SOL

(marzo)

Hope y yo caminamos juntas hacia el edificio Eisenhower después de un breve informe para el grupito en el Despacho Oval. Cuando cruzamos el aparcamiento, veo el Jeep Wagoneer y siento que se me encoge en el corazón.

—¿Sabes de quién es ese coche? —le pregunto a Hope—. Cada vez que lo veo me da algo.

—¿En serio? —dice Hope—. Estoy casi completamente segura de que es de Jason.

Me apresuro en llegar a mi despacho y estoy a punto de escribirle una nota a Jason para dejársela en el parabrisas, ofreciéndome a comprarle el coche con un dinero del que obviamente no dispongo, pero Peggy nos convoca en su despacho.

—A finales de mes, el presidente va a viajar a Israel, visitará Palestina y también Jordania —anuncia—. Beck y Lisa, vosotras os repartiréis las obligaciones con el grupito, así que organizad cómo queréis hacerlo.

—Hay que tener en cuenta que POTUS irá a Petra el último día del viaje —añade Lisa.

¿Petra? ¡¿Petra?! ¿Como en *Indiana Jones y la última cruzada*?

El día antes de embarcarnos en ese viaje al extranjero, me hago con una foto de la cara de Jason y la engancho encima de una imagen del cuerpo de Indiana Jones y le dejo mi pequeña creación en el parabrisas de su Wagoneer con una cita de la película. Esa misma noche me envía una nota diciéndome que le ha encantado mi *collage* y que le hace ilusión que yo también vaya en ese viaje.

Lisa permanece con el grupito en Israel y Palestina, y nos intercambiamos al llegar a Jordania el cuarto día. La mañana en que nos disponemos a ir a Petra, noto, mientras espero en el autocar, que estoy sudando debido a la vergüenza. Según las indicaciones del Departamento de Estado, el código de vestimenta para Petra será «informal estilo desastre», lo que quiere decir ropa ancha que no te

importe ensuciar y zapatos cómodos que no te importe romper. Lisa me ha aconsejado que lleve pantalones de trabajo verdes, pero recorrí toda la ciudad y solo pude encontrar unos pantalones verde brillante en la tienda Gap. Así que, sentada en el autocar, parezco un duende refinado.

Para empeorar las cosas, la Serpiente de Cascabel ya me ha echado una miradita. Se fijó en mis pantalones mientras estábamos en el bufet del desayuno en el hotel y sus pulseras de oro sonaron a reproche. Pero supe que en esta ocasión tenía razón: no iba vestida del modo adecuado para visitar Petra. Indiana Jones jamás habría llevado unos pantalones de color verde irlandés si tenía previsto vivir una gran aventura. El resto de mujeres del viaje llevan pantalones caquis o *leggings* negros. Por eso decido volver a las costumbres de los tiempos de secundaria y me ato la chaqueta a la cintura. Pero en lugar de intentar ocultar una mancha provocada por la menstruación, mi intención consiste en ocultar por completo mi culo.

Cuando ya llevo unos minutos en el autocar, bajo la vista hacia mis estúpidos pantalones verdes y veo en mi BlackBerry que me ha llegado un correo electrónico. Es de Jason: «Eh, Indy, ¿estás lista?» Sonrío y me olvido durante unos segundos de mi indumentaria mientras respondo: «Soy como los gatos, siempre caigo de pie.»

Me parece genial que alguien tan importante como Jason se tome el tiempo de escribirme. Seguimos enviándonos correos electrónicos hasta que los helicópteros despegan y nos ponemos en ruta. Las vistas desde el helicóptero son alucinantes. Volamos más alto de lo que acostumbramos, por encima de las nubes y después entre ellas y las atravesamos, y el suelo desaparece antes de volver a emerger; me siento como si estuviese viajando en el tiempo, de vuelta a la época de los nabateos que construyeron Petra en el siglo iii a. C.

Al aterrizar, las hélices crean una pequeña tormenta de arena antes de que nos metamos en los autocares e iniciemos el descenso hacia las montañas del desierto, hacia Petra. Los turistas se han apelotonado a ambos lados de la calle para ver pasar el convoy. Saltamos de los autocares y revoloteamos bajo amarillentos rayos de sol que zigzaguean a través de los estrechos pasos como si se tratase de dibujos infantiles.

—¡Hola! —dice alguien a mi espalda. Cuando me vuelvo, Jason me abraza con fuerza y me susurra al oído—: ¿Por qué llevas unos pantalones de Lilly Pulitzer?

Siento cómo me sonrojo. Me esfuerzo para encontrar una réplica

ingeniosa.

—¡Eh, Jason! —le gritan desde el grupo de altos cargos—. ¡Ven, que nos van a hacer una foto!

—Le ruego que me perdone, señorita —dice Jason antes de dedicarme una pequeña reverencia.

Mientras el grupo de altos cargos posa frente al icónico monumento, me veo apartada del grupo de los populares, incluida en el grupo B, el de los solitarios; resulta tan obvio como si estuviésemos en secundaria. Nada como un viaje para que te quede claro cuál es tu estatus social. Pero antes de empezar a sentirme una marginada, Hope y Chuck Kennedy, el fotógrafo de la Casa Blanca, me invitan a hacerme una foto con ellos.

Nos lo estamos pasando tan bien que no me doy cuenta de que he perdido al grupito. Echo a correr por pasajes de arena antigua y de piedra, observando mi propia sombra corriendo conmigo por los muros de roca, sintiendo cómo la luz del sol ilumina el camino que se extiende ante mí. A esas alturas, lo mejor será dar la vuelta y regresar con los miembros del equipo de la Casa Blanca.

Pero antes de regresar junto a los que están en el monumento, recuerdo alzar la vista. ¿Cómo es posible que tenga tanta suerte?

Finalmente me uno al grupo de la Casa Blanca. Visitamos las antiguas tumbas y un fragmento del sistema de riego. Hope y yo parecemos dos bobas alucinadas, tenemos todo el rato la boca abierta incapaces de procesar con el cerebro lo que ven nuestros ojos. Vemos cabras, camellos y monos. Señalamos con el dedo y exclamamos ¡oooh! y ¡aaah!, y tomamos fotos que no le harán justicia ni remotamente al lugar.

En el avión de vuelta a casa, Hope está sentada a mi lado. Jason se detiene un momento frente a mí para burlarse de mis pantalones. Pero sus chistes no me hacen sentir excluida sino al contrario. Al ver que Jason le presta atención a la taquígrafa y a la camarógrafa, también otros miembros del equipo nos dedican alguna mirada. Lo cual a mí me hace pensar: «¡Mirad! ¡Soy genial! ¡Jason lo cree!»

Skye se detiene junto a mi asiento, por primera vez, y dice:

—Vaya, así que es aquí donde está la gente guay.

Obviamente, se refiere a Jason.

—¡Aquí las más guais son Beck y Hope! —dice Jason.

La Serpiente de Cascabel hace tintinear sus pulseras y sacude la cabeza hacia el suelo. Chad, del Departamento de Prensa, nos dedica una segunda mirada. Todavía me llama taquígrafa, a pesar de que

trabajo para él y conoce mi nombre.

Da la impresión de que a Jason no le importa la atención de los demás, porque sigue mirándome.

—Tu novio está metido de nuevo en una campaña, ¿no? —me pregunta.

—Sí, en Nueva Jersey —le respondo—. Es un rollazo.

—Sí, mi novia también viaja mucho —se compadece Jason—. Su familia vive en Los Ángeles.

—Tendríamos que salir juntos algún día —le digo y le hablo de los partidos de baloncesto de los martes por la noche con los chicos. Acto seguido saco mi teléfono para apuntar su número.

—¡Claro que sí! —exclama Jason—. Pero solo si puedo guardar tu número en mi móvil con el título de «Albañil» —añade, guiñándome el ojo—. Noah me dijo que tienes un tiro en suspensión estupendo.

Jason se pone en pie y se dispone a volver a la cabina de los altos cargos.

—¡Te veo el martes! —me dice desafiante.

A medida que cruzamos diferentes zonas horarias, el sol se va poniendo, y poniendo, y poniendo. Resulta muy hermoso ver el horizonte en llamas, de ahí que muchos se acerquen a las ventanillas y tomen fotos con sus teléfonos móviles. Como diría Alex Lloyd «persiguiendo el sol lo amo todo y a todo el mundo». Me encanta la película mala que ha escogido Teddy, y el hecho de que en el Air Force One lleve auriculares aislantes.

—¡Dejad de reír tan alto! —dice alguno de nuestros compañeros.

Pedimos vino para celebrar y brindamos, felicitamos a los autores de los discursos y les damos palmaditas a los miembros de Seguridad Nacional. El agotamiento ha hecho mella en nosotras, lo cual nos lleva a ser atolondradas, bobas y sinceras. Volamos a gran altura y, durante un rato, nos vemos libres de la presión y del estrés de nuestros trabajos.

Decimos que nos movemos dentro de una burbuja con razón, pero cuando miro a mi alrededor, observando a todas las personas en cabina, me da la impresión de que se trata de lo contrario a una caja fuerte, a pesar de volar en un 747 dotado de un montón de medidas de seguridad y de estar viajando a varios kilómetros de altura sobre la tierra. Las miles de personas que hacen posible que el presidente viaje forman un conjunto demasiado amplio para caber en una burbuja, pues tienden redes y ramas que trazan interconexiones de lo más variado. Desde el piloto, que podría poner el avión de costado si nos

viésemos sometidos a un ataque, hasta los agentes de policía locales que alteran el tráfico cuando aterrizamos, a los asistentes de vuelo, los trabajadores de las embajadas, los aparcacoches, los voluntarios, la unidad médica, la gente que coloca las alfombras... No oirás hablar de ellos en los mítines. Las abejas obreras desaparecen cuando se encienden las luces y empieza a sonar la música. Pero son precisamente todos esos hilos infinitos y el incansable trabajo y el sacrificio invisible lo que yo más valoro.

Nadie lo sabe, pero algunos de nosotros llevamos la misma ropa interior desde ayer, y algunos apenas hemos dormido desde que el convoy se puso en marcha esta mañana porque programamos nuestras alarmas a las cinco de la tarde en lugar de a las cinco de la mañana. Estamos siempre a escasos milímetros del desastre, ya sea personal o colectivo, pero justo ahora no somos el puesto que ocupamos, sino solo nosotros mismos: personas con un pasado y con un futuro, con exparejas y mascotas medio muertas y familias y corazones rotos y grandes sueños; personas que escuchan cómo el presidente les cuenta una divertida historia que escuchó dos países más atrás, hace doce horas, según la zona horaria en que nos encontremos. Somos todos muy diferentes, pero navegamos por el mismo sueño delirante, y tenemos una cosa importante en común: nos deja sin habla el hecho de estar volando por medio mundo montados en el Air Force One. Somos afortunados. Tenemos una suerte del carajo.

Esta es la vida que compartimos. Hay magia en ella, la alegría de aquellos que vivimos contra el reloj, porque la cuenta atrás se está desgranando, lleva tiempo en marcha, y las agujas se desplazan, y hay tanto que hacer, tanto que hacer, y el Conejo Blanco nos grita que llegamos tarde, pero de repente llegamos pronto porque hemos tenido que cambiar de zona horaria. Todavía pasaremos unas cuantas horas volando, e internet no funciona, y nuestros teléfonos tampoco, y el mundo, allí abajo, duerme, y aquí estamos nosotros, volando en un lujoso 747 dotado con los mecanismos de defensa de un cazabombardero, así que ¿cuál será la siguiente película?

Pero entonces llega Dawn, la asistenta de vuelo, y se echa a reír con nosotras cuando nos tiende unas toallitas calientes. Tiene tres hijos y no sé cómo puede demostrar tanta paciencia con cada uno de nosotros en estos larguísimos viajes. Propongo un brindis por Dawn, y le digo que parece una modelo con esa piel tan tersa. Pone los ojos en blanco, sacude la cabeza y me dice que es por el nuevo maquillaje, que esa es la razón. Pero cuando Dawn regresa a la cocina le dice a los

otros lo que yo le he dicho y, en otro viaje, cuando encontramos a la tripulación en un bar de Kansas City y nos ponemos a beber combinados de tres dólares con ellos hasta las dos de la madrugada, las otras asistentas de vuelo me preguntan si ellas también parecen modelos, porque a todo el mundo le gusta que se fijen en uno.

¿A quién no le gusta oír un cumplido que enmascare el olor a sudor que empapa nuestra americana, o los oscuros círculos bajo nuestros ojos, o el rímel corrido o las manchas de kétchup, o el hecho de haber perdido el teléfono móvil, o los kilos que hemos ganado, o los días sin hacer ejercicio, o las decadentes comidas de cuatrocientas calorías que engullimos en mitad de la noche? ¿A quién no le gusta notar la luz de los focos sobre sí después de habernos concentrado en un hombre en exclusiva tras cerrar las puertas de nuestras casas y haber metido nuestras maletas en taxis hace ya tres, cuatro o diez días?

Pasan las horas y Jason regresa a nuestra cabina para hacerse con un Snicker de la bandeja de dulces que hay frente a mi asiento.

—Hope, no dejes que Beck se quede con todos esos dulces —se burla.

—Algunas tenemos un poco de autocontrol —le respondo antes de acabar mi segunda copa de sauvignon blanco.

—¡Yo soy de los que no lo tienen! —Se encoge de hombros con un guiño al tiempo que coge una chocolatina.

Jason se encamina hacia la parte delantera del avión, pero antes de salir de nuestra cabina, se vuelve y me mira. Es una mirada electrizante. Me pongo roja como un tomate. Es por el vino, me digo. Esa mirada no ha sido nada. Estoy agotada y tengo *jet lag*. Después de un viaje transoceánico, somos poco más que un puñado de nervios, como cables eléctricos pelados. Cualquier impresión que tengamos no es real.

Cuando aterrizamos en Washington, arrastro mi maleta por la avenida Pennsylvania camino a casa. Saco mi teléfono móvil para ver si Sam me ha enviado un mensaje durante el vuelo de catorce horas. Nada. Pero cuando mi corazón empieza a desmoronarse, el teléfono se ilumina con la llegada de un nuevo mensaje. Pero no es de Sam. Se trata de un número desconocido. «¿Está ahí la Albañil?», dice el mensaje, y me hace reír bien fuerte mientras cruzo el parque Lafayette.

Intercambio varios mensajes con Jason hasta que me voy a la cama, después de lavarme los dientes y ponerme el pijama. Hablamos

de coches, enviándonos diferentes links de Wagoneers, International Scouts y Land Rover Defenders.

«¿Te van los viejos carrozas, eh?», se burla Jason de mí después de enviarme un link sobre un Jeep CJ-7 Renegade del 86.

«¡Agh!», le respondo. Él me envía una cara triste.

«Un día de estos tendríamos que hacer un viaje por carretera», me escribe cuando me dispongo a apagar la luz. Me detengo un segundo antes de responder. Esto no está bien, ¿verdad? Lo de enviarme mensajes con Jason. No es mi novio. Jason tiene novia. Jason es diez años mayor que yo, y cien veces más importante, y trabajamos en el mismo sitio.

«Algún día, por qué no», le respondo.

Lanzo mi teléfono al otro lado de la cama, como si se tratase de una patata caliente. Cuando vuelvo a mirarlo, él me ha enviado una carita sonriente. Borro la conversación con Jason y le envío un mensaje a Sam.

«Te echo de menos», le escribo. Y lo siento así. Madre mía, claro que lo echo de menos.

Me duermo esperando a que Sam responda. Por la mañana todavía sigo esperando noticias suyas. Me meto en la ducha, me quito los restos de Petra que llevaba en el pelo y observo cómo la arena traza círculos en el sumidero.

# LOS LAZOS DE NUESTROS CORDONES

(abril – mayo)

«¡Deséame suerte!», leo una y otra vez en los muros de Facebook de mis amigas cuando se disponen a correr su primera maratón. Apago el ordenador y, de camino al trabajo, recuerdo que mi amiga Kat corrió la maratón de Boston cuando estábamos en la universidad y se cagó en los pantalones cuando llevaba treinta y tres kilómetros. «¡Es algo habitual! ¡Te lo juro!», me dijo por teléfono al ver que no podía dejar de reír.

Esa tarde, mientras corrijo el resumen de prensa de Jay —pruebas de misiles norcoreanos, huelgas de hambre en Guantánamo, dimisión del primer ministro de Palestina, Fayyad, y la posibilidad de una propuesta de ley Manchin-Toomey para el control de armas—, Lisa recibe una alerta de noticias en su teléfono móvil: una bomba ha explotado cerca de la línea de meta en la maratón de Boston. Después recibe otra más.

Esperamos la respuesta de la Casa Blanca apelotonados alrededor del televisor que tenemos en el despacho, observando las imágenes en directo, igual que hicimos cuando ocurrió la matanza de Newtown. Nos llaman desde el Departamento de Prensa: POTUS hará una declaración.

—Va a ser una noche larga —me dice la jefa de Prensa por teléfono. Esperamos y esperamos y esperamos.

Esperamos, pero no estamos rezando. Con esto quiero decir que no estamos esperando a una señal de Dios o de algún profeta o espíritu. Porque se trata de dos terroristas que andan sueltos y las noticias no cesan. Porque la pantallita de la BlackBerry no deja de parpadear en rojo y yo la tengo conmigo como si se tratase de un apéndice extra de mi cuerpo. Rezar es el privilegio, y también el castigo, reservado para los que viven fuera de esta burbuja. En una casa inundada, en una calle de Chicago, o de Bagdad, Crimea o Homs... puedes rezar. Pero en la Casa Blanca, cuando suenan las alarmas, la gente tiene que dedicarse a encontrar soluciones improbables a problemas imposibles.

A lo largo y ancho del mundo, la gente enciende el televisor y sintoniza los canales de noticias para saber cuál va a ser la estrategia de la Casa Blanca, qué van a hacer y qué van a descartar. Una y otra vez. Cuando matan a alumnos de primaria, cuando familias enteras quedan destrozadas por una bomba, rezar a solas no ayuda a prevenir la próxima tragedia..., pero ¿qué podría hacerlo?

En la sala de prensa, los corresponsales de televisión dejan de hablar a sus cámaras cuando se abre la puerta azul. El presidente sale el primero, y cuando está en el atril, afirma que vamos a llegar al fondo de esta cuestión y que se hará justicia.

—Tengo una confianza absoluta en que la gente de Boston se mantendrá unida, se cuidarán unos a otros, y saldrán adelante como la ciudad orgullosa que es. Y el pueblo estadounidense estará a su lado en cada paso que den.

En los dos días siguientes, la propuesta para el control de armas vuelve a quedar en nada, y el Senado rechaza prohibir las armas de asalto o ampliar la verificación de antecedentes. Y yo noto como si me hundiese en un sentimiento de tragedia que, al mismo tiempo, me lleva a estar anestesiada.

Desmoralizada, ansiosa por poder hablar con alguien, invito a Hope a la calle Swann y, junto a Shilpa, nos ponemos a beber cerveza en las escaleras de entrada. Hablamos del tiroteo de los hermanos Tsárnayev, el fracaso de la ley Manchin-Toomey y las víctimas de Boston. Cuando ya es de noche, Shilpa y yo recogemos las botellas vacías de cerveza y entramos en casa. Shilpa pone a DJ Khaled a todo volumen y, mientras limpiamos la cocina, cantamos: «*No new friends, no new friends, no new friends*.»

No deja de resultarme irónico. Si no fuese por mis nuevas amigas, no tendría amigas en absoluto. Finalmente, Sam me envía un mensaje justo antes de dormirme: «Lo siento, Galletita, una noche muy larga. ¿Te llamo mañana?»

Dado que Sam está ausente no solo física sino también emocionalmente, el partido de baloncesto de los martes por la noche ha ido adquiriendo importancia con el paso de las semanas. El deporte siempre ha sido para mí un chute de energía, aunque creo que pocas veces me he sentido tan rabiosa y frustrada como tras el fracaso de la ley Manchin-Toomey. Resulta ingenuo pensar que a esos viejos verdes congresistas del partido Republicano, que no quieren que los gais tengan los mismos derechos o que las mujeres puedan abortar, les vaya a preocupar lo más mínimo hacer público que tienen cubiertas

las pelotas por la Asociación Nacional del Rifle.

Lo doy todo en la cancha de baloncesto; juego lo más duro posible y me dejan magullada cuando salto a por los rebotes.

—Lo siento, pero ya te dije que no te metieses en mi territorio, muchacha —se burla de mí Teddy cuando me toco el ojo hinchado.

Noah aparece por los partidos de los martes en el Departamento de Interior una semana sí y otra no, y habitualmente nos defendemos el uno al otro. A esas alturas, nos sentimos cómodos hablando de cualquier cosa, y a regañadientes le halago por sus fintas demoledoras. Cuando acaban los partidos, Teddy me deja primero a mí y Noah me saluda con la mano desde el asiento del copiloto.

—¿Nos vemos la semana que viene? —me pregunta Teddy y yo no puedo evitar sonreír. A pesar de todas las horribles noticias que imperan en el mundo, todavía quedan momentos luminosos.

Justo antes del fin de semana del Día de los Caídos, oigo a alguien gritar mi nombre mientras cruzo el aparcamiento del Ala Oeste. Es Jason.

—¡Beck! —grita desde la otra punta. Cuando me vuelvo, oigo unos rápidos y sonoros pasos; corre hacia mí.

Jason me abraza con fuerza, haciéndome crujir la espalda. Quiere saber cómo estoy, qué he estado haciendo. No nos hemos visto ni hablado desde la noche en que nos intercambiamos mensajes tras llegar de Petra.

Jason mira hacia la Puerta Norte y me pregunta:

—¿Te llevo a casa? —Sus ojos azules brillan bajo el sol de mayo.

—Gracias, pero vivo en Dupont.

—¿Y?

—Queda lejos de tu ruta.

—No pasa nada —responde Jason—. Me gusta conducir.

—¡No puedo creer que vaya a volver a montar en un Wagoneer! —digo mientras me subo y siento como si tuviese otra vez siete años.

La puerta del copiloto no chirría debido al óxido como lo hacía la del coche de mi familia, y el asiento trasero no está cubierto por décadas de restos de las mochilas escolares: clips de papel deformados, recibos arrugados de tiendas Wawa, mazacotes de chicle...

—¿Qué tal está Sam? —me pregunta después de despedirse de los

guardias del aparcamiento.

—¡Está genial! —le respondo. Giramos a la derecha, otra vez a la derecha y por fin estamos oficialmente fuera de la burbuja, conduciendo hacia el norte por la calle Diecisiete.

—¡Me alegro! —dice con entusiasmo.

—¿Y Brooke?

—Oh, pues no lo sé —dice Jason, mirándome con ojos de cordero degollado—. Creo que lo nuestro no va a arreglarse.

—Lo siento —le respondo, palmeándole el hombro.

De repente, parece haber entristecido y el silencio posterior resulta incómodo. Apenas conozco a ese hombre, y ahora ha dejado de hablar, y es raro, y trabajamos juntos, y está a punto de romper con su novia, y ay, Dios, está muy triste. Aunque yo siempre lo veo por ahí alegre y chistoso. ¿Tendría que hacer algo? ¿Profundizar un poco más en su tristeza?

Dejándome llevar por un impulso, más que por alguna clase de estrategia, hago lo que suele hacer Sam cuando estoy depre.

—Eh, ¿puedo ponerte una canción?

Jason sonríe y me tiende el adaptador para que pueda conectar mi teléfono móvil sin dejar de mirar las luces rojas del denso tráfico de Washington que se extiende frente a nosotros. Le pongo mi canción favorita, *Heart It Races* de Dr. Dog. Al pulsar el botón de *play* reconozco que he imaginado esta escena un montón de veces mientras corría por las mañanas. Al recostarme en el asiento en espera de su reacción me doy cuenta de que no voy a decirle que esa es la canción que nos une a Sam y a mí, que es sagrada, y familiar, como lo es el interior de un Jeep Gran Wagoneer del 89. Jason sigue el ritmo golpeando con los pulgares en el volante, que tiene sujeto exactamente en la posición de las diez y diez. Le cuento que cada verano iba sentada en el asiento de atrás en un viaje a Maine, que solía durar unas trece horas, y Jason me cuenta que creció en Wisconsin, que rodaba sobre castaños de indias con su familia todas las Navidades, y que escondía sus chucherías para que no se las comiesen las ardillas mientras veía cómo se congelaban las bolas de chocolate con manteca de cacahuete en la nieve.

Cuando estamos llegando a mi calle, soy plenamente consciente de que hay muchas otras cosas que quiero contarle.

—¿Te apetece un helado? —le pregunto en un último esfuerzo por quedarme en el Wagoneer. Jason duda pero acaba siguiendo mis instrucciones para llegar al Pleasant Pops de la avenida Florida.

Yo pido uno de Oreo. Jason elige uno de chocolate. Deja un billete de veinte dólares en el bote de las propinas por nuestros helados de tres dólares. ¿Estará coqueteando conmigo? No sé decirlo. Pero yo sí, mientras hago equilibrios en el bordillo como si estuviese a gran altura. En un momento en el que estoy a punto de caer me pasa el brazo por encima de los hombros, pero no me suelta cuando me enderezo. Se inclina sobre mí y me dice:

—Estoy colado por ti.

Me aparto y sonrío. Siento que todo me arde por dentro. Vuelvo a palmearle el hombro con la intención de crear cierta distancia entre nosotros. El modo en que me ha susurrado al oído... Ha sido casi como si me besase.

—Es el cumpleaños de mi compañera de piso —espeto—. Debería irme.

—¿Shilpa? —me pregunta. Claro, él conoce a Shilpa. Viajamos juntos. Sabe muchas cosas sobre mí—. ¡Pues te llevo a casa!

Jason abre la puerta del copiloto para que entre. Mientras él está rodeando el coche, me inclino y quito el seguro de su puerta y la abro haciendo uso de un recuerdo infantil. Pero cuando se sienta, Jason tiene un aspecto divertido y no mete la llave en el contacto al instante.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Nada. Es que... No importa.

—¿Qué?

—Ha sido muy amable de tu parte abrirme la puerta.

—¡No ha sido para tanto, Jim! —le digo con una amplia sonrisa. Me da la impresión de que hace una eternidad que estuvimos en Camboya, cuando le dije que se parecía a Jim Carrey. No sé por qué se ha puesto así.

Jason mira hacia su regazo. Todavía tiene las llaves en la mano.

—Sé que no debería decírtelo, pero Brooke nunca me abre la puerta. Se sienta y espera.

Me apetece bromear acerca de Brooke y la realeza hollywoodiense, pero decido no hacerlo; tal vez sea una persona estupenda. Estoy segura de que se sentiría fatal si oyese a Jason criticarla. Un escalofrío recorre mi espalda: los correos electrónicos de Wendy.

Llegamos a mi casa pocos minutos después. Jason detiene el coche pero deja el motor en marcha.

—Bueno —dice, poniendo de nuevo ojitos de cordero degollado—. Gracias por salir conmigo.

—¡Gracias a ti por salir conmigo! —le respondo, feliz de sentirme

tan cerca de él, feliz también de alejarme de él. Me inclino hacia su lado y le abrazo a modo de despedida.

—Eres muy amable conmigo —dice tranquilo, con los ojos fijos en el volante.

—¡Me gusta ser amable contigo! —le respondo.

Vuelvo a palmearle el hombro. Todavía tengo la mano sobre él cuando Jason se inclina sobre mí y, con un hábil movimiento, coloca una mano en mi nuca y otra en mi mejilla y me besa.

No me lo esperaba. Sufro un mini espasmo y le meto la nariz en la boca al tiempo que golpeo la guantera con la rodilla con tanta fuerza que la portezuela se abre y provoca un sonoro pitido que indica que algo va mal. Jason aparta la mano de mi mejilla y cierra con ella la guantera. Su boca vuelve a encontrar mi boca. La mano regresa a mi mejilla. Y ahora sí que es un verdadero beso, y a ese le siguen otros, y durante unos minutos estoy en otro mundo. Durante unos minutos me siento en lo más profundo del océano Pacífico metida en un Wagoneer con Jason. Estrellas de mar y cangrejos corretean a nuestro alrededor. No necesito aire para respirar. Nunca más voy a necesitar aire.

Aunque, en realidad, sí necesito aire. Y tengo que irme. Es el cumpleaños de Shilpa. Tengo que irme. Así que abro la puerta, dejo que me bese en la mejilla y le oigo decir:

—Felicita a Shilpa de mi parte.

Cruzo la calle y me quedo en el porche para ver cómo se aleja. Al final de la avenida se encienden las luces rojas de frenado, saca la cabeza por la ventanilla y me saluda con la mano. Yo también lo saludo. Estoy aturdida. ¿Qué demonios ha pasado?

—¡¿Dónde estabas?! —me pregunta Shilpa a mi espalda mientras se me aproxima en el porche. Lleva puesta una corona de papel rosa y me tiende un margarita—. Tenemos reserva para cenar a las siete. Hasta entonces estaremos bebiendo. —Asiento, pasmada—. ¡Beck! —me dice Shilpa agarrándome del brazo, un tanto achispada ya—. ¿Estás lista?

# TRIÁNGULOS DE LUZ

## (mayo – junio)

A la mañana siguiente, me despierto sobresaltada. *A Jason le gusto*. No puedo creerlo. Mientras me lavo los dientes, me miro en el espejo. No soy la clase de chica de la que se quedan colgados los hombres. Soy más bien de las que se quedan colgadas hasta que logran que se queden colgados de ellas. Durante toda mi vida me he visto incluida en la trágica categoría de seres humanos a los que no solo les rompen el corazón con cierta frecuencia sino que se lo hacen fosfatina. Se lo machacan. Se lo trituran. Se lo revientan. Lo dejan como un colador. Lo aplastan. Lo convierten en carne picada. Lo atraviesan. Lo flambean. Soy la simpática, la celestina, la Deportista de las Spice Girls cuando la que les gusta a todos es la Pija.

Siento el peso de la culpa cuando voy camino del trabajo y pienso en Sam, pero entonces me acuerdo de Wendy y me digo: «Él tenía su secreto y ahora yo tengo el mío.» No sé dónde irá a parar esto, pero no hago más que rememorar una y otra vez lo que pasó en el coche. *Jason está colado por mí.*

Esa noche le envío un mensaje a Jason para saber qué está haciendo, pero espero veinte minutos y no obtengo respuesta. Cuando Shilpa me pregunta si me apetece ver una película, niego con la cabeza y sigo con la vista clavada en el teléfono. Tres horas más tarde, tumbada ya en la cama, totalmente despierta, empiezo a mosquearme. Es imposible que no haya visto mi mensaje.

A la una de la madrugada, todavía pendiente del destello de mi teléfono móvil, me pregunto si para Jason el beso que nos dimos en el Wagoneer no fue como estar en el fondo del océano. Tal vez he

engañado a mi novio por algo superficial, por un breve acto inconsciente, basado en la esperanza de sentirme importante. Tal vez me dejé llevar por venganza, por todos aquellos correos electrónicos. Tal vez, me planteo, y no es la primera vez que me ocurre en mi vida, soy una idiota.

Pasan los días y en el vacío que supone conservar mi secreto me siento más y más sola y empiezo a notar el pánico.

A medida que los días van sumiéndose en el silencio, comienzo a preguntarme si realmente ocurrió lo que creo que ocurrió. ¿Me imaginé lo que susurró a mi oído? ¿Me he vuelto loca?

Ese fin de semana, en un esfuerzo por mantenerme distraída, le pregunto a Shilpa si quiere ir al espectáculo de Lucas.

—¡Gracias por venir! —nos dice Lucas al vernos, y nos abraza a las dos.

Lucas ha abandonado el despacho de las taquígrafas para dedicarse a la música a tiempo completo. Lo echo de menos.

—Al fondo está la barra. Cuidado con los chupitos, son fuertes.

Shilpa y yo vamos en busca de esos chupitos.

De regreso a casa, dando tumbos cruzando el barrio de Adams Morgan, voy hablándole a Shilpa del perro de caza, negro y marrón, que mis padres han rescatado en Alabama. De repente, ella me corta y me pregunta:

—¿Ha pasado algo entre Jason y tú?

Me quedo helada. Todavía tengo la foto del perrito en la mano. Pero los chupitos me dan a entender que puedo confiar en Shilpa, que no pasa nada. Además, si me ha preguntado es porque sabe algo.

—Creía que sí —le confieso—, pero supongo que en realidad no.

—¿Y eso por qué?

—Me besó en su coche, y dijo que estaba colado por mí, pero eso fue la semana pasada, así que no sé cómo están las cosas.

—¿Habíais bebido?

—¡No! Habíamos estado tomando unos helados. El día de tu cumpleaños. Entonces me besó en el coche. Pero no me ha enviado ningún mensaje, así que estoy prácticamente segura de que me he vuelto loca y de que me lo imaginé todo.

—Vaya —dice Shilpa.

—Sí.

—Te voy a decir lo que haremos —me dice Shilpa amablemente—. Vamos a pasar por Duccini's y pediremos unas porciones gigantes de pizza, y tú vas a contarme qué ha pasado.

A eso de las dos de la madrugada, el destello de mi teléfono móvil me despierta. Antes de poder centrar la vista, me percato de que estoy en el salón, repantigada en el sofá, todavía con la porción de pizza en la mano. Me temo que no voy a poder volver a burlarme nunca más de lo que le ocurrió a Teddy con el falafel. «¡Hola!», acaba de escribirme Jason. «Estoy en el coche, muy cerca de tu casa. ¿Todavía estás despierta?»

Diez minutos después, en mitad de la noche, cierro la puerta a mi espalda y bajo los escalones del porche, cruzo la calle desierta y abro la puerta del copiloto del Wagoneer.

—Te echaba de menos —me dice Jason, atrayéndome hacia él.

Estamos sentados en el Wagoneer hundiéndonos en lo más profundo del océano Pacífico. Entre largos y apasionados besos, Jason me dice que no ha dejado de pensar en mí desde la semana pasada. Hablamos de todo: de nuestra infancia, nuestras familias, nuestros episodios favoritos de la serie *The Office*, de nuestras exparejas, de planes de futuro. A las cuatro de la madrugada, me dice que no me parezco a nadie de los que trabajan con nosotros, que soy lista, amable e interesante. Me describe como «magnética». Cuando no estamos besándonos, reímos, y nos vamos conociendo un poco más, averiguando nuestros defectos y virtudes. La noche va desvaneciéndose, el sol asciende, y antes de que me dé cuenta mis vecinos van apareciendo, en bata, paseando a sus perros o recogiendo sus periódicos.

—Hacía mucho tiempo que no pasaba la madrugada metida en un coche —le digo antes de abrir la puerta del Wagoneer.

—¿Vas a ir a California la semana que viene? —me pregunta Jason.

—Eso creo —le respondo al tiempo que intento recordar si me toca a mí o a Lisa.

—Eso espero —dice Jason, agarrándome por el cuello de la camiseta y besándome con ansia antes de susurrarme al oído—: Podríamos pasarlo bien.

¿Qué demonios estoy haciendo? Le pido a Shilpa que salga conmigo a dar una vuelta. A la suave luz del sol, con los ojos irritados debido a la falta de sueño, Shilpa parece más preocupada que cuando le hablé del asunto durante la noche.

—¿Crees que esto va a alguna parte? —me pregunta desde detrás de sus enormes gafas de sol. Conoce a Sam y le cae bien; y yo todavía estoy enamorada de él.

Mientras los cafés helados que hemos comprado se derriten en nuestras manos, le digo a Shilpa que Sam me conoce de verdad, pero quien verdaderamente me desea es Jason.

—Todo parece tan urgente —le explico—. Es como si no tuviésemos más remedio que besarnos.

—¿No es esa la definición del deseo? —me pregunta Shilpa.

Sé que debería sentirme fatal, pero en cambio estoy de maravilla después de haber hablado toda la noche con Jason. *El tipo por el que estoy colada está colado por mí*. Que se fije en mí me marea. Ojalá pudiese contárselo a Teddy y a Cole y a Noah: adoran a Jason como si fuese una especie de hermano mayor guay. Cuando estamos de viaje, le siguen a todas partes, como simpáticos y leales perritos.

Cuando estoy con él me siento absolutamente honesta: le he contado en el Wagoneer cosas que no le había dicho nunca a nadie. Y he perdido la cuenta de las veces en las que él ha empezado una confesión diciéndome: «No puedo creer que vaya a contarte esto, pero...» Los besos han quedado en un segundo plano respecto a esa desvergonzada honradez.

Estoy convencida de que Jason es bueno guardando secretos; al fin y al cabo forma parte de su trabajo, además de otros muchos factores. Sé que tenemos que ser discretos. Pero ¿se trata solo de un estúpido flirteo por su parte o es algo más? Lo que estamos poniendo en juego aquí es demasiado importante como para jugárnosla sin más.

Lisa va a dejar que me ocupe del viaje a California, pero cuando le escribo a Jason para comunicarle la buena nueva, no me responde. En esta ocasión, sin embargo, en lugar de preocuparme, recuerdo lo que me dijo en el Wagoneer: que una de las razones por las cuales le gusto es porque soy «muy guay» y «un espíritu libre». Las chicas guais no se alteran. Los espíritus libres no se muestran necesitados.

La semana queda atrás. Finalmente, los integrantes de la burbuja volamos a San José para acudir a los actos del Comité de Campaña al Senado del partido Demócrata. En ese vuelo, Jason se sienta conmigo en la cabina del equipo durante el despegue. Habitualmente trabaja durante el vuelo, pero seguimos hablando cuando el avión alcanza los cielos y no se separa de mí cuando llegamos a la altitud de crucero. Finjo no darme cuenta de que todo el mundo se ha fijado en que Jason está sentado a mi lado, pero de repente da la impresión de que todos estuviesen mirándonos.

—Vamos, Jason —le dice el presidente. Mi estómago da un brinco cuando alzo la vista y veo al propio POTUS, mirándonos. Parece más

alto de lo que realmente es. Y está preocupado.

Le sonrío con los labios apretados. Me siento fatal. Jason ha hecho esperar a POTUS.

—Lamento la interrupción —me dice POTUS en un tono áspero que no le había escuchado antes. Estoy tan sonrojada que creo que mi cara va a explotar. Estamos en este avión para trabajar por el presidente, no para ligar como si fuésemos adolescentes en un viaje del instituto.

Cuando sobrevolamos Nebraska, Cole se sienta a mi lado para ver las noticias en la pantalla grande. Cuando en una de las noticias habla de un estudio que demuestra que las mujeres divertidas tienen menos posibilidades de ascender en el trabajo, Cole me da un codazo.

—Vaya, vaya, Beck —se burla de mí—, creo que vas a tener que ponerte seria si quieres llegar a ser la directora de las taquígrafas algún día.

Sé que Cole está bromeando, pero detesto que crea —o que cualquier otro lo haga— que pretendo hacer carrera como mecanógrafa. Detesto también ese estudio del que hablan, pues es tan estúpido que probablemente sea verídico.

Cuando aterrizamos y nos montamos en el convoy hacia Silicon Valley en busca de inversores, Jason y yo nos intercambiamos mensajes, pero al llegar la noche, de vuelta en el hotel de San José, Jason deja de responderme y de nuevo me pongo como loca. No puedo dormir. Me siento furiosa conmigo misma por estar estropeando mi relación con Sam. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a solucionar todo esto?

Mientras mis pensamientos se enroscan, mi teléfono móvil se ilumina. «¡Hola! Lo siento... ¡me dormí!» Contra mi voluntad, dejo escapar un profundo suspiro. Me gusta y, en este momento, eso es lo único que importa. «¿Puedo pasarme por ahí para darte las buenas noches?», me pregunta Jason. Le digo que sí y me pide que deje abierta la puerta. Minutos después llaman con cuidado. Aguanto la respiración al ver cómo aumenta el triángulo de luz en el techo cuando Jason entra en mi habitación. El triángulo desaparece en cuanto él cierra la puerta a su espalda.

—¿Hola? —susurra él en la oscuridad, pensando que tal vez haya entrado en la habitación equivocada.

Estoy de pie en la cama como una niña pequeña, así que nos quedamos a la misma altura. Me abraza con fuerza y me besa antes de bajarme al suelo. Me sostiene la cara con sus manos.

—¿Todo bien? —me pregunta. Quiero responderle pero tiene su boca en mi mejilla y me rodea con sus brazos... Todo está mejor que bien, y todo está mucho peor.

# NO BEBAS DE ESA AGUA

(junio – julio)

—Ten cuidado —me dice mi madre justo antes de colgar el teléfono.

Estamos de camino a África para un viaje de diez días: Senegal, Sudáfrica y Tanzania. Empiezo a sentirme cómoda, como una veterana, como si empezase a pertenecer a esta extraña burbuja. Sé lo que hago y no me inquieta que los del Servicio Secreto ronden a mi alrededor.

El único problema es Jason, pues no lo he visto ni he vuelto a hablar con él desde lo de San José, hace ya tres semanas. En el vuelo de regreso desde California, no se pasó a saludarme, y no ha vuelto a enviarme mensaje alguno desde que aterrizamos en Washington. Así que decido que se ha acabado, que ya basta, que voy a contárselo a Sam; aunque lo haré cuando nos veamos en persona. Voy a hacerle daño, pero me perdonará. Tal vez el error que he cometido con Jason acabe siendo algo bueno, pues por primera vez he entendido cómo pudo pasar lo de Wendy.

Cuando subo a bordo del Air Force One me concentro en mi cara de póquer. No será fácil evitar a Jason durante todo el viaje al extranjero, por eso he tenido que pensar mucho y apuntar en mi diario todo lo que creo que tendré o no tendré que hacer. (Saludaré y sonreiré. No mencionaré nada de lo ocurrido en San José.) A pesar de que no tuvo importancia —sin duda, fue una cosa excepcional, una conquista rápida y fácil al estilo de California—, sigo queriendo que Jason me vea como una tía estupenda, un espíritu libre que sabe lo que hace y que no se preocupa, que no se piensa las cosas dos veces.

Lo cierto es que desde lo de San José me he sumido en la culpa y el autodesprecio, debido en primer lugar a que Sam me ha llamado con mayor frecuencia y se ha esforzado por ser un novio más atento. Y Jason no se ha manifestado ni una sola vez, ni siquiera para mi cumpleaños, así que lo nuestro se ha acabado. Shilpa estaba en lo cierto: solo era deseo, nada más, y ahora ya ha quedado atrás,

enterrado en el jardín junto a las mascotas de la familia. Que Jason se haya esfumado sirve únicamente para evidenciar las diferencias que tiene con Sam. Sam y yo somos algo real.

Cuando entro en mi habitación del hotel Radisson Blu de Senegal, agarro los vasos que hay en el lavabo y los coloco bocabajo sobre los grifos del agua fría y de la caliente para acordarme de no abrirlos. A pesar de que estamos en un hotel estupendo, la unidad médica nos ha advertido que no bebamos agua corriente, que ni siquiera nos lavemos los dientes con ella. Al colocar los vasos sobre los grifos tendré que pensármelo dos veces antes de abrirlos. Lo último que me conviene es enfermar durante un viaje. Se comenta que el corresponsal de Fox News está muy enfermo, encerrado en su habitación del hotel de prensa.

Aunque los riesgos físicos que entrañan los viajes no son nada comparados con los emocionales. En ocasiones, los viajes al extranjero se parecen a cuando acudes en busca de orientación universitaria, donde todo el mundo sonríe pero sabes que la procesión va por dentro. Me siento sola a pesar de estar rodeada de caras conocidas. Todos parecen estar bien, lo cual me hace sentir peor.

—¿Te has fijado en el bufet? —me comenta una chica en el ascensor—. ¡La comida aquí es alucinante!

Se trata de una estrategia de supervivencia, obviamente —fingir como cosacos—, pero yo nunca he sido buena en eso de fingir.

La primera noche en Senegal acudo al bar del hotel y me encuentro con Hope, Shilpa y Teddy. Estamos frente al océano, en un hermoso patio con luces colgantes y cómodas sillas alrededor del fuego. Estoy pasando un buen rato... y entonces aparece Jason.

—¡Jason! —grita Teddy—. ¡Ven aquí!

Antes de acercarse, Jason pide otra ronda para los cuatro y Teddy propone un brindis:

—Por Jason, el favorito de todos.

Me comporto con soltura. Sonrío y saludo y le doy las gracias por el Cape Codder, pero no lo miro a los ojos cuando noto que me mira; en particular después de una segunda ronda. Me digo que si siento calor en la cara se debe al fuego.

Esa misma noche, después de lavarme los dientes con agua embotellada, programo la alarma y reviso mi correo electrónico para comprobar que no hayan cambiado el horario de salida del convoy por la mañana. No hay ningún mensaje del coordinador o del encargado del programa. Pero sí hay un mensaje de Jason, enviado hace cinco

minutos. Me pide disculpas por no haberse mantenido en contacto, pero asegura que me ha echado de menos. Mi teléfono móvil vuelve a sonar: por lo visto no puede dejar de pensar en algo que he dicho... y quiere disculparse en persona.

Abro la puerta y la dejo reposar en el resbalón. Estoy preparada para meterme en la cama y escribir en mi diario, para dejar por escrito todas las cosas que pienso pero que no puedo decir. (Le preguntaré: «¿Cómo estás?» No le diré: «Pensaba que estabas colado por mí.») Al poco oigo cómo chirrían las bisagras y escucho el conocido «¿Hola?». No sé si quiero estar sentada o de pie. La habitación no es muy grande a pesar de la categoría del hotel. Jason entra y escenificamos el típico e incómodo baile uno frente al otro antes de decirle que puede sentarse en la cama. Yo me quedo de pie, apoyada contra el escritorio. Le pregunto qué es lo que no puede quitarse de la cabeza. Me dice que es algo que pasó en San José, cuando me volví hacia él y mirándolo a los ojos le dije: «No me vuelvas loca.» Me dijo que había querido escribirme pero que al intentarlo pensaba en eso y que, sin darse cuenta, habían pasado dos semanas y media y no lo había hecho.

Yo permanezco firme, pensando en Sam y en sus ojos verdes, y le digo a Jason que agradezco que me lo haya dicho, que me sirve. Me asegura que piensa en mí, y yo me tumbo a su lado y hablamos. Me habla sobre el agujero secreto para ir a nadar que descubrió cuando cumplió catorce años. Sus ojos azules nublan mi vista. Y yo le desabrocho los cordones. Noto sus manos sobre mi mano y se las aprieto. ¿Alguna vez te has preguntado dónde empieza el océano?

Nos quedamos despiertos toda la noche, como hicimos en el Wagoneer, y nos divertimos y volvemos a conectar. Me halaga sin descanso, pero cuando me compara con Brooke y me repite que ha decidido acabar con su relación empiezo a pensar en los correos electrónicos de Wendy y cambio de tema.

—A la Serpiente de Cascabel le gustas, te lo aseguro —le digo. Se nos acercó mientras estábamos junto a la hoguera, pero solo habló con Jason.

—¿Serpiente de Cascabel? —pregunta Jason—. ¡Ah! ¡Ella! —Se echa a reír, sacudiendo la cabeza—. Nunca había oído a nadie llamarla así.

—Me lo he inventado yo —apunto—. Sus pulseras de oro tintinean como si advirtieran: estoy llena de veneno.

—Vaya, eso no está bien —dice Jason.

—¿Cómo que no? Se lo ha ganado —le respondo cargada de

razones.

—Probablemente se sienta amenazada por ti —dice Jason, abrazándome.

—Sí, yo también lo creo. Pero estoy convencida de que si se lo propone y trabaja muy, muy duro en un par de años también podría llegar a ser taquígrafa.

—Ya sabes a qué me refiero. —Ríe—. De hecho, antes de tener este trabajo se parecía bastante a ti.

Le doy una palmada.

—¡Anda ya!

—¡Era una tía cojonuda! ¡Te lo juro! —dice Jason, esquivando la almohada con la que intento ahogarle—. Este trabajo puede convertirte en alguien malo si no andas con cuidado.

—Estoy segura —le digo antes de besarle para olvidar.

Cuando Jason se levanta para ir al baño me pongo nerviosa porque pienso que tal vez ha olvidado que no puede beber agua, así que agarro la sábana, me envuelvo con ella, corro y golpeo la puerta. Se abre, me mira y me ofrece una sonrisa de puro afecto.

—¿Qué has dicho? —me pregunta.

—¡Que no bebas de esa agua!

Me alza del suelo y yo le rodeo el cuello con los brazos de vuelta a la cama. Se marcha al amanecer para adentrarse en el denso tráfico humano del pasillo. Veo cómo crece el triángulo de luz en el techo y después fundido en negro.

Así empieza el viaje. Durante el desayuno, a la mañana siguiente, me siento frente a Shilpa y junto a Hope.

—¡Que noche tan divertida! —dice Hope.

—Y que lo digas.

—¿Te fuiste a dormir directamente? —me pregunta Shilpa, mirándome a los ojos por encima de su vaso de zumo de naranja. Sabe muy bien lo nerviosa que me puso ver a Jason y lo comprometida que me siento con Sam y que nunca volvería a engañarlo.

—Claro —le miento.

Pero Shilpa no es tonta. Después del desayuno me agarra por el brazo de camino al convoy.

—Dos cositas, B —me advierte—. Una, no juegues conmigo a las mentirijillas. Y dos, sé que esto está siendo duro para ti.

Quiero darle las gracias pero me corta.

—Creo que vas a tener que empezar a pensar en evitar a Jason como si estuvieses haciendo una dieta estricta.

—¿A qué te refieres?

—Intentas no dejarte llevar, pero a veces una flaquea.

—¿Y eso está bien? No entiendo qué quieres decir.

Shilpa sacude la cabeza.

—El hecho de que te comas un donut no implica que hayas tirado a la basura todos tus esfuerzos por llevar una vida sana.

—Ah, ya te capto. Eso está bien. Gracias, Shilp.

Pero cuando montamos en el autocar me pregunto cuándo volveré a ver a Jason. ¿Vendrá a visitarme esta noche? ¿Mañana? ¿Todas las noches durante el resto del viaje? ¿Todas las noches durante el resto de mi vida?

Empiezo a sentir náuseas cuando estoy atendiendo a una entrevista con POTUS durante el vuelo a Sudáfrica. Cuando llegamos a la embajada vomito entre las plantas. *Mierda, mierda, mierda. Me estoy poniendo enferma en un viaje de trabajo*. Cuando llego a la habitación del hotel en Johannesburgo estoy hecha un desastre. El médico y la enfermera del presidente me visitan en mi habitación a medianoche y me intuban durante una hora. Les cuento mi truco con los vasos y los grifos, pero el médico me dice que puede haberse debido perfectamente a una simple gota de agua en una hoja de lechuga. En cuanto se marchan me vomito encima y mancho la cama. Paso toda la noche apoyada en la taza del váter, vaciándome hasta el amanecer.

A las siete de la mañana deliro debido a la fiebre y tengo alucinaciones en la habitación del hotel. Llamo a Sam para decirle que me estoy muriendo, no porque me haya puesto melodramática, sino porque veo al médico en mi habitación y me está diciendo que no voy a salir con vida de esta.

—El médico dice que voy a morir aquí —le digo a Sam.

—Galletita, espera, dime qué... —Pero cuelgo y me desmayo, porque la fiebre me está consumiendo. Me despierto ocho horas más tarde al oír que llaman a mi puerta. Tengo la camisa del pijama empapada en sudor. Me arrastro hasta llegar a la puerta y agarrarme del pomo. El médico y las enfermeras todavía están con POTUS y FLOTUS, pero la enfermera Rachael le ha pedido a uno de los agentes

del Servicio Secreto que me vigile. Y aquí está, mi caballero andante, alto y santo, tendiéndome un Enervit rojo, el equivalente sudafricano del Gatorade, que estoy convencida que va a salvarme la vida.

Le envío un correo electrónico a Jason cuando me baja un poco la fiebre y le cuento que estoy enferma, así que él viene a verme por la noche para cuidar de mí, tras un intenso día de desplazamientos en helicóptero y encuentros bilaterales. Cuando entra en mi habitación le abrazo por la cintura, le clavo el mentón en el pecho y le miro a los ojos. Me gusta demasiado. Él mira hacia abajo y suspira sonoramente.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Eres bastante adorable —me dice y sacude la cabeza antes de estrecharme con fuerza. Le pido que me arrope. Inclina la cabeza, sorprendido—. Creo que nunca he arropado antes a nadie —me dice.

—Mentiroso —le respondo, pensando en cómo abre la puerta, en cómo flirtea con todo el mundo cuando estamos de viaje, incluso con la directora adjunta del hotel, que está embarazada de ocho meses. Me temo que ha hecho muchas más cosas además de arropar.

—Lo digo en serio —replica, frotándome la nariz con la suya y mirándome a los ojos. Cuando me mira de ese modo y se me acerca tanto y puedo oler su chicle de menta, todo lo que está alrededor deja de importarme.

Jason acepta mi petición casi con una cómica seriedad, alisando las sábanas y ahuecando las almohadas antes de permitirme que me meta en la cama. Me pone dos almohadas pero yo dejo una a un lado.

—Solo una almohada —le digo—. Será mejor que lo sepas.

Cuando me tumbo, se asegura de que las sábanas me llegan hasta la barbilla. Se inclina y me besa.

—Qué bonito —me dice—. Me gusta arroparte.

Escucharlo me hace sentir bien, aunque hay una parte de mí que se lo cuestiona todo sobre él, que desconfía de todas y cada una de sus palabras y de sus besos.

—Tengo que irme, pero que sepas que tienes la boca más bonita del mundo —me dice, tirando de mi cara hacia la suya.

—¿La boca más bonita?

—Mmm... hummm.

—A veces —le digo esquivando su beso—, dices cosas muy bonitas, pero es como si ya las hubieses dicho antes... Como si tuvieses una cajita con un montón de tarjetas con cumplidos que compraste en una subasta de jardín, y tú rebuscas de vez en cuando y sacas una.

Los ojos de Jason centellean.

—Ay, las chicas listas —me dice, apartándome el pelo de los ojos —. Las chicas listas como tú me matan. Siempre dándole vueltas a las cosas. No paras.

Si ambos sabemos que es un mentiroso, ¿acaso no significa eso que nuestra relación es sincera?

—Que duermas bien —le digo antes de que se vaya.

Él se ríe. Su silueta se perfila contra la luz del pasillo.

—Tienes una curiosa forma de expresarte —me dice—. Pero espero que tú también duermas bien.

Tardo tres días en recuperarme. No puedo comer ni permanecer sentada mucho rato, por lo que me pierdo todos los actos de Johannesburgo y la mayoría de los de Ciudad del Cabo. Lucas, Lisa y Margie, que van con los de prensa, se turnan para cubrir mi puesto como taquígrafa del grupito. Es el último viaje de Lucas, y compone una divertida canción sobre el abandono para hacerme reír mientras me recupero en la cama. A pesar de que mi indisposición aumenta sus horas de trabajo de manera exorbitada, Lucas, Lisa y Margie lo llevan con gracia. «Tú ponte bien», me escribe Lisa.

Antes de volar a Tanzania soy capaz de comerme un trozo de tostada, de convencerme de que no debo vomitar encima del presidente y de volar con POTUS y el grupito para acudir a la Fundación contra el Sida del arzobispo Desmond Tutu y también visitar la isla Robben.

Toda la familia Obama visita la isla Robben, y mientras POTUS está en la cantera, con las manos en la cintura, al estilo padre serio, me percato de que tanto Sasha como Malia adoptan la misma pose que su madre: el peso en una sola pierna, los brazos cruzados, escuchan con atención al guía que les está explicando cómo los prisioneros eran obligados a desmenuzar roca caliza y cargarla desde un extremo de la cantera al otro sin razón aparente, solo para mantenerlos ocupados. Sasha se apoya en su madre y esta le pasa el brazo por los hombros. Son una familia común que está aprendiendo cosas sobre un período de la historia reciente, pero tienen a doscientos agentes, corresponsales, miembros de su equipo y fotógrafos a sus espaldas.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Jason en un susurro. Ha tenido que acercarse hasta mí para decírmelo, pues los altos cargos están en la otra punta de la cantera, muy lejos del equipo de prensa y de donde yo me encuentro.

—Mejor —le digo sintiendo cómo me sonrojo al ver que los corresponsales se han percatado de su presencia y se vuelven hacia él

para saludarlo. Hope estaba en lo cierto: es el mejor de nuestros embajadores.

—Me alegro —me dice Jason al oído, con ese estilo suyo de susurro-beso que debe de haber perfeccionado a lo largo de los años, mucho antes de conocerme. Acto seguido se inclina y abraza a una de las fotógrafas.

La última noche de viaje, todavía en Tanzania, encuentro a Jason fuera del palacio, charlando con uno de los guardias. Sonrío mientras me acerco. Eso es lo que convierte a Jason en alguien irresistible: todas las criaturas de Washington están dentro, intentando impresionar a POTUS, pero él se encuentra en otra parte, hablando con la menos destacada de las personas que corren por allí. Ni el dinero ni los cargos le impresionan. Siempre le presta atención a los subalternos o a los que pasan desapercibidos.

—¿Qué tal? —dice Jason al verme.

Le pregunto qué es lo que más le ha gustado del viaje.

—Este momento, estar aquí contigo —susurra.

Yo decido creérmelo.

En el vuelo de regreso a casa, Jason se sienta a mi lado.

—¿Puedo ponerte mi canción favorita? —me pregunta. Asiento.

La Serpiente de Cascabel levanta la mirada de su ejemplar de *Cosmopolitan* justo en el momento en que Jason me coloca los auriculares. Escucho el sonido de las pulseras antes de que Jason pulse el *play*, pero teniéndolo a mi lado todas esas pulseras de oro no son más que la representación de una vacua amenaza e inseguridad. Cuando suena la canción me resulta difícil resistirme al impulso de agarrar la mano de Jason.

—¿Te gusta? —me pregunta.

—Claro que me gusta *Obvious Child* —le respondo en un susurro tal y como hicimos en Dar es-Salam. Todo entre nosotros es un secreto. Todo entre nosotros es sagrado.

Jason se pone en pie y se dispone a volver a su cabina, pero antes me mira y me dice que parece que tenga frío y si quiero una manta. Antes de que pueda responder me arropa con una de las mantas de

lana azul del Air Force One.

—Que duermas bien —me dice, apretándome la mano por debajo de la manta.

De regreso en Washington, tomo un tren a Nueva Jersey para ver a Sam, que está totalmente inmerso en la campaña de Buono. Me siento una extraña, como si no lo conociese, aunque tal vez se deba a que la culpa provoca que no me reconozca. A estas alturas ya no sé decir qué es real y qué no lo es.

Sam está al cargo de un puñado de veinteañeros que se quedan boquiabiertos cuando bromeo con él junto a una fogata, bebiendo directamente de unas latas de cerveza barata. Se sorprenden al ver cómo se comporta Sam conmigo, pero él se ríe y les explica que suele llamarme Galletita. Nos miramos por encima del fuego. Ahí está, el tipo del que estoy enamorada, el que siempre me anima a que repita el postre, o me tome otra copa y me divierta; el tipo que se sentará a mi lado en un parque para perros para pasar buena parte de los sábados. Siempre y cuando vivamos y trabajemos en la misma ciudad. En momentos de calma, rememoro escenas de nuestro pasado juntos: lo segura que me sentía al acariciar sus camisas de franela, el modo en que acababa mis frases. Pero Sam también es ese personaje que se pasa la noche del sábado hablando de Chris Christie y me presenta a la gente así: «Beck, mi novia, que trabaja en la Casa Blanca.» Está orgulloso, pero en casos así soy yo la que da un paso atrás y dice: «Bueno, casi por accidente, porque lo cierto es que no me interesa mucho la política.» Las chicas intentan impresionarme con sus conocimientos de la política de la administración Obama (todas participaron en la campaña), y tengo la sensación de que están trabajando, de que buscan contactos. Me gustaría decirles que pierden el tiempo, que trabajo en la Casa Blanca pero que *Smokey*, el gato callejero que corre por el aparcamiento del Ala Oeste, tiene más influencia que yo.

No me permito pensar en Jason mientras estoy en Nueva Jersey. En lugar de eso, me esfuerzo por relacionarme con los colegas de campaña de Sam. Pero noto la enorme distancia que hay entre nosotros dos, incluso estando sentada a su lado.

# TOMAS FALSAS

(agosto)

Jason nunca me telefonea, solo me envía mensajes, incluso cuando está fuera de la ciudad. La parte racional de mi cerebro sabe que eso está mal. Pero, por idiota que suene, recibir mensajes suyos me gusta porque más adelante, cuando me ignore, tendré una prueba en mi teléfono móvil de que dos horas o dos días o dos semanas atrás, me dijo cosas bonitas. Bueno, me las escribió.

El aire acondicionado de la casa de la calle Swann lucha contra la pesada humedad de otra noche de agosto. Shilpa y yo hemos invitado a Teddy, Noah y Cole a ver una película en casa: *Frances Ha*. La torpe protagonista tiene veintisiete años, como nosotros, y al igual que nosotros no tiene ni idea de qué está haciendo en la vida. Estoy disfrutando de la película, contenta con mi nuevo grupo de amigos, pero entonces ocurre algo. Mi teléfono móvil se ilumina en mi regazo e intento no ponerme nerviosa.

**Hola.**

Mi corazón empieza a latir con fuerza al ver ese conocido número de teléfono. Lo he borrado una docena de veces para no verme tentada a escribirle nada a Jason cuando he bebido, o cuando estoy contenta, o triste, o enfadada, o cuando siento cualquier cosa. Las chicas guais no agobian a nadie enviando mensajes. Los espíritus libres no se muestran necesitados.

Pero esas cuatro letras hacen que se me hinche el pecho.

**¿Quieres ir al cine conmigo?**

—¿Adónde vas? —me pregunta Shilpa cuando ve que doy un salto y me pongo las zapatillas de deporte.

—Los antiguos vecinos de Sam necesitan que cuide de sus hijos...

Es una especie de emergencia —improviso—. Tienen que estar muy desesperados para pedírmelo a mí. —Suspiro, exasperada por el hecho de tener que cuidar a alguien, mientras me ato las zapatillas de deporte con dramática urgencia.

—¿Lo dices en serio? —me pregunta Shilpa, mirándome a los ojos con suspicacia. He tenido que mentirle varias veces desde la primera vez que le mentí sobre lo de Senegal. Ahora la cosa es demasiado compleja como para aclararlo. Por otra parte, ella ha dejado clara su apuesta: está con el Equipo de Sam. Para ella Jason es un sinvergüenza con novia. Me digo que al mantenerla al margen la protejo y, de paso, me protejo también a mí.

—Menudo rollo —dice Noah. Pulsa el botón de *play* y sube el volumen para evidenciar su apatía.

Sospecho que sabe que estoy mintiendo, pero no sé qué pueden saber en realidad. ¿Hablarán los chicos sobre estas cosas? Noah, Cole, Teddy y Jason se mueven por círculos muy cercanos. Trabajan juntos y tratan directamente con el presidente, y además se llevan bien entre ellos. Noah, al igual que ocurre con el propio Obama, prefiere evitar las crisis y alejarse de la histeria. Desde mi perspectiva, Cole está en la onda de Noah y a Teddy todo le da igual porque está jugando al Clash of Clans en su teléfono móvil, obsesionado con conquistar Town Hall 11. Eso es lo bueno de tener amigos masculinos: la mayoría de las veces no se enteran de nada, y cuando lo hacen prefieren no involucrarse.

Jason me recoge a dos manzanas de la calle Swann y vamos hasta Baltimore en un viaje de cuarenta minutos en el Wagoneer.

—¿Dónde está Brooke? —le pregunto.

—¿Dónde está Sam?

—En Nueva Jersey.

—Digamos que Brooke también está en Nueva Jersey —me dice Jason, apretándome la rodilla cuando nos detenemos en un semáforo. Sé que Brooke está con su familia en algún lugar de Beverly Hills, posiblemente acompañando a su padre al estreno de alguna película. En ciertas ocasiones, cuando me siento especialmente baja de moral, me pregunto si Jason no habría cortado ya con ella si no tuviese tan buenos contactos.

Durante todo el trayecto escuchamos canciones de Paul Simon.

En la sala del cine, a oscuras, Jason me permite que apoye la cabeza en su hombro y me toma de la mano. Empieza la película; es un filme de acción que a ninguno de los dos nos hace especial ilusión, pero yo no quiero que acabe.

Obviamente, acaba. Cuando estoy a punto de ponerme de pie, ya durante los títulos de crédito, Jason tira de mí hacia abajo. Durante unos segundos tengo la impresión de que él también desea que este momento sea eterno, pero entonces lo oigo decir:

—Espera a ver si salen tomas falsas.

—¿Tomas falsas?

—Sí, escenas excluidas con cosas graciosas —me dice con un incuestionable aire de autoridad, como si solo los expertos en cine supiesen lo que son las tomas falsas.

Lo dejo correr. Sigue siendo una noche mágica con Jason en un cine de Baltimore. Se inclina sobre mí y me besa en la mejilla, me rodea con el brazo y susurra:

—Lo mejor suele llegar después del espectáculo —anuncia mientras lleva mi mano hasta su entrepierna.

—Vaya —le digo—, ¡realmente te excitan mucho las tomas falsas!

Se echa a reír. Y yo pienso: «¿Te hace reír ella tanto como yo?» Y recuerdo que las chicas graciosas hacen amigos, pero no triunfan; o al menos eso era lo que decía aquel estudio. Estoy convencida de que dicho estudio también indica que las chicas divertidas son calentorras y no se hacen respetar como novias. Pero esta noche, mientras nos reímos con las tomas falsas, finjo ser la novia de Jason.

—Tú no eres una sociópata —me dice Hope en el vuelo a Los Ángeles.

Vamos en el Air Force One porque van a grabar una entrevista para *The Tonight Show* de Jay Leno. Tardo una hora del vuelo hasta confesarle a Hope todo lo relacionado con Jason. Shilpa, al corriente de las idas y venidas del asunto, me ha dejado claro que debería cortar con Sam o bien acabar con el engaño, así que hemos dejado de hablar del tema. Entiendo su postura, pero necesito a alguien a mi lado que me escuche, porque soy un desastre de persona y me odio a mí misma, pero no quiero cambiar, lo cual hace que todavía me odie más.

Las reticencias de Hope a la hora de juzgar a alguien conlleva que crea en su capacidad para apoyarme. Es dieciséis años mayor que yo,

así que podría decirse que tiene una amplia perspectiva en relación con esta clase de asuntos. Y necesito que me tranquilice, porque justo acabo de darme cuenta de que soy una sociópata.

—Son imaginaciones tuyas —me dice Hope, acompañando sus palabras con una amable sonrisa que, efectivamente, me relaja un poco—. No siempre será así —me asegura al tiempo que yo le doy las gracias a Rob, el asistente de vuelo, por las bandejas de comida que acaba de entregarnos—. Recuerda, Beck, que el cambio es la única constante —me dice.

A veces, sentarse junto a Hope es poco menos que acudir a una clase de yoga. Siento que ella es como mi *sherpa* en las cuestiones espirituales.

—Si realmente fueses una sociópata —prosigue Hope—, no te preocuparían estas cosas y podrías dormir tranquila.

Es cierto. No he dormido mucho, y cuando lo hago me veo inmersa en una espiral de pesadillas que me lleva a despertarme empapada en sudor debido al pánico.

Hope habla de cosas muy interesantes, pero no me convence. Cuando regresamos de Los Ángeles, voy a Filadelfia para pasar un fin de semana de regreso a los orígenes. El trabajo ha sido intenso, apenas he parado por casa, y cuando estoy ya en el andén de la estación de la calle Treinta, esperando al R5, le doy un bocado a mi pretzel todavía caliente y me pongo a escuchar música. Comparada con Washington, Filadelfia es más ruda, pero también es mejor. Adoro la autenticidad de Filadelfia; lo cual no deja de ser un problema, porque mis padres me leen la mente en cuanto entro por la puerta de casa.

—Tienes muy mal aspecto —me dice mi madre. Le dedico la más cálida de mis miradas, pero mi madre insiste con fuerzas renovadas—. No, te lo digo en serio, tienes una pinta horrible, como si alguien te hubiese estado golpeando para divertirse. —Siempre encuentra las palabras adecuadas.

Apenas dejo la bolsa en el suelo cuando empiezo a contarlo todo: las mentiras, los secretos, todas las cosas malas que he hecho y que me he estado guardando para mí. Mis padres están horrorizados.

—Bueno, es cierto que siempre has sido una gran mentirosa —me dice mi padre con un suspiro—, pero no creo que seas una sociópata.

Mi madre asiente con solemnidad.

—Creo que podemos descartar la sociopatía, pero deberías hablar con alguien que no estuviese tan condicionado.

—¿Qué vas a hacer con Sam? —me pregunta mi padre con una

mirada de preocupación.

Entiendo entonces que acabo de implicar en todo esto a mis padres.

—No vamos a decirle nada de tus engaños a tus hermanos —dice mi madre, burlándose sin hacerlo realmente—. Al menos hasta que decidas cómo quieres manejar el tema de aquí en adelante.

Al oír estas palabras, y a pesar de la culpa, me siento un poco mejor. Esa es la magia que tienen los padres: te quieren incluso después de demostrarles que eres un ser humano despreciable.

Dicho esto, entiendo que mis padres están preocupados. En un intento desesperado por llevarme de nuevo al redil, me sugieren que visite a un reputado terapeuta de Filadelfia y tenga con él una sesión de urgencia.

Este arruga la nariz al oírme hablar de mis historias como si estuviese frente a un plato con comida podrida.

Acabo mi discurso tomando aire y le digo que estoy prácticamente convencida de que soy una sociópata, él niega con la cabeza y afirma que no, que no soy una sociópata, pero a mí me suena como todas esas veces en las que me he dicho que me gustaría desaparecer: lo disocio.

—Disocias cuando estás con Jason y también lo haces cuando estás con Sam —me dice con calma—. Es un mecanismo de defensa que la gente utiliza cuando está sometida a un considerable estrés, y tú seguirás haciéndolo hasta que decidas cuál es tu auténtico yo.

—Entonces, ¿tengo que escoger entre Sam y Jason? —le pregunto con desesperación, pues necesito que me guíe.

—Esto no va de Sam o Jason —me responde el terapeuta—. Se trata de que descubras qué es lo que quieres y cómo quieres lograrlo.

Al final de la sesión, el terapeuta me da una palmada en el hombro mientras me acompaña a la salida.

—Yo diría que estás enamorada de Jason —dice—. Pero hazme un favor, Beck.

—¿Qué favor?

—La próxima vez que venga a buscarte, y habrá una próxima vez, no te limites a alejarte despacio en la otra dirección. —Se detiene y me mira a los ojos—. Corre.

De regreso en la casa de la calle Swann, me digo que voy a volcar en mi diario todo lo hablado en la intensa sesión de terapia. ¿Quién soy? ¿Quién quiero ser? Pero en cuanto abro la puerta de la calle, me topo con Sam, que me espera en la sala de estar por sorpresa.

—¿Lo ves? —me dice—. ¡Nueva Jersey no está tan lejos!

Cuando me atrae hacia él para besarme, me percato de que no solo me siento decepcionada porque mi novio esté ahí, sino que también empiezo a disociar cuando le pregunto qué le apetece tomar. Estoy interpretando un papel en mi propia vida en lugar de vivirla. Le sonrío a Sam y desaparezco.

Una semana antes del viaje anual a Martha's Vineyard, por fin reúno el valor suficiente para decirle a Sam que necesitamos darnos un tiempo. Bueno, es cierto que decirle a alguien que necesitas tiempo requiere bastante menos valentía que decirle que vas a cortar con él. Le digo a Sam que estoy harta de su frenética vida en campaña electoral constante, pero olvido mencionarle que creo que me he enamorado de otra persona.

Sam está hecho polvo. Molido. Aniquilado. Había permanecido ajeno a la profundidad de mi insatisfacción, en parte debido a que estaba totalmente inmerso en la campaña y en parte porque había renunciado a comunicarme con él. En lugar de eso empecé una relación con otra persona. Nunca me había sentido tan perdida o tan confusa o tan falsa, pero como mínimo ahora que estamos a punto de cortar soy libre para portarme mal.

El mero hecho de pensar que Jason y yo podemos disfrutar de un futuro juntos me eleva metros y metros por encima del suelo, como si estuviese colgando de globos rojos y sonaran en el aire las canciones de Van Morrison. Pero de repente entiendo que me estoy montando una película. No tengo ni idea de cuál será la respuesta de Jason cuando le cuente que «he roto» con Sam, pero posiblemente el terapeuta de Filadelfia tenga razón en una cosa: ¿acaso no es una cuestión que me atañe en exclusiva a mí? Incluso aunque Jason no corte de inmediato con Brooke, la idea de no engañar a nadie, de ser libre para comportarme mal y hacerme daño solo a mí, resulta liberadora.

La primera noche en Vineyard, cuando Jason, como era previsible, viene a mi habitación después de unas cuantas horas de baile juntos en el Seafood Shanty, le cuento que he roto con Sam.

Él dice algo parecido a: «¿En serio?», y al instante se queda dormido. Todavía faltan unas cuantas horas para que salga el sol cuando se va de la habitación sin decir palabra.

Salgo a correr para aclarar mis ideas y después llamo a Hope, pero no contesta al teléfono. Ha decidido no cubrir los viajes de vacaciones de POTUS a no ser que haya planeados actos públicos; ha decidido dedicarse esa semana a sí misma. Conociendo a Hope, probablemente estará en un pícnic en Dolores Park con un puñado de extranjeros, o en el estreno de una exposición en alguna galería de Chicago, o dando clases de cine en Nueva York. Los misterios propios de una hippy brillante.

Respiro hondo y telefoneo a Shilpa. Responde después del segundo tono y me ofrece toda la simpatía de la que es capaz.

—Es un hombre complicado, B —me dice mientras va de camino a la Casa Blanca desde la casa de la calle Swann. Aunque la familia del presidente esté fuera, Shilpa sigue siendo la responsable de recopilar y corregir los memorandos del libro de informes del presidente.

Jason se encuentra junto a la ventana de mi habitación hablando con un agente vestido al estilo habitual del Servicio Secreto cuando están en Vineyard —uniforme desenfadado—, gafas de sol negras, pantalones caqui y camisa de manga corta desabotonada.

—Ojalá estuvieses aquí, Shilp.

—Me encantaría, pero solo es el segundo día de un viaje de una semana. ¡Posiblemente se te acercará!

Pero Jason no se me acerca. De hecho, me evita.

Los miembros del equipo se alojan en Kelley House, un pequeño hotel en primera línea de mar en Edgartown, así que le resulta un poco complicado evitarme por completo. Mi trabajo es estar preparada por si ocurre cualquier cosa, así que paso los días en la piscina que hay detrás del hotel, escribiendo. Una tarde, Jason se pasa por la piscina de camino a una comida en el Quarter Deck. Estoy sola, así que se detiene y me saluda. Tengo en mi ordenador portátil nuestra historia al completo; su rápido inicio y su rápido final.

—¡Eh! ¿Cómo te va? —me pregunta. Sorprendentemente, se sienta a mi lado.

—Bien, gracias —le respondo. Tengo el cuerpo tenso, de la cabeza a los pies.

—Verás, respecto a tu reciente decisión... —empieza a decir.

Oímos a la Serpiente de Cascabel antes de verla.

—¡Jason! ¡Ahí estás! ¡No corras! —Se oye el ruido de sus altísimos tacones provenientes de Kelley House. Lleva puesto un corto vestidito de playa y un gigantesco sombrero.

Me enderezo en la silla. Es posible que, llegados a este punto,

Jason me la presente formalmente. La miro y espero que ella corresponda a mi mirada, pero no lo hace. En lugar de eso, la Serpiente de Cascabel se dirige a Jason y le regaña por exponerse al sol.

—Jason, cariño, ¡mira qué rojas tienes las mejillas! —le dice con su voz de sacarina, una voz que nunca antes le había oído usar; como si fuese la madre preocupada y él el hijo al que cuidar...

Pero ¿también se acuestan juntos? Me siento como si me hubiese colado en una escena íntima ajena. Vuelvo a centrar la vista en el ordenador portátil y finjo leer las palabras de la pantalla.

—Vamos a protegerte —dice la Serpiente de Cascabel, rebuscando dentro de su bolso Louis Vuitton. Vierte crema solar en la palma de su mano y empieza a extenderla por la cara de Jason, frotando con cuidado la crema blanca en sus rojas mejillas—. ¿Vas al Quarter Deck? —le pregunta a Jason, que asiente con los ojos cerrados mientras ella sigue extendiéndole crema solar—. Voy contigo —añade.

Cuando Jason se pone en pie me dedica una mirada de disculpa y me pregunta si quiero que me traiga algo. Niego con la cabeza. Me siento humillada. Aunque esa sensación queda en segundo plano respecto al desagrado que me provoca ver a Jason y a la Serpiente de Cascabel juntos. Se merecen el uno a la otra.

Cuando se marchan en dirección a Quarter Deck, la nueva fotógrafa de la Casa Blanca, Amelia, aparece con un libro en la mano. Amelia es atractiva y alta y tiene pinta de deportista, como una versión más fuerte y aventurada de la actriz Jessica Alba. Noah, Cole y Teddy me dijeron hace unos días que es «realmente enrollada», así que es normal que me sienta intimidada. La saludo con la mano y ella me corresponde el saludo antes de acercarse hasta mí y sentarse a la mesa de al lado, en el asiento que Jason ha dejado vacío.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunto.

—*Wild* —me responde—. Es la historia de una mujer alpinista que decide recorrer en solitario la ruta de las crestas del Pacífico.

—¿Está bien?

—Estoy enganchada —dice Amelia con una gran sonrisa. Se reclina en la silla, como si le alegrase especialmente pasar el rato con la taquígrafa—. Esta escritora da justo en el clavo; no sé si me entiendes...

—Me encanta cuando pasa eso.

—Seguramente lo acabe esta noche. Si quieres te lo presto.

Y de esa manera tan sencilla hago una nueva amiga. Amelia y yo

vamos a estar juntas el resto de la semana y poco a poco nos vamos a ir conociendo. Al contrario de lo que sucede con Hope y Shilpa, Amelia es tranquila y más reservada. A veces me da la impresión de que no le apetece escucharme, pero siempre presta atención. Cuando nos apoltronamos en la piscina de Kelley House, le pregunto por qué nunca va en traje de baño; siempre lleva pantalones caquis y polo blanco, mientras yo me bronceo con mi biquini.

—No me he traído ninguno.

—¡Vamos a pasar una semana en una isla! —le digo incrédula.

—Pero es un viaje de trabajo —replica Amelia con sinceridad.

—Haces que me sienta mal.

—Tal vez deberías sentirte mal —dice Amelia con una mirada de complicidad tras sus gafas de sol. Hace gala de un seco sentido del humor, como le ocurre a Noah, por lo que intento presumir de ella con la esperanza de generar una reacción. Resulta curiosa la rapidez con la que una persona extraña puede convertirse en tu hermana mayor dentro de esta burbuja. Viajar con el presidente es como estar en un campamento de verano con esteroides: una semana fuera es como un año en casa.

A pesar de que noto cómo se me tensa el estómago cada vez que oigo la voz de Jason en algún pasillo, Amelia me mantiene entretenida toda la semana cuando montamos en bicicleta o en ridículas aventuras con el fin de encontrar el mejor café de la isla. Le cuento que mi novio y yo estamos separándonos, pero no le hablo de Jason. Quiero gustarle, y a nadie le gustan las personas infieles.

—Recuerda esto: si vuelves con Sam no dejes que tus sueños se pierdan mientras él persigue los suyos —me dice Amelia mientras cenamos en Port Hunter—. ¿Seguro que no quieres una? —me pregunta, señalando su plato de ostras.

—Jamás voy a tocar una cosa de esas.

—Estás loca —dice Amelia tomando una ostra, sonriendo mientras sorbe el jugo de la concha—. Es como comerte un trocito de océano —dice con los ojos medio cerrados de placer.

—¿Has conocido ya a Hope, la camarógrafa?

—Nos vimos unos minutos... ¿Por qué lo dices?

—Creo que os vais a llevar muy bien.

La última noche en Vineyard, Jason viene a mi habitación. Me dice

que no puede darme lo que merezco. Ha decidido intentar que lo suyo con Brooke funcione.

—Eres una buena persona —me dice.

—¿Y tú? —le pregunto.

—Intento serlo... haciendo que las cosas con Brooke funcionen —me dice.

Asiento. De acuerdo.

Me besa una última vez en los labios y después en lo alto de la cabeza. Cuando se va no puedo dejar de llorar. Me siento como una niña: cuanto más me digo que tengo que calmarme, lloro con más intensidad. Me he equivocado tanto con él, con nosotros, con todo.

# VIVIR EL SUEÑO

## (septiembre – noviembre)

En otoño se suponía que teníamos que acudir a una cumbre en Asia, pero no podemos ir porque el Congreso está compuesto por un montón de idiotas y tiene maniatado al gobierno federal.

—Es como si no apareciese en mi propia fiesta —declara POTUS sobre el hecho de perderse los encuentros en Brunei, Malasia, Filipinas e Indonesia—. Creo que generará preocupación en una parte de los líderes.

Debido a la cancelación, en la Casa Blanca dejan de trabajar un montón de personas. Pero yo tengo contrato, debo seguir yendo todos los días, a pesar de que han desaparecido la mayoría de los integrantes del Departamento de Prensa. Josh Earnest, futuro secretario de Prensa y actual ayudante principal del secretario de Prensa, se ve obligado a actuar como tal cuando nos desplazamos al ámbito regional con la intención de que POTUS pueda criticar públicamente al Congreso por tener secuestrado al país debido solo a un berrinche infantil. Me encanta cuando cita a Mark Wahlberg en *Infiltrados* para dirigirse al Congreso:

—Yo soy el tipo que hace su trabajo. Ustedes deberían ser mis compañeros.

Mientras tanto, Sam me envía un correo electrónico desde Nueva Jersey preguntándome si yo escucho tanto a Haim o a Dawes como lo hace él. Sí, la respuesta es sí. Le quiero. Es mi familia. Es como mi armadura. Todo lo que sentí por Jason no fue real, no podía serlo. Formaba parte del circo, era una fantasía, un ensueño, un cóctel molotov formado por *jet lag* y alcohol y hoteles de cinco estrellas. Pero

Sam es real, y me gustaría que lo nuestro funcionase. Así que le pido que volvamos a estar juntos, que he vuelto.

El bloqueo del Congreso finaliza a mediados de octubre. Joe Biden trae donuts. Shilpa deja de preparar zumos verdes y reemprende el trabajo junto al resto de empleados «no imprescindibles» de la Casa Blanca. Y una semana más tarde, nos preparamos para recibir una buena noticia: el lanzamiento de HealthCare.gov.

«Fracaso épico» no llega a describir lo mal que va dicho lanzamiento; o, mejor dicho, que no va. Incluso en los informes breves con la prensa, POTUS apenas puede contener la rabia, pues asume la responsabilidad por la chapuza de la página web. Después de pasar por ese infierno, tiene que enfrentarse a la aprobación del proyecto de ley; es decir, el lanzamiento de la página web era la parte sencilla del asunto.

El lado positivo de todo esto —o mejor dicho, «la mala buena noticia»— es que el fracaso en el lanzamiento pone en evidencia el atraso del gobierno federal en cuestiones de tecnología. POTUS ganó las elecciones de 2008 en buena medida por el respaldo tecnológico, porque reclutó a las mentes pensantes que se ocupaban de Facebook y Twitter y otras importantes plataformas de internet para que trabajasen como voluntarios en el proyecto definitivo de servicio comunitario: llevar al gobierno federal a la era digital. En cuestión de meses, no solo la página web estaría en marcha, sino que un puñado de tipejos de Silicon Valley andarían corriendo por el Ala Oeste en vaqueros y camisas de franela.

POTUS se echa a la carretera en busca de apoyos, y en noviembre vuela de Maryland a Texas y de Louisiana a Miami para defender una ley de infraestructuras.

Es el cumpleaños de Skye la noche en que estamos recaudando fondos en Miami, y ella aparece en el bar del hotel con unos brillantes pantalones de poliéster, un top corto y zapatos de tacón muy alto. Todo el mundo pide bebidas y, tras la segunda ronda, subo a mi habitación para ponerme una sudadera. Voy tambaleándome por el pasillo cuando me topo con mi agente favorito del Servicio Secreto. Le demuestro que, finalmente, soy capaz de hacer la postura del cuervo, una postura de yoga en la que he estado trabajando. Estoy bocabajo, con las rodillas en mis codos, y entonces me dice:

—Está a tu espalda.

Obviamente se refiere a POTUS. Miro entre mis piernas y le veo a él y a todo su séquito —Marvin, Noah, Jason, Cole, Teddy, el médico,

la enfermera y Mike White, el agente del Servicio Secreto— recorriendo el pasillo.

Me pongo en pie de un salto y POTUS me saluda como si no me hubiese visto bocabajo, haciendo equilibrios sobre mis manos. He bebido demasiado para hablar con él.

—Me parece que hay alguien por aquí que mañana por la mañana no va a aparecer por el gimnasio —me dice, guiñándome un ojo.

Cuando regreso al bar, me tomo varios vasos de agua y le doy las buenas noches a todo el mundo. Voy a demostrarle a POTUS que se equivoca y mañana llegaré al gimnasio antes que él. De entre todos los presentes, Skye insiste especialmente en que me quede porque es su cumpleaños. Como me siento halagada, y contra mi voluntad, accedo.

Entonces aparece Jason y le dedica a Skye un fuerte abrazo de cumpleaños. En cuanto me siento en un banco en una esquina con Teddy, Cole y Noah, Skye se pone a flirtear con Jason en la barra; cae en sus brazos después de oírle contar el chiste del profesor de matemáticas de octavo que me contó a mí en el vuelo a San José.

—Supongo que vuelve a las andadas —murmura Cole, poniendo los ojos en blanco. Mi estómago da un vuelco.

Teddy se encoge de hombros.

—No es culpa suya ser irresistible. —Noah se mueve inquieto a mi lado al ver que Teddy prosigue—. De hecho, a mí me pasa algo parecido: nadie puede resistirse a un osito de peluche como yo, ¿verdad, Becky?

Los chicos ríen y yo fuerzo una sonrisa.

Jason se une después a nuestro grupo y mientras todos le escuchan contar sus historias y se ríen con sus comentarios ingeniosos, me fijo en lo que me atrajo de él; porque todo el mundo se siente atraído por Jason. Me siento la mayor idiota del mundo por haber pensado que era especial, y eso justo antes de darme cuenta de que mi habitación, cosas del destino, está entre la de Jason y la de Skye.

Nos despedimos y Skye agarra la tarjeta de su habitación.

—Así soy yo —dice con voz de película para adultos.

Me meto en mi habitación pero no cierro la puerta del todo: espero para ver si Jason pasa por delante para ir a la de Skye. Una versión nocturna del juego de los enredos en un hotel de Miami. Nos encontramos en una planta segura, así que hay un desafortunado agente en el pasillo, vigilando. No aprecio movimiento alguno, pero sospecho que Jason dará un rodeo, subirá las escaleras, recorrerá el pasillo y bajará por las otras escaleras para poder evitar pasar frente a

mi puerta y meterse en la habitación de Skye por el otro lado.

Estoy tan enfadada que se me nubla la vista mientras inspecciono el pasillo. ¿Habrá estado todo este tiempo con Skye? ¿Subieron antes que yo? ¿Subieron al mismo tiempo? Salgo y paso junto a la puerta de Skye, adecuadamente abierta, y llego hasta las escaleras junto a su habitación. Espero. Antes de poder preguntarme si me he vuelto loca, oigo a Jason bajar por las escaleras que tengo frente a mí. Cuando vuelve la esquina y me ve abre mucho los ojos, pero al instante sonríe.

—¡Hola! —me dice como si todo fuese de lo más normal.

Puedo notar mis latidos en los oídos.

—Hola.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Jason. Podría pensarse que acabamos de encontrarnos junto a la cafetería que hay frente a la Casa Blanca, no en las escaleras de un hotel a las dos de la madrugada.

—Estoy viviendo el sueño —le respondo. Y antes de ser consciente de lo que estoy haciendo, empujo a Jason con mucha fuerza por los hombros y regreso a mi habitación. A mi espalda, oigo cómo Jason entra en la habitación de Skye.

Cuando regresamos a Washington, Jason y yo evitamos mirarnos a los ojos o evidenciar la presencia del otro. A pesar de que he vuelto con Sam, me reservo el derecho de odiar a Jason por haberme mentido. No pretendía que las cosas «funcionasen» con Brooke: no quería tener que comprometerse en una relación paralela.

Pasan las semanas y cuando las hojas de los árboles empiezan a cambiar volamos a Seattle y a California en busca de fondos. «Relájate», me digo en el autocar cuando estamos entrando en la Base Andrews y empezamos a recorrer la pista de despegue.

El hecho de que sea el primer viaje con Jason después del juego de los enredos en Miami es tan solo el segundo de los motivos que necesito para relajarme. La verdadera razón por la cual me he pasado las cuarenta y ocho horas previas entrenando mi cara de indiferencia total es que David Remnick, editor de *The New Yorker*, también viaja con nosotros. «Tranquilízate.»

Y ahí está, recogiendo su bolsa de la parte trasera de otro de los autocares al tiempo que charla con Hope. Parece necesitar con desesperación comer algo. Solo unos pocos de los que vamos en el avión leemos *The New Yorker* habitualmente, pero ese club relativamente pequeño incluye al presidente, que puede leer los artículos de la revista mientras juega a las cartas o entre una y otra llamada de teléfono a jefes de Estado extranjeros.

Saludo a Daniel, el encargado de la seguridad del Air Force One, en lo alto de las escaleras, y él bromea conmigo diciéndome que no cause problemas durante el vuelo mientras comprueba que mi nombre está en la lista. Detrás de mí, David Remnick deletrea su nombre.

Justo antes de que Jay empiece a hacer bromas pesadas, regresa a la cabina de prensa con Remnick. Me fijo en que todos los corresponsales le identifican. Unos cuantos lo saludan, pero otros tantos se tensan, porque si el editor de *The New Yorker* está aquí significa que va a disponer de una oportunidad —o quizá varias— de hablar en exclusiva con el presidente, que es lo que yo voy a tener que cubrir.

En presencia de Remnick me siento más autoconsciente que nunca e intento parecer una entregada taquígrafa, pero también una persona fiable y maravillosa con un obvio potencial como escritora. (Que nadie me pregunte qué clase de aspecto es ese, simplemente fingiré que lo hago fenomenal.)

Teddy ha sido ascendido a coordinador de viajes, lo cual significa que ahora viaja junto a Noah, Cole, Amelia, Shilpa, Hope y yo, en lugar de viajar antes que el presidente con el equipo de avanzadilla. Tengo más amigos en la cabina del equipo camino de la Costa Oeste de lo que podría haber imaginado. Cuando la Serpiente de Cascabel pasa cerca de mí estoy demasiado ocupada riéndome con mis colegas para escuchar el tintineo de sus pulseras.

En Seattle me despierto a las cuatro y media de la madrugada empapada en sudor frío debido a las pesadillas. En ellas aparecían Sam, Jason, Wendy, yo y Skye y todas las mentiras que han venido a invadir mi vida. Sé que Teddy está despierto porque está organizando la recogida de equipajes, así que le envío un mensaje para preguntarle si quiere ir a ver la subasta en la famosa lonja de pescado.

**TEDDY: Gracias pero no, muchachita. ¿Por qué estás despierta a estas horas?**
**YO: No puedo dormir.**
**TEDDY: ¿Como los protagonistas de *Algo para recordar*?**

Sola, en la habitación a oscuras, me echo a reír.

Al día siguiente, en San Francisco, abro la puerta del autocar de prensa y David Remnick alza la vista de su ordenador portátil.

—¿Tú eres Beck? —me pregunta.

Se me detiene el pulso. Asiento. Sin duda debí de afinar mucho con

mi gesto de escritora potencial en el avión—. Mi secretaria te conoce de la escuela: ¿Emily Greenhouse?

Emily, la secretaria de David Remnick, era la ayudante del profesor en una de mis clases de la universidad.

—Te reconoció por la foto que os hice ayer —me dice—. Ah, por cierto, soy David.

Cuando nos damos la mano intento pensar en algo ingenioso que decir, pero tengo la mente en blanco.

—Me han dicho que eres la taquígrafa. ¿Crees que podrías pasarme la transcripción de mi entrevista?

«Bien —pienso—, me necesita.»

—¡Por supuesto! —le respondo.

Nuestra última parada, la noche siguiente, es la casa de Magic Johnson. Se trata de recaudar fondos. Magic y su esposa, Cookie, viven en una comunidad protegida en Beverly Hills, y mientras POTUS está en el sótano con Magic, saludando y tomándose fotos con posibles donantes, yo me apoyo contra una de las paredes junto al resto del equipo. David Remnick, que no tiene muy claro dónde colocarse, se sitúa a mi lado como el feo del baile de graduación en el instituto.

—Tienes que ser muy buena en eso de pasar desapercibida —me dice en un susurro.

—Puedo encontrar un rincón en cualquier habitación —le digo. Ambos nos quedamos mirando a una de las donantes, que parece llevar medio pájaro en el pelo.

En un repentino giro de los acontecimientos, la secretaria de Magic aparece como salida de la nada y nos invita a tomar fotos del propio Magic en su sala de trofeos.

Enormemente sorprendida, espero a que Chad, el más veterano del equipo, lidere la comitiva. En lugar de eso, nadie dice nada. Ni siquiera agradecen el ofrecimiento. ¿Qué le pasa a esta gente? Chad se recuesta en la pared con las manos en los bolsillos y su rostro transmite una triste mueca de desdén. Él es el que marca el tono, y su tono dice que no estamos ahí para hacer fotos; así que nada de cámaras. La sonrisa de la secretaria desaparece y frunce el ceño, confusa. Estoy segura de que nunca había obtenido esa clase de respuesta ante la posibilidad de ir a hacerse fotos con su jefe.

Al mismo tiempo que veo cómo se esfuma mi posibilidad de estar junto a Magic, pillo a Jason mirándome desde el otro lado de la habitación. La jerarquía, en ese preciso instante, deja de importarme. Que le den por saco. Es como esa cita de Katharine Hepburn que oigo

siempre en mi cabeza: «Si sigues las normas, te pierdes toda la diversión.» Lo siento, colegas, pero sé que nunca voy a volver a disfrutar de esa oportunidad con Magic. Dejo atrás a todos los miembros del equipo y le digo a la secretaria:

—¡Es alucinante! ¡Gracias!

David Remnick me sigue, y Chad y todos los demás se colocan en fila a su espalda.

La secretaria de Magic me lleva por un pasillo hasta una sala con el suelo encerado como si se tratase de una cancha de baloncesto, con los trofeos colocados en cajas alrededor de las paredes y el sonido de la multitud en un estadio sonando por los altavoces. Al otro lado de dicha sala se encuentra el despacho de trabajo de Magic, y me pregunto si llegan desde allí los gritos de sus fans, porque yo me pondría a chillar.

Magic me recibe en la sala de trofeos. Es tan amable como esperaba que sería, y mis dedos desaparecen en su enorme mano antes de sonreír ambos frente a la cámara. La experiencia responde a lo que solía decirme mi antiguo entrenador de baloncesto: «Siempre fallas el cien por cien de los tiros que no intentas.»

En el vuelo de regreso a casa, sigo a Remnick hasta el despacho del presidente en el Air Force One y enfoco el micro a uno u otro mientras conversan, intentando concentrarme en lo que están diciendo y no en el hecho de que mi cometido es vergonzosamente sencillo y en que David Remnick, con toda probabilidad, estará pensando que soy idiota. Después de eso, envío la grabación a Peggy y Lisa y me reúno con Hope y David Remnick en la cabina de invitados.

En cuanto tomo asiento, Hope se inclina hacia delante y dice:

—Tengo que decirte, David, que Beck es una gran escritora.

Mi cara enrojece a velocidad de vértigo. «¿Por qué, Hope, por qué?», pienso. Es el jodido David Remnick. No se te ocurriría decirle al entrenador Gregg Popovich que tu hermano de doce años es un gran jugador de baloncesto, y tampoco tendrías que decirle a David Remnick que la taquígrafa de la Casa Blanca es una gran escritora.

—Me alegra oírlo —dice Remnick con amabilidad—. Desde aquí tienes una curiosa perspectiva —añade mirándome—: Toma notas.

Asiento.

Después de tocar a Magic en California, vuelvo de golpe a la

realidad en la Costa Este gracias a un duro aterrizaje. La campaña en la que Sam ha invertido dieciocho meses de trabajo en Nueva Jersey ha finalizado del modo en que ya todos sabemos. A pesar de los esfuerzos de Sam por intentar destapar el asunto Bridgegate antes de que saliera a la palestra nacional, Chris Christie ha derrotado estrepitosamente a Barbara Buono. La noticia del fracaso llegó antes del viaje a California, pero cuando regreso de la Costa Oeste me encuentro a Sam tumbado en mi cama, mirando al techo, con su vida metida en una caja de cartón en una esquina de mi habitación.

—Me siento tan perdido, Galletita —me dice con los ojos vidriosos. Me siento a su lado, le rodeo con el brazo y descanso mi cabeza en su hombro. Le aseguro que saldremos de esta. No le digo que yo también me siento perdida.

# ESCRIBAMOS BIEN NUESTRO PÁRRAFO

## (diciembre)

Pocas semanas después de California, a David Remnick se le concede una entrevista de seguimiento en el Despacho Oval. Me hace ilusión estar presente. POTUS y Remnick profundizan en toda una serie de temas, pero POTUS llama mi atención cuando dice que la narración de la historia es larga, y que nosotros simplemente «intentamos escribir bien nuestro párrafo». La vida es breve y este mundo es muy grande. «Escribamos bien nuestro párrafo.»

Y si no tienes claro qué es lo que está bien o no, igualmente escríbelo. Le mando una carta a Jason para cerrar definitivamente lo que pasó entre nosotros. Le sorprende verme esperándolo junto a su escritorio. Tiemblo como un perro mojado en mitad del invierno. Le entrego el sobre y le digo:

—Muchas gracias.

Él me responde:

—No, gracias a ti. —Y sonreímos como malos actores, que es lo que somos. Pero no importa: ahora ya todo ha acabado.

Peggy me pregunta si quiero cubrir las vacaciones de Navidad de la familia del presidente en Hawái. Nunca he estado en Hawái, pero he visto *En el filo de las olas*, así que acepto de inmediato. Voy a estar dos semanas viviendo en esa película en la que Kate Bosworth se pasa el rato haciendo abdominales hasta que vuelve a estar en forma para hacer surf.

—¿Quieres que vaya a visitarte a Oahu? —me pregunta Sam una noche mientras regresamos a casa después de cenar. Sam va a pasar unos días en su casa, en Los Ángeles, y me explica que para ellos

Hawái es como la Costa Oeste para los de Florida.

Desde que Sam regresó de Nueva Jersey, hace ya un mes, y dejó su maleta de viaje en un rincón de mi dormitorio, lo he pasado fatal pensando en si debía contarle lo ocurrido con Jason para que ambos pudiésemos seguir adelante, o si debería romper con él por lo que hice.

—Ya he estado mirando billetes. No es barato, pero tú mereces el gasto, Galletita —me dice Sam con un guiño cursi al estilo de los presentadores de concursos. Cuando toma mi mano entre las suyas sé que tengo que confesar.

—Tengo que contarte algo —le digo. Siento que me separo de mí misma.

Veo la escena que se va a desarrollar a partir de ese momento desde el otro lado de la calle. Oigo cómo le digo a Sam que le engañé con Jason, solo un par de veces en un coche, y veo cómo abre mucho los ojos y la boca. Está destrozado, pero se culpa a sí mismo por haber estado tan absorbido por la campaña en Nueva Jersey. Está tan enfadado por la maquillada confesión que no me atrevo a contarle lo que ocurrió en San José y en África y en Martha's Vineyard. No tengo arrestos para hacerle daño y verle llorar. Nadie te explica nunca lo duro que es ser la mala de la película.

Sam me mira directamente a los ojos, pero en lugar de decirme que lo nuestro se ha acabado, reconoce aquí mismo, en la acera de la calle, que ha sido un novio ausente. Vuelve a tomarme de la mano.

—Debe de haberte resultado muy duro no contarme semejante secreto —me dice con una compasión que me deja fuera de juego—. Sigo queriendo ir a Hawái. Quiero que lo nuestro funcione.

¿Es una media verdad mejor que una mentira completa? ¿Por qué no he sido lo bastante valiente para explicarle que llegó a ser un asunto serio y él pueda tomar una decisión ajustada? Si no pongo todas las cartas sobre la mesa, no dejaré de sentirme confusa respecto de lo que quiero, y Sam tampoco sabrá exactamente qué es lo que él quiere. Vamos de camino a casa. Sam tiene los ojos fijos en la acera, como si alguien hubiese atropellado a su perro... y ambos supiésemos que he sido yo.

El día en el que el Air Force One despega con destino Hawái, espero en la salida norte con mi maleta y el Papá Noel decorativo de un metro de alto que compré en una tienda por cinco dólares cuando tenía quince años. Mi madre dice que es una horterada, pero yo me lo llevé a la universidad, y también al internado, y ahora me lo llevo

conmigo a Oahu.

Enchufo el Papá Noel antes de despegar, para enorme disgusto de la Serpiente de Cascabel, que frunce el entrecejo al otro lado de la cabina.

Cuando llegamos a la altura de crucero, POTUS se pasa por la cabina del equipo y la cara, de repente, se le ilumina.

—¡Papá Noel está aquí! —exclama. Marvin levanta los dos pulgares hacia mí. Las enfermeras y el médico vienen desde la cabina médica para tomar fotos de Papá Noel. Y a los pocos minutos aparece Jason, ve a Papá Noel y luego me mira. No digo nada. Le dedico la misma mirada asesina que vengo dedicándole desde noviembre. Hace semanas que no hablamos, a excepción de cuando le entregué la carta, que jamás respondió. Tampoco lo esperaba. Bueno, un poco sí.

Diez horas después, ya en Hawái, cargo con mis bolsas y mi Papá Noel y llego a mi habitación en el Moana Surfrider. Mi balcón tiene vistas al océano, y a pesar de que ya es de noche, puedo asegurar que este es el lugar más hermoso en el que he estado nunca. Quiero enviarle a Sam un mensaje hablándole de las vistas, pero al empezar a hacerlo aparece en la pantalla un número desconocido demasiado familiar.

**Lamento mucho todo lo que ocurrió, pero quiero que sepas que me encantó tu carta. Es lo mejor que he recibido en mi vida.**

Clavo la vista en el teléfono.

**Espero que podamos ser amigos.**

Sigo mirando.

**No quise hacerte daño. Me preocupo por ti.**

No aparto la mirada.

**Quise hablar contigo el último día en Los Ángeles, cuando estabas sola en aquel banco, pero apareció Teddy.**

Mentiroso.

**Solo tú podías meter ese ridículo Papá Noel en el Air Force One.**

No me jodas.

**Te echo de menos, Beck.**

Sigo con la vista clavada en el móvil.

**Espero que seas capaz de perdonarme. Me gustaría que fuésemos amigos.**

Lanzo el teléfono y después vuelvo a agarrarlo, porque son un puñado de mensajes agradables, y se ha disculpado, y estoy segura de que Skye no significa nada y que probablemente fue ella la que lo empezó, y antes de que me dé cuenta siquiera ya le he escrito: «Podemos ser amigos.»

Perdono a Jason.

«¿Sabes cuál es mi parte favorita de tu carta?», me pregunta. Veo los tres puntos mientras teclea. Pasan varios minutos. Está escribiendo un párrafo entero.

**Puedo verlo cortando troncos, dejando el hacha a un lado para recuperar la pipa que había dejado en un tocón cercano. Está encorvado sobre unos planos, o inclinado sobre una mesa de pícnic para atarle el casco a un niño. Puedo verlo doblando su traje, planificando el siguiente día mentalmente. Le da indicaciones al equipo de tierra, a los de la limpieza, y no le impresionan las estrellas de cine con sus nuevos Lexus. Puedo verlo comiéndose una hamburguesa a solas en su Wagoneer a última hora de la noche, disfrutando de una brizna de soledad. Puedo verlo desplazarse pesadamente por un centro comercial en Mobile, Alabama, cargando con una caja llena de gatitos abandonados y con esa mirada suya como diciendo: «¿Qué voy a hacer con una caja llena de gatos?» Él es el castaño de indias perfectamente enrollado en la nieve, la playa secreta en verano. Él es el único que quiero que me arrope, que me desee felices sueños, y que me haga reír hasta que las lágrimas me corran por las mejillas.**

Es el único párrafo, en una carta de tres páginas, que apenas habla de mí. Solo habla de él. Es normal que sea su favorito.

Pocos días más tarde, en Nochebuena, tomo prestado uno de los coches de los miembros del equipo de avanzadilla para ir a buscar a Sam al aeropuerto. A Sam no parece hacerle especial ilusión verme; es la única persona más consciente que yo de la presencia de Jason. La culpa y la rabia nos acosan a oleadas cuando pienso en los correos electrónicos de Wendy, y en que me comporté peor que él, pero también en cómo nada de esto habría ocurrido si no hubiese pasado lo de Wendy, o lo de Toledo, o lo de Nueva Jersey. Aunque eso no son más que excusas y ahora estamos en Hawái, mi novio y yo, y el tipo con el que le puse los cuernos, y la familia del presidente, y una docena de miembros del equipo, y otra docena de agentes del Servicio Secreto.

Pero a la mañana siguiente, el día de Navidad, me despierto al lado de Sam y entiendo que este puede ser el inicio de un nuevo capítulo. Pasamos la mañana abriendo los regalos que nos habíamos escondido respectivamente, y después bajamos al bufet Banyan Tree Christmas. Charlize Theron y Sean Penn están desayunando en la veranda, a treinta metros de nosotros. Después de llenarnos la barriga, Sam y yo alquilamos unas tablas de surf y pasamos el resto del día en el agua.

Cuando cae la noche, estamos ya preparados para acudir a la fiesta del Elefante Blanco que monta el equipo de la Casa Blanca. Se supone que todos tenemos que llevar algún pequeño regalo, así que envuelvo una riñonera rosa llena de fruslerías de temática hawaiana. Cuando llegamos al salón de la fiesta, de inmediato Jason y yo cruzamos la mirada. Se dispone a levantarse, pero yo le digo que no con la cabeza. Nunca me había sentido tan protectora con Sam. La noche avanza. Jason escoge mi riñonera durante el intercambio de regalos, y Sam prácticamente lanza un gruñido cuando se fija en el desfile que se organiza a su alrededor.

Pocos días después de Navidad, recibo un correo electrónico en mi teléfono móvil del trabajo para informarme de que hay una fiesta luau en la casa de invitados del presidente. Me hace mucha ilusión, pero hay un inconveniente: Sam no está invitado.

Como Sam es el típico tipo tranquilo de la Costa Oeste, se lo toma a bien y se prepara para ir a jugar al golf mientras yo rebusco entre mi ropa el atuendo más apropiado para una fiesta luau con la familia del presidente. En cosa de cinco minutos, Jason me envía un mensaje

pidiéndome el número de teléfono de Sam.

**YO: ¿Por qué?**
**JASON: Porque estamos juntos en el ascensor y quiero invitarle a la fiesta luau.**

Virgen santa.
Acto seguido recibo otro mensaje, en esta ocasión de Sam:

**SAM: No te lo vas a creer. Estoy a punto de montar en el coche de Jason. Me lleva con él a la fiesta luau.**
**YO: Vaya, pues está en la costa norte... Son cuarenta minutos de viaje.**
**SAM: Sí, Galletita. Soy consciente.**

Ese viaje a la fiesta luau casi me mata. Cuando finalmente llego, Sam y Jason ya están allí. Por lo visto, están fumando juntos y Jason se ha disculpado por haber flirteado conmigo y le ha dicho que no fue nada. El hecho de que Jason le haya dicho a Sam que nuestros encuentros no significaron nada para él me rompe el alma, a pesar de que sea mi novio el que me lo está contando. Tengo que encontrar un punto de apoyo en mis emociones, y rápido. Después de que Sam y yo hablemos brevemente del asunto en la cocina, POTUS se acerca a saludar a Sam (a POTUS le encantan los tipos grandes y atléticos), así que Sam está encantado y con orgullo le cuenta que ha trabajado en sus dos campañas presidenciales.

—¿En serio? —le dice POTUS. Y antes de que Sam tenga tiempo de reiterarlo, el presidente se vuelve y grita por encima del hombro—: Oye, Jason, este tipo ha trabajado en mis dos campañas, ¿no te parece estupendo?

Me dirijo a la nevera y me preparo un combinado gigante.

Sam y yo vamos a dar un paseo por la playa y nos topamos con una foca monje, que está esperando a que los tiburones tigre se alejen para poder volver a meterse en el agua. Mientras observamos a la foca, Sam me dice que Jason es un cliché y un adulador y que es estúpido y transparente, y que le decepciona que yo me haya interesado por semejante gilipollas. Sí, yo también me siento decepcionada.

Regresamos a la fiesta y ya todo el mundo está en la onda. Un día perfecto en Hawái. Una música alegre flota en la suave brisa y aporta

la banda sonora para el partido anual de voleibol en la playa. El equipo del presidente gana el partido y yo le pregunto si ha visto la foca que había en la playa.

—Yo la vi primero —me dice POTUS, siempre compitiendo. Durante unos segundos me olvido de Jason y de Sam y me centro en el momento presente. Jamás se me habría ocurrido que podría estar charlando distendidamente con el presidente de los Estados Unidos en la costa norte de Oahu mientras sus hijas leen tumbadas en unas hamacas y la primera dama atiende a sus amigas, contándose chistes y bebiendo con pajitas. Pero aquí es donde estoy.

A POTUS le interesa saber si Sam corre conmigo y también cuál es mi programa cuando corro en la cinta. Se lo digo y él se va inmediatamente a hablar con Mike White, su agente de seguridad, porque al parecer habían apostado al respecto.

Miro hacia el océano y me doy cuenta de que nunca me había sentido más sola. Al igual que la foca de la playa, no puedo quedarme mucho más tiempo donde estoy. Pero los tiburones tigre están a la espera. Si tan solo pudiese irme a correr un buen rato, no solo para alejarme de la fiesta luau, sino para alejarme de mí misma y de la persona en la que me he convertido: una criatura de Washington con un corazón hipócrita. Estoy enamorada de dos hombres. Atrapada entre ellos, y me estoy ahogando.

# ACTO III

## 2014

> En un mundo de complejas amenazas, nuestra seguridad y liderazgo depende de todos los elementos que conforman nuestro poder.
>
> *Presidente Barack Obama,*
> *discurso sobre el Estado de la Unión, 2014*

# ROTA JUSTO POR LA MITAD

(enero)

El año da comienzo con POTUS frente a mí, con los brazos cruzados, como si se tratase de un padre sorprendido. Se encuentra en la cabina del equipo en el Air Force One. Hemos despegado de Oahu y estamos ya camino de Washington. POTUS mira a su alrededor, a nuestras caras tristes.

—Todos los adultos aquí se están comportando como Charlie Brown —dice—. ¡Todo el mundo parece muy triste! —Nos dedica su famosa sonrisa mientras hace inventario de cada uno de nosotros, deteniéndose en mí—. ¡Eh, estás morena! —Me sonrojo. Él sigue a lo suyo—. Muy bien, aquí estamos —dice el presidente cuando se encamina hacia la cabina de invitados—. De vuelta al trabajo.

De nuevo en casa, en la calle Swann, dejo la maleta junto a la puerta principal y subo las escaleras hasta mi habitación. La casa está vacía. Me tumbo en la cama y miro por la ventana. Odio el invierno. Odio el hielo negro y las mañanas oscuras y las tardes todavía más oscuras. Odio el frío que se aferra a los huesos y hace que quieras pasarte el día en la cama. Odio que Jason viva con Brooke, que se acueste con Skye, y su indiferencia hacia mí. Siempre he odiado el invierno, pero odio incluso más esta bola de nieve de autodestrucción que he creado yo misma.

«A la mierda», pienso sentándome y buscando mis zapatillas de deporte. Que le den al maldito invierno.

Inhalar el aire helado en la subida a Adams Morgan es como tragarse un vaso largo de cuchillos afilados. Cuando desciendo hacia el parque Rock Creek corro más rápido para no tener que pensar; demasiado cansada para preocuparme por mi realidad.

Este ritual se convierte en mi mapa de supervivencia. Horas antes de que salga el sol, antes de que pongan en marcha las cafeteras automáticas, antes de que Paul Ryan empiece a ejercitar sus deltoides e imagine posibles formas de fastidiar a los niños más desfavorecidos y a los ancianos, corro por las calles sin tener claro si persigo algo o me

persiguen a mí. Hago que el despertador suene más temprano cada día, y mis carreras se hacen más y más largas. La bruma que surge del río me recuerda a la primera escena de *Hamlet*; por mi parte, intento ser más rápida que mis espectros. Rodeada de elementos nocturnos y extrañas sombras, no soy una taquígrafa, o una mujer infiel, o un fantasma de la persona que fui. Simplemente estoy aquí. Atravieso la oscuridad, me alejo del pasado, paso por debajo del puente y me encamino hacia lo desconocido, mientras intento que los tambores sigan sonando, los árboles susurran, las criaturas del bosque cantan los antiguos himnos de las almas atormentadas: «Más deprisa. Más deprisa. Más deprisa.»

—¿Estás bien, muchacha? —me pregunta Teddy.

Es martes por la noche y estoy tumbada de espaldas, mirando a los chicos del baloncesto, que a su vez me miran a mí con diferentes niveles de preocupación. Algo no va bien, nada bien. Oí el crujido antes de sentirlo en mi pie cuando fui en busca de un rebote. Dejo escapar algunas lágrimas cuando les digo a los chicos que probablemente para mí la noche se ha acabado. Noah y Teddy se ofrecen a llevarme a urgencias, pero me incomoda obligarles a dejar de jugar. Les digo que estoy bien, bromeo, e intento no cojear cuando salgo de la cancha.

Hace mucho frío y sopla el viento mientras espero un taxi en la escalinata de piedra del Departamento de Interior. Ojalá Sam estuviese aquí, pero está pasando unos días en su casa, en Los Ángeles, pues durante la Navidad estuvo conmigo en Hawái. Ninguna de mis amigas tiene coche, y no puedo llamar a Jason, obviamente. Shilpa todavía está trabajando, recopilando memorandos para el libro de informes del presidente de mañana, y ni siquiera tiene cobertura para el teléfono móvil en su cuchitril. El taxi llega a mi casa y yo salto del coche a la pata coja, subo los escalones, entro en casa, me dejo caer en el sofá y me pongo a llorar. Nunca nada me ha dolido como esto.

A la mañana siguiente, un ortopedista, me hace una resonancia magnética del pie y me dice que me he roto la fascia plantar, el grueso ligamento que recorre toda la planta del pie.

—¿Ves esto? —me pregunta , trazando una línea en la pantalla con el dedo—. Te la has roto justo por la mitad. Debe de dolerte muchísimo.

Parece horrorizado e impresionado a partes iguales cuando le digo que me ha estado doliendo durante meses, pero que no había querido parar de correr.

El ortopedista sacude la cabeza.

—Habitualmente los únicos idiotas que ignoran todos los signos de alarma son los jugadores de la NBA.

Estoy deseando contarle a Teddy y a Noah lo dura que soy.

Me ordena que no corra durante seis u ocho meses.

—No estoy bromeando: ni lo intentes —me advierte cuando se fija en mi gesto—. No se trata de lo fuerte que eres o de cuánto dolor puedes soportar. Eso ya lo has demostrado. Tienes que darte tiempo para recuperarte.

Sam regresa a Washington a la siguiente semana para empezar a buscar trabajo. Me prepara la cena la mayoría de las noches y me masajea la cicatriz del pie, que poco a poco empieza a sanar. Hace que me pregunte si puedo hacerlo mejor, si puedo esforzarme más para amarlo del mismo modo en que él, como resulta evidente, me ama a mí. ¿Por qué no puedo borrar mis errores? ¿Por qué hay tantas cicatrices?

Aunque Sam está físicamente presente y me cuida, también ha vuelto al ruedo político y a beber la bebida isotónica Washington. Con el objetivo de encontrar el siguiente trabajo en una campaña electoral, se pone a hacer trabajo de red en la *happy hour*, que yo tanto detesto, y regresa a casa hablándome de un montón de personajes de Capitol Hill que a mí no me interesan lo más mínimo. Se ha instalado otra vez en mi habitación y, de nuevo, parece deprimido, como le ocurre siempre tras finalizar una campaña.

Una semana después de haber establecido ya mi nueva rutina, empiezo a perder la cabeza. Me siento atrapada. El trabajo a veces se me hace tedioso y en ocasiones directamente insufrible. No puedo viajar. Solo puedo teclear. Y, por desgracia, descubro que odio teclear. El despacho, siempre pequeño, de repente me resulta claustrofóbico.

Lisa y Peggy empaquetan todos los aparatos de taquigrafía y se alternan en los viajes presidenciales, pero yo tengo que quedarme tras el escritorio y mirar la pantalla, tal y como estaba cuando empecé a trabajar aquí. Ya ni siquiera está Lucas para hacerme compañía en el despacho. Me gano la vida transcribiendo los pensamientos de otras personas. Cuando Shilpa me envía este mensaje: «¡Te echamos de menos, B!», acompañado de una foto de ella, Hope y Amelia en un bar de Milwaukee, rechino los dientes mientras sigo corrigiendo la

transcripción de uno de los informes fuera de registro que nadie leerá jamás.

Una noche, después de otra aburrida jornada en el trabajo, regreso a la calle Swann. Sam me ha preparado la cena. Me quejo de la cantidad de especias que ha utilizado y él deja el tenedor con un golpe fuerte y grita:

—¡No puedes permitir que tu pie acabe con nuestra relación!

Me da la impresión de que se va a levantar y va a salir por la puerta de la calle y no va a volver nunca, pero en lugar de eso sube las escaleras y regresa con mi ordenador. La cena se enfría. Sam hace que entre en internet y que me compre un bañador, gafas para nadar, un gorro de baño e incluso que derroche un dineral en un iPod sumergible y auriculares. A la mañana siguiente, a las seis, me lleva a una piscina cercana.

Empiezo a nadar con regularidad, aunque me asquea profundamente cada minuto que le dedico. Los niños de seis años me adelantan sin esfuerzo. Mi rabia se deja notar en cada brazada y saco la cabeza del agua para tomar aire. Pero después de cuarenta minutos de lucha, me siento mejor. Nadar no es correr, pero es mejor que no hacer nada.

Sam no es el único que me ayuda. Hope me trae vino y Shilpa me prepara comida. Incluso Noah, Cole y Teddy se ofrecen. Cuando no están de viaje con POTUS, me traen y me llevan en coche al trabajo. Me envían mensajes todas las mañanas y todas las noches antes de salir de la Casa Blanca para asegurarse de que estoy bien. Es como si tuviese tres hermanos mayores. Estamos en ese momento de nuestra amistad en la que podemos mantenernos en silencio. Nos sentimos cómodos. Somos amigos de verdad.

Pero a pesar de todo su apoyo me siento rabiosa. Porque lo cierto es que al no poder correr hasta ponerme en trance, me estoy ahogando en el depósito que forman años de mentiras crecientes. No solo se trata de no poder viajar con POTUS, o de bailar en mi habitación, o de ir caminando al trabajo. No solo se trata de que esté secuestrada por las banales conversaciones entre Margie y Lisa cuando estoy sentada en mi despacho. La ira me corroe en silencio, secretamente, haciendo que me consuma durante esta lesión, porque Jason ha desaparecido.

POTUS me pregunta si estoy bien cuando me ve saltando por el pasillo a la pata coja, pero Jason no aparece nunca. Estoy convencida de que los chicos le habrán puesto al corriente de mi situación durante alguno de los muchos viajes que me he perdido; incluso el encargado

de seguridad del Air Force One me ha enviado un correo electrónico deseándome una rápida recuperación. Resulta muy duro asimilar que me he alejado miles de kilómetros de mi propia vida, viéndome debilitada por una lesión, debido a un tipo que carece de la mínima decencia humana como para enviarme un estúpido mensaje de aliento.

Me avergüenza demasiado hablar de estas cosas con Hope, y aún más con Shilpa, así que empiezo a escribir. La piscina abre a las seis, y a las siete ya he vuelto a casa y me he duchado, lo que significa que dispongo de dos buenas horas para escribir antes de que Noah, Cole o Teddy pasen a buscarme.

Cuando Skye anuncia que va a irse en cuestión de unos meses para regresar a la facultad de Economía en otoño, me pregunto si podría aspirar a un puesto en el equipo de viaje. El trabajo implicaría incluso más horas fuera de casa, y me ayudaría a integrarme por completo en el equipo de la Casa Blanca. Al contrario que ocurre con las taquígrafas, que son algo así como lobas solitarias, el equipo de avanzadilla sirve de vínculo entre los militares, los encargados de la planificación y los agentes en el extranjero. Se me daría bien ese puesto, lo sé. Le escribo al director de viajes y al encargado y les notifico que me encantaría tener la oportunidad de que me entrevistasen para el puesto.

«¡Genial! —me responde el director—. Te mantendremos al corriente.»

Les digo a Cole y a Noah que me he ofrecido para el puesto y ellos coinciden en que lo haría bien. Tal vez eso me sacaría de mi particular parálisis.

A finales de enero, el presidente promete en su discurso sobre el Estado de la Unión que 2014 será un año de acción. Frente al Congreso, declara: «Tengo un bolígrafo y tengo un teléfono.» Mientras transcribo esas palabras en el despacho de taquígrafas entiendo que yo también estoy preparada para la acción.

# CICATRIZ

(febrero)

—Creo que te va a encantar mi nueva jefa —me dice Shilpa en el aparcamiento del Ala Oeste.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Bueno, es muy amable, sincera, llama «querida» a todo el mundo, y no se parece en nada a la gentuza de Washington.

—Preséntamela.

Sigo a Shilpa al interior del edificio y nos topamos con Matt, un mariscal de campo estrella en su época del instituto que acabó convirtiéndose en el agente del Servicio Secreto que viaja con nosotras.

—¿Nos vemos el miércoles por la mañana, Saltamontes? —me pregunta, guiñándome el ojo.

Mañana la burbuja hará noche en Nueva York, así que el miércoles por la mañana Matt acompañará a POTUS a su entrenamiento matutino. Si no estuviese confinada en mi despacho, atada a una estúpida bota con el pie abierto por la mitad, ya estaría corriendo por la cinta cuando llegase el séquito. Matt me dijo en verano que Saltamontes es el mote que me han puesto los del Servicio Secreto porque doy saltitos cuando corro.

—¡Sí! ¡Nos vemos el miércoles por la mañana! —le respondo con ironía, siguiéndole el juego. El mero hecho de imaginarme corriendo pasado mañana me hace sonreír.

Y entonces oigo una voz profunda a mi espalda:

—¿El miércoles por la mañana? ¿Qué tenéis planeado vosotros dos para el martes por la tarde?

Es una voz que me resulta familiar pero que no puedo ubicar. Shilpa me mira con los ojos tan abiertos que me asusta volverme.

Debería haberlo reconocido: es el vicepresidente Biden, que ahora se ríe de su propio chiste. Sus ojos azules destellan mientras me guiña el ojo antes de colocarse sus famosas gafas de aviador y dirigirse hacia el aparcamiento. Sus dientes son tan blancos que me deslumbran

cuando me sonríe. Cualquiera de los que trabajan en la Casa Blanca te dirá: el tío Joe siempre se queda contigo.

—Oh. Dios. Mío —dice Shilpa boquiabierta.

—Será mejor que te vayas, Saltamontes —se burla Matt—. ¡Mi esposa te va a matar!

La esposa de Matt también es agente del Servicio Secreto. Podría estrangularme con sus meñiques si quisiese.

Acompaño a Shilpa a su diminuto despacho, que es poco más que un pedazo de pasillo de metro y medio de largo entre otros dos despachos del Ala Oeste. No tiene ventanas. De repente, aparece por la puerta del despacho del equipo de secretarias una mujer alta con el pelo castaño, pecas y una enorme sonrisa. Parece una mezcla de una modelo de la Patagonia y encargada de un parque de atracciones, toda ella vestida de negro. Es como si Heidi hubiese sido contratada por una multinacional.

—¡Hola! Soy Tess. ¿Cómo te llamas? —dice, tendiéndome la mano.

Me presento y Tess me invita de inmediato a entrar en su despacho, que está lleno de cajas sin abrir. Shilpa me empuja dentro y Tess saca un cartón del sillón y me dice que me siente.

—Entonces, ¿cuándo empezaste a trabajar aquí? —me pregunta. Es tan directa que da la impresión de que tuviese previsto conocerme.

Resulta todo un poco confuso: Tess es nueva, pero en tanto que miembro del equipo de secretarias tiene un cargo superior al mío, y sin embargo se está interesando en mí, a pesar de que ya le he dicho que soy taquígrafa. A lo mejor no me ha entendido bien. Nadie pierde el tiempo con una taquígrafa. Le cuento a Tess mi historia sobre Craiglist y ella me explica que también ha llegado a este mundo por accidente, que había pasado dos años viviendo en una tienda de campaña mientras trabajaba para AmeriCorps.

—Nunca he querido meterme en política —prosigue Tess—, pero Barack Obama lo cambió todo. Mi esposo es capitán de un remolcador y está afiliado al partido Republicano, pero fue él quien me animó a apuntarme como voluntaria para la campaña del dos mil ocho.

—¡Qué locura! —le respondo, mirando por la enorme ventana de Tess.

El despacho de Tess, al contrario del de Shilpa, es un auténtico despacho: tiene una puerta que se puede cerrar y vistas al aparcamiento del Ala Oeste, que es como decir el paseo de la fama de los aparcamientos. Cualquiera que sea alguien ha pasado por ahí, desde Charles Barkley a Bill Murray. Esta ventana ofrece,

seguramente, el mejor mirador de famosos del mundo.

—Sí, trabajé en la campaña y después, al inicio de la administración, hice el trabajo que ahora desempeña Shilpa —explica Tess—. Después me trasladé al Departamento de Agricultura, porque me interesaba la alimentación sostenible, pero recibí una llamada pidiéndome si podía encargarme de este puesto, ¡y aquí estoy! —Tess se reclina en su silla y estira las piernas, que son realmente largas.

—¿Jugabas al baloncesto? —le pregunto.

—¡Sí! —me responde Tess—. ¿Tú también?

Me dispongo a responderle cuando veo a Jason por la ventana, con las manos en los bolsillos, agachándose para hablar con alguien. Veo que dicha persona lleva unos zapatos de tacón alto de color rojo brillante. Solo hay una mujer que podría llevar esos zapatos en febrero, cuando el aparcamiento del Ala Oeste está cubierto por una capa de hielo negro. Jason cambia el peso de una pierna a otra y veo a Skye. Me fijo para ver si entran en el edificio Eisenhower, pero en lugar de eso se encaminan hacia el Wagoneer.

—¿Beck? —me dice Tess con una sonrisa. Yo estoy tragándome mi bilis—. ¿Jugabas de base, querida?

Cuando llego a casa, Sam me dice que ha encontrado un empleo: va a trabajar para el senador Mark Warner, de Virginia, lo que quiere decir que podrá vivir en Washington.

—¿Quieres que vivamos juntos? —me pregunta.

Tengo la respuesta preparada:

—Volverás a mudarte en cuanto acabe la campaña, en noviembre —le digo—. Dentro de nueve meses, tendré que buscarme la vida para encontrar otra compañera o un nuevo apartamento. Tú te irás Dios sabe dónde y yo me quedaré hecha polvo.

Sam no responde. Sabe que lo que le he dicho tiene sentido, pero también sabemos ambos que dos años atrás lo único que yo deseaba era irme a vivir con él. Entre Ohio y Nueva Jersey le supliqué que se quedase conmigo en Washington. Y no lo hizo. Así que ahora soy yo la que le pone pegas a nuestro futuro.

—Por primera vez en mucho tiempo, me gusta mi estilo de vida.

Asiente.

—Lo entiendo —dice sin alterarse.

Esa misma noche, estoy ya medio dormida cuando Sam me

pregunta, a oscuras:

—¿Cuándo podremos vivir juntos?

Puedo sentir el peso de su tristeza, la presencia de un tercer cuerpo en mi cama.

—No lo sé —le respondo. Lo que no le digo es que ignoro si llegaremos a tener una vida juntos.

Sam alquila un apartamento en la calle H, en la otra punta de la ciudad respecto a mi casa. El trayecto de una casa a otra en autobús es de una hora, y no hay cerca ninguna estación de metro. A pesar de que Sam tiene coche y de que yo sigo con la bota, muchas noches me veo obligada a acudir a la calle H porque Sam sale más tarde del trabajo. Ya sé que soy yo la que no quiere que vivamos juntos, pero cuando voy cojeando hacia la parada del autobús, me molesta pensar que vivamos tan lejos el uno del otro.

«Sam es el único hombre que buscaría un apartamento a kilómetros de distancia de su novia», pienso mientras me paso hora y media en un atasco dentro del autobús el viernes por la noche. Estamos separados por una enorme distancia incluso viviendo en la misma ciudad.

Una noche, cuando Sam entra en la cocina de su apartamento de la calle H para coger una cerveza, le digo que recuerde hacerme una copia de la llave. Más de una vez he llegado antes que él al apartamento y he tenido que esperarle fuera.

Sam pone los ojos en blanco.

—¿O es que no quieres que tenga una llave? —le pregunto.

—Claro que quiero que tengas llave, Galletita. Pero es que estoy ocupado. Lo haré este fin de semana.

Intento creer que realmente lo siente, aunque pienso que me estoy dejando llevar por un optimismo basado en el dolor. Acabo de enterarme por Cole que le han dado a otra persona el puesto de Skye en el equipo de viaje. No llegaron a entrevistarme. Algún alto cargo habrá hecho alguna llamada, según me ha contado Cole, lo que da a entender que respecto al equipo de avanzadilla y programación se han pasado el proceso democrático por el forro.

Un par de semanas después, todavía no tengo la copia de la llave del apartamento de Sam, y cuando llego antes que él, debo esperarle en la escalera de entrada... otra vez. Justo cuando me dispongo a sacar

mi teléfono para echarle la bronca, comienza a diluviar y en cuestión de segundos estoy empapada.

«Tal vez mis padres tengan razón», pienso. Adoran a Sam, pero están preocupados. Entienden la cuestión de la llave como un signo de que Sam no está preparado para comprometerse de verdad. Les he explicado que está muy ocupado y quizá un poco preocupado por el desarrollo de la campaña, que no es algo personal. Después de todo, fue Sam el que propuso que fuésemos a vivir juntos. Pero ahora, con la ropa pegada al cuerpo y sintiendo los relámpagos y los truenos cada vez más cerca de mi cabeza, pienso que posiblemente mi padre esté en lo cierto cuando dice: «A veces lo que más nos duele de los otros es lo que no hacen.»

Cuando Sam aparece estoy calada hasta los huesos y tiemblo en las escaleras que llevan a su apartamento como un gato callejero. Espero escuchar de su boca una cascada de disculpas en cuanto salga del coche, pero veo que lo que hace es enviar mensajes con el teléfono móvil.

—¿Estás de coña? —le grito. Un trueno viene a reforzar mi pregunta. Sam, que está hambriento, cansado y estresado, también me grita. Discutimos toda la noche, moviéndonos alrededor el uno del otro como si fuésemos panteras enjauladas.

A la mañana siguiente no nos dirigimos la palabra; obviamente, no nos disculpamos. Pero esa misma noche Sam se presente en la calle Swann sin avisar, desliza una llave en mi mano y me besa.

Finalmente vuelvo a viajar el 19 de febrero, en un desplazamiento de ida y vuelta a la Ciudad de México. Pero a media mañana me estoy peleando con esta estúpida y tosca bota y me pregunto si no habré vuelto al trabajo demasiado pronto. Hace calor en Toluca y tenemos que ir de un lado para otro entre dos edificios que están a cuatrocientos metros uno del otro. Me palpita el pie y no son todavía las doce del mediodía. Todo el mundo se siente fatal porque no hay nada para comer y va a ser una jornada de dieciocho horas. El equipo de avanzadilla lleva vomitando toda la semana, así que nadie va a arriesgarse con el bufet, y los altos cargos están enfadados con Teddy porque no ha preparado bolsas de comida del Air Force One.

—Tendría que haber dejado que Lisa se encargase de este viaje —me lamento mientras cojeo hacia el palacio.

Mientras POTUS le da la mano al primer ministro Harper, de Canadá, y al presidente mexicano, Peña Nieto, durante una reunión con el grupito, siento que alguien me mira. Me vuelvo y allí está: Jason. No he hablado con él desde que estuvimos en Hawái. Le miro mientras camino, pero él me sigue al exterior.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta. Su amistoso optimismo me dan ganas de meterlo en un tanque lleno de pirañas hambrientas.

—Ya lo sabes —le digo en voz baja, señalando hacia mi bota negra mientras el grupito pasa a nuestro lado a toda prisa. Los han tenido sentados durante más de una hora en un sótano sin ventanas del palacio mientras los líderes de Norteamérica llevaban a cabo un encuentro trilateral en un jardín botánico. Esa es una de las cosas que no he echado de menos de los viajes: las prisas constantes y las esperas.

Jason se encoge de hombros; le divierte mi enfado.

—Supuse que me buscarías si me necesitabas. —Pasando por completo de mi rabia, se me acerca y me da un abrazo. Me quedo quieta, odiándolo, pero también oliendo su chicle de menta—. Tienes buen aspecto —me susurra al oído. Se inclina un poco más sobre mí y me abraza con más fuerza.

Veo, por encima del hombro de Jason, como un guardia mexicano se aleja.

—Te he echado de menos, Beck —dice. Noto su aliento en mi mejilla. Es como un beso. Da un paso atrás para observarme, pero yo bajo la vista y la clavo en las baldosas del suelo del palacio. Si miro sus ojos azules me atrapará. Le perdonaré.

No alzo la vista hasta que se ha alejado varios metros y palmea la espalda de su homólogo en la delegación canadiense bajo un arco. Nos ignoramos cuando, cojeando, persigo al grupito de prensa.

# SI LAS PLEGARIAS FUERAN SONIDO

(marzo – junio)

A medida que las semanas pasan, los informes de prensa tratan temas como el avión de Malaysia Airlines que desapareció, el ébola en África, la anexión de Crimea por parte de Rusia, el alud de barro en Oso, Washington, y un montón de cosas más. O bien el mundo es siempre un lugar deprimente y yo me mantenía angelicalmente inconsciente de ello, o bien durante esta temporada hemos tenido que lidiar con una enorme cantidad de porquería.

La campaña de Sam sube de intensidad al llegar el verano, lo cual significa que cuando disponemos de un fin de semana libre él se sienta y no aparta los ojos del teléfono móvil. Vamos a la casa que mis padres tienen en la playa como si se tratase de una especie de retiro, e incluso mis padres, que adoran a Sam, se preocupan al verlo sentado con el iPhone en la mano.

—Es solo un segundo —dice cuando le pregunto si quiere ir a dar un paseo por la playa. Pero tengo que esperar una hora y acabo yéndome sola.

La tarde del domingo, mientras leo a escasos metros del agua, oigo sonar el teléfono de Sam.

—Es un periodista —me dice, y responde antes de que pueda decirle: «¿Y qué?» Cuando cuelga, le pregunto si le gusta pasarse el domingo hablando con periodistas mientras está sentado en la playa con su novia, y él responde que sí.

Pongo los ojos en blanco tras mis gafas de sol. No podemos ser más diferentes. Yo dejo que mi teléfono muera en cuanto salimos de Washington el viernes por la noche. Desde que estuvimos en México, Jason ha extendido sus antenas, y se muestra especialmente activo los fines de semana en los que Brooke no está. Yo he ignorado todos sus mensajes, lo que ha provocado que multiplicase su número y su dulzura. Pero a mí no me engaña. Jason no me quiere: él solo desea aquello que no puede tener. Y si bien Sam está totalmente enganchado a la campaña, disfrutando del hecho de charlar con periodistas un

domingo de playa, por lo menos es sincero respecto a lo mucho que le gusta su trabajo. Por lo menos es sincero con todo.

—Galletita —me dice, tomándome de la mano—, ¿te gustaría que fuésemos a Louisa's esta noche antes de volver?

A pesar de todas las cicatrices que estamos intentando curar, Sam sigue tratándome como nadie lo ha hecho nunca. Sigue siendo mi mejor amigo, mi confidente, mi Pollyanna particular, mi entrenador de fútbol, mi cachorrito. Me tranquiliza y me anima mejor que nadie, y me recuerda que tengo que ver el lado bueno de las personas, no el malo, especialmente en lo que a mí respecta.

Esa noche, en Louisa's, mi restaurante favorito, no soy capaz de elegir postre: me encanta el pudín de chocolate con caramelo y sal marina, pero la tarta de frambuesa tiene una pinta estupenda. Sam quiere un pudín de vainilla al bourbon.

—Pidamos los tres —dice Sam.

—¡Sam! ¡No podemos hacer eso!

—Claro que podemos, Galletita —me dice. Sus verdes ojos centellean.

—¡Cuestan ocho dólares cada uno de ellos! ¡Serían veinticuatro dólares en postres!

—Eh, yo te invito a la cena —dice Sam con la más cálida y familiar de sus sonrisas—. Podrás empezar a pagar la cuenta cuando vendas tu primer libro.

Ese es mi chico. Cree ciegamente en mí; siempre lo ha hecho. A pesar de que no puede evitar echarle un vistazo al teléfono móvil en un par de ocasiones durante la cena, él es el único que sabe que mi sueño es escribir y, lo que es más importante, cree que soy lo bastante buena como para conseguirlo.

Sam y yo regresamos de la playa a tiempo para que vuelva a hacer las maletas: POTUS va a Polonia, Bélgica y Francia. Lisa irá con el grupito durante la primera mitad del viaje y Peggy y yo viajaremos en el vuelo de prensa; sustituiré a Lisa cuando lleguemos a París. En Bruselas, Peggy y yo vamos a dar un paseo, y ahí me doy cuenta de que le cuesta respirar.

—No estoy en forma —me dice.

—Estamos las dos igual —le digo con empatía. Todavía no puedo salir a correr.

Compramos regalos para los nietos de Peggy antes de que me diga si podemos descansar un rato en un banco del parque. Mientras observamos a los turistas arremolinarse a nuestro alrededor,

acarreando recias bolsas cargadas de chocolate, gofres y cerveza Delirium Tremens, Peggy no deja de contarme historias sobre sus viajes como taquígrafa durante las administraciones Reagan, Clinton, Bush 41 y Bush 43.

—Bush padre tenía el equipo de gente más amable, más respetuosa y educada —recuerda Peggy—. Y Bush hijo era un auténtico bromista con un gran corazón. No estaba de acuerdo con sus iniciativas políticas, pero es un buen hombre. Solía gritar: «¡Adoramos a las taquígrafas!» después de cada reunión con el grupito de prensa.

Podría pasarme el resto de la tarde allí sentada, escuchando a Peggy hablar sobre sus experiencias con todos esos presidentes, pero tenemos que regresar al hotel de prensa y pasar unas cuantas horas tecleando.

Cuando llegamos a París, me intercambio con Lisa y me alojo en el hotel del equipo. Cuando llego, Teddy y Noah están fuera, fumando.

—¡Becky la bilateral! —anuncia Noah, orgulloso del nuevo mote que se le ha ocurrido para mí.

A sus pausas para fumar los chicos las denominan «bilaterales» porque suelen tener lugar durante los encuentros bilaterales oficiales del presidente. Yo no fumo, pero me gusta unirme a esas reuniones «bilaterales» en callejones traseros o balcones privados o en muelles de carga detrás de los escenarios. Es el mejor lugar para oír a los chicos contar historias sobre POTUS y la única oportunidad de que nos dé el aire.

—¡Justo a tiempo! —dice Teddy.

—¿Para qué?

—Nos vamos al bar —añade Teddy, señalando hacia un bistró que hay en la esquina.

—¡Es casi medianoche! —les regaño. Estoy agotada después de cuatro días de viaje.

—Te puedes quedar aquí —dice Noah, pasando a mi lado.

—Que os divirtáis —le respondo. Mañana es un día importante: volamos a Normandía para celebrar el setenta aniversario del Día D. Quiero descansar y estar preparada para poder escribir sobre ello.

Pero entonces oigo su voz a mi espalda.

—¿No vas a venir con nosotros? —pregunta Jason.

He ignorado los mensajes de Jason durante meses. Durante meses,

siempre que me ha venido al pensamiento, he llamado a Sam. Me juré a mí misma que iba a comportarme como una buena novia. Pero ahora, junto a los chicos fuera del hotel, recuerdo lo que Hope me dijo la semana pasada, casi con vergüenza, después de haberla visto radiante con Jason, que no dejaba de halagar a su padre mientras se hacían fotos: «Lo odio por ti, pero es imposible no quererlo por todo lo demás.» Tal vez, aunque solo sea por esta noche, pueda ser como el resto de la gente, y dejarme llevar por el brillo de su atención sin tener en consideración a dónde me llevaría eso.

Antes de que me dé cuenta, son las dos de la mañana, última llamada, y todo el mundo quiere regresar al hotel. Pero tengo a Jason a mi lado y Noah está totalmente despierto debido al *jet lag* y Teddy ha decidido que tenemos que encontrar una discoteca. Les damos las buenas noches a nuestros colegas y les decimos que enseguida volveremos nosotros también al hotel. Porque no queremos que vengan con nosotros. Esta noche nos pertenece. Cuando llega la cuenta, me inclino por encima de Jason y él me deja firmarla en su nombre, y nos echamos a reír cuando dejo una propina el doble de cuantiosa que la más cuantiosa de las decisiones que vamos a tomar esta noche.

Tropiezo con el bordillo y me agarro a Jason; huelo su chicle de menta mientras Teddy detiene un taxi y Noah responde correos electrónicos en su teléfono de trabajo. Ahora somos solo nosotros cuatro, metidos en un coche que apesta a humo de cigarrillo y a un desesperado deseo de escapar. Teddy se sienta delante. Le pregunta al taxista dónde podemos encontrar un sitio para bailar a estas horas, y el tipo, encantado con el dulce rostro de Teddy y con su estupendo acento al hablar francés, le dice que va a llevarnos al mejor local de París. Yo estoy sentada detrás de Teddy y fijo la mirada en la punta anaranjada de su cigarrillo American Spirit, que cuelga de sus dedos por fuera de la ventanilla.

Nos detenemos en un callejón y el taxista señala hacia una discoteca al final de la manzana. La música nos llama, y también un hombre que vende rosas. Así que Jason me coloca una de esas rosas en una mano y me toma de la otra, tirando de mí a través de la niebla de las tres de la mañana en París.

No llegamos a hablar siquiera con el gorila de la discoteca, porque está cerrada, así que volvemos a montarnos en un taxi. Teddy va jugando al Clash of Clans en su teléfono móvil. Noah está dormido a mi lado, con la frente apoyada en la ventanilla. Y Jason encuentra mi

mano en la oscuridad y me besa en el cuello mientras París se desdibuja ahí fuera.

De vuelta en el hotel, los chicos se fuman su último cigarrillo.

—Becky —masculla Teddy—, asegúrate de que por la mañana estoy despierto y vivo, ¿vale?

—¿En ese orden?

—No te pases de lista conmigo, muchachita —replica Teddy—. Compruébalo a las siete.

Compruebo la hora en mi teléfono. Son más de las tres. Estamos jodidos.

Dado que es muy tarde y que estamos borrachos, Jason y yo vamos juntos hasta su habitación... primero. Me lleva la maleta; ni siquiera me registré en el hotel, me fui directamente al bistró con los chicos. POTUS se aloja en la residencia del embajador, así que no hay agentes del Servicio Secreto en los pasillos. Estamos solos, él y yo, los sospechosos habituales. Yo deseaba no volver a ver a Jason, porque sé que no soy lo bastante fuerte para negarme a lo que deseo. Introduce su tarjeta y oímos el conocido clic.

—¿Beck? —dice, abriendo la puerta de cristal del balcón. Yo todavía estoy en el pasillo. Me llama desde la oscuridad.

El paisaje desde el balcón de Jason es mucho mejor que lo que haya visto en cualquier película. Estamos muy cerca de la torre Eiffel, y no tardará en amanecer. Hace frío, pero no importa. Es perfecto. Todo el mundo sueña y nosotros estamos despiertos en un balcón en París, viviendo una vida que supera cualquier fantasía. Estamos tan cerca que me apoyo en la barandilla y estiro los brazos, como si quisiese tocar la luna, la torre Eiffel, las estrellas. Están a mi alcance, podría jurarlo. Lo oigo reír a mi espalda. Noto sus brazos rodeándome. Bajo este cielo húmedo y negro como la tinta, Jason tira de mí hacia él, de vuelta a lo más profundo del océano Pacífico.

—Deja que te lave el pelo —susurra. ¿Qué fue lo que escribió Virginia Wolf? «Me hundo, querido, en mares de fuego.»

A la mañana siguiente, abro mi maleta, saco un vestido limpio y entierro lo ocurrido la noche anterior en un compartimento aparte pensado para la ropa sucia. A las 6.59 recorro el pasillo hasta la habitación de Teddy. Llamo a la puerta. Una vez. Dos. Tres veces. No oigo ruido alguno al otro lado y empiezo a ponerme nerviosa. Golpeo

la puerta con fuerza y, finalmente, gracias a Dios, oigo decir a Teddy:

—¿Hola? —como si fuera media tarde y yo una vendedora que viniese a molestarlo.

—Teddy, ¿estás despierto y vivo?

—¿Quién eres?

—¿Tú quién crees que soy?

—Dame un segundo.

—No pasa nada, está bien. Solo quería asegurarme de que... —Y entonces aparece Teddy, con todo su corpachón cubierto únicamente por un diminuto albornoz que le queda muy corto, lo que me permite hacer una comparación entre él y el *David* de Miguel Ángel.

—Gracias, muchachita. Lo he pillado de aquí —dice Teddy, volviéndose y entrando en la habitación.

—Bonito culo —le digo.

—Sigue soñando —me responde Teddy, dándose una palmada en la nalga.

Vamos a la residencia del embajador para recoger a POTUS. Después montamos en un helicóptero que nos lleva a Normandía para la celebración del setenta aniversario del Día D. Se ha congregado toda una multitud, y sobre el escenario hay varios supervivientes, los héroes, ya viejos y arrugados. Mi agotamiento me lleva a situarme emocionalmente en un lugar periférico mientras tomo notas en mi teléfono móvil.

POTUS sube al escenario y los presentes, a poco que puedan mantener el equilibrio, intentan ponerse en pie. Es algo hermoso. Algunos se muestran vivaces, a otros les cuesta mucho, y unos pocos tienen que permanecer sentados en sus sillas de ruedas. Todos combatimos contra las lágrimas. Tengo ganas de tomar de la mano a cada uno de los veteranos que están en el escenario y darles las gracias. Los antiguos soldados, en la medida de sus posibilidades, saludan al presidente Obama. Se sienten orgullosos. Están ahí, de vuelta, y recuerdan. ¿Qué rostros verán cuando les aplaudimos por su valentía?

—Si las plegarias fueran sonido, los cielos de Inglaterra esa noche habrían ensordecido al mundo entero —dice el presidente.

Tras el discurso, POTUS le concede una entrevista a Brian Williams, y ahí estoy yo, oculta entre la maleza grabando. Cuando alzo la vista hacia donde se encuentran los helicópteros, veo a Jason y a Skye juntos, hablando, apoyados el uno en el otro, riendo. Tendría que haberlo sabido. Skye ya no trabaja a tiempo completo en la Casa

Blanca, pero sigue trabajando de vez en cuando. Me pregunto qué otras cosas hará de vez en cuando.

Mis propios pensamientos me están ahogando cuando Jason mira hacia donde estoy yo. Con un suave movimiento, pivota sobre uno de sus pies y me da la espalda, centrando toda su atención en Skye. Estoy segura de que le está diciendo que quiere disfrutar del sol de su mirada, y ella estará a punto de desmayarse, como me ocurriría a mí. Mientras sigo oculta entre la maleza, escuchando a Brian Williams preguntarle a POTUS sobre Bowe Bergdahl, me da por pensar que debo de ser más tonta que Skye, lo cual resulta deprimente pues Skye es tonta de remate.

En la siguiente parada, encuentro a Noah y a Teddy en un rincón, fumando.

—¿Me das uno? —le pregunto a Noah, asintiendo hacia sus cigarrillos.

—¿Uno de estos palitos cancerígenos? —me pregunta Teddy, alzando las cejas con preocupación.

Me pican los dedos. Me siento como si hubiese metido una tostadora en la bañera, con todos los cables pelados y chisporroteando. No soy fumadora, pero estoy desesperada.

—Creo que no, Becky —me responde Noah—. ¿Qué pasa?

—Nada. Solo quiero uno.

—¿Qué pasa? Lo digo en serio —vuelve a preguntar.

Sin pretenderlo, mis ojos se posan en Jason, que está a unos doscientos metros de aquí. Noah finge no darse cuenta, pero su gesto se endurece cuando me tiende el paquete de American Spirits.

—Ten cuidado, muchachita —dice Teddy dando una calada—. Le das una calada a un cigarrillo y ya sabes lo que pasa, llega el mediodía del martes y te pones a esnifar polvo de ángel en el culo de un burro.

Mientras Noah y Teddy hablan de golf me hundo en mi propia miseria. ¿Por qué creí una sola de las palabras que Jason dijo anoche? Y ahora, ¿lo he entendido?

Jason me evita en el vuelo de regreso a casa. Hope no vuela con nosotros, así que me coloco los auriculares y hago que suene una y otra vez el tema de los National «Fireproof», de su disco *Trouble Will Find Me*.

Cuando aterrizamos en Washington, Lisa me cuenta que Peggy, nuestra querida y estoica jefa, ha perdido el conocimiento en el avión de prensa antes de despegar. No se debía a que no estuviese en forma, tal como me dijo en Bruselas, lo que le ocurría era que estaba

sufriendo una embolia en la pierna. Gracias al heroico agente del Servicio Secreto que detuvo el avión, Peggy está viva y se está recuperando en un hospital de París.

—Si hubiese alcanzado a su corazón, habría muerto —me dice Lisa —. Ese agente le salvó la vida. —Por fortuna, Lisa estaba allí y pudo ayudar a que llevasen a Peggy al hospital. Ella y yo no podemos ser más distintas, pero ambas queremos mucho a nuestra jefa.

# LA CHICA QUE LO TIENE TODO

## (mediados de junio)

No había pasado siquiera una semana desde París cuando ya estábamos rondando por las instalaciones deportivas de un instituto en Worcester, Massachusetts. El presidente se dispone a darles el discurso de graduación a los mayores en el gimnasio, y cada pocos minutos oigo los gritos y los silbidos cuando el presidente se mueve mientras habla.

Teddy me está explicando en qué consiste Clash of Clans cuando Jason se acerca y me pregunta:

—¿Es cierto que hoy es tu cumpleaños?

No hemos vuelto a hablar desde que lo vi con Skye en Normandía, pero me flaquean las rodillas cuando huelo el estúpido olor a menta de sus chicles.

Asiento, sí, hoy es mi cumpleaños.

—¿Has montado alguna vez en el Marine One? —me pregunta.

—No... y no —le respondo para que entienda que va a tener que descartar la idea que le ronda. No tengo ningún derecho a montar en el Marine One. En tanto que miembro del equipo de la Casa Blanca, cuando es tu último día allí cabe la posibilidad de que montes en el helicóptero del presidente, como regalo de despedida, pero nadie de los de mi despacho han volado en el Marine One.

—¿Qué le regalas a la chica que lo tiene todo? —pregunta Jason.

—Unos zapatos nuevos —le digo, y le muestro el agujero que tengo en la suela de mis zapatos planos.

—No puedo creer que sea tu cumpleaños —me dice sin dirigirse por completo a mí. Ha pasado casi una semana, seis días desde París,

cinco desde Normandía, cuatro días desde que regresamos a Estados Unidos. Y no hemos hablado en todo ese tiempo.

—¿Guardas ahí una primera edición para mí? —le pregunto, señalando la bolsa negra que cuelga de su hombro. Jason elige siempre sesudas primeras ediciones de libros para sus amigos, y yo quiero una. Necesito asegurarme de que no soy solo una amante ocasional, boba y fácil; quiero saber que también soy su amiga.

Jason ríe.

—No, no llevo ningún libro valioso aquí, lo siento —dice—. ¿Quieres lo que llevo en la bolsa?

—¿Qué es?

—La carta que me escribiste el año pasado.

—¿Por qué?

—Porque es lo mejor que he tenido nunca.

—Pero algunas partes eran realmente mezquinas —digo, confusa. Era, sin duda, una carta de amor, pero puse también todo de mi parte para destriparlo por lo mal que se había comportado conmigo.

—Sí, pero todo es cierto —responde Jason con una seriedad muy poco frecuente en él—. Me encanta esa carta.

Al cabo de un rato, Teddy me lleva a un lado.

—Eh, muchachita —me dice—. En el siguiente vuelo te vamos a colar en el Marine One.

—¿Cómo... cómo lo has logrado? —tartamudeo.

—Yo no he sido —me dice Teddy—. Ha sido Jason.

Cuando salimos a las instalaciones deportivas, convertidas en zona de aterrizaje, salgo del autocar de prensa; ya me han quitado la bota, pero jamás me he sentido más insegura de mis pasos. Poco importa la cantidad de veces que he formado parte del convoy presidencial en los últimos dos años y medio, de repente me siento como un patito desorientado en un cruce. Jason se pasa la bolsa por encima del hombro y dice:

—¡Venga! Tú, sígueme y ya está.

Veo cómo el presidente, rodeado por todos los agentes del Servicio Secreto, cruza el campo como si se tratase de un jugador de béisbol tras la última entrada. Cuando estoy llegando a la escalerilla, Jason ralentiza el paso y finalmente se detiene. Yo también me paro.

—Adelante —me dice. Asciendo la escalerilla que lleva al Marine One.

Josh Earnest, el secretario de Prensa, palmea el asiento que tiene al lado y me quedo sin aliento al comprobar que voy a ir sentada

frente a POTUS, que está mirando por la ventanilla. Cuando el helicóptero despega, me doy cuenta de que el Marine One es mucho más silencioso que los Nighthawks. También me percato de que si estiro el brazo puedo tocar la manga del líder del mundo libre. Jason se inclina hacia delante desde su asiento en la parte de atrás, por delante de Marvin y el doctor Jackson, y le dice a POTUS:

—Señor, llevamos con nosotros a una chica que cumple años hoy. Es el cumpleaños de Beck.

POTUS se vuelve hacia mí y dice:

—¿Es cierto? Pues ¡feliz cumpleaños! No está mal, ¿verdad?

—No, señor, es algo mágico.

Me doy cuenta de que Pete Souza está haciendo fotos desde la parte de atrás del helicóptero, junto a Jason, que también saca fotos con su iPhone. Debo de parecer un personaje de dibujos animados al que han atropellado o que se ha enamorado: los ojos se me han salido de la cuencas y tengo la boca abierta por completo. Me siento sobre las palmas de mis manos para que no se note lo nerviosa que estoy. Se me forma un nudo en la boca del estómago cuando el presidente me pregunta mi edad.

—Veintiocho años es una edad muy buena —comenta cuando se lo digo—. ¿Alguien va a llevarte a cenar fuera cuando lleguemos? —Noah me dijo que a POTUS le gusta conocer el estado civil de los miembros de su equipo, pero yo apenas puedo componer una respuesta, entre otras razones porque Jason está sentado justo detrás de él.

—Así es, señor —le digo, cruzando las manos como si de nuevo estuviese en la escuela dominical.

—Me alegro —responde POTUS. Sonrío e intento con todas mis fuerzas no mirarle como suelen hacerlo los corresponsales, es decir, como una persona que forma parte de la Historia, pero resulta difícil mantener el equilibrio entre estar embelesada y parecer una loca acosadora—. Si la cosa no va bien —prosigue POTUS—, házmelo saber y te encontraremos alguien a la altura.

Me guiña un ojo y sonríe. Durante un segundo me pregunto si sabe que estoy enamorada de Jason. Pero no es posible que lo sepa... ¿o sí?

—Gracias, señor. Gracias por llevarme en su helicóptero.

El presidente se pone a mirar por la gran ventanilla cuadrada del Marine One, con un cristal de unos quince centímetros de grosor, a prueba de balas y de bombas. Y yo doy por hecho que ya no hablaremos más durante lo que queda del vuelo. Pero pocos segundos

después, POTUS parece pensar en voz alta:

—Veintiocho años, veintiocho... A esa edad empecé Derecho, en otoño —dice—, lo cual significa que ese fue el verano en que conocí a Michelle. —Asiente para sí mismo—. Es posible que fuese esta misma semana, o incluso tal día como hoy, cuando nos vimos por primera vez, hace ya veinticuatro años.

Me mira y me siento impelida a decir algo.

—¡Hace veinticuatro años! ¡Tendríamos que haber traído champán!

Me aventuro a mirar alrededor por primera vez desde que subí al helicóptero. Es un aparato muy bonito, aunque es pequeño. No hay carritos de servicio, de eso no hay duda.

—Vaya, parece que no has tardado en sentirte cómoda —se burla POTUS. Los ojos le brillan con malicia—. Te sentaste ahí muy nerviosa, ¡y ahora ya quieres beber champán en el Marine One!

—¡Era para brindar por los veinticuatro años! —le digo. Mi voz es como la de un ratón que hubiese inhalado veinte globos de helio.

—¡Ah!, brindaré por eso.

POTUS empieza entonces a contarme la historia del día en que conoció a Michelle, de cómo tenía que hacer de pasante en un bufete de abogados pero no tenía traje, y cómo el día anterior se había comprado dos trajes que parecían de segunda mano. Ese primer día llovía, y de camino a la oficina se le rompió el paraguas, y como se había equivocado con la línea de metro ya iba con prisa porque llegaba tarde. Cuando llegó a la puerta, la recepcionista frunció el ceño al verlo, pues le desagradaba su aspecto desaliñado, así que le envió al despacho de Michelle Robinson, que iba a ser su supervisora durante el verano.

—Era más alta de lo que esperaba, con las piernas muy largas, y pensé... —Calló. En lugar de añadir nada se encogió de hombros y sonrió ligeramente—. Lo primero que me dijo fue: «Llegas tarde.» Y yo respondí: «Y mojado.»

POTUS prosiguió contándonos cuántas veces le pidió para salir antes de que ella le dijese que sí. Después de que Michelle intentase endilgarlo a alguna de sus amigas, logró finalmente invitarla a tomar un helado.

—Nada muy llamativo, como por casualidad... No lo vio venir —dice, sonriendo como un cazador orgulloso—. Fue como pescar en un barril.

POTUS suspira y le da un sorbo al té que está tomando en una taza

blanca con el sello dorado presidencial. Y después vuelve a mirarme a los ojos.

—Y cuando todo eso pasó, hace veinticuatro años, cuando empezó mi historia con Michelle, tú apenas tenías cuatro años —dice POTUS, y a mí me da la impresión de que me estuviese acusando. Asiento respetuosamente. No puedo evitar pararme a pensar en lo rápido que pasa el tiempo, en las casualidades que dictan la dirección de nuestra vida.

—Sí, señor, y dentro de veinticuatro años podré decirle a mis hijos que, veinticuatro años antes volé en el Marine One.

Me mira.

—Así es —dice—. Esa también será una buena historia. Por cierto, ¿qué tal tu pie? Porque a mí el mío aún me molesta. Todavía hago recuperación.

Descubrí que el presidente sufría fascitis plantar desde hacía dos meses en Malasia, en el gimnasio de nuestro hotel. La embajadora Susan Rice y yo éramos las únicas que estábamos en las máquinas de recuperación. POTUS se puso a correr en una de las cintas, pero se detuvo poco después. En el reflejo de la pantalla del televisor le vi caminar detrás de mí, al lado de Susan Rice, y le preguntó cuánto tiempo iba a ocupar la máquina de recuperación, del modo en que uno lo hace cuando llega el momento de los ejercicios anaeróbicos. Susan le ofreció la máquina, pero él negó con la mano. Yo le ofrecí la mía también.

—¿Estás segura? —me preguntó.

—¡Sí! —le respondí, consciente de que la mayoría de presidentes habrían cerrado el gimnasio para poder utilizarlo en exclusiva, con total acceso a todas las máquinas.

—¿Has acabado? —me preguntó todavía dubitativo.

—Sí —mentí.

Y, de repente, su aspecto de típico padre preocupado dio paso a un charloteo competitivo y sonrisitas de suficiencia, y me dijo que yo me había criado mirando por encima del zumbido de las bicicletas estáticas y del ruido metálico de las pesas.

—En cualquier caso, deberías estar corriendo —me dijo con ánimo de quedarse conmigo.

—¡No puedo! —le respondí, olvidando añadir «señor». Alcé la voz lo suficiente como para que Susan Rice me oyese incluso con los auriculares puestos y me mirase alzando las cejas. POTUS sonrió, divertido.

—¿Por qué no? —me preguntó. Empezó a calentar en la máquina de recuperación, mientras hablábamos de fascitis plantar.

Ahora, en el Marine One, intento centrarme en todo y en nada: en la luz de lectura que hace brillar sus zapatos, en la barrita Kind y las botellas de agua que había apartado de su lado y dejado junto a la ventanilla. He visto interactuar con él muchas veces a los corresponsales, así que conozco a la perfección cómo lo miran, sin pestañear, como si pretendiesen beber de su rostro, como si estuviesen observando un cuadro famoso en un museo extranjero que tal vez no pudiesen volver a visitar. Yo no quiero mirarle como si fuese un cuadro. Quiero recordarlo todo, pero también mostrar el mayor de los respetos por el hombre que me enseñó a alzar la vista.

—Veintiocho —dice POTUS cuando tocamos tierra—. Bueno, disfrútalos. El cuerpo no empieza a notar los estragos hasta los cuarenta y cinco.

No recuerdo el vuelo a Andrews o el convoy que nos lleva de allí a la Casa Blanca. Recuerdo a Sam recogiéndome con su coche en el exterior del edificio Eisenhower y diciéndole que he volado en el Marine One, pero cuando él quiere preguntarme al respecto, me quedo dormida. Llegamos a casa de Sam y yo me meto de inmediato en la cama, pero Sam me despierta cuando se inclina sobre mí para poner la alarma.

—Pasan tres minutos de las doce, Galletita —anuncia—. Tu cumpleaños ya ha pasado.

Asiento y tengo que aceptar la verdad. Pero aunque me despierto sabiendo que ya no es mi cumpleaños, sí tengo claro que se trata de la mañana posterior a haber volado en el Marine One.

# TRIPLE BOGEY

(agosto)

Como era de esperar, la carrera de Sam al Senado se hace más intensa cuando llega el verano. Tras sus temporadas en Ohio, Nueva Jersey y ahora Virginia, al fin empiezo a entender hasta qué punto las campañas consumen su vida. Cuando Sam no está en la carretera viajando por toda Virginia con el senador Warner, se encuentra en el cuartel general de campaña, o revisando el próximo discurso. No tiene lo que suele entenderse como días libres.

Semanas antes del viaje anual del presidente a Martha's Vineyard en agosto, doy comienzo a mi propia campaña: conseguir que Sam se venga conmigo.

—¡Incluso Mark Warner va a ir! —le grito en la cocina de la calle H.

—¡El hecho de que mi jefe se vaya de vacaciones no significa que yo pueda hacerlo! —me grita él a su vez, frustrado—. Así no es como se ganan las campañas, Galletita.

Utilizo otros argumentos para que Sam pase al menos por Martha's Vineyard, porque deseo con todas mis fuerzas que él esté allí conmigo; si está allí no le engañaré. Es muy triste, lo sé, pero no confío en mí misma. Necesito que mi novio me controle.

—¡Warner irá en su propio avión! —le digo—. ¡Pídele que te lleve!

Sam pone los ojos en blanco.

—No puedo ir. Y punto. —Tras agarrar su teléfono móvil y empezar a teclear, Sam añade—: Vas a tener que ir sola y pasártelo bien sin mí.

Tras ocho meses, por fin puedo correr de nuevo, y el momento no podría ser más adecuado: voy a pasar dos semanas en una isla junto a Jason.

La primera noche en Martha's Vineyard, todos los miembros del equipo coincidimos en el Seafood Shanty, y me da la impresión de estar viviendo un *dejà vu* cuando bailo con Jason, rodeados por parejas alojadas en Vineyard Vines. Cuando Jason nos invita a Teddy,

Noah, Cole y a mí a otra ronda, nos burlamos de Teddy porque le sudan las rodillas cuando tiene calor, se le humedecen los pantalones por las rodillas. Incluso POTUS llegó a bromear sobre ese fenómeno único en la historia del golf al ver aparecer aquellas manchas oscuras en la parte delantera de sus pantalones. Y en ese momento una joven asistenta, llamada Kendall, se me acerca.

—Beck —me dice—. ¿Qué haría Jason si le agarrase del culo?

Me suena a pregunta trampa —aunque tal vez no sea más que una joven descarada—, pero no quiero arriesgarme a parecer celosa, así que le respondo con la máxima sinceridad.

—Creo que probablemente te agarraría el tuyo.

Todo mi cuerpo se tensa cuando veo a Kendall acercarse a Jason y agarrarle del culo. Jason se aparta, se agacha y dice algo obviamente ingenioso y encantador. Estoy a punto de marcharme a Kelley House cuando siento que Teddy, Cole y Noah me rodean de repente y se me pasan del uno al otro agarrándome por la cadera como si fuese un balón de playa, empujándome hasta que me pongo a reír.

—¡Muéstranos cómo te mueves, muchachita! —grita Teddy por encima de la música de bajo. Me pego a ellos e intento ignorar a Jason y a Kendall, que están en un rincón.

Cuando regreso a la barra en busca de una copa, un hombre con una barbita reciente de lo más sexi me sonríe por entre la multitud y se me acerca. Lo siguiente que recuerdo es que estoy flirteando con Jake, uno de los atractivos gestores de fondos cuyos zapatos, por lo que puedo ver, cuestan más que mi alquiler.

—¿Algunos de esos tipos es tu novio? —me pregunta, señalando con el mentón hacia donde se encuentran Cole, Teddy y Noah, que se han tomado un descanso del baile para echarle un vistazo a sus teléfonos móviles. Me río y le contesto que no. Por encima del hombro de Jake veo que Cole alza los dos pulgares.

Cuando Jake va a al servicio, compruebo mi teléfono y veo que me ha llegado un mensaje de Sam. «¿Te lo estás pasando bien?», me pregunta.

Debo decirle a ese chico que tengo novio. Pero antes de que Jake regrese del baño, oigo la voz de Jason en mi oído.

—¿Te gusta? —gruñe. Me vuelvo y ahí está, con los ojos encendidos.

—¿A qué te refieres?

—¿Te gusta el chico rico que te está tirando los trastos?

—¿Dónde está Kendall? —le pregunto.

—Vámonos —dice.

A la mañana siguiente, cuando le pregunto a Jason si quiere que desayunemos juntos, él farfulla algo relacionado con el hecho de tener novia. Pocas horas después de salir de mi habitación, me envía un mensaje diciéndome que tenemos que hablar. Estamos fuera de Kelley House, frente al Quarter Deck y al Seafood Shanty, y mientras el cielo escupe sobre nosotros, él me recuerda que es un hombre impulsivo y que tengo que esforzarme más por decirle que no cuando ha bebido.

—Te aseguro que estoy intentando que las cosas funcionen entre Brooke y yo —dice Jason, mirándome a los ojos—. Tú y yo... no estamos saliendo. Pero me siento atraído por ti.

—De acuerdo —digo, haciendo esfuerzos por no llorar y con la vista clavada en el suelo, cohibida.

—Intento ser un buen novio, Beck —dice Jason, obligándome a alzar el mentón para que lo mire—. Ayúdame a ser bueno, por favor.

Asiento despacio.

—¿Cómo?

—Mantengámonos alejados el uno del otro durante el resto del viaje.

Sus palabras son como un puñetazo en las tripas para mí; pero eso no es una novedad.

Pasan los días y yo ayudo a que transcurran corriendo y corriendo, y corriendo. Corro para alejarme de Jason... hasta topar con Skye.

La veo, pero no puede ser. Lleva puestas unas enormes gafas de sol y una gorra de béisbol de los Orioles. Podría ser cualquiera. La miro con más atención. «Vale —me digo—, esta vez lo has perdido de verdad.» Jason está redoblando sus esfuerzos respecto a Brooke. No hay razón alguna para que Skye esté aquí, en Martha's Vineyard: sería demasiado arriesgado. No habría modo de justificar su presencia aquí, pues ella no viaja con el equipo, y nadie la ha llamado para que se sume. Me digo que debo de estarme volviendo loca, y que estaría bien tomarme un café y acabar el libro que estoy leyendo: *Cambiar de idea*, de Zadie Smith.

Le echo un vistazo a la chica una vez más, detenida frente a un escaparate de la calle Main en Edgartown, y ella ve mi reflejo en el cristal. Su cuerpo al completo se crispa, pero no se vuelve. Parece paralizada. Como si la hubiesen pillado. Un miembro del equipo que

no tiene motivo alguno para estar aquí, rondando por el pueblo con unas enormes gafas de sol, y que no se vuelve cuando reconoce a una compañera. Por eso sé que es ella. Pasan dos viejecitas envueltas en una nube de Chanel N.º 5, pero yo puedo olerlo igualmente: algo huele a podrido en Chilmark.

Ella es la otra mujer, aunque no sabe que yo soy la «otra mujer». Me acerco a ella y la observo como a cámara lenta, con su sedoso cabello negro brillando a la luz del sol. Skye pesa diez kilos menos que yo. Tiene el coeficiente intelectual de un periquito desnutrido. Sin duda alguna ella está más cualificada para ejercer de adúltera: la Myrtle Wilson de esa especie de Daisy Buchanan que es Brooke. El animalillo atropellado sin que se conozca el culpable.

Eché cuentas: Jason debe de haberla hecho volar hasta aquí, lo cual explicaría por qué, dos días antes, él me reprendió en el Quarter Deck recordándome que ya tenía novia. Calculó muy bien su grado de insensibilidad: lo justo para mantenerme a distancia mientras su no-novia deshacía la maleta y le preguntaba dónde quería ir a cenar.

Una jugada muy audaz. Edgartown es un pueblo pequeño y masificado, y estamos en plena temporada alta. Los miembros del equipo de la Casa Blanca nos alojamos en Kelley House, un hotel de tres plantas junto a la playa, y prácticamente nos tropezamos unos con otros cada mañana cuando nos tambaleamos en busca de café. Nos encontramos en el vestíbulo antes de ir al Seafood Shanty. Todo el mundo ve a todo el mundo. Y las paredes son delgadas. Una buena persona le habría permitido a Skye pasar inadvertida; una mujer segura de sí misma se habría encogido de hombros y habría sabido reírse del asunto. Pero yo no soy ninguna de esas cosas, así que grito:

—¡Skye!

Como si se tratase de mi más querida amiga. ¿Está ella al corriente de las cosas? Imposible saberlo. Hablar con Skye es como intentar leer la palma de la mano de una muñeca de porcelana.

Lo que sí sabe Skye, sin embargo, es que no hay razón alguna que justifique su presencia en Vineyard.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con mi tono de voz más edulcorado.

Ella tropieza y reacciona exageradamente.

—¡Ah, hola! ¡Estoy de visita! —dice con la sinceridad propia de una concursante de *reality show*.

Los labradores retriever son una raza de perros que han aprendido a atrapar sin morder fuerte. Pero yo no soy como un labrador. Yo soy

una loba. Muerdo hasta dar con el hueso y trago sin masticar. Así que en lugar de decir: «Qué bueno verte», le pregunto a quién ha venido a visitar.

Otra larga y ridícula pausa.

Skye no había previsto tener que pasar por este trago. La previsión nunca ha sido su punto fuerte; aunque, por lo visto, también podría decirse eso de mí. Finalmente, Skye dice que ha venido a visitar a sus primos.

—Ah, qué bien —digo—. ¿En qué calle viven? —Sonrío mientras pregunto.

Una conversación intrascendente con una colega. Cambia el peso de su cuerpo de un pie al otro y se acomoda el bolso. Puedo sentir su mirada a pesar de que no veo sus ojos tras esas gafas de sol típicas de famosa que quiere ir de incógnito. Tal vez no sepa cuántas cosas tenemos en común. Tal vez está tan enfadada conmigo como yo lo estoy con ella.

—Está por ahí —dice, señalando hacia el puerto. Su incapacidad para inventarse una buena historia me sulfura. Yo soy una mentirosa excepcional. De repente ya no tengo ganas de jugar limpio. No me apetece fingir que somos amigas.

—Qué divertido —le digo con la calidez de un asesino ruso a sueldo.

Y entonces, justo al mismo tiempo, sin el menor asomo de sinceridad, decimos al mismo tiempo:

—Qué bien haberte visto.

Ojalá yo no fuese más que lo que Daisy Buchanan deseó para su hija: una hermosa tontita. Sin embargo, soy lo bastante inteligente para saber lo tonta que he sido, absolutamente consciente de que he arriesgado todo lo que tengo por alguien a quien no le importo en absoluto, por una tabla de madera que se aleja flotando de mí.

Llego hasta el final de la calle Main y giro a la izquierda, hacia North Water. Y sin previo aviso mi cuerpo me falla. Me flojean las rodillas y me dejo caer en la acera. Me tiemblan las manos y las piernas de manera incontrolable. No puedo respirar. No me veo capaz de superarlo. No soy capaz de ralentizar mi ritmo cardíaco. Una pareja de ancianos con pantalones de madrás a juego me preguntan si me encuentro bien y yo asiento, incapaz de articular palabra.

Me hablo a mí misma del mismo modo en que lo hago cuando me enfrento a la segunda mitad de una carrera larga: «De acuerdo, aquí estamos, vamos a hacerlo, vamos a llegar adonde teníamos previsto.»

Me pongo en pie y saco mi teléfono móvil, pero no tengo a nadie a quien llamar. Nadie va a poder solucionar esto. Y tampoco tengo a nadie a quien culpar, excepto a mí misma. ¿Qué esperaba? Esto es lo que merezco. Y a medida que me acerco a Kelley House noto que mi cuerpo se va calmando... porque he decidido prenderle fuego a la habitación de Jason. Solo tengo que conseguir la llave.

El veneno corre por mis venas mientras le pregunto a la recepcionista por sus hijos, y río por esos estúpidos muchachos que bebieron demasiado anoche. Estoy rondando a mi presa. «¿Quién lo iba a decir? —pienso—. Todo este tiempo he sido una sociópata.»

Pero entonces suena mi teléfono.

Es Hope. La llamé hará unos diez minutos, cuando estaba en la calle, o como mínimo eso es lo que ella me dice. No tengo el recuerdo de haberlo hecho. Pero al parecer en ese momento de locura he llamado a una amiga. Y ahora esa amiga me ha devuelto la llamada y me pregunta dónde estoy.

—¿Puedes ver el agua? —me pregunta Hope al notar el pánico en mi voz.

—Sí.

—De acuerdo, esto está bien, es un inicio —dice Hope.

Me tomo sus palabras como una invitación a empezar. Mientras camino hacia el océano le cuento a Hope todo lo que he pensado hacer: cosas tan desagradables y violentas que incluso Quentin Tarantino habría echado el freno. Pero Hope deja que me desfogue. No se ríe, ni carraspea, ni suspira. Me escucha. Acabo mi desquiciado, pero creativo monólogo de visiones homicidas con esta frase:

—Así que ahora voy a quemar su habitación.

Hope me dice que está bien sentir todas esas cosas. Me ha llamado para asegurarse de que no tenía intención de hacerme daño a mí misma.

—Nombra a una mujer a la que admires de verdad —me dice.

—Tú —le digo sin pensar siquiera.

—Gracias —responde—. Ahora piensa en otra.

—Mi madre.

—Muy bien. Otra.

—Zadie Smith. —Tengo su libro en la mano desde hace una eternidad.

—Otra.

Respondo que Amelia y Tess, Charlotte y Shilpa.

—Otra.

—Susan Rice —digo más despacio al ver a Susan cruzar la calle hacia el Menemsha Blues con su agente tras ella.

—Estupendo. Vaya, menuda lista —dice Hope amablemente, casi en un susurro—. Ahora dime, ¿alguna de esas mujeres acabaría en la cárcel por haber quemado la habitación de un tío?

Me fijo en el ferri de Chappaquiddick cruzando la bahía. Finalmente, digo que no.

—Yo tampoco creo que lo hiciesen —conviene Hope con calma, como si estuviésemos discutiendo sobre si untar crema de queso y fresas en una tostada fuese buena idea o no—. ¿Y sabes otra cosa, Beck? —Su voz se hace más aguda, más perspicaz y penetrante—. Tú tampoco lo harías, porque eres una mujer fuerte e inteligente y yo te admiro mucho.

Las lágrimas me corren por las mejillas al tiempo que su amabilidad suaviza mi pecho y todo mi cuerpo se relaja.

—Eres una mujer amorosa, y mereces mucho más de lo que él puede darte —me dice Hope, interpretando mi silencio como una buena señal.

Me siento sobre una gran roca detrás de Kelley House. Pasa por mi lado una familia con tres niños pequeños comiendo helados y hablando de *Star Wars*.

—Beck —me dice Hope después de un buen rato—, eres digna de admiración. Eres una tía guay. ¿Y qué es lo que no hacen las tías guais?

Respiro hondo, notando la sal en el aire, y después suelto el veneno y todo el vitriolo.

—Las chicas guais no queman las habitaciones de nadie —digo, mirando hacia el agua oscura, hacia el cielo rosado, hacia la línea del horizonte que los divide.

Hope se echa a reír, una profunda carcajada que transmite alivio y sorpresa.

—Iba a decir que las tías guais no se rinden —me dice con un deje de alegría en su voz—. Pero sí, tienes razón. Las chicas guais no queman las habitaciones de nadie.

Al día siguiente, POTUS y el resto del equipo de viaje vuelan a Washington para un encuentro de dos días con el vicepresidente Biden y otros asesores de alto nivel con el fin de hablar sobre la presencia

militar en Irak y la escalada de tensiones en Ferguson. El ayudante del jefe de Prensa me dice que puedo quedarme en Vineyard porque no habrá informes de prensa durante los cortos vuelos de ida y vuelta a Washington. Me siento aliviada de no tener que volar una y otra vez con Jason. Y como el resto del equipo regresa a la zona de aterrizaje de helicópteros, yo escribo por el grupito. Ventajas de ser poco importante.

Mi primera mañana sin la presencia de toda la burbuja en Vineyard, salgo a correr y pienso en cómo va el presidente y su equipo a lidiar con crisis domésticas e internacionales al mismo tiempo. ¿Cómo puede uno priorizar cuando cada una de las situaciones es difusa a pesar de ser cuestión de vida o muerte? La canción *We Didn't Start the Fire* marca el ritmo de mis pasos, y el estribillo parece de lo más adecuado cuando me dirijo hacia las afueras del pueblo: «*It was always burning, since the world's been turning*.» En el extranjero, el presidente tiene que enfrentarse al crecimiento de ISIS en Oriente Medio, a Putin demostrando su poder en la Europa del Este y a la irrupción del ébola en África. Los Estados Unidos siguen presentes en Irak y Afganistán, Corea del Norte sigue haciendo pruebas con misiles, y el cambio climático es una amenaza existencial silenciosa que ya nadie puede quitarse de la cabeza. «*No, we didn't light it, but we tried to fight it*.»

En nuestro país, la violencia de la división racial está tan clara como los colores rojo, blanco y azul de la bandera. En Ferguson, Misuri, están al borde del desastre mientras la gente espera conocer el destino del agente de policía que mató a Michael Brown. Eric Garner y Brown son las más recientes víctimas de la brutalidad policial, pero ha habido tantas y habrá muchas más. ¿Qué clase de esperanza, qué sentido de progreso le estamos transmitiendo a la siguiente generación si los jóvenes de color crecen sabiendo que tienen muchas posibilidades de acabar en la cárcel o muertos antes de cumplir los treinta? Da la impresión de que todos tuviésemos que volver a cursar tercero de primaria para recordar aquel póster del Dr. Martin Luther King Jr. en el que podía leerse: «Una injusticia cometida en algún lugar es una amenaza para la justicia en todas partes.»

¿A quién vamos a proteger si no somos capaces de proteger a los niños de Newtown, brutalmente asesinados con un fusil de asalto y cuyos padres no pudieron convencer a los republicanos del Congreso, atemorizados por la ANR, de que aprobasen el cambio en la legislación sobre las armas de fuego? ¿A quién vamos a proteger si no

podemos proteger a Hadiya Pendleton, de quince años, asesinada a tiros después de los exámenes finales? ¿Qué demonios estamos haciendo? ¿Siempre fue así de horrible? ¿Acaso ha estado siempre el mundo en llamas y he sido yo la que no ha querido verlo?

En mi última mañana libre antes de que la burbuja parta de Vineyard, Major Garrett, el corresponsal de la CBS para la Casa Blanca, se detiene junto a mi mesa en la terraza de Behind the Bookstore, mi cafetería favorita en Edgartown.

—¿Qué estás escribiendo? —me pregunta. Antes de poder responder, me fijo en la cara de pánico que suelen mostrar los periodistas al pensar en la posibilidad de que se haya producido una exclusiva mientras esperaban en la cola de las madalenas—. ¿Ha ocurrido algo? ¿Ha dado algún informe? ¿Qué estás transcribiendo?

—No es una transcripción —le respondo—. Me gusta escribir.

Major se echa a reír. Espera que desarrolle algo más la respuesta, pero no lo hago, porque me da vergüenza.

—Ah —dice sonrojándose—. Lo siento... No quería... Está muy bien. Nunca había conocido a una taquígrafa que le gustase escribir. Pensaba que estabas bromeando, porque, ya sabes, como ya pasáis tanto tiempo tecleando.

Ahora los dos estamos rojos como tomates. Tendría que haberle dicho que estaba transcribiendo algo.

—Te lo digo en serio, Beck —insiste Major con sobriedad—. Es estupendo.

El presidente está volando en el Marine One de vuelta a Vineyard procedente de Washington cuando se entera de la devastadora noticia: el ISIS ha decapitado al reportero gráfico Jim Foley. Zoe, una de las coordinadoras de viaje, me telefonea para decirme que habrá una declaración de urgencia. También me llama Noah, simplemente para asegurarse de que estaré allí. Todos remamos en la misma dirección. Al anochecer, la burbuja al completo se reúne en la casa del servicio médico de la Casa Blanca, muy cerca de donde se aloja la familia del presidente en Chilmark, y POTUS hace su declaración.

Durante la segunda semana, Amelia se ha intercambiado con Pete Souza como fotógrafa de la Casa Blanca, así que es ella la que me pone al corriente de lo ocurrido mientras vemos cómo la Agencia de Comunicación de la Casa Blanca prepara las luces y los micros.

—El ISIS ha subido un vídeo a YouTube —me cuenta—. El vídeo empieza con «Un mensaje para Estados Unidos» y muestra a POTUS autorizando los ataques aéreos en Irak.

El grupito de prensa está todavía en el autocar mientras el equipo de avanzadilla coordina a los altos cargos, las cadenas de televisión y los asistentes militares. Todo el mundo parece desolado, con expresiones de pesar. La brutalidad del asesinato de Foley, el miedo que pretenden inspirar, la amenaza que lanza a nuestro país y también a nuestro presidente, a quien el verdugo nombra... No había vuelto a sentir algo así desde lo de Newtown, esta proximidad del mal. Veo cómo Amelia ajusta el objetivo de su cámara mientras la oscuridad se aposenta entre los árboles.

Tras unas cuantas horas de prisas y esperas, Kristie, una de las nuevas ayudantes del jefe de Prensa, nos dice que podemos irnos. El presidente no quiere hacer declaraciones hasta haber hablado con la familia de Foley, y esta le ha pedido que les conceda esa noche para poder asimilarlo. Hablarán con el presidente a la mañana siguiente. Desenchufamos y desconectamos, y cargamos los cables, las cajas de conexiones y los micrófonos que habíamos colocado en la parte de atrás de la casa del Servicio Médico, y no dejamos de pensar en los familiares de la víctima, en sus hermanos y hermanas. Su dolor invade nuestro silencio de camino a Edgartown.

Por la mañana regresamos a la cafetería Edgartown School, pues es ahí donde el presidente va a hacer su declaración televisiva, es la tercera desde que llegamos a Vineyard, hace una semana. En lugar de centrarse en el miedo, o en el odio, o en la violencia, el presidente condena al ISIS y explica por qué el grupo terrorista, en última instancia, fracasará y por qué el bien se impondrá.

—El futuro lo conquistan aquellos que construyen, no los que destruyen —dice POTUS. En la cafetería, el presidente le recuerda al mundo que—: el ISIS no tiene cabida en el siglo veintiuno.

Nadie de los presentes podría negar la fuerza y la sinceridad de las palabras del presidente. Pero incluso más que la palpable rabia del presidente resulta el sonido que sigue a sus palabras: POTUS se aleja del atril en un silencio sin precedentes. Solo se escuchan los clics de una docena de cámaras. Tal vez se deba al respeto que sentimos por Foley, uno de los nuestros, o quizá es que todos están realmente conmovidos por la furia del presidente, pero es la primera vez en una rueda de prensa en la que no han atosigado al presidente con una cascada de preguntas.

Y después el presidente se va a jugar al golf.

La prensa, de inmediato, cambia las historias sobre el asesinato de Foley por artículos que condenan a POTUS por haberse ido a jugar al golf justo después de semejante tragedia. Y no solo se trata de Fox News. Los demócratas del Congreso hacen declaraciones; el *New York Times* lo cuenta; e incluso Ezra Klein de Vox tuitea: «Jugar al golf hoy es de mal gusto.» Uno de los corresponsales en la Casa Blanca le pregunta al secretario de Prensa: «Da una rueda de prensa... y en cuestión de minutos se va a jugar al golf. ¿Acaso le resulta indiferente?»

Después de transcribir las palabras del presidente, vuelvo a mi habitación en Kelley House y esbozo mi propia respuesta respecto a la negativa cobertura de prensa. Escribo desde la protectora sensibilidad de una hermana menor, como alguien alejado del universo de dolor y responsabilidades con el que el presidente tiene que lidiar todos y cada uno de los días.

Salgo a correr y pienso por qué la gente no puede llegar a entender que es precisamente el deporte lo que le permite a POTUS gestionar el estrés y la aflicción. El golf no es un entretenimiento para el presidente: es el único espacio para respirar libremente que se permite. Al contrario de lo que nos ocurre a los demás, POTUS no puede ir a dar una vuelta sin causar molestias a todos los que viven en un radio de seis manzanas. No se le permite salir a correr a cielo abierto desde 2007. Su influencia abarca el mundo al completo, pero su libertad física está limitada a dieciocho hoyos.

Me desfogo con Amelia mientras recorremos los nueve kilómetros que nos llevan a Oak Bluffs. No le habría soltado mi diatriba en plan «Dejad que POTUS juegue al golf» a nadie más, pero con ella puedo dejarme ir cuando cruzamos el puente de la película *Tiburón*. Cuando ya estamos sentadas en un banco mirando el océano me doy cuenta de que tiene tatuado un sol en el tobillo.

—Esta tontería me la tatué cuando tenía diecisiete años y estaba rabiosa y era estúpida —me dice. Las nubes que amenazaban lluvia se disipan. La Amelia que yo conozco no se tatuaría un sol en el tobillo. Pero la Amelia que yo conozco tampoco está rabiosa ni es estúpida. Me resulta extraño que hace tan solo dos años fuésemos dos desconocidas, porque ahora Amelia me parece de la familia.

—Lo gracioso del asunto es que cuando mi padrastro lo vio, me dijo: «¿Y qué pasaría si algún día te invitan a la Casa Blanca y tú tienes esa cosa en el pie?» —Sonreímos porque sabemos que las

personas que éramos entonces no habrían imaginado jamás dónde estamos ahora mismo.

Nos quedamos sentadas, en silencio, perdidas en nuestros pensamientos, pero compartiendo esa manta de nubes grises y respiramos el mismo aire salado. Y es en ese momento cuando Amelia me cuenta que su marido y ella se están separando. Las gaviotas graznan sobre nuestras cabezas. El tiempo se ralentiza para que yo pueda asimilar lo que acaba de decirme.

—Es lo mejor —me asegura, así que tiene que ser cierto. Amelia no toma grandes decisiones a la ligera, ni es rencorosa, ni se niega a perdonar. Es generosa con su amor, una fuerza constante, pero también es una persona profunda, compleja y fuerte. Su tenacidad es admirable, como el mar cuando cae la noche—. ¿Quieres que andemos un poco? —me pregunta.

Dejamos atrás el tiovivo Flying Horses, el más antiguo del país, y yo pienso en Jason. Llevamos años atrapados en esta estúpida rueda. Me descubro llorando mientras miro a los niños subir y bajar en sus ponis, agarrándose al anillo de metal.

—¿Qué te pasa? —pregunta Amelia, tocándome el brazo.

—Todo —le digo, sacudiendo la cabeza.

Paso el resto del día contándole a Amelia todos mis trapos sucios. Ella me escucha paciente y cercana, y asiente con empatía. Espera hasta la noche, cuando estamos cenando de vuelta en Edgartown, para ofrecerme su opinión: que Jason es un vampiro emocional, que es incapaz de ser feliz por sí mismo, que no tiene chispa, y que lo que le atrae de mí es mi felicidad.

—Protégete —me dice Amelia al otro lado de una pila de patatas fritas—. Protege tu encanto.

La última noche en Vineyard, Amelia y yo vamos a bailar. Tipos de muy buen aspecto, con pantalones caquis y camisas abiertas, intentan invitarnos a copas. A veces les permitimos que lo hagan y otras, no. Pero ese es otro asunto. No descansamos entre canción y canción. No bailamos con nadie. Reímos más que cualquiera de los que están en el bar. Esta isla no es nuestro hábitat natural. Estas reglas no son nuestras reglas, y las ignoramos a base de Rolling Stones y sonido de bajo. No llevamos tacones ni sandalias Jack Rogers; nos quitamos las chancletas a mitad del primer tema. No pertenecemos a este lugar. Los talones de nuestros pies van al ritmo de esos tipos que tienen sus largos y pomposos nombres escritos en sus tarjetas de crédito.

La Amelia que yo conozco es la hermana mayor que nunca tuve, la

que te enseña las normas importantes que debes conocer para, llegado el caso, saber cuáles saltarte. Somos la chusma que ves al otro lado de tu ventana. Somos las salvajes, las descuidadas, a las que no invitan a las fiestas que se montan en los jardines.

¿Y si algún día acabas en la Casa Blanca? ¿Y si acabas bailando en un bar abarrotado en Martha's Vineyard, rechazando a hombres con apellidos compuestos y bolsillos llenos? Seguirás teniendo un sol tatuado en el tobillo y la gente que te importa sabrá por qué. Si somos afortunadas, nos habremos hecho más sabias, seremos una versión más feliz de las estúpidas jóvenes que fuimos. Con suerte, tendremos trabajos que jamás habríamos imaginado y amigos que caminarán a nuestro lado, y bajarán las escaleras y saldrán por la puerta con nosotros y nos acompañarán a la playa vacía. Alzando las rodillas, bamboleando los brazos, levantando la arena con nuestros pies sucios, Amelia y yo corremos como si quisiésemos atrapar las estrellas. La música electrónica del Seafood Shanty va desvaneciéndose a nuestras espaldas junto a las luces estroboscópicas y Vineyard Vines y los zapatos náuticos. Ahora ya solo queda el aire salado y el cielo negro como la tinta, y la arena húmeda debido a la marea alta, las estrellas titilantes y las centelleantes almas de todos aquellos que estuvieron aquí antes que nosotros. No estamos donde pensábamos que íbamos a estar, y, sin embargo, nos encontramos justo donde se supone que tenemos que estar: frente al mar a medianoche.

—Esto era lo que necesitaba —le digo a Amelia, intentando todavía recuperar el aliento.

Caminamos de vuelta a Kelley House. Cuando pasamos bajo la luz amarilla de las farolas, Amelia deja escapar un suspiro. Alzo la vista y veo a Jason y a Kendall, agarrados de la mano, escabulléndose por la parte de atrás del hotel.

# HAZ CUENTAS

(finales de agosto – septiembre)

—Incluso al Papa le gusta que le digan que ha perdido peso —me dice Cole mientras tomamos unos cafés helados de Swing's, el jueves anterior al fin de semana del Día del Trabajo.

Habíamos estado hablando ayer de este tema, cuando Cole hizo un cumplido sobre el nuevo traje del presidente y este se mostró obviamente satisfecho de que alguien se hubiese fijado; le importaba porque se trataba de un diseño que le iba más ajustado.

—No se siente halagado por estas cosas en el mismo sentido que el resto de los humanos —prosigue Cole—. Él se siente halagado en tanto que deidad Barack Obama, no el tipo corriente Barack Obama.

Más tarde ese mismo día, el presidente se coloca ante las cámaras en la sala de prensa para poner al corriente al país de los actuales acontecimientos antes del largo fin de semana que nos espera. Estoy sentada frente la primera fila de corresponsales cuando se abren las puertas azules e irrumpe el presidente en dirección al atril. Todos estamos sorprendidos; imposible no sentirse así. Los fotógrafos se ponen en pie junto a sus sillas y toman una docena de fotos. Me pregunto si van a tener que ajustar las cámaras para este cambio repentino.

¿Conocéis esa situación en la que sabes que tu madre te está diciendo algo importante durante la cena, pero se le ha quedado un trocito de espinaca entre los dientes y eso es lo único en lo que puedes pensar? Los comentarios del presidente sobre el ISIS, y Rusia en Crimea, quedan en un segundo plano, y no porque tenga algo entre los dientes, sino porque lleva un traje tostado. No es negro. Tampoco es azul marino. Ni gris. Es tostado.

Los corresponsales intercambian miradas cuando dejan de teclear frenéticamente en sus teléfonos móviles, enviando mensajes a sus editores. Al final de la conferencia de prensa, Twitter está que arde por los comentarios ingeniosos sobre el escándalo que supone la «audacia del color gris topo». Según las más recientes encuestas, la

popularidad del presidente ha rozado mínimos históricos. No es el único. Cuando el verano da paso al otoño, la administración está sumergida en los números:

Seis millones y medio de desplazados en Siria.

Tres millones de refugiados sirios en los países vecinos, y otro montón de millones atrapados por la guerra civil.

Sesenta y tres mil menores, huyendo de la violencia en América Central y en Sudamérica, han cruzado la frontera de Estados Unidos únicamente para ser devueltos a sus países de origen.

Cincuenta mil yihadistas han sido identificados como miembros de Estado Islámico.

Cuarenta mil yazidis atrapados en las montañas Sinjar, obligados a afrontar una inminente muerte por inanición o a manos del ISIS.

Veinte mil hombres, mujeres y niños muertos durante la guerra civil en Siria.

Siete mil civiles iraquíes asesinados por el ISIS.

Tres mil personas han muerto debido a la epidemia de ébola que está asolando África Occidental.

Dos mil setecientas dieciocho personas han muerto durante la invasión rusa de Crimea.

Dos mil doscientas personas han perdido la vida en las siete semanas de bombardeos y lanzamiento de misiles entre Israel y Palestina.

Trescientas mujeres esclavizadas por el ISIS (y sabemos que esa cifra es una estimación a la baja... como todos los demás números).

Doscientas noventa y ocho personas muertas en el vuelo de Malasyan Airline 17, abatido por el ejército ruso.

Concentraciones en cien ciudades por Michael Brown, el chico de dieciocho años al que un agente de policía disparó en siete ocasiones.

Dos periodistas estadounidenses y un aventurero francés decapitados por el ISIS.

Y en medio de todos estos frentes de crisis, como suele ocurrir, el presidente tiene que viajar a Gales. Las cumbres son aburridas, y la de la OTAN en Cardiff no es una excepción: la seguridad es muy estricta,

la comida escasa y el lugar remoto. Mientras POTUS se ve obligado a sentarse durante esos encuentros, en los medios de prensa el caos no cesa, critican el modo en que está gestionando el terrorismo y el Congreso y lo ocurrido en Ferguson y el ébola y los millones de refugiados sirios.

Devoro todos los periódicos de papel que hay en la sala de prensa, no solo porque la conexión wifi sea irregular, sino porque estoy intentando en la medida de lo posible evitar a Jason e ignorar lo que siente mi corazón, muy perjudicado en lo más hondo de mi pecho. Estoy deseando regresar a casa, y cuando por fin llega ese día, me siento segura.

Cuando nos montamos en los helicópteros para cubrir la primera etapa de nuestro viaje de regreso tras una cumbre sin elemento destacable alguno, el jefe de Prensa nos confiesa el gran secreto: nos dirigimos a Stonehenge. Los fotógrafos y los corresponsales evidencian su sorpresa, pero los motores del Nighthawk acallan sus gritos y exclamaciones.

Cuando aterrizamos, recorremos una extensión vacía, riendo nerviosos; y al llegar, una familia que se aloja cerca de las instalaciones nos saluda con la mano desde la distancia. POTUS camina hasta donde se encuentran y se toma fotos con ellos en una escena propia de una postal. Esto no estaba previsto en la agenda, es un poco como unas vacaciones, lo cual hace que todavía sea más especial debido a la triste situación, tanto doméstica como internacional, de este verano.

Cuando llegamos a la zona de césped, veo que Jason sale del autocar del equipo. Me mira justo antes de volverse para ayudar a la Serpiente de Cascabel que, como no podía ser de otro modo, lleva zapatos de tacón y se queja del barro a voz en grito mientras todos los demás corremos hacia la historia.

POTUS parece contento como un escolar mientras rodea las antiguas piedras y atosiga a su guía con toda clase de preguntas. «¿No les ha parecido estupendo?», pregunta durante el informe de prensa. Los fotógrafos se muestran igualmente ilusionados y me pasan sus pesadas cámaras para que les haga fotos juntos. Algunos de esos tipos llevan viajando con los presidentes desde la era Reagan, así que es fácil entender que se trata de un día especial cuando incluso ellos declaran: «Esto nunca había ocurrido.»

A pesar del entusiasmo de todos los que me rodean, y del hecho de que estamos en Stonehenge, me vengo abajo cuando pienso en Jason y

me acuerdo de Petra, la última vez que estuvimos en una de las Siete Maravillas del Mundo. Me da la impresión de que hubiese pasado en otra vida: Jason era poco más que un conocido. ¿Cómo he permitido que un extraño arruinase mi vida?

—Te ocultas de formas más variadas que los horcruxes de Voldemort —le dije en una ocasión. Pero Jason no había leído ningún libro de Harry Potter y no pilló la referencia; lo cual, para ser sincera, tendría que haber sido la primera pista.

—¿Estás bien? —me pregunta Hope corriendo a mi lado para atrapar a POTUS.

—Ánimo —me dice Amelia, dándome una palmada en el brazo—. No permitas que te arruine este momento. —En una mano sujeta su Nikon y con la otra me acaricia el pelo—. Y sonríe, estamos en Stonehenge y vamos a hacernos una foto.

Sonrío para la cámara de Amelia, pero mentalmente hago cuentas. En un verano marcado por los números, yo soy otro de los problemas que necesita desesperadamente una solución. Como diría el vicepresidente Biden, tendría que saber lo que no sé, y sé que nunca llegaré a conocer a Jason, porque lo único sincero en él es su falta de sinceridad. Si $x$ es la constante, $y$ es la variable y determina el resultado. Así que supongo que yo soy $y$.

# CREO EN LA ESPERANZA

(septiembre)

Todos los meses de septiembre, la burbuja se desplaza hasta Manhattan para pasar tres días en la Asamblea General de Naciones Unidas (UNGA). He optado por denominar esos días como la fiesta de cumpleaños cowabUNGA de Hope, porque mi *sherpa* emocional siempre celebra su cumpleaños con todos sus amigos de Nueva York durante ese viaje. En esta ocasión, como va a cumplir cuarenta y cinco, y para darle una sorpresa, me he mantenido en contacto con su centenar de amigos geniales y sofisticados de Nueva York porque decidí honrar a Hope del mejor modo que conozco: haciendo camisetas.

Durante la mayor parte del verano y el otoño, POTUS ha intentado oponerse al obstruccionismo de Washington viajando sin descanso para contarle a los estadounidenses que todavía hay motivos para creer en él y en su administración. Ha hecho campaña para Demócratas de diferentes lugares del país con la esperanza de conseguir congresistas. En California, POTUS improvisa el siguiente discurso:

—El cinismo está de moda hoy en día. Pero os voy a decir una cosa, el cinismo no fue lo que puso al hombre en la Luna. El cinismo no fue lo que logró que todos los ciudadanos tuviesen la oportunidad de votar. El cinismo no ha ganado jamás una guerra, no ha curado enfermedad alguna, ni ha puesto en pie un negocio, ni nos ha hecho madurar. Creo en el optimismo. Creo en la esperanza. No permitáis que los cínicos os derroten. El cinismo es una opción, pero la esperanza es una opción mejor.»

—¡Creo en Hope! —digo, alzando mi vaso en dirección a Hope en el avión en cuanto alzamos el vuelo.

—A veces eres un poco cursi —me dice brindando conmigo; estamos tomando agua con gas y limón. A pesar de todo, sé que me quiere. Cuando POTUS conoció a Hope durante la campaña de 2007, lo primero que llamó su atención fue su nombre. Él le dijo: «Le he

estado hablando de ti a todo el mundo», o «Ya lo he dicho, vamos a tener que llevarte con nosotros a Washington». Así que lo que vale para POTUS vale para mí.

Encargo cien camisetas con la inscripción EL CINISMO NO LLEVÓ AL HOMBRE A LA LUNA, y en la espalda, bajo un dibujo en el que se ve a Hope en lo alto de una montaña, las palabras LA ESPERANZA LO LOGRÓ.

La sorpresa sale de maravilla, en buena medida porque Hope tiene un millón de amigos y todos están ansiosos por ponerse las camisetas, aunque eso suponga ocultar su estupenda indumentaria. Hope no se lo esperaba para nada y se echa a llorar, y por la noche nos lo pasamos superbién. Shilpa, Tess y yo pedimos ronda tras ronda en la barra del bar.

—Bien, esta va por ti, Tess —digo alzando mi copa. Con mi mejor imitación de Harry Caray, digo—: Si se me permite decirlo, ¡creo que eres la más sexi de todo el equipo! —No me muevo en el mismo registro que cuando estoy sobria y a Tess le hace mucha gracia.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —pregunta Shilpa al regresar del lavabo.

—¡A Beck se le ha ido la olla! —se carcajea Tess, secándose las lágrimas.

—¡Shilpa, tu sonrisa es tan brillante que podría iluminar todo un árbol de Navidad! —grito, citando a Joe Biden. Ríen y niegan con la cabeza, y Shilpa le pide al barman tres vasos de agua.

Tess se vuelve hacia mí y se inclina como si tuviese algo jugoso que contarme. Shilpa y yo también nos inclinamos, con los ojos muy abiertos.

—De acuerdo, sé que tienes novio —dice Tess muy despacio, con las mejillas sonrosadas—, pero ¿no has pensado nunca en Jason?

Miro a Shilpa y noto cómo se me forma un tremendo nudo en la boca del estómago. Pero Shilpa aparta la mirada.

—Sé que es mayor —prosigue Tess sin darse cuenta de lo que está diciendo—. Os parecéis tanto... Tenéis el mismo sentido del humor, y veis la vida de un modo muy, muy similar.

Me encojo de hombros. No confío en mí lo suficiente como para decir nada. Por otra parte, si algo he aprendido de mi amistad con Shilpa es que no quiero implicar a ninguna otra amiga en esto. No quiero comprometer la relación profesional de Tess con Jason simplemente por haberme enamorado de un mujeriego narcisista.

—¡Piénsalo! —me dice Tess, agarrándome de la muñeca—. ¡Haríais una pareja de lo más graciosa!

Sonrío y le prometo a Tess que me lo pensaré justo antes de volverme hacia el barman y pedir un trago doble.

Llegan Lawrence y Chuck, los fotógrafos, así como parte de los miembros del grupo de avanzadilla y de escritores de discursos. Noah y Teddy y Cole están juntos tomando whisky, e incluso aparecen el médico, las enfermeras y los asistentes militares. Todos visten la camiseta de Hope. Me siento muy orgullosa. Siento que recupero la confianza cuando Terry, uno de los redactores de discursos, me dice que soy como un francotirador potencial encubierto. Pasando de un grupo a otro, no dejo de bailar de un lado para otro al tiempo que Hope me presenta a antiguos colegas, mentores y compañeras de universidad, y veo cómo se despliega todo un universo ante mis ojos. Tal vez cuando todo esto acabe podré instalarme en Nueva York y trabajar para alguno de los amigos de Hope.

El mundo está repleto de posibilidades mientras me bebo un Cape Codder tras otro con mi nueva familia portátil. Tess parlotea. Hope está radiante. El barman me permite poner mi propia música en el reproductor de sonido. Se está convirtiendo en una de las mejores noches de mi vida.

Y entonces aparece Jason.

La música no para de golpe, pero yo lo siento así en mi cabeza cuando le veo acercarse para darle a Hope un abrazo de cumpleaños y entregarle su regalo, una botella de su ginebra favorita. Hope y yo nos miramos por encima del hombro de Jason y ella me hace un guiño. «Puedo hacerlo. Puedo mantener la calma.» Es un hombre triste y limitado, y no he hablado con él desde que estuvimos en Vineyard. Hope me dijo una vez que la gente tiene sentido por sí misma, que él no era malo, pero que tampoco era bueno para mí. Jason y yo somos profesionales; podemos coexistir.

Veo cómo Jason se acerca al grupo de los chicos y cómo Noah le pasa una copa de whisky, veo que se hace con el lugar, con la multitud, cómo analiza el local, veo que sus ojos me buscan entre la gente. Ojalá no me sintiese como ese momento en *West Side Story* en el que Tony y María dejan de bailar, pero así es justamente como me siento. Todo se detiene y se acelera al mismo tiempo. Jason llega hasta donde estoy y me abraza. Susurra en mi oído que las camisetas han sido una gran idea y me pregunta si tiene alguna posibilidad de ponerse una.

Alzo la vista antes de estar preparada. Parpadea. Nuestras bocas son como espejos cuando sonreímos a la vez como a través de un

calidoscopio de tiempo, donde somos extraños y espíritus amables que nunca se han gritado en el interior de un Wagoneer; nuestras voces se solapan al tiempo que él busca mi mano y afloja mi puño y me besa las puntas de los dedos. No, nunca hemos discutido como gatos salvajes en un callejón oscuro de Georgetown, ni hemos comparado a nuestras maestras de guardería o a nuestras abuelas. Nunca le he empujado en las escaleras de un hotel en Miami y todo ha quedado entre nosotros. Ahora, esta noche, resplandecemos con nuestro habitual encanto y nuestro infinito potencial.

—Tess me ha dicho que haríamos una pareja graciosa —le comento. Me pasa un Cape Codder que yo no había pedido.

Flirtear con Jason es como jugar a hacerse la valiente con el océano. Deberías tener en cuenta que nunca vas a ganar, que no importa lo rápida o lo lista que te creas.

—¿En serio? —me pregunta brindando conmigo, mirándome a los ojos para evitar la mala suerte. Jason me muestra como de pasada su media sonrisa secreta, esa tan sexi que habitualmente solo he visto cuando estábamos a solas.

El océano siempre gana, porque al océano le importas bien poco. Pero tú, querida mía, puedes ahogarte en un palmo de agua.

Segundos o minutos u horas después, todos los miembros del equipo de la Casa Blanca regresan a casa juntos formando un gran grupo, todos vestidos a juego, con las camisetas grises de Hope. Noah y yo nos retamos para ver quién mantiene el equilibrio en el borde de la acera, y después a seguir haciéndolo con los ojos cerrados. Nos estorbamos en el vestíbulo y nos amontonamos en los ascensores del hotel. Nos damos las buenas noches mientras asciende el número que indica las plantas. Llego a la veintisiete, pero antes de eso, compruebo que Jason se ha quedado con el número de mi planta. Nunca acordamos nada. Nuestro baile está tan bien ensayado que recuerdo los pasos con los ojos cerrados, manteniendo el equilibrio en la acera ante el intenso tráfico.

Puerta entornada.

Triángulo de luz.

—¿Hola?

# HUNDIRSE

(octubre – diciembre)

Volamos a California para recaudar fondos antes de las elecciones de mitad de legislatura; una de las fiestas va a ser en el jardín de la casa de Gwyneth Paltrow. Después de que el presidente dé un pequeño discurso en la parte de atrás, hay una sesión de fotos con estrellas en el salón. Mi intención es no quedarme con la mirada fija en el perfecto rostro de Gwyneth cuando Julia Roberts aparece del brazo de su madre. Nada puede hacerte sentir más zarrapastrosa que encontrarte de repente entre Gwyneth Paltrow y Julia Roberts.

Me quedo en la cocina, lejos de todas las miradas, junto al asador, y el jefe del grupo de avanzadilla me explica que han tenido que quitar el cuadro que habitualmente cuelga encima de la chimenea.

—Era la imagen de un barco muy grande hundiéndose —me dice.

—Vaya por Dios.

—Sí. Y también estaba en llamas.

El equipo de avanzadilla perfectamente podría haber dejado en su sitio el cuadro del barco hundiéndose. Porque en la noche de las elecciones, los Republicanos ganan el Congreso y también el Senado, y el ánimo pasa de ser oscuro a muy negro. Cole y Noah me habían dicho que Mark Warner, el candidato de Sam, ganaría por un amplio margen, pero resulta que la diferencia es tan pequeña que tienen que recontar los votos. Lo que parecía que iba a ser una gran victoria ha resultado ser un decepcionante empate.

Durante la fiesta del día de las elecciones, Sam va de un lado a otro de la sala dándoles las gracias a los voluntarios, a sus interinos, y a los más jóvenes del equipo. Me encanta el modo en que lo miran, sé que está orgulloso del trabajo que han realizado. Él empezó siendo voluntario, después interino y finalmente uno de los miembros más jóvenes del equipo. Ahora es un asesor veterano. Pero mientras Sam intenta inspirar a la siguiente generación de encargados de campaña, me siento distante y cansada.

—Me voy a casa —le digo a Sam acercándome a la barra, donde

está pidiendo una ronda de whisky para un puñado de chicos que intentan dejarse la barba como él—. Te veo allí.

Cuando ya estoy montada en el taxi y le digo al conductor que me lleve a la calle Swann, me doy cuenta de que Sam ha dado por hecho que nos encontraríamos en su casa, en la calle H. No quiero interpretar ninguna clase de mensaje oculto en nuestro problema de comunicación. Intento no pensar en que mi hogar está en la calle Swann, con o sin Sam.

En el largo fin de semana de Fin de Año, se produce una primicia cuando el presidente anuncia su plan para normalizar las relaciones con Cuba.

—Estamos cambiando algunas cosas —declara POTUS—, porque es lo adecuado.

Mientras tanto, yo también tengo exclusivas. David Remnick quiere entrevistarse conmigo para un puesto editorial en *The New Yorker*. Mi ilusión está absolutamente disparada, porque no puedo evitar pensar que en la Casa Blanca todo el mundo va a decir: «Vaya, no pensaba que fuese tan inteligente.» En los días que pasan entre el mensaje de Remnick y la entrevista, voy levitando de un sitio a otro, sintiéndome valorada y querida. Pero cuando voy a Nueva York y entro en la redacción de la revista más valorada de Estados Unidos, todo el mundo me pregunta por qué quiero abandonar a Obama y cómo soy capaz de dejar los viajes y todas esas historias.

Por fortuna no me veo obligada a tener que escoger. David no me ofrece el trabajo porque no tengo ninguna clase de experiencia editorial. Nos damos cuenta de que ha habido un malentendido en cuanto me siento en su despacho, y no tardamos en echarnos a reír.

A pesar de que la cosa no ha salido bien, mi contacto con *The New Yorker* me lleva a plantearme seriamente lo de abandonar la Casa Blanca. A Sam casi le hace más ilusión que a mí el hecho de que esté preparada para pasar página. Estudia mi currículum, me ayuda con las cartas de presentación. Está tan emocionado que decido que quiero trasladarme a California, de donde él es originario, a cuatro mil trescientos kilómetros de distancia de la burbuja; he buscado la distancia en Google porque cuanto más lejos esté de la Casa Blanca, mejor. Sam empieza a buscar en las campañas de la Costa Oeste para que podamos estar juntos, y cuando pasamos por el parque de los

perros los sábados por la tarde empieza a parecernos mucho más realista la posibilidad de tener uno.

Cuando la gente de *The Colbert Report* viene a Washington para entrevistar a POTUS para uno de sus últimos programas, Stephen Colbert se me acerca y choca las manos conmigo hasta en dos ocasiones. Lo tomo como una señal. Todo tiene fecha de caducidad, incluso *The Colbert Report*. Es el momento de que yo también me plantee hacer algo nuevo.

Envío solicitudes como profesora para un colegio de California; no me proponen una entrevista para 2011 sino que me piden que vaya de inmediato. Pero en cuanto llego allí, todo el mundo me hace las mismas preguntas: «¿Por qué quieres irte de la Casa Blanca?», «¿Cómo es el Air Force One?», «¿No echarás de menos viajar con el presidente?»

Realmente es una trampa mental. Me dan el trabajo, pero lo rechazo.

Un amigo de la Casa Blanca me dice que el nuevo jefe de equipo va a necesitar una ayudante... ¿Estoy interesada? Sam cree que conseguirlo sería pan comido; convertirse en la ayudante de alguien merece el esfuerzo. Mientras tanto, sin embargo, hará que deje de trabajar y que me quede pegada a mi escritorio. No quiero ser la ayudante de nadie. Pero ¿qué otras opciones tengo?

Una mañana, mientras estoy corriendo, me doy cuenta de las esposas de terciopelo que entrañan mi realidad: esta administración tiene fecha de caducidad. Y ya está cerca, demasiado cerca, y todavía queda mucho por hacer. Como sucede con cualquier relación que tiene un final prefijado, aquellos de nosotros que hemos invertido tiempo y energía trabajando por una unión más perfecta vivimos bajo el estrés del tic-tac de un reloj pesado y muy ruidoso que nos muestra que no hemos hecho suficiente, ni personal ni colectivamente. Así es como supongo que debe de sentirse el capitán Garfio, eternamente acosado por el cocodrilo Tic Tac.

A pesar de Jason, a pesar de Sam, a pesar de las excentricidades de Lisa y Margie en nuestro despacho, no quiero irme. No puedo huir. Tal vez, en lugar de permitir que la suerte y el amor, la decepción y el fracaso me encuentren, puedo enfrentarme a ellos, manipularlos en mi propio beneficio, como uno de esos payasos que transforman globos en animales.

Una heladora mañana de diciembre, a primera hora, decido contarle a Sam que mi nuevo plan consiste en conservar mi antiguo

trabajo. Le acompaño hasta su coche; la calle Swann está desierta. Huele como si estuviese a punto de nevar.

—Estás de broma —me dice sin miramientos. Abre el coche. Estamos en mitad de la calle.

Niego con la cabeza y siento presión en el pecho.

—¡Pero lo estás pasando mal! —me grita Sam—. ¡Es lo peor que puedes hacer!

Empiezo a llorar. Sabía que iba a enfadarse; hemos debatido ya un montón de veces sobre cómo mi confianza se ha venido abajo. Sam ha tolerado muchos de mis devaneos glamurosos, y eso que no sabe ni la mitad.

—Pero mi intención, si me quedo aquí dos años más, es no sentirme atrapada. Podrías buscarte algo cerca, encontrar un trabajo en Washington.

Ahora es Sam el que niega con la cabeza.

—No puedo —dice finalmente.

—Sí puedes, hay campañas...

—No, Beck, no puedo, porque ya tengo un nuevo trabajo.

El tiempo se colapsa. Todo queda congelado.

«No, no lo tienes.» No puede ser. No podría ser. Tendría que habérmelo dicho.

Empieza a nevar.

Sam me mira. Sus ojos verdes, culpables, están húmedos.

—Fue algo que surgió sin más. Estaba intentando encontrar el mejor momento para contártelo —me dice.

—¿Dónde?

—San Luis —dice sin mirarme a los ojos—. Pensé que podrías venir conmigo.

—Ocho meses.

Sam vuelve a negar con la cabeza.

—No —dice—. Noviembre de 2016.

—¿Dos años?

—Vente conmigo.

ACTO IV

# 2015

> Liderar siempre con el ejemplo de nuestros valores, eso es lo que nos hace excepcionales. Eso es lo que nos hace fuertes. Y por eso tenemos que seguir luchando por mantener el más alto nivel de exigencia, el nuestro.

*Presidente Barack Obama, discurso sobre el Estado de la Unión, 2015*

# SOLA EN LO MÁS ALTO

## (enero)

Tras casi cuatro años de amor y alboroto, traición y confianza, Sam y yo lo dejamos. Él está en San Luis y yo en Washington, tan maltrecha por nuestra separación que apenas puedo pensar con claridad. Tengo escalofríos. Estoy febril. Me duele todo el cuerpo como si los huesos se me hubiesen descoyuntado.

Y sin embargo...

Sin embargo, por primera vez en mi vida he decidido lo que voy a hacer. Por dolorosa que haya sido la ruptura, era algo necesario, la decisión correcta. No tenía sentido que me trasladase a Misuri durante dos años mientras Sam trabajaba quince horas al día en su campaña, y menos ahora que estoy metida en el frenesí de la Casa Blanca. Si me hubiera trasladado a San Luis, habría desarrollado un agudo y peligroso miedo a sentirme excluida.

El variopinto grupo de colegas que he encontrado en el interior del Air Force One se han convertido en mis abogados, confidentes, familiares y mejores amigos. ¿Cómo habría podido abandonar nuestro club secreto, en el que hay helicópteros, teléfonos especiales y lugares lejanos? El futuro viene a nuestro encuentro. El cocodrilo Tic Tac quiere cazarnos. Dispongo tan solo de dos años más para correr en una cinta junto a Barack Obama, o para sentarme en el bar de un hotel en Kansas City con los chicos, a las dos de la madrugada, o para pasar por el aparcamiento del Ala Oeste, y decirle a Shilpa: «Te contaré el resto de la historia en el avión.» Después del 20 de enero de 2017, ya no tendré que buscar el significado de alguna palabra rimbombante que POTUS haya usado en una entrevista en el Despacho Oval. No me

sentaré en el asiento que me hayan adjudicado en la cabina del equipo ni me reiré con los chistes de Amelia mientras nos dirigimos a Tokio. Ya sé que lo ideal es marcharse del baile antes de que se enciendan las luces, pero no hay modo de que me vaya todavía. Van a encender las luces demasiado pronto, mucho antes de que esté preparada para ello.

El sueño de Sam requería una gran mudanza, marcharse lejos. Lloró. Yo también. Lloramos. Pero yo sabía que tenía que quedarme aquí. Todavía no sé cuál es mi sueño, pero sin lugar a dudas no tiene nada que ver con ponerme a redactar cartas de presentación en la mesa de una cocina en Misuri.

Así pues, aquí estoy, de camino al trabajo y fingiendo que no tengo un agujero en mi pecho del tamaño de un LP de treinta centímetros. «Si vas a hacerlo, hazlo», me dijo Sam aquella desagradable noche de domingo. Y lo hice, sorprendiéndonos a ambos. «¡Va a ser el mayor error de tu vida!», gritó, y yo me quedé sin aliento. Pero no llamé a Sam para retractarme, y no lamento haber decidido quedarme.

Sé, de corazón, que necesitaba permanecer aquí, en este cenagal de ciudad, entre las criaturas de Washington y los trajeados que disfrutan de la *happy hour*. Tendré que soportar los golpes y moratones que inevitablemente sufrirán mi corazón y mi ego por el hecho de querer saber qué llevará a cabo el presidente en los dos años de mandato que le quedan. Mantendré la cabeza gacha para poder alzar la vista. «Mi presidencia está entrando en el tercer cuarto —había dicho POTUS en diciembre—. Las cosas interesantes pasan en el último cuarto.»

No hay tiempo para ser indolente cuando llega el final. Así que aquí estoy, dispuesta a tirar desde fuera de área, a ir al rebote, a cortar pases, poner algún tapón, a lanzar tiros libres, a dejarme el corazón hasta que pite el final del partido.

Como dijo Michael Jordan: «Hay gente que quiere que ocurra, otros que desearían que no ocurriese, y finalmente están los que hacen que ocurra.»

Allá vamos.

Año 2015. Los Republicanos tienen el control del Congreso y del Senado. Mientras cruzo la avenida Pennsylvania en dirección a mi trabajo, me pregunto cuántas crisis imprevistas retrasarán o alterarán la agenda del presidente. Para empezar, tenemos la reforma de la inmigración, la reforma de la justicia criminal, la reforma de las armas

de fuego, el cierre de la prisión de la bahía de Guantánamo, y salir de Irak y Afganistán. No parece que haya tiempo suficiente para hacerlo todo.

El presidente Obama se dirige al país en su segundo y último discurso sobre el Estado de la Unión:

—Ya no voy a hacer más campañas —dice, y algunos congresistas conservadores aplauden. Y entonces, como si se tratase del jefe, añade —: Sé de lo que hablo, porque gané las dos.

Que siga el juego.

El primer viaje al extranjero del año es a la India. En el vuelo a Delhi, no dejamos de ver películas: *Guardianes de la galaxia* y *Birdman* e *Invencible* y *La teoría del todo*. Es un vuelo de catorce horas y, por alguna extraña razón, cada una de esas horas parece arrastrarse lentamente.

Cuando acaba *El planeta de los simios*, Teddy se pone en pie y yo también. Ambos necesitamos ir al baño, y los dos sabemos que solo hay uno. Doy el primer paso hacia él, pero tira de mí agarrándome del cuello del jersey. El pasillo del Air Force One es estrecho y nos empujamos el uno al otro como jugadores de hockey, intentando avanzar hasta que nos vemos detenidos por un adulto de forma abrupta.

—Él ha vuelto —dice el agente, señalando con el mentón hacia la cabina de invitados que tiene a su espalda.

Varios congresistas importantes están viajando con nosotros, así que tiene sentido que pasemos por ahí y saludemos. El agente permanece en su puesto, tieso como un poste de teléfono, sin sonreír, con los pies ligeramente separados, aferrando con las manos los faldones de la chaqueta del traje. El agente se estaba refiriendo al presidente, como es lógico; es a quien todos nos referimos cuando decimos «Él». Así que nos volvemos y regresamos a la cabina del equipo para esperar.

—Déjame ir a mí primero —suplica Teddy.

—Yo soy más rápida —respondo negando con la cabeza, convencida.

Cuando llevas tantos años viajando con las mismas quince personas, acabas tratándolos como si fuesen los pesados de tus hermanos. Poco después, POTUS pasa por nuestro lado y nos mira sin

decir nada, se limita a constatar nuestra presencia como si fuésemos dos sillas de Ikea antes de seguir hacia la sala de conferencias.

Teddy se inclina sobre la puerta y puede notar mi decepción al ver que el presidente no ha dicho nada gracioso; ni siquiera nos ha saludado.

—Su mundo es tan extraño —me recuerda Teddy—. Todos sabemos muchas cosas sobre él, estamos al corriente de lo que hace en cada momento del día, pero él apenas sabe nuestros nombres.

Es cierto. Somos un equipo de acosadores profesionales, una congregación de creyentes que hemos seguido a este hombre alrededor del mundo varias veces. Soy consciente de ello, y sin embargo no puedo evitar preguntarme qué piensa cuando nos ve. Tal vez esté preocupado por lo que le han dicho los senadores, o por alguna llamada de teléfono que esté a punto de realizar. Si ese ha sido el caso, hemos hecho bien nuestros trabajos. El objetivo cuando viajas con el presidente es no entorpecer su camino. Si necesita algo de ti —el libro con los informes, los siguientes comentarios o una buena idea — tienes que mostrarte tan habilidoso y dispuesto como un mago, colocándole lo que sea en la mano antes de que llegue a saberlo, un instante antes de que lo necesite.

—Se está muy solo en lo más alto —dice Teddy, posando su mano sobre mi hombro como si fuese un entrenador que pretendiese motivarme.

Pero acto seguido me empuja, usando mi hombro para propulsarse en dirección a la cabina de invitados y hacia el baño. Le echo un vistazo justo a tiempo para ver cómo me guiña el ojo y cierra la puerta. Mi derrota me hace reír, pero entonces me doy cuenta de que la cabina está llena de políticos y me están mirando.

Pasamos dos días en Delhi, un borroso torbellino de colores brillantes y servicios de té dorados y jardines laberínticos que no se acaban nunca mientras sudamos bajo el sol de mediodía. La banda sonora para ese viaje es un tema que han compuesto los indios expresamente para la visita del presidente. En cuanto llegamos y el primer ministro Modi saluda a POTUS en la pista de aterrizaje con un llamativo abrazo de oso, empieza a sonar la canción *Obama, Obama, Oh!*, sin descanso, tanto en las calles como en las pantallas de televisión allí donde vamos.

Algunos de mis amigos que han estado en la India me advirtieron de la gran pobreza en Delhi: niños hambrientos rondando por las calles, mujeres que mendigan con sus bebés llorando colgados de sus espaldas, hombres en las zonas de sombra encorvados sin dientes y las costillas muy marcadas, y montañas de basura, con su permanente hedor, por todas partes. Pero no veo ninguna de esas cosas durante nuestra estancia en la India. En los países que visitamos estamos siempre protegidos de la pobreza; estos se presentan ante nosotros como brillantes versiones bidimensionales estilo Disney de lo que realmente son. El convoy cruza calles acicaladas desde el hotel hasta los monumentos, los espectáculos culturales o los palacios, y después de vuelta al hotel. No pasamos por los suburbios ni oímos vocerío. No importa el lugar del mundo en el que estemos, ya sea Dar es-Salam o Indianápolis, los paisajes siempre lucen iguales: alfombra roja, toldos blancos, cortinas de terciopelo azul. A partir de los informes, estamos al corriente de las violaciones de los derechos humanos, de las injusticias y la discriminación, pero nos ahorramos el peaje emocional que entraña contemplar a los niños golpeados o los ojos vacíos de las niñas.

Tenemos previsto visitar el Taj Mahal en el último día de nuestra visita a la India, pero el desplazamiento por motivos culturales se ve cancelado porque el rey Abdulá de Arabia Saudí ha muerto. Después de dos días en Delhi, hacemos las maletas para ir a conocer al nuevo rey saudí.

—Habéis hecho un buen trabajo —nos dice POTUS a los miembros del equipo ya en la cabina cuando hemos despegado. Cuando las alas zumban y se recogen los trenes de aterrizaje, el presidente se acerca a nosotros como si quisiese contarnos un secreto—. Los hindúes están muy contentos con nosotros —dice, lo cual es una versión bastante generosa de los hechos, pues el presidente Mukherjee y el primer ministro Modi no parecían precisamente encantados con los más modestos miembros del equipo, los que mantienen la cabeza gacha durante las reuniones y visten americanas arrugadas para ocultar las manchas de sudor.

Durante un almuerzo de trabajo, mientras comíamos kebabs de tallos de loto e higos, POTUS incluso intentó decir unas palabras en hindi, para regocijo de los presentes. Así que puede decirse que los hindúes están satisfechos, pero solo en lo que respecta al presidente. Él lo sabe, pero igualmente nos echa flores. La humildad es el privilegio de los que son realmente grandes.

POTUS empieza a andar hacia la parte delantera del avión cuando, de repente, pivota sobre uno de sus pies y se vuelve sonriendo de forma traviesa. Tamborilea sobre su cajita de Nicorette, marcando el ritmo del chiste que va a contar como si estuviese saltando a la comba.

—Hay que reconocer —empieza a decir—, ¡que no todos los días puedes hacer feliz a mil millones de personas!

Nos agasaja con esa sonrisa de dientes blancos que tanto deja ver en las fotografías; parece que toda su cara sea una enorme sonrisa. El chiste ni siquiera ha tenido gracia, porque realmente no es un chiste, pero a él le ha parecido la mar de ingenioso; parece un padre orgulloso. En momentos así resulta fácil apreciar su lado más fresco y juvenil. POTUS se toma unos segundos para disfrutar del sonido de nuestras risas antes de que el asesor de Seguridad Nacional lo saque de la cabina del equipo, dejen atrás la sala de conferencias y la cabina de los altos cargos y entren en su despacho para actualizar la información sobre los japoneses secuestrados.

«Muerte, caos y destrucción es sobre lo que leo mientras me tomo el té todas las mañanas», declaró el presidente en una entrevista el día antes de salir hacia la India. Sabe perfectamente que no va a poder salvar al mundo, ni siquiera a los periodistas retenidos por el ISIS, pero puede intentar prevenir otras cosas, o como mínimo mitigar sus efectos. Dejamos atrás a los mil millones de hindúes y nos preparamos para los saudíes. El primer paso para ello es cambiarnos de ropa.

Las mujeres a bordo han sido advertidas de que tienen que evitar los colores brillantes, así como las prendas ajustadas, las faldas cortas y las minifaldas. Mientras rebusco en mi maleta un conjunto adecuado para Arabia Saudí, veo pasar al trío que se ocupa de la primera dama —la peluquera, la encargada de maquillaje y la del vestuario— hacia la parte delantera del avión. Se pasarán la mayor parte del vuelo preparando a la señora Obama para su encuentro con el rey Salmán, a pesar de que es posible que él se niegue a recibirla, por el mero hecho de ser mujer.

—¿Puede alguien recordarme por qué vamos a Arabia Saudí? —nos pregunta una de los altos cargos del equipo mientras se cubre la cabeza con un pañuelo de seda negro.

Como de costumbre, hay cola para usar el baño en la cabina de invitados, el doble de larga de lo habitual porque es la única estancia en la que es posible cambiarse. Los senadores que viajan con nosotros esperan en la cola detrás de los miembros más jóvenes del equipo y

van ganando tiempo, unos treinta segundos, quitándose los zapatos en el espacio más cotizado del avión, no mayor en tamaño que un armario. Pero la espera es larga, de al menos quince minutos, así que se ponen a charlar mientras están allí de pie con sus calcetines de topos. En otros viajes, si me falta tiempo y la cola es larga, me oculto en el baño de la cabina de prensa, o en el baño del jefe de Prensa, pero hoy me he adelantado a los demás y estoy al principio de la fila. Cuando llega mi turno, dejo mi pila de ropa en la tapa del váter, pues no hay colgadores. Me pongo unos pantalones negros y una blusa oscura larga y holgada. Me calzo unas botas altas y bajo las mangas de mi americana negra para que no puedan verse ni mis muñecas ni mis tobillos. Al otro lado de la puerta del baño, Lawrence, el fotógrafo, y Terry, el redactor de discursos, discuten sobre el resultado de la inminente Super Bowl. Cuando salgo, Terry me felicita:

—Nunca te había visto tan oprimida.

Aterrizamos en el aeropuerto real, donde nos espera una enorme delegación de hombres vestidos con los tradicionales *zobes* y *kufiyyas*. Empieza el juego. Puede apreciarse en los rostros de todos los presentes. Nos colocan frente a una banda de música que primero toca el himno estadounidense y después el himno nacional del país, como si se tratase de dos equipos invictos de béisbol, todos con las manos sobre el corazón, a punto de jugar la final de las Series Mundiales.

En estos viajes, Barack Obama se presenta para ganar. «Soy un tipo competitivo», le gusta decir; y se queda corto. Pero nosotros estamos al servicio del presidente, y a pesar de que la mayoría de nosotros somos jóvenes y no tenemos importancia, carentes de títulos importantes o rostros conocidos, todos contamos. Siempre hay alguien observando, escuchando, esperando un descuido, especialmente por parte de la prensa. No te conviertas en parte de la historia.

La mayoría de los miembros del equipo se van quedando por el camino. Es lo que conlleva apoyar al hombre más poderoso del mundo cuando está en el extranjero. La gente que se ocupa de que el presidente tenga buena imagen suele tener un aspecto horrible y sentirse incluso peor. Resulta degradante, incómodo e inoportuno cuando una de las personas del equipo de avanzadilla, de veintidós años de edad, te regaña en un autocar abarrotado de fotógrafos ansiosos por sacar sus máquinas porque te has encerrado en el lavabo, o por haber robado tres bolsitas de galletas porque estabas muerta de hambre. Las buenas maneras desaparecen cuando bebes agua con desesperación, apoyas los codos y engulles media caja de ibuprofeno.

Enmascaras el dolor para seguir en la brecha. Hay mucha sangre en las zapatillas de las bailarinas.

Antes de que el presidente llegue, su equipo de avanzadilla y el país anfitrión han preparado su agenda de actos. El Servicio Secreto ha trazado cada uno de sus pasos. Los miembros del equipo nos centramos en seguir las costumbres locales, respetar las normas culturales y mostrarnos extremadamente formales. Seguimos lo que nos marca el Departamento de Estado respecto al protocolo y lo que nuestros padres y las maestras de la guardería nos enseñaron. En la mayoría de lugares, resulta bastante sencillo cumplir con ello —sonreír y dar las gracias pueden llevarte muy lejos—, pero en Arabia Saudí es imprescindible comprobar dos veces cualquier movimiento. No hay que saludar con la mano a los soldados ni hablar con el conductor del autocar. No se debe mirar a ningún hombre. Hay que mantenerse en grupo y no hacerse notar. Evitar cualquier clase de incidente internacional.

—¡Prueba superada! —dice una de los altos cargos a otra en la parte de atrás del Air Force One, dejándose caer en su asiento y sacándose los zapatos. Teddy choca la mano con Pete, el encargado de protocolo. Lo hemos hecho bien con los saudíes y todo el mundo parece feliz con la cena y la posterior charla que ha tenido lugar esa noche en el palacio. Ha finalizado la última fase del viaje. Es el momento de celebrarlo.

El vuelo de regreso a casa es como un viaje dentro del viaje, como un pequeño país interior con sus propias normas culturales. Bailamos la jiga de la medianoche afectados por el *jet lag* mientras atravesamos zonas horarias. La vida se ve con mayor claridad a medida que el estrés y las responsabilidades del viaje van empequeñeciendo al tiempo que ascendemos hacia el cielo. Adiós, rey Salmán. Buenas noches, Riad. Felices sueños, primer ministro Modi. Que durmáis bien, mil millones de hindúes.

Los altos cargos del equipo, habitualmente inmersos en el lodo de las cuestiones políticas y logísticas, disfrutan de un alivio temporal del estrés que les espera diez mil metros más abajo. El director de comunicaciones está leyendo la revista *People*. El ayudante del Consejero Nacional de Seguridad nos cuenta el encuentro a puerta cerrada con el nuevo rey, cuyo padre había estado obsesionado con los caballos. Terry, el redactor de discursos, hojea el *New Yorker* mientras disfruta de su última bolsita de golosinas Ziploc, y Hope bebe de su copa de vino tinto mientras edita las setenta y dos horas de grabación.

Internet funciona a ratos. Los teléfonos móviles están en modo avión. El jefe duerme. Crece el alboroto en cabina cuando pedimos segundas y terceras rondas de vino, cerveza y whisky. Lo que se dice en el avión se queda en el avión. Por una vez, prácticamente nadie está trabajando.

Mientras sobrevolamos el Mediterráneo, estamos tan cansados que ni lo notamos. Cuando aterricemos nos encontraremos mal, sufriremos el *jet lag* y estaremos de mal humor durante la próxima semana, pero en este momento, nos deleitamos hablando de momentos en los que hemos pasado hambre o calor o tormento debido a problemas digestivos, pues cuando nos sucedieron no fuimos capaces de apreciarlos. Agachada en una esquina durante una reunión bilateral en palacio, oí como POTUS se dirigía al primer ministro como podría haberlo hecho un compañero de universidad: «¡Modi!» Sentada sola en un pasillo en un palacio diferente de Nueva Delhi, transcribiendo las declaraciones del presidente, sentí, de repente, que alguien me miraba, alcé la vista y vi al primer ministro Modi saludándome con la mano cuando se dirigía a la comida de Estado. El desfile bajo la lluvia que empapó a miles de hindúes. La sonrisa de labios apretados de la primera dama al darle la mano a los hombres saudíes mientras Twitter ardía en críticas y elogios por llevar la cabeza descubierta. Los tres soldados en Riad rezando fuera del autocar de prensa durante la puesta de sol, con sus sombras subiendo y bajando sobre la pared. Contamos todas esas anécdotas y nos libramos de ellas, recuerdos todavía maleables como cera caliente.

El Air Force One no tarda en aterrizar en Alemania para repostar. Nosotros salimos al frío aire nocturno de la base aérea de Ramstein y nos encaminamos hacia la zona de fumadores, poco menos que un oasis de nicotina para los chicos tras ocho horas metidos en el avión.

Al cruzar la pista de aterrizaje, puedo ver el vaho de mi aliento mientras hablo con uno de los chicos de la base aérea. Me hace preguntas muy concretas sobre qué comimos en Delhi, y lleva una ametralladora cruzada en el pecho. Yo le pregunto si sus guantes sin las puntas de los dedos calientan lo suficiente en noches tan frías como la de hoy y me responde que no, pero que no le importa porque son unos guantes muy molones.

—¿Tendremos que tomar somníferos para esta parte del viaje? —pregunta cuando todo el mundo enciende sus cigarrillos, agrupados bajo la luz de una farola.

Teddy rememora la estrategia del médico como si fuese un partido

de fútbol:

—No durmáis en Arabia Saudita, no durmáis en Ramstein, dormid en Washington.

Son las once de la noche en Ramstein, la una de la madrugada en Riad y las tres en la India, de donde salimos esta mañana. Y en Washington, hacia donde nos dirigimos, son solo las cinco de la tarde. Viajar hacia atrás en el tiempo provoca que todo el mundo se sienta un poco tocado. Así que bebemos. Uno de los senadores que vuela con nosotros apenas puede mantener los ojos abiertos ni hablar de manera coherente al tiempo que le pasa el brazo sobre los hombros a jóvenes del equipo a los que había ignorado durante todo el viaje.

Ninguno de los fumadores se aleja de las mesas de pícnic hasta lavarse las manos con desinfectante, extendiéndolo por sus muñecas, y meterse en la boca varios chicles. Se trata del ritual posterior a fumar. He sido testigo de ello un centenar de veces en diferentes callejones del mundo. Todos estos muchachos empezaron a trabajar con POTUS en 2007, cuando Obama todavía era senador. Pero ahora, después de años de un estrés incalculable alrededor de un jefe que dejará su cargo en un par de años, estos tipos saben muy bien que es mejor no subir a bordo apestando debido a un mal hábito. POTUS entiende su necesidad de fumar, pero eso no quiere decir que le guste que los miembros de su equipo huelan a tabaco mientras él va por ahí con su Nicorette. Noah se me acerca y coloca su cara frente a la mía para preguntarme si huele bien.

—No hueles peor que de costumbre —le digo.

—Pues anda que tú, Becky —responde, pellizcándome la mejilla. Cruzamos la pista de aterrizaje juntos y alzo la vista para fijarme en el cielo abarrotado de estrellas antes de viajar de regreso al futuro.

Cuando despegamos después de repostar y el grupo discute sobre qué película ver, voy al gabinete y me hago con un montón de auriculares para todos. Los altos cargos, que nunca me han presentado formalmente, alzan sus manos como niños de quinto de primaria cuando pregunto quién quiere auriculares. Todo el mundo toma alguna clase de ansiolítico —Sonata o Xanax o Ambien— y de ese modo, entre la inconsciencia y la claridad, la forzosa y torpe intimidad entre colegas se convierte, de repente, en algo extraño y divertido. Es como una fiesta de pijamas con tu jefe, con el jefe de tu jefe, y con un montón de personas más que nunca habrías imaginado haber visto en pijama, ni siquiera cuando están frente a ti pidiéndote que les pases una almohada. POTUS pasa por allí vestido de negro por completo, y a

mí me da la impresión de que es como estar en tercero y cruzarte con tu profesora en el supermercado. La señorita Brenner vive en el colegio, y el presidente duerme de pie y vestido con traje y corbata, preparado para cualquier contingencia, ¿no es cierto? Nos arropamos, nos colocamos los auriculares y nos ponemos a ver *Love Actually* con cuencos de palomitas y tarta de frambuesa. Me digo que, sin duda, esta es la mejor fiesta de pijamas de mi vida.

Siete horas más tarde, me despierto cuando las alas empiezan a zumbar al otro lado de mi ventanilla. Las luces de cabina están encendidas y todo el mundo devora sus huevos rancheros vestidos de manera informal. La bolsa vacía de chuches Ziploc de Terry está en la papelera junto con algunas de las máscaras oculares de algunos. En la pantalla, una película protagonizada por Liam Neeson, pero nadie la mira, pues estamos organizando nuestros papeles, cerrando nuestras bolsas, encendiendo los teléfonos móviles y buscando nuestros zapatos. Meto la almohada en el armarito, doblo mi manta y espero en la cola del lavabo de la cabina de invitados para poder vestirme; los rituales posteriores a las fiestas de pijamas también son deprimentes en el Air Force One. Oímos cómo se despliegan los trenes de aterrizaje en el vientre del avión, cortando el viento. No siento la resistencia tanto como supongo que la notaré al aterrizar.

Dentro de nada, este vuelo acabará y también la presidencia que lo ha motivado. Todo aquello por lo que hemos trabajado pasará a formar parte del pasado, será un párrafo en el libro de la historia. Barack Obama será el predecesor. El cuadragésimo cuarto presidente bajará por las escaleras del avión mientras los miembros del equipo nos hacemos *selfies* y los fotógrafos sacan sus fotos de portada. Veremos esas fotos en las mesas de nuestras cocinas o en los escritorios de nuestros despachos.

Dentro de nada, ya no podremos decir: «Yo estaba ahí cuando...» Dentro de nada, estas alas tocarán el suelo. Pero al mirar por la ventanilla y ver la puesta de sol sobre un horizonte infinito, me digo que volamos bajo la mirada de la historia. Y durante unos minutos más seguimos volando a altitud de crucero.

# EL CAMINO ANTE NOSOTRAS

(febrero)

Tess, Hope, Amelia y yo estamos sentadas frente a una chisporroteante chimenea en el Tabard Inn, tomando unas copas en la biblioteca mientras esperamos a que nos den mesa. Como por arte de magia, todas tenemos libre la noche; una noche de viernes de febrero. Por supuesto, ha sido algo improvisado. Siempre que intentamos acordar una fecha, al menos dos de nosotras tienen que cancelar la cita por cuestiones de trabajo. Pero casi siempre somos las cuatro las que tenemos que aparcarlo: una rueda de prensa concertada a último momento, unas posibles declaraciones, una reunión que ha cambiado de fecha. Nos hemos hecho amigas viajando, pero nos resulta muy difícil encontrar tiempo para vernos fuera del trabajo.

Pero hoy todas teníamos la noche libre, así que aquí estamos, permitiendo que el alcohol fluya lentamente por nuestras venas mientras nos repantigamos en este sofá afelpado y jugamos con el pelo de las otras como si fuésemos chimpancés perezosos. Conozco las bebidas preferidas de cada una de ellas: a Hope le va el Martini, igual que a su padre, Tess y Amelia optan siempre por el Malbec. El Cape Codder que tengo ante mí refleja mi carácter.

Pedimos una botella de vino tinto cuando nos dan mesa en la planta de arriba, en una sala lateral muy confortable. Tenemos una mesa grande llena de mujeres detrás, todas rondando los setenta, y dos hombres a un lado; a tenor de sus gafas de montura metálica, sus americanas un pelín grandes con los bolsillos desbocados y el hecho de que están dialogando, no soltando cada uno un monólogo, doy por hecho que son periodistas. Si es que no son corresponsales. Lo que está claro es que no son políticos.

Después de dos rondas en la planta de abajo, junto a la chimenea, estoy bastante achispada. Cuando nos traen las cartas, Tess suspira y dice que quiere ponerse en forma y que va a hacer gimnasia todos los días.

—¡Hazla por las mañanas! —le digo por enésima vez.

Tess pone los ojos en blanco.

—Tú —me dice, señalándome con su dedo acusador—, eres la madrugadora más irritante de la historia de la humanidad.

Yo lo niego, pero Hope añade:

—Me temo que es cierto. —Lo cual hace que todas riamos.

—Eh, al menos yo hago deporte todos los días —digo, y Tess estira el brazo y me pellizca. Soy consciente de que estamos montando un numerito cuando veo que las mujeres de la mesa grande y los dos periodistas nos miran; no sé si con preocupación o con curiosidad.

—Chicas, ¿por qué brindamos? —pregunta Amelia, mirando la botella de vino como Golum miraba el anillo.

Tess alza la copa.

—Por Elcaminteotras —dice. Hope y Amelia asienten.

Siento una punzada de ansiedad en mi confuso cerebro. ¿Cómo es posible que todas conozcan esa palabra? ¿Es una persona? ¿Me he perdido algo?

—¿Qué te pasa? —me pregunta Amelia. No he levantado la copa para brindar con ellas.

—No... no sé qué significa —confieso con la cara roja.

—¿Qué significa qué, querida? —pregunta Tess al notar mi inquietud.

—Elcaminteotras.

—¿Elcaminteotras? —repite Hope, confusa.

Antes de que nadie diga nada, se oye un chirrido cuando Tess empuja hacia atrás su silla sobre el suelo de madera. En un primer momento, me da la impresión de que Tess está llorando inclinada hacia delante, pues todo su cuerpo se agita violentamente y se ha llevado la servilleta a la boca. Me inclino hacia ella y la toco, pero al hacerlo, ella escupe el vino que tenía en la boca sobre la servilleta y deja escapar una carcajada. Amelia y Hope también ríen. La gente nos mira.

Amelia me agarra del hombro con la intención de recomponerse y recobrar el aliento lo suficiente como para decir: —Tess ha dicho «Por el camino ante nosotras». —Acto seguido vuelve a verse poseída por las convulsiones.

—¿Así que no existe eso de Elcaminteotras? —pregunto después de respirar hondo varias veces.

—Ahora sí —dice Amelia.

—¡Por Elcaminteotras! —decimos todas a la vez cuando chocamos las copas, más que brindar con ellas, sobre el centro de la mesa. Las

otras dos mesas alzan sus copas hacia nosotras. No tienen ni idea de por qué están brindando —ni nosotras tampoco—, pero yo creo en Elcaminteotras con todo mi ser.

# LEVANTARSE, MANTENERSE EN PIE

## (marzo – abril)

Estamos en Nueva York recaudando fondos, y se trata del último acto en una larga noche en el Upper East Side. El presidente no tardará en estar rodeado de gente sacándole fotos, así que tengo que estar preparada para sus declaraciones en el salón. Acabo de colocarme los auriculares para hacer una prueba de sonido cuando escucho a alguien. Mi micrófono capta la voz de Jason; debe de estar en el hueco de la escalera, un piso más arriba. Y entonces oigo otra voz, es una mujer. Se me encoge el estómago y el corazón se me acelera en el pecho. ¿Cómo es posible que todavía me pillen con la guardia baja esos flirteos? Él es así, es a lo que se dedica.

Respiro profundamente y lo veo. Me está mirando desde lo alto de las escaleras, aunque en esta ocasión él parece tan sorprendido como yo.

—¡Hola! —me saluda la joven que está junto a Jason.

Mientras bajan por las escaleras, ella todavía sonríe debido a lo último que le ha oído decir a Jason. Lleva un vestido ajustado sin tirantes. Es de mi edad, con una larga cabellera rubia, un hermoso rostro y un perfecto bronceado a pesar de que ha estado nevando esta misma tarde. No es consciente de la resaca mientras Jason y yo intentamos saber qué estamos pensando. Me pregunto si ella es la anfitriona en este acto para recaudar fondos, pues parece sentirse como en casa entre ricos y poderosos, los pavos reales de Park Avenue. Me fijo en la pulsera de diamantes que lleva justo antes de que me confirme lo que mi instinto animal ya me había indicado.

—Soy Brooke —dice, tendiéndome la mano.

—Beck es una de las taquígrafas —interrumpe Jason, colocándose entre nosotras con un nerviosismo impropio en él. Se toca el nudo de la corbata—. Viaja con nosotros de vez en cuando —dice Jason, interesado de repente en su reloj.

—Un momento —resopla Brooke—. ¿Tú eres la tía que va por ahí con el micrófono? —Señala hacia el micro que llevo en la mano.

Asiento sin decir nada. Así es Brooke.

—Vaya, estoy como... superimpresionada, ¡porque me parece el trabajo más duro del mundo! —dice Brooke.

—No es duro —digo sin entonación.

—¡Debe de serlo! Es como... como si tuvieses que transcribir lo que dice Jason... —Tras decir estas palabras, Brooke agarra el micro y lo lleva hasta la boca de Jason—. Es tan alto que, no sé, tiene que ser duro llegar tan arriba.

Me escucho a mí misma tragando saliva.

—Beck es muy buena en su trabajo —dice Jason, fijándose en cómo miro a su novia. Nunca lo había visto así. Dubitativo. Pálido. Nervioso.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto a ella con una sonrisa forzada. Tengo un nudo en el estómago. Las palabras salen de mi boca sin pulir, en bruto, justo lo opuesto al modo de hablar de Brooke: llano, indiferente. Cuando habla, recuerdo lo que Nick Carraway dijo de Daisy Buchanan: «Su voz está llena de dinero.»

—Ah, mi padre vino desde California para lo de recaudar fondos, ¡así que yo también me vine para sorprenderlos a él y a Jason! —Al decirlo, Brooke se inclina sobre su novio. Me siento fatal. Parece dulce. Dichosamente ingenua, pero dulce—. Una cosa, ¿te dan de comer en estos actos? —me pregunta Brooke, siguiéndome hasta el vestíbulo de la casa.

Si yo fuese un perro, tendría que decir que no, que no me dan de comer, que por favor me alimentase, que tenía mucha hambre, que lo último que he comido es media barrita energética Doug Mill's en el autocar de prensa hace cuatro horas.

Pero no soy un perro; soy una subalterna. Así que me limito a encogerme de hombros como si tal cosa.

—A veces.

Jason nos observa. Sus ojos azules bullen al mirarme. Quiere que me comporte adecuadamente.

—Vaya, pues a mí siempre me dan demasiada comida —dice Brooke, sonriendo y palmeándose el cóncavo vientre. Sus pendientes

de diamante centellean. Se me acerca y coloca la mano a un lado de la boca como si quisiese contarme un secreto, que es justo lo que hace a continuación—. Si puedes, pásate por nuestra mesa y te daré lo que sobre.

Al sonreír siento una punzada de dolor. ¿Se está quedando conmigo? ¿Está borracha?

—Bueno, ha sido un placer conocerte... —empieza a decir Brooke antes de darse cuenta de que ha olvidado mi nombre.

—Beck.

—¡Beck! ¡Y suerte con eso de ir por ahí con el micrófono!

Rodea con su brazo a Jason y les veo regresar a la fiesta. Espero a que él se vuelva y me dedique una mirada de agradecimiento. Pero no lo hace. ¿Por qué tendría que hacerlo? En esta historia soy yo la antagonista, no Brooke.

A pesar de que me odio a mí misma en este momento, me doy cuenta, en el vestíbulo de la casa de otro millonario, de que sigo aquí. Es decir, no he disociado ni he desaparecido. Estoy aquí. Respiro hondo, del modo en que Amelia me enseñó, y estiro la espalda para erguirme un poco más. Antes de intentar cruzar esa estancia llena de residentes tanto de East como de West Egg, alzo la vista. Me veo a mí misma reflejada en el espejo con un marco dorado que hay sobre la chimenea. Soy algo más que la tía que va por ahí con el micrófono.

Cuando regresamos a Washington me fuerzo a enviarles a Hope, Tess y Amelia algunas de las cosas que he escrito. Desde la noche en el Tabard Inn nos referimos a nuestro grupo como Elcaminteotras, así que compruebo obsesivamente si en el grupo Elcaminteotras tengo alguna respuesta. POTUS anuncia a voz en grito: «¡Un oso se ha escapado!», antes de salir a dar una vuelta no planificada, para disgusto del Servicio Secreto, y yo compruebo mi teléfono a mitad de camino. Volamos a Jamaica y miro mi correo electrónico una y otra vez, pero no tengo respuesta. Chequeo el teléfono móvil en busca de las reacciones de Elcaminteotras mientras visitamos la casa de Bob Marley y aprieto el botón de actualizar mientras me lavo los dientes con agua embotellada en la habitación del hotel. Y espero y espero. Me he convertido en toda una experta en eso de esperar.

Me digo que Tess, Hope y Amelia están muy ocupadas y probablemente no habrán tenido tiempo para leer mis cosas. Después

de todo, ellas también han estado viajando de Nueva York a Washington y de ahí a Jamaica. Pero a mí me da la impresión de que haber compartido mis textos con Elcaminteotras es como haberme sometido voluntariamente a una operación quirúrgica a corazón abierto, y cuando veo que pasan los días sin recibir una sola palabra como respuesta, siento como si fuese andando de un sitio para otro despellejada.

—¿Estás tomando notas? —me pregunta Amelia cuando nos sentamos en la escalinata del palacio en Kingston. Asiento y la veo sonreír a mi lado.

No le pregunto si ha leído lo que les envié porque está ocupada cambiando las lentes de la cámara y yo estoy escribiendo mis observaciones sobre lo ocurrido por la mañana. Estamos sentadas en silencio, cómodas en compañía una de la otra aunque centradas en nuestros respectivos trabajos.

En lugar de haber ido a buscar a los chicos durante su pausa para el cigarrillo, me dedico a lo que hace Elcaminteotras cuando estamos en viaje de trabajo: trabajar. No lo hago por Peggy o por la oficina de prensa, lo hago por mí. Intento encontrar pequeños espacios de libertad en la agenda y recordar que tengo que alzar la vista y escribir. Mientras recuerdo a POTUS cantando anoche *Three Little Birds* en el dormitorio de Bob Marley y el dulce aroma de plátano frito de esta mañana, Amelia apunta con su cámara hacia la multitud que se extiende al otro lado de la calle, más allá de las puertas, esperando con la ilusión de poder ver a POTUS.

Mientras todo el mundo observa al presidente, Amelia se fija en la reacción de la gente: sus gestos de alegría, asombro, incredulidad, orgullo, amor. Hope suele hacer lo mismo con su cámara de vídeo: en la mayoría de ocasiones enfoca hacia la gente en lugar de enfocar a POTUS. He aprendido de Elcaminteotras que es muy fácil distraerse. Es humano enamorarse del tipo equivocado. Es normal fijarse en lo que todo el mundo está mirando. El truco consiste en aprender del pasado e intentar hacerlo mejor en el futuro. La empatía colectiva de Elcaminteotras y el impulso individual de crecer es lo que me atrae de ellas. Y justo ahora, es la compasión de Amelia por los niños pequeños que juegan desnudos en la calle y las mujeres mayores agitando sus pañuelos al paso del convoy desde las ventanas de los bloques de pisos de ocho plantas lo que me lleva a valorar el intimidante carácter de Amelia tanto como su siempre atenta mirada.

Cuatro horas más tarde, un vibrante arcoíris se extiende por

encima del avión en la pista de aterrizaje.

—¡Por aquí! —grita Amelia. La sigo hasta colocarme bajo el ala. Cuando el presidente sube la escalerilla y saluda a la multitud, tomo fotos de su mano rozando el arcoíris, y también del arcoíris posándose sobre sus hombros, como si él fuese el caldero de oro. ¿Estira él los brazos para abarcar el progreso o es acaso un ideal lo que le empuja, como una especie de viento en tecnicolor a su espalda? La historia cambia según el marco que le pongamos.

Desde Kingston volamos hasta Panamá para acudir a la séptima Cumbre de las Américas y nos alojamos en uno de los más hermosos complejos hoteleros que haya visto en mi vida, lo que a esas alturas de la primavera de 2015 es decir mucho. Desde mi balcón, en la planta doce, puedo contar siete piscinas y tres jacuzzis. El océano se extiende justo más allá de las piscinas, y a mí me gustaría que hubiésemos llegado antes a ese hotel, porque no se puede nadar después de las diez de la noche, y es casi medianoche.

Amelia y yo nos encontramos para ir a dar un paseo por la playa. Me ha dicho que quiere hablarme de lo que escribí. Estoy nerviosa, pero más aún agradecida de que se haya tomado el tiempo de leerlo, de que quiera hablar conmigo de lo que he escrito cuando perfectamente podría estar tomándose una copa de vino mientras se daba un baño caliente después de un largo día.

—Cuéntame las cosas que has estado escribiendo recientemente —dice Amelia con los zapatos en la mano mientras caminamos por el borde del agua—. Es estupendo ver cómo maduras día tras día. Estoy orgullosa de ti.

Siento que el corazón se me llena de helio a medida que Amelia me cuenta qué partes del texto son sus favoritas, la analogía con la ballena asesina, la valentía que requiere escribir de un modo tan sincero. No solo me encanta que a Amelia le guste lo que he escrito: me siento muy aliviada. Supongo que una parte de mí siempre se ha preguntado si mi madre o Sam simplemente me daban cuartelillo cuando hablaban de mis textos o si realmente estaban bien. Ahora Amelia me está diciendo, bajo el brillante cielo estrellado de Panamá, que voy por buen camino, que entiende lo que estoy haciendo.

—Creo que tu manera de escribir ha mejorado desde que has empezado a cuidar de ti misma —me dice, y aunque sé que me está mirando, yo bajo la vista hasta la arena iluminada por la luz de la luna.

Sé que Amelia se refiere al hecho de haber cortado con Sam y a

evitar a Jason cuando habla de que estoy cuidando de mí misma. Ella fue de mucha ayuda para mí durante los dolorosos meses posteriores a romper con Sam; todo el mundo pasa por algo así. Pude llorar la pérdida que yo misma había provocado. Las Elcaminteotras saben lo que supone cortar con alguien, que no hay modo de evitar la parte chunga: mientras iba de camino al trabajo, disfrutando de una canción o enviando un mensaje o apreciando simplemente el momento, y de repente recordaba que Sam y yo ya nunca estaríamos juntos. A veces me golpeaba como un placaje inesperado: los músculos y la sangre pillados por sorpresa, con dificultades para respirar, dolor en todas partes y con la impresión de que el mundo estaba del revés. En otras ocasiones iba calándome hasta los huesos, como el invierno en Nueva Inglaterra, y no podía sacudirme la sensación de soledad durante semanas, las frías piedras que habían sido las palabras de Sam atosigando mis pensamientos. «Lo lamentarás el resto de tu vida.»

¿Y qué decir del fin de una relación que nunca existió? Desde el momento en que, estando en Martha's Vineyard, vi a Jason esconderse con Kendall durante la última noche, Amelia había tenido la impresión de que me estaba librando de él. Le permití que lo creyese. Pero Jason es más fuerte que yo, y estoy cansada de luchar contra lo que tenemos, sea lo que sea, así que he ocultado el hecho de que, desde el cumpleaños de Hope en septiembre, nos hemos estado viendo, de que ha logrado volver a colarse en mi corazón y también en mi cama. Haber visto a Brooke en Nueva York no alteró en lo más mínimo nuestro acuerdo. «Lamento haber sido tan torpe», me escribió en un mensaje al día siguiente, y seguimos adelante; todo lo adelante que puedes seguir cuando estás montado en un tiovivo. Es vergonzoso e incómodo, pero la manera más fácil de ahogarte en aguas revueltas es cuando te opones a la corriente, así que me rendí. En secreto.

No se lo he dicho a nadie, ni a Hope ni a Shilpa y tampoco, obviamente, a Amelia. Liberé a Sam y dejé a mis amigas al margen. He aprendido a guardarme los secretos.

A la mañana siguiente, el helicóptero del presidente levanta una gruesa capa de grava y hierba y la lanza contra mi cara. Escupo la tierra y me quito las briznas de hierba del pelo. La crema solar que me he aplicado minutos antes sirve como estupendo adhesivo para todo ello. Acabo de entender que va a ser un día largo. Y lo es —dieciséis

horas, cuatro lugares, tres vuelos en helicóptero, dos congresos y las ruinas de un castillo—, a más de treinta grados.

—Cariño, ¿tienes algo de comer? —pregunta Tess cuando nos montamos en los autocares para acudir a la comida de Estado—. Tendría que haber pillado las bolsitas de M&M en el avión; el conserje del hotel ha sido útil.

—Yo he pillado varias de los chicos —le digo. Jason me da dos bolsas de M&M y un pin de la bandera estadounidense durante la siguiente parada para fumar, que yo le paso a Tess mientras regresamos al convoy.

—¡Esto va a lograr que la semana valga la pena! —gruñe Tess. Me siento orgullosa durante un momento antes de darme cuenta de que lo único que he hecho ha sido pedirle a Jason unas cuantas chucherías. Soy una recadera. Pero ¿qué pasaría si no acudiese a Jason cuando quiero ser amable con los demás? ¿Qué pasaría si yo tuviese la capacidad de ser mi propia embajadora? ¿Seguiría Jason irradiando magia si yo pudiera hacer que la semana de alguien valiese la pena?

Regresamos al hotel maltrechos, cansados y dispuestos a meternos en la cama. Oímos la música que llega desde el bar de camino a nuestras habitaciones: una banda toca en directo una versión de *Lady Marmalade* y varias mujeres de mediana edad bailan en la pista.

—Esa es una noche diferente —me dice Mary de la ABC negando con la cabeza y demostrando cierta envidia cuando llegamos al ascensor. Me da las buenas noches, pero la música me ha reanimado.

No puedo dormir ocho horas todas las noches sabiendo que esto se acaba, me digo encaminándome hacia el bar.

La temperatura es perfecta, nada de la humedad que nos ha acosado durante todo el día, el calor suficiente como para no sentir nada, como si flotases en un líquido equilibrio. Una sedosa brisa llega desde el océano. Entrechocan las copas y se brinda por todo el bar a oscuras. Echo un vistazo y veo a Noah y a Jason, todavía vestidos con sus trajes, con el sudor y la suciedad apelmazada a un punto en que ya no resulta visible. Jason pide whisky para ellos y un Cape Codder para mí. Salimos al aire libre donde un grupo de agotados colegas se ha dejado caer en las sillas de alto respaldo junto a la veranda frente al mar.

A estas alturas, sé quienes son mis amigos, y aunque todo el mundo ha colocado las sillas hasta formar un gran círculo, en realidad está formado por otros círculos invisibles más pequeños. Ben Rhodes de la NSC está aquí; Terry, el de los discursos, y Kristen, de

documentación, también. Pete, del Departamento de Estado, me hace una mueca desde la otra punta, en tanto que Gary, Greg y Tim están juntos. Tess me hace sitio en el sofá y me dice que me acerque. En una esquina, Marvin habla animado con Noah, Jason y Chase, el director de programación. Todos parecen cansados después de un día duro. POTUS es un líder cuando está de viaje, pero hoy estaba furioso.

Nosotros podemos quedarnos entre bambalinas, disfrutando del aire acondicionado, tomándonos una Coca-Cola y compartiendo bolsitas de aperitivo, pero el presidente tiene que estar a tope durante quince horas seguidas: dándole la mano a jefes de Estado, ofreciendo ruedas de prensa, respondiendo a preguntas que podrían fácilmente dar pie —si no fuese tan cuidadoso— a malentendidos o a incidentes internacionales. El programa le mantiene con los pies en el suelo, lo cual no resulta sencillo.

Hacer que el jefe se sienta relativamente feliz y cómodo es esencial para la productividad de estos encuentros con líderes extranjeros, y lo último que deseamos todos es que el presidente esté de mal humor cuando se encuentre con Raúl Castro por primera vez. Y lo curioso es que el verdadero héroe de esta histórica cumbre bilateral entre Estados Unidos y Cuba en el Congreso de las Américas no ha sido el presidente ni Ricardo Zúñiga, ni Ben Rhodes o cualquiera de sus homólogos cubanos: ha sido un técnico llamado Steve, al que se le ocurrió cómo hacer que el presidente pudiese ver el Máster de Augusta mientras esperaba para intervenir en la primera sesión plenaria. El hecho de que pudiese ver el golf junto a Marvin, Teddy y Noah durante media hora antes del informe sobre la reunión bilateral con Cuba le permitió al jefe relajarse. De ese modo —y aunque no fue una sorpresa— POTUS lo hizo de maravilla durante su encuentro con Raúl Castro y logró que resultase memorable por los motivos adecuados.

El murmullo de las diferentes conversaciones me rodea. Estoy sentada en el anillo exterior de varias conversaciones que avanzan por oleadas. Estoy demasiado cansada para inmiscuirme o interesarme o mover un dedo.

—¡Despierta! —me dice Tess, dándome un codazo. En tanto que persona responsable de cada pequeño pedazo de papel, de todos los memorandos clasificados que ve el presidente a lo largo de su jornada, Tess difícilmente se encuentra muy lejos de una impresora o fotocopiadora cuando viaja al extranjero. Debido a su actual libertad está exultante y brinda conmigo más de una vez.

Hablamos de lo ocurrido durante el día, acerca de lo hermosa que es aquí la noche y mezclamos mi cerveza fría con su cerveza tibia como si fuésemos científicas locas, por lo que apenas resultan bebibles las dos, pero para eso están las amigas.

Tess se inclina sobre mí y le pregunta a Jason acerca del humor del jefe. Yo podría haber respondido a esa pregunta, basándome en su mirada y en su tendencia a usar nombres cuando está tratando de controlarse, pero Jason puede decírselo a Tess directamente, y ella niega con la cabeza con simpatía.

Es un mundo solitario y excitante este en el que vivimos. Nadie lo admitirá, pero así es. Combatí el efecto que Jason causaba en mí durante mucho tiempo, pero a nadie le importa. Tiene su propia fuerza de gravedad, así que aquí estoy, me rindo. Hagamos que merezca la pena, que sea algo entre los dos y tomemos todo lo que podamos mientras los demás duermen hasta que suenen los despertadores y volvamos a seguir las normas. Y cuando regresemos a Washington, pase lo que pase, lo dejaremos fuera del Ala Oeste, fuera de cualquier parte, porque estas noches insomnes dejan de existir cuando sale el sol; son cosa del alcohol, del agotamiento, del deseo de tener a alguien cerca en la oscuridad, de la necesidad de que te toquen después de una semana de viaje. Estas son habitaciones de hotel de cinco estrellas, y tú disfrutas de una *suite* en el ático. Escucharé todas tus historias si te quedas tanto como la última vez, esa última vez que nunca existió, y por la mañana no hablaré contigo cuando nos sentemos en mesas separadas; disfrutaremos de nuestros desayunos junto a nuestros colegas de ojos brillantes. Podemos hacerlo si no alzamos la vista, si no echamos la vista atrás.

Cuando regreso a mi habitación justo antes de que amanezca, y dejo atrás a los agentes apostados en los pasillos, me digo que ahora estoy activamente comprometida en esta no-relación. He decidido hacer lo que estoy haciendo. He dejado de ser una víctima del encanto de Jason. Poco importa la vergüenza, la he dejado a un lado y finjo que no está ahí. Ya lidiaré con la amargura de todo ello después. Ahora no. Porque estoy aquí, y él también, y jamás gozaremos de semejantes vistas desde el balcón. Nunca volveremos a estar juntos en Panamá. Por eso lo estoy dejando todo por escrito.

Cuando regresamos a Washington me entero de que Jennifer

Palmieri, la directora de comunicación de la Casa Blanca, ha dejado el cargo para irse a trabajar en la incipiente campaña de Hillary Clinton. Al contrario de lo ocurrido con las Vaginas Gigantes, Jen siempre se ha mostrado dispuesta a hacerme sentir parte del equipo: me saludaba por los pasillos, iniciaba conversaciones si las dos estábamos en una habitación esperando a POTUS, y su cara siempre brillaba cuando le preguntaba por su perro. Tal vez lo que sucede es simplemente que Jen no es una persona ruda en el trato, pero en 2015 el listón a ese nivel está muy bajo. Como diría Tess: «Se supone que primero somos seres humanos y después miembros del equipo.» Con demasiada frecuencia no es así.

En el último día de Jen, en el mes de marzo, imprimo un texto que escribí hace un año sobre el estilo en la Casa Blanca para dárselo. Jen es una de las mujeres del Ala Oeste a las que admiro porque usan su vestuario para afirmar su independencia. Y sí, hay algo intrínsecamente atractivo en el hecho de cortar las etiquetas de un vestido, algo que empodera especialmente cuando compras una chaqueta que estaba fuera de tu alcance años atrás. No creo que Van Morrison se equivoque cuando dice: «*All the girls walk by, dressed up for each other*.» Pero es algo más que eso.

Entre las mujeres del Ala Oeste el estilo es tan importante porque no hay posibilidad de escapar mentalmente del trabajo, no hay más mundos que este. La mayoría de los despachos carecen de ventanas. Los únicos cuadros que cuelgan de las paredes suelen ser fotografías ingenuas del presidente y su equipo en acción. Por eso las mujeres que trabajan en el 1.600 de la avenida Pennsylvania se compran vestidos de colores brillantes, mantecosos zapatos italianos y barras de labios nuevas, para aportar una distracción estética y también para aferrarse al presente, al trabajo. Los días en la Casa Blanca son largos y duros, pero es toda una alegría cuando Susan Rice, ataviada con sus zapatos de altísimo tacón, entra en la sala de crisis midiendo cinco centímetros más. Una chaqueta rosa con bordes negros le aporta a la secretaria de Clinton un toque de color cuando pasa por el aparcamiento del Ala Oeste o cuando llega a África Occidental. El llamativo vestuario de Samantha Power complementa su elevada inteligencia. Su esplendor en los trajes no solo resulta impresionante, sino que también, lo que es más importante, refleja su voluntad de poner en duda el *statu quo*.

Leo una vez más mi texto y espero que Jen entienda que no le entrego esta carta con la intención de pedirle trabajo. No escribo las cosas para conseguir nada de nadie. Escribo a modo de

agradecimiento por lo que me han dado.

> Y también está esa imagen, de hace unos años, que todavía conservo: Jen Palmieri en Pal Springs con un jersey azul marino que se cierra en el cuello. Las periodistas acercándosele para comentarle lo atrevido de su conjunto, completado con las plataformas. Ríen juntas y nadie pregunta sobre la rueda de prensa cancelada o le piden alguna declaración *off the record*. Veo a Jen echarse el pelo hacia atrás y dejarse halagar por los entusiastas cumplidos mientras todas las demás andamos de un lado para otro sudando por el calor. El vestido está muy bien, sin embargo es su confianza en sí misma lo que la hace innegablemente hermosa.

Le doy el sobre a la secretaria de Jen y pienso en la última vez que hice algo así, con David Plouffe, hace ya más de dos años. A pesar del tiempo que ha pasado, todavía miro por encima del hombro antes de imprimir para ver si Lisa está detrás de mí. Sé que es mejor hacerlo directamente y no decirle que voy a romper la línea jerárquica de nuevo entregándole a un alto cargo un texto que he escrito. La administración al completo se encuentra en el esprín final, así que esto es algo así como el último tiro justo cuando suena el fin del partido.

Regreso a mi escritorio y me encuentro con un correo electrónico de Jen para mí. ¿Cómo es posible que estas personas tan poderosas respondan con semejante rapidez? Jen me ha escrito un correo tan efusivo que temo que me explote el corazón o, lo que es peor, que Lisa sienta mi felicidad y venga a averiguar qué es lo que anda mal. Jen no solo halaga mi manera de escribir, también me invita a acudir a su fiesta de despedida de esta noche. Supongo que Jen habrá entendido lo que pretendía decirle con mi texto: gracias.

Cuando respondo a su correo siento un curioso brillo y una palpable calidez en mi pecho. Le estoy sonriendo a la pantalla del ordenador sin saber por qué.

Desde que me uní a la burbuja, le he oído decir a POTUS que soy rápida, a Jason que se sentía atraído por mí, a Nancy Pelosi que mi ropa era chula. Todas esas cosas me hicieron sentir bien, pero nada puede compararse con lo que siento ahora. Un íntimo agradecimiento a Jen, y a Plouffe, y a Sam, y a Elcaminteotras. Cuando escribo algo, la gente atiende. Es como mi propio océano Pacífico, aunque todavía más grande.

# IMITACIONES DE LA INTIMIDAD

(mayo)

El cumpleaños de Noah coincide con un viaje en el que vamos a hacer noche en Miami.

—No hagas de esto un gran acontecimiento —me dice cuando nos damos cuenta de la buena suerte que hemos tenido con la agenda. En ese viaje vamos todos: Jason, Teddy, Cole, Elcaminteotras. Es muy infrecuente que esté la pandilla al completo en un viaje doméstico; habitualmente las rotaciones en los despachos hacen que uno o dos de nosotros se quede en casa—. Solo quiero pasar un buen rato con mis amigos —añade—. Un buen rato en plan tranqui, Becky. Lo digo en serio, nada de sorpresas o numeritos.

Le prometo que no montaré nada escandaloso, pero le digo eso porque sé que es Cole el que está montando algo grande, y Cole siempre tiene ideas geniales.

Tras un par de actos para recaudar fondos en Coral Gables, el convoy regresa al hotel. Hay otra recepción privada a la que POTUS tiene que acudir en la planta superior, así que mientras los chicos le acompañan para ayudar al equipo, me reúno con Amelia en el bar para tomar una copa. Hope y Tess siguen trabajando: Tess está esperando a que le lleguen varios memorandos para la carpeta de informes de mañana del presidente, y Hope tiene que editar las imágenes del día antes de medianoche.

Una copa se convierte en dos, y para cuando llegan los chicos, Amelia y yo sentimos un profundo amor por todo el mundo.

—Chicos, espero que estéis preparados para la mejor noche de vuestras vidas —dice Cole, frotándose las manos como si fuese un chef que hubiese preparado un banquete.

Nos encaminamos a un club muy selecto ubicado en el sótano de un hotel de lujo. Los chicos y Amelia se sientan a la lujosa mesa para pijos con servicio; yo doy vueltas en la pista de baile, moviéndome con soltura entre las agobiantes parejas haciéndole señas al DJ sobre la siguiente canción que tiene que pinchar. Espero a que Amelia entre

en el servicio y Teddy se distraiga hablando con una chica con cola de caballo y un top muy corto, para pedirle a Jason que baile conmigo.

—Espera un ratito —me dice por encima del poderoso sonido de bajo sin mucha convicción. Justo en ese momento, regresa Amelia y yo me dirijo a la pista de baile.

Noah se apunta a lo de bailar y al poco es Teddy el que se suma a nuestra aventura. Las chicas que hay en la pista no tardan en rodear a Noah, así que Teddy y yo bailamos juntos un remix techno de *Motown Philly*, de Boyz II Men. Bailar con Jason siempre tiene algo eléctrico, pero hacerlo con Teddy resulta más divertido. Siempre competimos por quién hace mejor el «aspersor», o el «supermercado», antes de volver a sentarnos para otra ronda de copas.

—¡Salud! —digo a modo de brindis, alzando mi copa cuando Noah ya ha vuelto—. ¡Feliz cumpleaños, Noah! ¡Te queremos!

A eso de las dos de la madrugada, los chicos pagan la cuenta —beben más del doble que yo, así que no me siento culpable porque, habitualmente, sean ellos los que dejan los billetes antes de irnos— y regresamos al hotel. Nos reunimos en mi habitación para darle a Noah nuestro regalo conjunto de cumpleaños: una suave bata del The Beverly Hilton. Sabía que Noah le había echado el ojo hacía años, así que todos contribuimos, y ahora está aquí, en mi habitación, probándosela para nosotros con descarado placer. Todos nos abrazamos y, finalmente, nos marchamos a descansar un rato antes de volver a vernos en el convoy a las nueve de la mañana. Dormiremos el tiempo suficiente para no evidenciar la resaca.

Pero cinco minutos después de que todos se hayan ido, Jason vuelve a mi habitación. Me apoya contra la pared junto al baño y yo siento que me derrito por enésima vez. ¿Cómo es posible que siga sintiendo esta urgencia, esta necesidad?

—Espera —le digo cuando él empieza a tocarme—. Tengo que hacer pipí.

—De acuerdo —responde sin moverse.

Me meto en el baño y cierro la puerta, pero sigo sintiendo su presencia. No puedo hacer pipí teniendo tan cerca al hombre del que estoy enamorada, a pesar de que nos separe una puerta. Pero entonces Jason la abre y entra en el baño.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—¿Acaso hay mayor intimidad que poder hacer pipí delante de otra persona? —responde.

Intimidad. Ver cómo alguien hace pipí sin duda es de lo más

íntimo. Ver cómo alguien se lava el pelo también es íntimo. Dormir con alguien, al menos para mí, es íntimo. Compartir un secreto, durante años, es íntimo. Todo eso es brutalmente íntimo. Estoy sentada en el lavabo, pero en lugar de hacer pipí me echo a llorar.

Jason, confuso, se acuclilla frente a mí y me pregunta qué me pasa, pero yo no soy capaz de hablar.

—Beck, vamos, cuéntame.

Abro la boca pero sollozo con tal fuerza que todos los recuerdos clausurados regresan: Sam, el Wagoneer, Skye en Vineyard, los meses en que no hablamos y las noches en que no dormimos. Lo que siento por este hombre desde hace tanto tiempo. Lo que he roto por su causa, las rendiciones a las que me he visto obligada, las pérdidas asociadas a él. Antes de poder decírmelo a mí misma, se lo digo a él:

—Por favor, no vuelvas a hacerme daño.

Entonces se pone en pie, frente a mí, y empieza a gritarme. Me dice que nunca quiso hacerme daño, que todo esto es tan jodidamente embrollado, que no puedo seguir machacándome, que no va a dejar a Brooke y que tengo que aceptarlo, que no quiere herirme, que no le gusta que yo le haga sentir como el malo de la película, que no puede evitarlo, y que va a marcharse porque esto es más de lo que quiere y más de lo que ha pedido.

Cuando se va, me miro al espejo y veo la oscura máscara que cubre mi cara, los ojos de zombi borracho. La chica que me devuelve la mirada es una persona vacua y ridícula y que no representa nada, que miente para encubrir sus mentiras, que jamás tendrá tanto dinero como Brooke, ni será tan delgada como Skye, ni tan atractiva como la próxima extraña que se le acerque.

Quiero llamar a Shilpa o a Hope, pero ahora no puedo hacerlo. La lealtad de mis amigas, su noble sinceridad, solo conseguiría destacar mi propia decepción. Les he mentido tantas veces, tantas veces he evitado sus mensajes o ignorado sus llamadas mientras correteaba tras Jason en algún pasillo. Merezco estar sola. Me he equivocado en demasiadas ocasiones como para recuperar la senda. Esta mierda solo tiene que ver conmigo. No puede ser amor si te has visto obligada a mentir a todas tus amigas. No puede ser amor si tienes que ponerte gotas en los ojos estando de viaje cada vez que él se marcha enfadado y tú lloras hasta dormirte y te despiertas rabiosa. No puede ser amor si hace que te odies a ti misma.

A la mañana siguiente, me encuentro con Hope, Tess y Amelia para desayunar. Después de haberme apresurado y tras una ducha, casi parezco una persona normal. Solo tengo que soportar dos actos más, un vuelo a casa, y después dispondré del fin de semana para recuperarme. No puedo recordar la última noche en la que no me sentí mal.

—¡Os perdisteis lo más divertido! —le dice Amelia a Tess y a Hope.

—¿En serio? —responde Tess—. A lo mejor fue incluso demasiado divertido, ¿no, Beck?

Asiento, mientras me bebo un pequeño tetrabrik de leche con chocolate y envidio a mis amigos: ellos han dormido toda la noche, ellos no tienen el corazón roto, ellos están centrados en lo que tienen que estar.

—Tengo que conseguir ibuprofeno —les digo, echándome el pelo hacia atrás y levantándome de la silla. Siento como si tuviese agujas en los párpados; seguramente por haber llorado o por la falta de sueño. O tal vez por ambas cosas.

—Yo llevo en el bolso —me dice Amelia—. Acompáñame a mi habitación.

Cuando estamos las dos solas en su habitación y logro tomarme un comprimido acompañándolo con el resto del batido de chocolate, Amelia me obliga a sentarme en la cama.

—Jason me tiró la caña anoche —me dice, mirándome—. Me alegro mucho de que lo dejaseis. Es un tío ridículo.

Por mis venas corre líquido anticongelante, por eso puedo asentir. Estoy alucinando. ¿Qué razón tendría Jason para no intentarlo con Amelia? Es preciosa y estupenda e inteligente y divertida. Por otra parte, era una de las dos mujeres que estábamos en el club anoche, y conmigo lo tenía asegurado. Ella era el reto. Supongo que acudió a mi habitación después de ver que no tenía nada que hacer con Amelia.

—Mientras bailabas, no dejó de preguntarme si lo mío con mi novio iba en serio —dice Amelia, disgustada—. ¿Y sabes lo peor?

La miro a los ojos.

—Todo lo que me dijo era tan cursi —me dice—. Ni un adolescente de instituto se hubiese atrevido a hablar así, le habría dado vergüenza.

Amelia parece indignada. Se comporta como una hermana mayor. La he decepcionado hasta un punto que no quiero ni imaginar. Toda la vergüenza que oculto, que mantengo invisible, se está expandiendo

por el interior de mi pecho, abriéndose paso hacia el estómago. Voy a vomitar.

—¿Qué te dijo? —mascullo.

—Imagínatelo —dice, recuperando el recuerdo—. Se inclinó sobre mí y me susurró—: «Estoy colado por ti.»

Cuando estamos de vuelta en la Casa Blanca, me enfrento a Jason en el aparcamiento del Ala Oeste. Si lo hubiese hablado antes con alguien, me habrían preguntado qué pretendía conseguir con algo semejante. Pero he gastado todo el crédito con mis amigas. Lo he agotado. Podría confiar en Tess, pero evitarle todo este drama es el único resto de dignidad que me queda. No se lo he contado a Tess.

Pero no tengo en mente estrategia o dignidad alguna cuando veo a Jason abrir la puerta de su Wagoneer al final del día. Un dolor visceral me empuja por el aparcamiento hasta llegar a su lado. Quiero que sepa que lo sé. Quiero que me diga que todo fue un malentendido. Quiero que me pida disculpas, que me quiera, que haga que todo esté bien, que convierta las mentiras que le he dicho a mis amigas en verdades, como si fuese un mago.

—No es muy buena amiga si te ha contado eso —me dice.

Su argumentación me deja desorientada. Tengo que tocar mi caimán de oro para recuperar la perspectiva.

—¡Tú eres la mala persona por haberlo intentado con mi amiga! —replico. Pasan por nuestro lado dos jóvenes de la oficina de prensa, pero ninguna de ellas nos mira. Está oscureciendo en el aparcamiento y solo somos un par de amigos charlando después de otro viaje, poco importa las duras miradas que intercambiamos, poco importa el hecho de que los demás chismorreen. Jason hace que mi mundo empequeñezca, que se estrechen mis preocupaciones. Que digan lo que quieran, a mí solo me importa lo que pueda decir Jason.

Se encoge de hombros.

—Había bebido. Y además —añade—, me gusta Amelia. ¿Algún problema?

Me mira con intensidad, retándome a que diga lo que ambos sabemos: que no tendría que gustarle Amelia si yo le gusto.

—¿Por qué habrá querido herirte de ese modo? —me pregunta Jason, inclinando la cabeza hacia un lado—. Ahora estoy enfadado con ella.

—No tienes por qué enfadarte con ella —le digo, sintiendo cómo se me encoge el corazón. Mierda. ¿Cómo ha logrado cambiar así las cosas? Acabo de dejar a Amelia en la estacada, y todo ¿por qué?

—De hecho, estoy muy, muy enfadado con ella —gruñe Jason.

Hasta ahora me había limitado a traicionar a mis amigas mintiendo. Pero esto es diferente. Esto es terrible.

—Nunca he querido hacerte daño... Me aparto para no hacerte daño —dice, abriendo la puerta del Wagoneer y lanzando su bolsa al asiento del copiloto. Sé que está mintiendo, pero no digo nada—. Me preocupo por ti, Beck, y me da la impresión de que Amelia te ha hecho sentir mal sin razón alguna. La otra noche fui a tu habitación, no a la suya.

Me pregunto si creerá que sus triquiñuelas mentales están dando resultado conmigo. Es él el que me ha herido, no Amelia. ¿Por qué estoy aquí hablando con él? ¿Qué esperaba? Incluso los adictos al *crack* tienen más autocontrol que yo.

Jason se marcha. Por la mañana me sentía una basura, pero ahora me siento muchísimo peor. Esto va a acabar conmigo. Jason se portará mal con Amelia cuando estemos de viaje. Dificultará su trabajo, solo porque ella se ha preocupado por mí como lo haría una hermana mayor.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Shilpa cuando llego a casa.

Pero no le cuento lo que he hecho.

No se lo digo a nadie.

Tumbada en la cama por la noche, miro la pila de libretas que he estado llenando desde que empecé en este trabajo y me doy cuenta de que mi vida ha ido desarrollándose en los márgenes. Sam y Jason han ocupado la mayor parte de las líneas. Hope suele decir que su trabajo es bueno solo si siente que lo es... ¿Cuándo fue la última vez que me sentí bien conmigo misma? No porque sintiese algo por Jason, sino bien respecto a mi persona. No soy capaz de recordarlo.

# AMAZING GRACE

(junio)

El día después de la aprobación del Obama Care, el mismo día en que el Tribunal Supremo vota a favor de la igualdad matrimonial, volamos a Carolina del Sur para que el presidente pueda leer el panegírico por el reverendo Clementa Pinckney. El sabor a victoria que nos ha dejado esa mañana en el Tribunal Supremo se mezcla con el miedo por los altercados raciales que van a llevarnos a Charleston.

—La vida son cincuenta pasos para delante y cincuenta para atrás —dice Cole de camino a la base de Andrews.

Vemos las declaraciones del presidente en el Rose Garden ya montados en el Air Force One. Todos tenemos los ojos clavados en la pantalla del televisor en la cabina del equipo. Cuando el congresista John Lewis sube al avión, su presencia inspira una inmediata y palpable reverencia. Los altos cargos del equipo se le aproximan lentamente. Ese hombre ha luchado tanto. Fue él el que pronunció aquellas famosas palabras: «Nos hemos metido en problemas: problemas buenos, problemas necesarios.» Y aquí lo tenemos, todavía en la brecha. Más de cincuenta años después de liderar la Marcha sobre Washington, John Lewis ha subido al avión del primer presidente negro de la historia como congresista de los Estados Unidos para asistir al funeral de los nueve afroamericanos asesinados a tiros en su iglesia.

Cincuenta pasos adelante, cincuenta pasos atrás.

El acto tiene lugar en la Universidad del Charleston's TD Arena, así que no parece que lleguemos directamente a un santuario, a un funeral. Los suelos son de cemento, los bloques de hormigón, que conforman el vestíbulo, están pintados de rojo chillón y blanco. El equipo se reúne en el despacho de los entrenadores. Se trata de un encuentro muy especial: no solo están aquí los cuatro personajes más importantes del gobierno —presidente, vicepresidentes y sus esposas —, sino también los supervivientes y las familias de las víctimas.

La mayoría de los miembros del equipo se quedan en el despacho

durante el servicio religioso, pero yo decido que tengo que verlo. No quiero sentarme en una habitación a una distancia de seguridad del dolor. Nueve personas han sido asesinadas por puro odio. Necesito estar ahí, en la iglesia, honrando sus vidas, no entre bambalinas, a salvo de la tragedia que ha ocurrido aquí.

Camino en dirección al pabellón deportivo y después salgo de la zona de seguridad hacia la entrada principal y subo las escaleras hasta el anfiteatro. El escenario se sitúa frente a mí, y el coro vestido con las togas púrpuras está de pie, dispuesto a empezar a cantar. Hacia la izquierda del coro hay un símbolo blanco que dice con grandes letras negras: ¡LA IGLESIA EQUIVOCADA! ¡LAS PERSONAS EQUIVOCADAS! ¡EL DÍA EQUIVOCADO! Justo bajo el escenario, por debajo del atril, está el reverendo Pinckney metido en el féretro de madera oscura. Puedo reconocer a varias personas: el reverendo Al Sharpton, el reverendo Jesse Jackson y los miembros de la familia King. Todos ellos se van levantando y saludando a la multitud, y los aplausos son atronadores, afectuosos, y reverberan entre los muros del pabellón. Un hombre que está tras el atril empieza a cantar y, de repente, todo el mundo se pone en pie y seis mil voces cantan al unísono.

A mitad de la canción, una mujer entra en el pabellón seguida por dos niñas vestidas de blanco con cintas blancas en el pelo. La más pequeña de las niñas luce una chaquetilla rosa sobre el vestido. Es la señora Pinckney y sus dos hijas. Las observo mientras caminan, y a pesar de los cantos, y de todas las luces, y de toda la energía, lo único que puedo pensar es en quién pensó en ponerle a la niña pequeña esa chaquetilla rosa por si tenía frío en el funeral de su padre.

Justo por detrás de la familia Pinckney va el presidente de los Estados Unidos, la primera dama, el vicepresidente y la segunda dama. Los presentes en el pabellón los ven a todos a la vez mientras llegan a la primera fila, y el lugar estalla en un inmenso aplauso. El atronador aplauso y su eco resuenan al tiempo que el presidente sigue el ritmo y también aplaude hacia los que cantan con tanto sentimiento, como si estuviese en su propia casa. La multitud puede apreciar y sentir su energía, que parece dar alas a sus propias fuerzas. Y el volumen sube cuando el órgano empieza a sonar y también crecen los aplausos, y las mujeres más mayores y los niños sonríen y siguen el ritmo.

«Recuerda esto.» El pabellón lleno de vida, vibrante, latiendo. De hecho, ya no estamos en un pabellón. Estamos en un santuario. Estamos en una iglesia.

Cuando el presidente se pone en pie para hablar, abraza a los hombres y a las mujeres con togas púrpuras que están sentados en el escenario. No es casual que su corbata sea del mismo color que las togas. Cuando empieza, veo la parte de atrás de las cabezas de las niñas que están en la primera fila.

—Fue un hombre bueno. A veces creo que eso es lo mejor que pueden decir de uno cuando lo elogian. Cuando ya se ha leído y dicho todo sobre una persona, acabar afirmando que fue un buen hombre.

Como le pasó a Tom Sawyer mientras escuchaba a los que bajaban por el río, espero que el reverendo Clementa Pinckney y las otras ocho víctimas estén escuchando lo que el presidente está diciendo de ellos, de su gracia, de su «depósito de amor», de sus «corazones ofrecidos».

No es un servicio religioso triste. Está lleno de fuerza y de esperanza. Hay aquí sentido de comunidad, perdón y compasión.

—La justicia surge cuando nos reconocemos a nosotros mismos en los otros —dice el presidente, y los aplausos y los gritos de «Amén» puntúan su panegírico.

Tras estar hablando durante más de treinta minutos, el presidente baja la vista. En un principio da la impresión de que estuviese buscando la siguiente línea de su texto, no pidiéndole al coro un *mi*. Empieza a cantar *Amazing grace*, y le siguen los hombres con las togas y los rostros de las mujeres se iluminan sorprendidas y extasiadas. A lo largo y ancho del santuario, su voz provoca una reacción visceral, escalofríos y electricidad al mismo tiempo, un vertiginoso orgullo que me lleva a pensar: «Ese es nuestro presidente.» Seis mil personas se ponen en pie y cantan ese antiguo himno de esclavos con humildad y orgullo. Con tristeza y fuerza. Como una sola voz. «Y la gracia nos llevará a casa.»

La gente sale inmediatamente después del discurso del presidente, se oyen los pasos de zapatos brillantes y rápidos taconeos bajando las escaleras hacia el aparcamiento. Me uno a ellos, pero acabo desviándome a la izquierda al final de las escaleras, donde un hombre con hábito mantiene abierta la puerta y me da las bendiciones. Me dirijo al despacho de los entrenadores para hablar con los otros sobre el discurso, y a través de la ventana del pasillo veo a un montón de gente escoltada en la parte de atrás del escenario, y también el perfil del presidente y de su séquito mientras lo llevan de un lugar a otro. Se encuentra con los miembros de la familia de Walter Scott, al que mató en abril un agente de policía en North Charleston durante una inspección de tráfico rutinaria, antes de pasar a ver a los familiares de

las víctimas y a los supervivientes del tiroteo de la iglesia episcopaliana metodista Emanuel. Cole ha traído yo-yos de la Casa Blanca y bolsitas de M&M para los niños. Vuelvo a pensar en Newtown, donde había tantas familias a lo largo de todo el colegio: en la sala de ensayos, en el gimnasio y en las aulas.

El plato que nos sirven en el vuelo de regreso a Washington son macarrones al horno con queso, comida reconfortante. POTUS recorre la cabina pero no mira a nadie, tampoco se detiene para saludar. Todos estamos agotados emocionalmente, pero él está exhausto. No puedo evitar pensar en que él también ha visto a Sasha y a Malia con sus vestiditos blancos.

Cuando aterrizamos en Andrews, mientras espero a Noah y a Cole en el aparcamiento, un todoterreno Nissan se detiene para dejarme pasar. En el asiento del copiloto va sentado el congresista Lewis. Baja la ventanilla y me dedica una cálida sonrisa. El conductor vuelve a ponerse en marcha y el congresista regresa a su casa después de un día histórico. Al pasar por mi lado, sus ojos no centellean con el orgullo del triunfo, ni tampoco están embotados debido al agotamiento o a la pena. Los ojos de John Lewis brillan de calma. Después de la tormenta siempre llega la calma.

# IR HACIA EL BIEN

(julio)

—Verás, no quiero que te sientas como si te estuviese abandonando —empieza a decir Shilpa muy despacio cuando nos sentamos en las escaleras de la entrada de nuestra casa de la calle Swann una mañana de sábado, con cafés con hielo en las manos.

—Si empiezas así no puede tratarse de nada bueno —digo, aguantando el aliento.

—Me mudo —dice finalmente Shilpa—, pero solo porque voy a volver a la facultad de Derecho en otoño.

—Todo se acaba —suspiro, pasándole el brazo por encima.

Observamos a los dos cachorros de beagle al otro lado de la calle. De hecho, ya no son exactamente cachorros, pero lo eran cuando empezamos a vivir juntas. Aunque todavía son nerviosos, menean sus orejas y sus colas sin parar.

El anuncio de la marcha de Shilpa es el pistoletazo de salida de diferentes anuncios parecidos en la Casa Blanca, e indica un cambio en las prioridades. Es imposible no sentir que la gente está empezando a saltar del barco, pero lo triste es que este último año de legislatura acabará y la vida seguirá adelante. Tenemos que empezar a imaginar cómo será nuestro futuro; cuanto antes, mejor. Solo disponemos de dieciocho meses para aprovecharnos de los éxitos del presidente antes de que nos desalojen; así es como POTUS lo expresa, de una manera muy cómica, cuando estamos en actos para recaudar fondos.

A todo esto, el presidente sigue adelante con lo planeado mientras el mes de junio se convierte en julio. Y justo antes de hacer pipí para irnos a dormir, en la madrugada del 14 de julio, los Estados Unidos finalmente firman un acuerdo nuclear con Irán. Ernie Moniz, un físico nuclear, actual secretario de Energía, al que constantemente POTUS califica como un genio, es quien ha llevado las negociaciones. A modo de agradecimiento al secretario Moniz, POTUS le invita a volar en el Air Force One.

A la mañana siguiente, el 15 de julio, volamos a Oklahoma City.

Me fijo en el secretario Moniz en la cabina de invitados antes de despegar y me doy cuenta de que estoy deslumbrada. ¿Cuándo me ocurrió? ¿En qué momento me convertí en uno de esos bichos raros de Washington capaz de ponerse nerviosa ante el secretario de Energía?

—¿Te das cuenta? —le susurro a Shilpa mientras imprime los memorandos del presidente en la cabina del equipo—. El secretario Moniz ha tenido que lograr un acuerdo nuclear con Irán para poder volar en el Air Force One y nosotras estamos aquí todo el tiempo, a pesar de que entre las dos probablemente no sumamos ni la mitad de las neuronas que él tiene.

—¿La mitad? —dice Shilpa—. Esa es una estimación muy generosa. Yo diría un tercio como mucho. Pero sí, B, lo cierto es que tenemos mucha, mucha suerte.

Tras decir esto, cierra con el puño la antigualla de impresora. Tess hace un comentario sobre la tecnología en el avión:

—El Air Force One, donde se vuela rápido, la comida es estupenda e internet es tan jodidamente lento.

Es el último viaje de Shilpa antes de abandonar la Casa Blanca. Se marchará de Washington en un par de semanas, y yo me quedaré hecha polvo. Tendré que enviarle fotografías de posibles conjuntos de ropa y preguntarle si son adecuados. Shilpa dice que echará de menos viajar con POTUS, pero yo le escribiré historias de terror relativas a la Serpiente de Cascabel para recordarle hasta qué punto puede ser abominable este trabajo. Pero todo eso se proyecta en el futuro. De momento, sigo teniendo a Shilpa a mi lado mientras volamos en el Air Force One juntas por última vez.

Aterrizamos en Oklahoma para que el presidente pueda hablar sobre la iniciativa ConnectHome con los líderes de la Nación India en el gimnasio del instituto Durant, que se encuentra en la reserva Choctaw. Durante la rueda de prensa previa a este viaje que cubrí, me puse al corriente de los planes del presidente para asegurarse de que todo el mundo tenga acceso a internet de banda ancha. Un periodista de la nación Choctaw habló para preguntar cómo entendía todo el asunto la administración, pues en la reserva por lo visto todo el mundo se sentía muy ilusionado y orgulloso. «Me preguntaba cómo lo estaban viviendo en el gobierno, en este increíble, increíble gobierno», había dicho con una reverencia y un agradecimiento muy poco frecuentes en las ruedas de prensa.

Esta gente vive más allá de las líneas eléctricas. Internet de alta velocidad es otro de los lujos que yo doy por supuestos: el presidente

no está hablando de wifi gratuito en aeropuertos, está haciendo hincapié en el hecho de que muchos estudiantes de las zonas rurales de Estados Unidos no pueden acceder a internet desde sus casas. ¿Cómo se supone que van a enviar sus solicitudes universitarias si no tienen conexión para descargarse dichas solicitudes?

Antes de que llegue al escenario del auditorio, POTUS se reúne con nativos americanos adolescentes para oírles hablar de sus problemas y sus sueños. La prensa nunca tiene acceso a estos encuentros, que se celebran a puerta cerrada, porque el presidente quiere que le hablen con sinceridad, no los quiere para que salgan en la foto. Pero POTUS da lo mejor de sí en esta clase de situaciones. Su humanidad, su profundo sentido de la decencia, brilla especialmente cuando se sienta en un círculo de sillas rodeado por niños nerviosos con zapatillas de deporte. Ojalá pudiese verlo todo el mundo.

El presidente tiene programado pasar treinta minutos con los estudiantes, pero yo sé que será cerca de una hora. Así que me dirijo al gimnasio. Encuentro una pelota de baloncesto y me pongo a hacer tiros para pasar el rato. Teddy y Noah regresan de su pausa para el cigarrillo y jugamos varias partidas al Veintiuno antes de que la nicotina limite sus capacidades. Shilpa y Eliza, una de los altos cargos, se detienen al verme.

—No sabía que jugabas al baloncesto —me dice Eliza. A pesar de ocupar un cargo ingrato y estresante en Seguridad Nacional y de estar casada y de ser madre de tres hijos, Eliza siempre tiene tiempo para saludar.

Me dispongo a responderle cuando su teléfono suena. Muy fuerte.

—Hola, cariño —dice. Supongo que no se trata de su jefe—. Oh, estoy en Oklahoma, en un gimnasio, pasando el rato con mis amigas Shilpa y Beck.

Sonrío al ver que Shilpa pone los ojos como platos. Estamos pensando lo mismo. Cuando Eliza sale del gimnasio con el teléfono pegado a la oreja, Shilpa exclama:

—¿Has oído eso?

—¡Ha dicho que somos sus amigas!

—¡No puedo creerlo!

—¡Amigas! ¡Como si fuésemos lo bastante guais para ser amigas de Eliza!

Están las Vaginas Gigantes y después están las Elizas, que forman parte del gobierno por las razones adecuadas y que confían lo bastante en sus habilidades como para querer formar a la próxima generación.

Uno de los detalles más hermosos de la administración Obama es que cuanto más tiempo formo parte de ella, más mujeres relevantes voy conociendo, y de ese modo las Vaginas Gigantes parecen importar cada vez menos.

Cuando en estos días veo a la Serpiente de Cascabel, me digo que siento lástima por ella. Debe de ser muy duro estar enfadada todo el rato, y probablemente no sea en realidad tan impresionante. Pero Elcaminteotras sí es impresionante, y también Shilpa, y también Eliza. Y no encontrarás a una persona más cercana y divertida y que quiera más a sus hijos que Susan Rice. Eso es lo que define a mujeres como Eliza y a Susan, y a otras muchas relacionadas con Seguridad Nacional: no les importa ser las heroínas olvidadas, porque para ellas esto no va de ego o de logros personales. Se unieron a la burbuja para proteger y luchar por un mundo mejor para sus hijos.

Esa noche, Shilpa y yo nos acercamos hasta un bar vacío en Oklahoma City para celebrar su último viaje antes de regresar a la facultad de Derecho. Brindamos por todas nuestras aventuras, por las fiestas y bailes que hemos montado en la calle Swann, por las ocasiones en las que nos vestimos exactamente del mismo modo. Reímos al recordar a Teddy en nuestra fiesta del día de San Valentín, cuando le convencimos de que rompiese las láminas de madera de mi cama con las rodillas para mantener vivo el fuego en la chimenea. No fue capaz de romperlas, pero al intentarlo Teddy soltó un impresionante grito de dolor parecido al aullido de un coyote.

Cuando regresamos al hotel y nos damos las buenas noches, ignoro un mensaje de Jason; no deja de sondearme siempre que estamos de viaje. Me he mantenido a distancia desde Miami, porque finalmente me he dado cuenta de que el fondo del océano Pacífico es poco más que un eufemismo romántico para indicar que uno se está ahogando.

En la misma semana en la que el presidente conmuta la pena de cuarenta y seis delincuentes no violentos relacionados con casos de drogas, el convoy se dirige a la prisión federal de El Reno. POTUS es el primer presidente electo en visitar una prisión. Se nos ha pedido que dejemos los teléfonos móviles en el autocar; no quieren que hagamos fotografías mientras estemos aquí. Es un bonito día despejado. Al cruzar las puertas nos topamos con una enorme espiral plateada de alambre de espino.

El primer acto es una mesa redonda con seis reclusos. Shane Smith y parte de su equipo de *Vice* se encuentran con nosotros en la cárcel; están preparando un especial sobre el sistema de justicia criminal que

coincide con los indultos del presidente. Dejo mis aparatos detrás de los monitores de *Vice* y miro a los presos: cinco hombres negros relativamente jóvenes y un hombre mayor blanco. Visten monos de color marrón y se sientan formando un semicírculo. El presidente inicia el debate con la siguiente pregunta:

—¿Qué podemos hacer para ayudar a que la próxima generación no acabe aquí?

Todos los reclusos afirman que empezaron a tomar drogas antes de cumplir los trece años de edad, pero todos también se responsabilizan de sus condenas, ya sea como vendedores de droga o por haber conspirado para venderla.

POTUS habla sobre los errores que cometió siendo joven y sobre cómo tuvo la suerte de haber crecido en un entorno donde pudo solucionar sus problemas sin sufrir unas consecuencias que alterasen el discurrir de su existencia. Los hombres allí presentes se inclinan hacia delante, le observan atentamente, ahí sentado en uno de los bloques de la prisión, con los agentes del Servicio Secreto vigilándolos desde todos los rincones.

Cuando el debate finaliza, los altos cargos del equipo, a los que se les había pedido que esperasen fuera, de repente abarrotan la estancia y me doy cuenta de que solo un pequeño puñado de gente goza de la oportunidad de ver lo que yo estoy viendo. Recojo mis aparatos mientras POTUS se ofrece para tomarse una foto con los reclusos. Me pregunto cómo van a recibir esos hombres dichas fotos: ¿se las enviarán por correo electrónico? ¿Con celeridad? ¿Cuando queden en libertad?

Después de recorrer uno de los bloques vacíos de la prisión, POTUS ofrece una rueda de prensa. Se ciñe a los temas que el equipo de preparación de discursos le ha indicado esa misma mañana, pero en cuanto acaba, los corresponsales se lanzan en manada a hacerle preguntas.

—¿Qué es lo que más le ha llamado la atención? —pregunta uno de los periodistas.

—Estos jóvenes han cometido errores que no difieren gran cosa de los que yo cometí o de los que cometen muchos otros jóvenes —responde POTUS—. Eso es lo que más me ha impresionado. La gracia de Dios juega un papel importante.

Seguimos a POTUS fuera de los edificios de la prisión; cruzamos una zona de césped y llegamos hasta el desocupado convoy. No hemos visitado la cafetería, el gimnasio, las celdas donde duermen los

hombres o los enormes edificios de las celdas de aislamiento. No dejamos nada tras nosotros más allá de ecos e historias que pasarán de unas manos a otras como gastadas pelotas de baloncesto. Historias que circularán durante días, meses, años: el presidente estuvo aquí. Se sentó ahí, en una silla, en mitad del pasillo, en una celda del bloque 8. Me dio la mano y me dijo: «Encantado de conocerte.» Llevaba zapatos negros bien cepillados. Me miró a los ojos y escuchó lo que le dije, mis ideas para el cambio, sobre cómo proteger a la siguiente generación. Fue amable. Parecía simpático. El traje le quedaba como un guante. Sus manos eran suaves, pero daba la mano con firmeza. Podríamos haber estado compartiendo una barbacoa, ¿sabes a qué me refiero? Hizo un chiste y todos reímos, como si estuviésemos pasando el rato, como si lo que estábamos haciendo fuese lo más normal del mundo.

Antes de subir al autocar de prensa, alcé la vista para fijarme en el cielo despejado. Hoy las voces de los olvidados le han contado la verdad al poder. Hoy el poder ha escuchado lo que las víctimas de un sistema estropeado tenían que decir. Hoy he sido testigo de cómo uno de los líderes mundiales se mantenía en segundo plano respecto a las historias de otras personas. Hoy nos hemos visto a nosotros mismos en los rostros de desconocidos. Hoy, «solo por la gracia de Dios». Hoy hemos escrito bien el párrafo que nos tocaba escribir.

Al alejarnos de la prisión me fijo en los campos verdes que se extienden detrás y frente a mí. Acepto el silencio y también las voces que me rodean, el zumbido del aire acondicionado, el suave cliqueo de los botones de las BlackBerry. Recibo un mensaje de Jason en mi teléfono móvil. Lo ignoro. Mi trabajo es bueno si siento que lo es.

# LA BALADA DE LA CALLE SWANN

## (agosto – septiembre)

Nunca se me han dado bien las despedidas. He vivido en la calle Swann, en la misma habitación, durante cuatro años. Sé cuáles son las láminas chirriantes del suelo que tengo que evitar pisar por la mañana, cuál es el fogón que más calienta y que Nell, el vecino de al lado, siempre me dejará su pala para la nieve. Mi vida en la ciudad de Washington es la que he llevado en la casa de la calle Swann; aquí es donde han pasado todas las cosas importantes.

Shilpa y yo hicimos varias pausas para tomar café y dejarnos llevar por los recuerdos mientras hacíamos las maletas. Megan Rooney, una de las redactoras de discursos de la Casa Blanca a la que no conozco demasiado, me ha ofrecido su apartamento: ella forma parte del éxodo masivo de finales del verano. Mientras Megan se traslada a Brooklyn para la campaña de Hillary y Shilpa se va a Carolina del Norte, a la facultad de Derecho, yo me mudo al apartamento de Megan en Adams Morgan. No está ni a un kilómetro de distancia de la calle Swann, pero me da la impresión de irme a otro mundo.

El apartamento de Megan carece de los recuerdos y los fantasmas de la casa de la calle Swann. Es un quinto piso con dos dormitorios mucho más bonito de lo que he estado acostumbrada a habitar, donde disfrutar de unas tremendas puestas de sol y con una pista de baloncesto al otro lado de la calle. Me habría gustado que todo siguiese igual, pero Hope me recuerda, cuando me ayuda a bajar cajas, que el cambio es la única constante. Megan será mi compañera de piso durante el verano —no se va a Brooklyn hasta el mes de agosto—, y eso me pone un poco nerviosa. No nos conocemos lo suficiente y yo

estaré viviendo en su territorio. Estoy nerviosa como cuando Coco, de Barrio Sésamo, pasa la noche fuera de casa. ¿Y si Megan empieza a contar historias de fantasmas o no le gustan los cereales Monsterberry Crunch? ¿Y si no nos caemos bien? ¿Y si me odia?

—Megan y tú os llevaréis de maravilla —me dice Shilpa, leyendo mi mente mientras esquivamos pilas de ropa en el salón.

Se ha comprado el libro *La magia del orden,* de Marie Kondo, y está dispuesta a librarse de las prendas que ya no usa antes de irse a Carolina del Norte. Como parte de ese proceso de orden, tocamos todas las cosas que tenemos, y si no sentimos la «chispa de alegría», lo tiramos. Intento seguir el ritmo que marca Shilpa, pero tengo que forzarme a tirar cualquier cosa.

—Soy una acaparadora —me quejo. La pila de cosas para tirar de Shilpa es de un metro de altura. Yo quise sacrificar una camiseta de fútbol, pero la he recuperado. Jugué algunos buenos partidos con esa camiseta.

—No me sorprende —se burla Shilpa—. Te apegas muy fácilmente, como si todas las cosas tuviesen una historia.

—Pero es que todo tiene una historia.

—Es cierto, y ya la viviste, y ahora de lo que se trata es de seguir adelante y librarte de esa historia si no añade nada nuevo a tu vida.

Dios mío, ¿estamos hablando de mis cuatro camisetas de Dr. Dog o de mi vida amorosa? Nos quedamos calladas. No hablamos de Jason desde hace mucho tiempo, nuestra particular versión del «prohibido preguntar, prohibido decir», aunque POTUS rechaza totalmente esa regla porque es estúpida.

Cuando Shilpa se haya ido, tal vez pueda recuperar la confianza en ella, tal como fueron las cosas al principio. Pero tal vez ella opine que haya que entenderlo todo como agua pasada, que ahora no tenga sentido ya hablar de eso. Shilpa está intentando simplificar y optimizar su vida, así que no voy a molestarla con mis problemas. En lugar de eso, pienso en la magia que entraña ordenar. Si Jason colgase de una percha en mi armario, y lo tocase, ¿podría decir con sinceridad que hacerlo me provocaría alegría?

—Sé que te inquieta lo de irte a vivir con Megan, pero seguro que será estupendo, B —dice Shilpa, lanzando un jersey negro a la pila de la ropa descartada—. Es diferente, pero creo que necesitas que algunas cosas lo sean —añade—. Creo que todas necesitamos desesperadamente aire fresco, empezar de nuevo.

Shilpa está en lo cierto: Megan y yo conectamos en cuanto entro

por la puerta. Es una persona divertida y compasiva y no se parece en nada a las criaturas de Washington. Charlamos y reímos; y hablemos del tema que hablemos, dice algo inteligente.

—El hecho de que trabaje dentro de esa burbuja no me convierte en alguien especial —me dice una tarde después de un par de copas—. El presidente hace que sea especial. La operación al completo lo hace. Pero tú y yo... —Me mira a los ojos—. Somos simples engranajes. Somos fácilmente reemplazables.

—Cierto —le respondo a Megan—, somos engranajes reemplazables.

Asiente victoriosa.

—¡Pero somos engranajes reemplazables cojonudos!

Vivir con Megan resulta mucho más divertido que cuando se marcha para trabajar en la campaña de Hillary. De nuevo, me vengo abajo.

Su ausencia es como una bofetada. Sam se ha ido, Shilpa se ha ido, todas mis amigas de la universidad se han mudado y ahora Megan. Incluso Jon Stewart me ha dejado tirada: no emiten *The Daily Show* en agosto. En el escaso tiempo que vivimos juntas, Megan y yo coincidimos en un montón de cosas: la serie *Instituto McKinley*, los chistes de Joe Biden, el vino Malbec, nuestros momentos favoritos de POTUS, y los chicos que podrían rompernos el corazón. Megan me ha animado a que le envíe lo que escribo, y yo la he obligado a comprarse unas zapatillas de deporte nuevas. Megan se burlaba de mi obsesión por los cereales hasta que la pillé sirviéndose mis French Toast Crunch y la obligué a que admitiese que le habían encantado.

No quiero tener novio, pero necesito compañía: alguien que quiera escucharme, o como mínimo que llame a urgencias si resbalo en la bañera y me rompo el cuello. La bombilla se apaga finalmente una mañana cuando voy caminando por la calle S junto al parque de los perros.

—No —me dice mi madre por teléfono—. No puedes permitirte pagar a alguien para que te pasee al perro todos los días, y menos aún con todo lo que viajas.

Me informo de los precios en Washington y, sí, no es la primera vez que mi madre tiene razón. No puedo permitirme un perro. ¿Y... un gato?

Me hago con lo que podría denominarse el perro en el mundo de los gatos, un maine coon al que llamo *Bodhi* en honor a Patrick Swayze en *Le llaman Bodhi*. *Bodhi* es una especie de gato perruno que

maúlla cuando me voy por la mañana y corre hasta la puerta cuando vuelvo a casa. Mis penas se ven incrementadas al darme cuenta de que mi gato lo pasa mal. Está muy solo. Por eso le consigo una pareja, una gatita llamada *Mary Jane*.

—Vaya, tienes dos gatos —dice Cole un día, cenando—. Has incrementado tus activos gatunos en un doscientos por ciento y has hecho disminuir tu atractivo como mujer soltera en un dos mil por ciento.

He sabido por Facebook que Sam se ha comprado un perro la misma semana en que yo he adquirido a *Mary Jane*. Nos hemos reemplazado el uno al otro por cuadrúpedos. Y me he puesto como una moto porque ahora tengo gatos y estoy soltera y voy a cumplir los treinta dentro de nueve meses y... Dios mío, ¿en qué se va a convertir mi vida?

Mi hermana viene a visitarme y me obliga a que me inscriba en Bumble, la página de contactos. Voy a una cita, totalmente a desgana, con un chico que sufre un evidente complejo de Napoleón y, también doy por hecho, una dislexia no diagnosticada, dado que en su perfil indica que mide metro noventa y cinco, pero me llega más o menos a la barbilla. Básicamente voy dando tumbos, ceno cereales, estoy deprimida, abro otra lata de comida para gatos y limpio la caja de arena. Mi hermana me envía un mensaje para preguntarme si estoy teniendo citas a través de Bumble, así que concierto diez al mismo tiempo, del mismo modo en que otras personas se obligan a hacer series levantando pesas.

Jason se topa conmigo en el aparcamiento del Ala Oeste pocas semanas antes de que los árboles empiecen a perder hojas, y le digo que supongo que el secreto de la felicidad radica en no tener expectativas, porque de ese modo nada te decepciona. Él se pone cursi y me dice: «¿En serio?», como si yo hubiese roto el código de lo que podría haber sido una relación fructífera. Pero yo no atiendo a su pose y le digo que dado que no tengo expectativas no puedo seguir teniendo relaciones con él. En serio, prefiero pasar el rato con mis gatos. *Bodhi* y *Mary Jane* tal vez sean un poco apáticos, pero al menos están siempre ahí. Y cuando los toco noto la chispa de la alegría, que es más de lo que puedo decir sobre Jason a estas alturas. Debo de estar haciéndome mayor.

Jason se inclina y me abraza a la altura de las costillas. Me agarra de tal modo que mis pies dejan de tocar el suelo, aunque mi cabeza sigue en su sitio. Gracias a Marie Kondo he entendido que Jason me

produce tanto placer como la cara, aunque fea, chaqueta de la que Shilpa me ayudó a deshacerme. Llegados a cierto punto, poco importa cuánto pagaste o cuánto te gustaba en el pasado si ahora te hace sentir como el último saco de patatas en una feria rural. Así que mientras Jason me abraza, yo dejo que se vaya.

# CONSEGUIR UNA BASE, DOS BASES, Y ELIMINACIÓN POR *STRIKES*

## (noviembre)

—¿Qué le pasa? —me pregunta en un susurro Amelia cuando pasamos junto a Jason en el vestíbulo del hotel. Estamos en Manila, dirigiéndonos a toda prisa hacia la rueda de prensa que va a ofrecer el presidente Aquino. Amelia ha saludado a Jason y este le ha dedicado una mirada totalmente inocua.

—Ni idea —le digo, sintiendo cómo se me revuelve el estómago. Jason se ha mostrado frío y distante con Amelia desde el cumpleaños de Noah en Miami. No tengo los arrestos para decirle que me enfrenté a él para comentarle lo de haber intentado ligar con ella, porque eso supondría tener que admitir no solo que tenía una relación con el vampiro emocional, sino también que había traicionado su confianza. El hedor moral va aumentando con cada nueva pequeña mentira.

Antes de que Amelia diga cualquier otra cosa, abrimos las puertas que dan a la sala de prensa, donde zumba el aire acondicionado. Anoche, el candidato a presidente Donald Trump ha tuiteado lo siguiente: «Los refugiados de Siria están llegando a nuestro gran país. No sabemos quiénes son. Podrían ser del ISIS. ¿Se ha vuelto loco nuestro presidente?» El comentario del candidato ha sido una reacción al plan del presidente Obama para permitir la entrada a Estados Unidos de diez mil refugiados sirios.

Cuando Ed Henry, de Fox News, le pregunta a POTUS sobre la posibilidad de «endurecer» su estrategia de política exterior, al

presidente se le oscurece la mirada, aprieta la mandíbula y se dirige al periodista por su nombre de pila. Esos son los típicos signos que evidencian que POTUS está francamente disgustado y molesto.

Explica que parecer más fuerte le interesa mucho menos que proteger al pueblo de Estados Unidos en tanto que comandante en jefe. POTUS no lo cita directamente, pero está respondiendo al tuit de Donald Trump.

—Tal vez esta postura no siempre resulte atractiva —prosigue POTUS un tanto acelerado—. Pero evita errores. Consigues ganar una base, a veces consigues dos; de vez en cuando es posible que logres una carrera. Pero poco a poco vamos avanzando en lo que se refiere a los intereses de Estados Unidos y de las relaciones con nuestros amigos en todo el mundo.

Estamos en noviembre de 2015. Que le den por saco a Trump. A estas alturas del año que viene, habrá perdido las elecciones y tendrá que volver a subirse a sus estúpidas escaleras mecánicas doradas, aferrándose a las cintas de los lados con sus diminutas manos blanquecinas, porque le aterran las escaleras. Jamás volveremos a saber de él, excepto cuando tuitee sobre la vida amorosa de Kristen Stewart. Desaparecerá y el mundo lo agradecerá.

Semanas después, estoy saliendo de la farmacia, al otro lado del edificio Eisenhower, y recibo un mensaje de Amelia, que está con POTUS en Luisiana para un viaje de ida y vuelta. «Ya sé por qué Jason ha estado tan distante conmigo...», es todo lo que dice.

Me freno de golpe. Espero que esos puntos suspensivos se transformen en algo más de información. Y entonces, como si se hubiese roto un dique, Amelia me lanza una andanada de rabia. Escribe párrafos enteros, detallando qué ocurrió en Vineyard, y en Miami, y especulando sobre lo que debió de pasar entre Jason y yo. Línea tras línea, sus palabras me queman en las manos y me llevan al llanto. Estoy paralizada. Veo cómo van apareciendo los mensajes. Yo escribo: «Lo siento», y «Deja que te explique», pero Amelia no quiere oírlo; es ella la que lo dice todo. Ya es tarde para mí. Sabe exactamente quién soy. Una chivata. Una mentirosa. Una persona débil. Una criatura típica de Washington.

Amelia no se detiene y yo permanezco allí, en medio de la acera de la calle G dejando que las lágrimas rueden por mis mejillas. La

imagino escribiendo montada en el autocar, rodeada por personas que no tienen ni idea de todo el dolor y la ira que la recorren de arriba abajo. Finalmente, los mensajes cesan y yo me quedo mirando el último de ellos como si se tratase de un toro al que hubiese provocado. No puedo apartar la vista, no puedo dejar de leer esas palabras. Incluso cuando ya estoy de vuelta en mi despacho, sentada tras mi mesa, transcribiendo las declaraciones del presidente, solo puedo pensar en la última verdad que ha dicho Amelia: «Me traicionaste.»

Tiene razón en todo lo que ha escrito. Soy exactamente lo que ha dicho que soy.

Antes de que salga el sol a la mañana siguiente, me siento frente a mi ordenador y le escribo un correo electrónico. Me disculpo profusamente y no intento excusarme. La he jodido. Los malos actos tienen consecuencias. Amelia no me contesta ese mismo día, ni el siguiente, ni el otro.

«Es lo que merezco —me digo—. Así es como me comporto.» Cuando los primeros copos de nieve caen sobre Washington, yo siento que el invierno se ha asentado en mis huesos.

# NO NOS ATERRORIZARÁN

## (diciembre)

Estoy en mi despacho cuando me entero, y me da la impresión, en cierto sentido, de que se tratase de un *déjà vu* de lo ocurrido en Newtown, y de las bombas de Boston, y de Charleston. Lisa recibe una alerta de noticia en su teléfono móvil y encendemos el televisor para ver la cascada de imágenes que llegan desde San Bernardino. Debido a las catorce víctimas, este es el ataque más mortífero desde Newtown; es el peor ataque terrorista en Estados Unidos desde el 11 de septiembre. Pero ahora me lo tomo con mayor frialdad, me afecta menos.

—¿Acabarán algún día? —pregunta Peggy. Quiero decirle que no, que no pararán, pero mantengo la boca cerrada.

En el cuchitril que es el despacho de las taquígrafas, nada cambia. Mantengo un ojo atento al correo de la Casa Blanca, pues sé que la oficina de prensa nos enviará instrucciones actualizadas; tal vez habrá declaraciones por parte del presidente. Todavía es muy pronto para decirlo.

En el Ala Oeste, sin embargo, los miembros del equipo intentan mantener la tensión al mínimo. Hay un protocolo, hay un orden, unos pasos concretos que seguir. Llamadas telefónicas, envío de memorandos, declaraciones. En el Despacho Oval, el presidente recibe informes sobre la investigación en curso del director del FBI, Comey, del fiscal general Lynch, del secretario de Seguridad Nacional Johnson y de su jefe de inteligencia sobre la investigación en curso. Los terroristas, crecidos en suelo norteamericano, una pareja que ha dejado a su hija de seis meses con sus abuelos, estarán muertos dentro

de unas pocas horas, tras un tiroteo con la policía. Pero esto todavía no ha ocurrido. Ahora mismo estamos a la espera.

En los próximos días, el equipo encargado de la agenda y también el de avanzadilla se van a poner manos a la obra para que el presidente pueda ir a San Bernardino a encontrarse con los supervivientes del tiroteo y con los familiares de las víctimas. Ya ha ocurrido otras veces; demasiadas veces. El frenesí ya está en marcha, y resulta inquietantemente familiar. Existe un protocolo.

Y una vez más, antes de viajar al otro lado del país para consolar a las víctimas de un acto de violencia con armas de fuego, el presidente le pide ayuda al Congreso. En su discurso semanal, POTUS le pide al Congreso que solucione el vacío legal que permite comprar armas a aquellas personas que forman parte de la lista de los que no tienen permitido volar en aviones de líneas comerciales. Tal como está ahora la cosa, puedes figurar en la lista de terroristas en observación del FBI y, aun así, poder adquirir legalmente un AR-15. El asesino de San Bernardino usó varios fusiles de asalto para matar a tantos inocentes como fue capaz.

—Si eres lo bastante peligroso como para montar en un avión —dice POTUS en el vídeo—, también eres lo bastante peligroso, por definición, para comprar un arma.

La rabia del presidente puede apreciarse bajo la superficie, como si supiese de antemano que el Congreso rechazará su propuesta. Proteger las vidas de los estadounidenses tendría que ser un asunto que afectase a ambos partidos, pero los Republicanos del Congreso se niegan a apoyar al presidente en cualquier clase de medida, sin tener en cuenta cuántos niños hayan muerto, cuántos padres hayan sido asesinados y cuántas familias hayan quedado destrozadas. «Somos fuertes y resistentes —dice POTUS—, y no nos aterrorizarán.»

Al finalizar el día, mientras recorro el parque Lafayette de regreso a casa, paso junto a una docena de niños en edad preescolar que caminan junto a sus monitoras, agarrados a una cuerda para mantenerse unidos. Tienen entre tres y cuatro años. Se tambalean al caminar, con los ojos grandes y brillantes, con los brazos sueltos, todavía lejos de perder los dientes de leche. Han pasado tres años desde lo ocurrido en Newtown. Nada ha cambiado.

POTUS y el equipo vuelan a Hawái. Yo vuelvo a Filadelfia para lamerme las heridas. Estoy sola. Echo de menos poder hablar con Sam. Echo de menos a mis amigas. Amelia no me habla. ¿Cómo es posible que lo haya fastidiado todo de esta manera?

La noche antes de Navidad, mis hermanos y yo nos montamos en nuestro viejo Wagoneer para ir a comprar una pizza mientras mi madre prepara una ensalada y mi padre enciende el fuego. Zach pone a los Staple Singers y Caroline ajusta el nivel del bajo adecuadamente.

Los tres cantamos con las ventanillas bajadas y el volumen a tope: «*If you don't respect yourself, ain't nobody gonna give a good cahoot, na na na na*.» Conducimos por las conocidas calles de mi ciudad natal, voy con mis hermanos y bailo en mi asiento para hacer reír a Caroline. Canto incluso con más fuerza.

Antes de separarnos debido a las vacaciones, Hope me lleva a un lado y me dice: «Te mereces lo mejor. Mereces amor.» A modo de respuesta me encojo de hombros. «Todos en la Casa Blanca te dirán que Jason es estupendo», pienso. Pero ahora, lejos de Washington, en el Wagoneer de la familia, con una pizza extra grande en mi regazo, rodeada por mis hermanos y los Staple Singers, Jason me importa bien poco. Aquí no encajaría, así que su poder no llega hasta aquí.

David Foster Wallace dijo que la libertad significaba «ser capaz de cuidar de verdad a otras personas y sacrificarse por ellas, una y otra vez, de incontables maneras muy poco atractivas, todos los días». Tal vez haya traicionado a Sam, y a Amelia, y haya adorado a un falso ídolo, pero todavía soy buena cuidando de otras personas y sacrificándome por ellas. ¿Cuántas veces habré ayudado a Zach y a Caroline? ¿Por cuántas cosas habré pasado por mis amigos? Estoy ahí. Escucho. Me sacrifico de maneras muy poco atractivas.

Soy buena en lo de querer. De hecho, soy consciente de ello cuando llegamos al camino de acceso que lleva a casa: soy buena en lo de querer. Me he comportado como una estúpida, pero puedo hacerlo mejor. Voy a hacerlo mejor. Incluso ahora, cuando todo parece tan jodido, todavía merezco algo de felicidad.

Hope tiene razón: merezco lo mejor.

También tiene razón Mavis: si quieres la complicidad de alguien, respétate a ti misma.

# ACTO V

# 2016-217

La mirada clara. El corazón fuerte. Optimista respecto al hecho de que la verdad desnuda y el amor incondicional tendrán la última palabra. Eso es lo que me hace albergar tantas esperanzas en el futuro. Por vosotros. Creo en vosotros.

*Presidente Barack Obama, discurso sobre el Estado de la Unión, 2016*

# NO HAGAS QUE EXPLOTE

(enero)

Si las cosas interesantes pasan en el último cuarto, las cosas más locas suelen ocurrir en los últimos minutos del partido. Estamos sufriendo una gran presión con una mezcla de jugadores veteranos y piernas frescas, dispuestos a levantar el resultado mientras estemos a tiempo.

Resulta sencillo verse atrapada por el juego... hasta que una fría mañana de enero veo a Amelia en el aparcamiento del Ala Oeste. Seguramente no hay nada más doloroso, a excepción de encontrarte con un exnovio, que ver en el trabajo a una amiga a la que has traicionado. Amelia me ve, pero no me saluda.

Cuando llego a mi escritorio, me llevo una sorpresa. Amelia me ha enviado un mensaje: «¿Podemos hablar?»

Esa tarde, nos encontramos en el parque Lafayette tras cruzar la puerta norte, en un ventoso sendero de pavés.

—Amelia, lo siento mucho —digo mientras me acerco a ella. Intento no dejarme ir, no parecer desesperada—. Sé que necesitas algo más que una disculpa, pero te aseguro que lo lamento muchísimo.

—Ya sé que lo lamentas. He leído tu correo electrónico más de una vez —dice—. Tengo que saber si puedo confiar en ti. Si vamos a ser amigas, tengo que saber si alguna vez volverás a hacer algo así.

—Te aseguro que lo hemos dejado —afirmo.

—No es eso lo que te he preguntado —responde Amelia, deteniéndose y mirándome a los ojos. El tímido sol invernal se refleja en el brillante cabello castaño de Amelia, y también en sus ojos almendrados. La rabia no la hace menos impresionante, de hecho parece más alta; me da la impresión de que me mira desde lo alto—. Tienes que asegurarme, Beck, que jamás volverás a traicionarme, sin importar si se trata de Jason o de cualquier otro. Tengo que estar segura de que me cubres las espaldas, de que no me echarás a los leones ni en lo personal ni en lo profesional nunca más.

Sus palabras me duelen, pero tiene razón. Quise mostrarle a Jason

lo que era la auténtica amistad y lo que logré fue sacrificarla. Quise dejarle claro que era una persona débil y le di la espalda para que me clavase un cuchillo. Me gustaría decirle a Amelia que me va a resultar difícil protegerla porque no sé siquiera protegerme a mí misma, pero me callo. Tengo que ser fuerte, mejor, más dura; no solo por mí misma, también por Amelia.

—Puedes confiar en mí —le digo.

—¿Me lo prometes? —Me mira con fiereza, como si pudiese atravesarme con la mirada.

—Sí. —Nadie me había increpado de ese modo. Siento agujitas en los ojos. La verdad duele.

—Bien, de acuerdo —concluye Amelia—. Ahora ven aquí, que te he echado de menos —dice abrazándome—. Cuéntame cómo te ha ido.

La semana posterior al Discurso sobre el Estado de la Unión, volamos a Nebraska y después a Luisiana. El presidente está redoblando sus esfuerzos para hacer entender su visión sobre el progreso económico y la necesidad de frenar el cambio climático. Cuando llegamos al hotel de Baton Rouge, me reúno con los chicos en el vestíbulo.

—Estamos comprando números para el Powerball —dice Teddy alegremente—. Te pueden tocar mil millones, muchacha. Espero que cuando gane sigamos siendo amigos.

—¿Por qué no íbamos a serlo?

Teddy echa a correr para pillar a Jason, Noah y Cole, que ya están saliendo del hotel. Por encima del hombro me grita:

—Más dinero, más problemas.

Elcaminteotras también están de viaje, pero ellas siempre tienen trabajo que hacer. No todas las noches de un viaje de más de un día tienen que ser emocionantes. Además, estoy agotada. Me da la impresión de que esta será una noche de bañera-lectura-arropadita temprano.

Justo estoy saliendo del baño cuando llaman a la puerta de la habitación. Son Hope y Layla, una de las nuevas redactoras de discursos.

—¿Te apetece tomar una copa rápida en el bar? —me pregunta Hope. Lleva suelta su larga cabellera de color castaño, le llega por

debajo de los hombros; es la señal definitiva de que, por hoy, el trabajo se ha acabado.

Las tres encontramos taburetes verdes vacíos en la barra del bar, y en cuestión de minutos Tess y Amelia se unen a nosotras.

—Supongo que esta clase de encuentros inesperados solo pueden producirse porque no tenemos ninguna clase de expectativa —dice Tess, sacudiendo la cabeza mientras se saca la americana y se sienta a mi lado. Su pelo huele todavía al champú de gardenias que suele utilizar. Le paso el brazo por encima del hombro; para mí es como una hermana mayor mandona—. ¿Cómo lo llevas, querida? —me pregunta, inclinándose sobre mí.

—Vivo el sueño, Tess, me limito a vivir el sueño.

Todas llevamos ropa cómoda —vaqueros, camisas anchas y sudaderas con cremallera y capucha— excepto Tess, que todavía lleva puesto su vestido negro, pues está esperando recibir varios memorandos de Seguridad Nacional, lo que significa que es posible que tenga que llevar algunas cosas a la *suite* del presidente antes de que acabe la noche.

A pesar de que Tess es la única que está esperando la llegada de un correo electrónico, todas tenemos nuestros teléfonos sobre la barra, por si acaso. No es una falta de respeto. Es por trabajo.

Cuando Layla se detiene en mitad de una frase para comprobar por qué su teléfono móvil se ha iluminado, Amelia retoma la conversación como si se tratase de una pelota suelta. En días como este, ni siquiera somos conscientes de cuándo empiezan o acaban las cosas; estamos acostumbradas al «espera un segundo» o al hecho de esperar y después salir corriendo. Seguramente Layla tenga que corregir las declaraciones de mañana y se vea obligada a responder de inmediato. Estamos aquí para servir a POTUS, lo que implica comprobar el estado de nuestros teléfonos móviles religiosamente.

Tess y Amelia piden vino tinto; Layla quiere un Jameson sin hielo; Hope elige uno de sus martinis turbios; y yo opto por un Ruso Blanco. Estoy cansada y tengo la intención de tomarme una única copa, pero me acompañan mujeres realmente inteligentes y estamos muy apretadas aquí, por eso un Ruso Blanco se convierte en dos y dos se convierten en tres.

Layla nos hace preguntas sobre otros viajes en los que hemos estado; esta es su primera noche fuera de casa. Me gusta que esté aquí, porque la savia nueva siempre aporta un punto de vista diferente en estas conversaciones a última hora de la noche, en especial cuando las

de Elcaminteotras estamos cansadas y estresadas y un tanto malhumoradas. Además, Amelia y yo todavía nos estamos poniendo a prueba; solo el paso del tiempo cerrará las heridas que le causé. Y las oportunidades en las que pueda ganarme su confianza. Y noches como esta... Necesitamos muchas noches como esta.

Después de que el barman nos sirva la tercera ronda, Layla pregunta:

—¿Qué vais a hacer a partir de ahora, chicas? —Todas gruñimos, pero también reímos y damos buenos tragos de nuestras copas.

Es una pregunta terrible, parecida a la que suelen hacerte en tu último año de universidad y todos, hombres, mujeres y niños, quieren saber si ya has conseguido trabajo. Pero aquí estamos a salvo, a pesar de que el abismo que supone el resto de nuestras vidas nos aterrorice. No es casual que Layla haya preguntado sobre nuestra «vida futura» después de la tercera copa. Al fin y al cabo, todas estamos en el mismo barco.

Hablamos de nuestras fantasías posteriores al 20 de enero de 2017 —el día de la toma de posesión del cargo—, cuando el cuadragésimo quinto presidente jurará su cargo y POTUS, nuestro POTUS, monte por última vez en el Air Force One. No resulta fácil de imaginar. El cocodrilo Tic Tac nos está ganando la partida.

Amelia habla de la posibilidad de abrir un hotelito en Asheville. Hope quiere viajar por el extranjero durante un tiempo para digerir lo ocurrido en los últimos ocho años. Tess está deseando volver a dedicarle tiempo a la escalada y al montañismo y retomar su carrera en el campo de la agricultura sostenible.

Cuando me toca hablar a mí, no se me ocurre qué decir. Me encojo de hombros y digo:

—Probablemente me quede aquí y descubra cómo es eso de trabajar para la primera presidenta de la historia.

Al contrario que las demás, los puestos de taquígrafas no dependen de cuestiones políticas, podría seguir trabajando en nuevas administraciones. Pero todas las que están sentadas en esta mesa saben que he llegado a mi límite en lo que a ser taquígrafa se refiere, así que añado:

—Antes daba clases... Tal vez lo retome. —Me dispongo a escuchar los grandes planes de Layla cuando Hope la interrumpe.

—Nuestra querida amiga Beck —dice Hope, mirando a Layla— es escritora, pero le cuesta mucho admitirlo.

—¿Escribes? —Layla abre mucho los ojos y se inclina hacia delante

desde el otro lado de la mesa, sobre el cementerio de copas vacías. Después de todo, ella redacta discursos.

—En realidad, no —le digo. Apenas conozco a Layla y ahora ella va a pensar que soy una idiota que piensa que escribir es algo sencillo, que no supone un gran esfuerzo.

—Escribe —dice Hope con firmeza y se vuelve hacia mí—, y tiene un don.

Yo clavo la mirada en mi Ruso Blanco.

—Así que escribes —dice Layla definitivamente. No soy capaz de desentrañar si me está juzgando o se limita a constatarlo.

—Más o menos —me siento obligada a decir, porque todas están esperando a que responda.

—Verás —dice Layla—, me paso el día nadando en un tanque de tiburones lleno de pollas, y si fueras un tío, me habrías dicho que eras escritor, y que estabas escribiendo la Gran Novela Americana. Si escribes, eres escritora, y tendrías que estar orgullosa de ello.

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas. Frente a mí tengo a una auténtica escritora, una profesional que se dedica a redactar discursos para el presidente de los Estados Unidos, y me está diciendo que soy lo bastante buena para escribir, y que me apoya. Ha sido un golpe sorpresa, como cuando la pelota de baloncesto te pega en la cara y no puedes evitar llorar.

Amelia no para de reír.

—«Un tanque de tiburones lleno de pollas» es una frase alucinante —dice. Al igual que le ocurre a Layla, Amelia es la única mujer en su despacho.

—Trabajamos en un mundo de locos —dice Tess con una gran sonrisa y alzando la copa.

—Y tenemos suerte de estar en él —añade Amelia, brindando.

# DE VUELTA AL PARTIDO

(febrero – marzo)

Una tormenta de nieve cubre Washington, y después de pasar tres días sola con mis gatos y litros de café, vuelvo a poner en marcha mi cuenta de Bumble. Nada como la sensación de vivir sola en una cabaña para recordarte que es mucho más divertido compartir con alguien dicha cabaña. No tardo en acordar una cita para un *brunch* con un chico llamado Charlie, que al parecer es alto y jugó al waterpolo en la misma universidad en la que estudió Sam; se graduaron, por lo visto, el mismo año. Creo que es de mi perfil. Me ilusiona verme con el tal Charlie, pero me pone nerviosa ir al Pearl's Oyster Dive de la calle Catorce; la última vez que estuve ahí fue con Sam.

Llego un poco antes a Pearl's, y una pareja se sienta en la mesa de al lado, una pareja de verdad. Es posible apreciar la solidez de su relación: el hombre pide por los dos. No hay tensión entre ellos, tan solo reconocimiento. Le envío un mensaje a Charlie: «Vamos a estar sentados al lado de una pareja de verdad, ¡no lo estropees!» Sam y yo, cuando estábamos en un bar, solíamos señalar a aquellas personas que estaban en su primera cita... Éramos unos presuntuosos.

Cuando aparece Charlie, no puedo creerlo: es exactamente igual a su foto de perfil. Es alto, tal como afirmaba, debe de medir dos metros. Me gusta que el tamaño de los hombres ronde entre Shaquille O'Neal y el monstruo de Sasquatch. Después de dos horas y dos rondas, vamos a su casa, que está justo al final de la calle. De camino allí, Charlie me rodea con el brazo y se asegura de caminar por el lado de fuera, cerca del asfalto. Me toma de la mano para cruzar la calle Catorce. Nos besamos en su sofá y me voy a media tarde, todavía un poco achispada. Mientras voy para casa envío un mensaje al grupo Elcaminteotras. Quieren conocerlo, quieren saber si besa bien, si es alto y tiene barba como Sam; yo respondo que sí a todas las preguntas. Después le escribo a los chicos para que sepan ¡que Becky ha vuelto! Teddy quiere conocer detalles, Noah dice «Uf», y Cole me pregunta si soy consciente de que Jesús me ve. Me río entre dientes mientras

cruzo los bancos de nieve que ha dejado la tormenta de la última semana.

Llego a casa. Mientras les pongo la comida a los gatos canturreo un tanto borracha. Me siento bien. Me tomo un vaso de agua y leo de nuevo el último mensaje de Charlie: quiere que quedemos otra vez. Y yo pienso: «Vaya, tal vez todas las mierdas por las que he pasado tenían un sentido. Ahora he encontrado al hombre adecuado.»

Como no podía ser de otro modo, Jason se entera de la existencia de Charlie por Teddy y no tarda en enviarme un mensaje. De repente, quiere llevarme a casa en coche, que vayamos juntos al cine, que vayamos a cenar..., todas esas cosas que yo he estado deseando durante años.

Pero Charlie me gusta. Estamos bien juntos. Me manda mensajes de texto para preguntarme cómo me va el día, me envía artículos sobre cachorros a los que han rescatado y ahora viven como reyes. Como en las primeras semanas de mi relación con Sam, Charlie hace que todo sea muy sencillo. Se siente tan a gusto en la relación como yo, así que no tardamos en empezar a comportarnos como una pareja estable.

Los fines de semana me levanto temprano y salgo a correr mientras Charlie prepara gofres. Calienta la masa en la sartén mientras me ducho, así que todo el apartamento huele a gofre mientras me visto. Me pregunto cómo he podido tener tanta suerte. Me doy cuenta de que vuelvo a cantar cuando estoy sola. En los días laborables, de nuevo imagino *flash mobs* de camino al trabajo en la avenida Pennsylvania, como me ocurría cuando empecé a trabajar en la Casa Blanca.

Apenas me cruzo con Jason, y cuando sucede, él no deja de hacerme proposiciones. En una ocasión llega a decirme que me ama. En otra, mientras estamos sentados en uno de los autocares, me agarra de la mano y yo me suelto con fuerza. He acabado para siempre con él.

El mundo está volviendo a ordenarse lentamente, y me gusta ser la prueba viviente de que se puede ser una mujer con gatos y resultar deseable, a pesar de lo que suele decirse; no son detalles que se excluyan.

Me encuentro con Noah en el aparcamiento del Ala Oeste. Sonríe.

—¿Estás preparada? —me pregunta, burlándose.

—¿A qué te refieres?

—No importa. Te pondrás muy nerviosa.

—¡Cuéntamelo!

—Nos vamos a Cuba —dice como si tal cosa, comprobando los mensajes de su BlackBerry.

¡Cuba! ¡Cuba! ¡Cuba! ¡Cuba! ¡Cuba!

Lisa se encargó del último viaje internacional, así que este me toca a mí. ¡Va a ser alucinante! ¡E histórico! ¡Un pasote! Noah me dice que están concertando un partido de béisbol entre los Tampa Bay Rays y el equipo nacional de Cuba. Estoy totalmente embargada por la emoción cuando de repente me vengo abajo: Jason.

Los viajes al extranjero son emocionantes pero también agotadores, y sé que Jason intentará algo. No quiero fastidiar mi historia con Charlie. No quiero preocuparme cuando vea a Jason caminando por las calles de la Habana Vieja, así que hago justo lo que pensaba que jamás podría hacer después de tantos años de contar mentiras. Le cuento a Charlie la verdad.

Mientras estamos tumbados en la oscuridad, me rodea con sus brazos —Dios mío, es tan bueno achuchando— y yo me confieso con Charlie sobre lo ocurrido durante los últimos tres años, y le digo lo nerviosa que me pone la idea de estar cerca de Jason durante una semana estando de viaje, o descubrir Cuba y de lo estresante que va a ser no tener cobertura de internet, lo que hará que mi trabajo, habitualmente sencillo, resulte prácticamente imposible. A todo esto, estaré en el mismo hotel bajo cuyo hechizo he caído en innumerables ocasiones.

Charlie dice que lo entiende, que estuvo colgado de otra chica (ah, vaya...) que conoció en una concentración de surfistas en Costa Rica y con la que quedó en alguna ocasión. Intento no preocuparme por la surfista y me digo que la mayoría de la gente de nuestra edad tiene ya un pasado. Podemos usar ese hecho para que nos una en lugar de que nos separe. Charlie me acerca hacia él, me besa en lo alto de la cabeza, en las mejillas, en el cuello. Y hace algo que jamás llegó a hacer Jason: se queda conmigo toda la noche.

Contarle toda la verdad a Charlie me hace sentir bien. Resulta liberador. No me gusta que los secretos me condicionen. Mark Twain dijo: «Si dices la verdad, no tienes que recordar nada.» Como quien no quiere la cosa, y sin tener que abrirme camino entre un laberinto de mentiras, noto que tengo espacio en mi mente para escribir. Tengo más energía. Estoy leyendo más y recuperando el contacto con viejos amigos que había dejado de lado. Les digo a mis padres que me he librado, oficialmente, de mi adicción a Jason de una vez por todas, y

puedo oír cómo sueltan un suspiro de alivio incluso a seiscientos kilómetros de distancia. Esta nueva relación no tiene nada que ver con la de Jason. Esto es real. Esto es sano.

El día en que montamos en el Air Force One para ir a Cuba, la tarjeta que lleva mi nombre no está donde suele estar, en el reposa vasos del asiento junto a la ventanilla. Amelia y Tess están sentadas donde acostumbran —Hope no viene con nosotros porque tiene que ir a una boda—, así que me ayudan a buscar.

—No te preocupes, cariño —dice Tess al ver mi expresión.

—Sí —secunda Amelia, ofreciéndome una cálida sonrisa—. Vienes con nosotros sea como sea. ¡Podemos compartir asiento si es necesario!

Río nerviosa.

—Oye, ¿por qué no miras en la cabina de invitados? —me sugiere Amelia—. Me colocaron ahí en una ocasión.

Entro en la cabina de invitados con ciertas dudas. Nancy Pelosi, Patrick Leahy, Jeff Flake y Dick Durbin están ubicados en los primeros cuatro asientos. En la mesa que une los otros cuatro hay dos tarjetas y en ambas puede leerse Sra. Robinson. Regreso a la cabina del equipo y Matt, el ayudante, que me conoce y sabe cómo me llamo, y me lleva de vuelta a la cabina de invitados y me aclara que iré sentada en la mesa con las dos mujeres Robinson, que acaban de llegar. Me siento frente a ellas y les explico que soy la taquígrafa del presidente. Al darles la mano me doy cuenta de que ya he visto antes a la mayor, y entonces ato cabos: es Rachel Robinson, la viuda de Jackie Robinson. Su hija, Sharon, es la otra señora Robinson e inmediatamente, y con genuino interés, me pregunta a qué se dedica una taquígrafa. Me gustan al instante.

Vamos de camino a Cuba con el primer presidente estadounidense que va a visitar la isla desde hace medio siglo.

—Estamos llegando —dice Sharon cuando oímos zumbar las alas.

Cuando el avión vuelve a equilibrarse, POTUS y FLOTUS se pasan por la cabina para saludarnos, algo que suelen hacer cuando a bordo viajan miembros del Congreso. Saludan a los cuatro y después FLOTUS se acerca hasta Rachel y Sharon Robinson.

Después de que POTUS y FLOTUS regresen a la parte delantera del avión, le pregunto a la señora Robinson si ha estado en Cuba antes.

Asiente y me dice que estuvo en 1947. Le pregunto si recuerda algo de aquel viaje y ella niega con la cabeza y añade:

—Fuimos simplemente por un partido de béisbol.

Cuando empezamos a descender, me fijo en que el agua que tenemos debajo es color turquesa. Todos nos acercamos a las ventanillas y tomamos fotos con nuestros teléfonos móviles. Cuando miro hacia el pasillo, hacia la parte delantera, veo que POTUS y FLOTUS también están mirando por las ventanillas, y un poco más allá, Malia y Sasha, sentadas en el banco en el que habitualmente se sientan los agentes, están tomando fotos.

Bajamos del avión y las Robinson se van en otra dirección. Las Grandes Ligas de Béisbol han organizado un *tour* para la familia Robinson; no nos volveremos a encontrar con ellas hasta el partido.

Cuando bajamos de los autocares en la Habana Vieja, está lloviendo a cántaros. La familia del presidente pretende dar una vuelta caminando y el resto de los miembros del equipo vamos tras ellos. Mis zapatos planos de color rosa están tan maltrechos por la lluvia que apenas puedo llevarlos puestos. Nos ilusiona tanto a todos encontrarnos aquí que a nadie le importa estar calado hasta los huesos mientras avanzamos; pero mis zapatos están hechos polvo. Es como si pretendiese llevar en los pies unas bolsas de papel empapadas, así que me los quito. Guardo una amplia distancia por detrás de la Serpiente de Cascabel y el resto del grupo para que no puedan verme, pero los lugareños están observando el desfile de miembros oficiales del gobierno vestidos de negro seguidos por una rubia descalza que lleva sus zapatos rosa en la mano, por lo que me gritan cosas en español desde sus ventanas. Les sonrío con la boca abierta y noto el sabor de la lluvia. Estoy en Cuba, caminando descalza por las calles de la Habana Vieja, alzando la vista.

Esa noche, los chicos y yo nos encontramos en el vestíbulo para salir por la ciudad.

—¡Teddy! ¡Cuba te sienta bien!

—¡Cuba le sienta bien a cualquiera! —dice, pavoneándose con su traje de sarga, listo para salir de fiesta. Estilo Habana. Lo único que le falta es un puro, aunque no va a tardar en conseguirlo.

Jason y Noah se nos unen en el vestíbulo minutos después. Paso por alto el vuelco que me da el corazón. Puedo hacerlo. Puedo pasar

un buen rato en Cuba con los chicos y no acabar en la habitación de Jason. Tengo novio. Por otra parte, a Jason es mejor tenerlo como amigo. Nos miramos y sonreímos, asintiendo el uno hacia el otro a modo de reconocimiento. A lo mejor estamos en la misma onda.

El hotel llama a un taxi para Teddy, Jason, Noah y yo. Tess y Amelia todavía están trabajando. Nos apretujamos en un Chrysler azul de los años cincuenta, como si estuviésemos en una película.

Saltamos de un bar a otro a lo largo de la noche, no nos quedamos en ninguno de ellos, nos limitamos a pedir cubalibres, como si pudiésemos permitir que nos los sirviesen con hielo (que no), y bebiéndonos los cócteles a toda velocidad para evitar que los cubitos se deshagan.

Cuando regresamos al hotel, Jason me pide que le haga una foto al grupo de chicos frente a un coche de época. Mientras me acuclillo para abarcar el Chrysler al completo en la toma, me pregunto si le enseñarán esa foto a POTUS mañana, y la mirarán muchos otros días, como si yo no hubiese estado nunca aquí.

En el ascensor camino de nuestras habitaciones, Teddy se baja en la tercera planta y Noah en la cuarta. Mi habitual suerte hace que esté borracha y me quede sola en el ascensor con Jason, que también está borracho. Cuando Noah sale y se cierran las puertas, Jason se acerca y me pregunta si podrá arroparme. Y a pesar de que a mí también me apetece, a pesar de que puedo sentir su aliento en mi oreja, «Una vez más», le digo que no. He llevado a Charlie a mi casa y no voy a engañar a nadie nunca más. Se abren las puertas al llegar a la quinta planta, todavía entre sus brazos diciéndole que no, cuando una chica del equipo de avanzadilla pasa por nuestro lado y nos ve.

—Genial —le digo—, ahora va a creer que estábamos haciendo algo.

—Pues ya que todo el mundo va a pensar que ha pasado, podría acostarme contigo... —dice Jason.

—No.

Jason suspira, me besa en la mejilla y pulsa el botón que abre las puertas. Le palmeo la cabeza cuando me libro de sus brazos y salgo del ascensor.

—Que duermas bien —me dice cuando las puertas se cierran entre los dos.

Veo a la chica del equipo de avanzadilla en el pasillo y tengo la tentación de gritar: «¡Me voy a mi habitación! ¡Sola!», pero ella finge no oír mis pasos a su espalda, ni siquiera se vuelve, lo cual hace que

todo sea mucho peor: no es que piense que Jason me va a seguir, es que está convencida.

En términos generales, las ruedas de prensa son tan serias y formales que me resultan aburridas; el presidente mide muy bien sus palabras para evitar cualquier incidente internacional. Habitualmente me limito a pulsar el botón de mi grabadora, que dejo junto al atril, y me voy fuera con los chicos mientras fuman. Pero aquí no, hoy no, porque todo en Cuba tiene el potencial de convertirse en primicia. Así que aquí estoy, junto a todos los demás, preguntándome si Raúl Castro responderá a la pregunta de Andrea Mitchell al final de la rueda de prensa.

POTUS le reta.

—De acuerdo, yo ya he concluido, pero señor presidente, creo que Andrea tiene una pregunta acerca de su punto de vista. Es para usted. Me dijo que solo iba a hacerle una pregunta a usted y a mí me haría dos. Pero dejo en sus manos si desea abordar esa pregunta.

Se muestra amable con Castro, respetuoso, pero también intenta aligerar la tensión del momento, pues todo podría irse al traste en cuestión de segundos.

—¿Por favor? —pregunta en español Andrea Mitchell a través de su micrófono y la tensión se deshace al ver que todo el mundo ríe.

Castro responde la pregunta. Mientras los dos líderes se dan la mano y después bajan del escenario, pienso: «Así se hace, señor. Así se hace.» Si algo no funciona, se cambia. POTUS está escribiendo el párrafo que le corresponde con mucha corrección.

La segunda noche en la Habana, las Ligas Mayores de Béisbol organizan una fiesta para conmemorar el partido que tiene que celebrarse mañana: los Tampa Bay Rays jugarán contra la Selección Nacional de Cuba. Noah y Teddy todavía están trabajando, y Tess y Amelia también, así que quedo con la secretaria de Cole, Ingrid, y vamos juntas a la fiesta en un Ford Sunliner convertible de 1956 de un color rosa chicle.

La fiesta que han organizado es una locura en toda regla. Ingrid y yo nos acercamos a la barra, pedimos cubalibres que nos sirven

atractivos barmans con camisa blanca y corbata negra, y nos dirigimos al meollo, donde unas trescientas personas rodean un escenario vacío.

—¿Sabías que va a tocar Jimmy Buffett? —me dice.

Bebemos de nuestros combinados y nos preguntamos cómo demonios hemos llegado aquí. Mientras Ingrid no les quita ojo de encima a los jugadores de béisbol, yo voy a buscar a Amelia y a Tess, que me han enviado un mensaje para que sepamos que han llegado.

—¿Te has fijado en esos coches? —me pregunta Tess, eufórica. Han colocado dos coches antiguos a modo de exposición, puedes sentarte al volante y dejar que te tomen una foto.

—¡Vamos a montarnos! —dice Amelia. Nos subimos de un salto. Amelia se coloca tras el volante, Tess de copiloto y yo en la parte de atrás.

—¡Llévanos a algún sitio especial! —le grito.

—¿Algo más especial que una fiesta de las Ligas Mayores de Béisbol en la Habana? —responde Amelia por encima del hombro. El aire, un tanto húmedo, es dulce pero también se nota la electricidad.

Jimmy Buffett sube al escenario justo cuando acabamos con nuestros cubalibres. Ingrid viene para decirnos que Derek Jeter está aquí y que ella y varios compañeros del Departamento de Prensa van a ir a saludarlo, pero yo le digo que estoy muy bien donde estoy. Paso el resto de la noche a con Tess y Amelia, tomando Havana Club como en un ensueño, sin preocuparme por el resto del mundo.

Cuando llega el momento de irnos, me dirijo al autocar de la Casa Blanca con Terry, el amable y paternal redactor de discursos. Las luces del autocar me dan de lleno en la cara, lo cual me descoloca lo suficiente como para darme cuenta, en un momento de sobriedad, de que todavía llevo mi copa en la mano. Me dispongo a dejar la copa a un lado, sobre la hierba, cuando Terry me dice:

—¡Beck! ¿Vas a librarte de ese vaso?

Le echo un vistazo y veo que el vaso tiene el logotipo de Havana Club y entiendo que tiene razón, que sería una locura librarme de él. Me dará alegría tocarlo, Marie Kondo, lo prometo.

Agarro el vaso con fuerza y le doy las gracias a Terry por cuidar de mis intereses. Encuentro un asiento en el autocar y oigo el sonido de las pulseras a mi espalda. Está mirando mi vaso, después me mira a mí y refunfuña:

—¿Estás de broma o qué?

—No te preocupes —me dice Terry sentado detrás de mí, y me da una palmadita en la cabeza.

Respiro hondo y me digo que me importa bien poco lo que piense la Serpiente de Cascabel; si fuese un tío, ella habría hecho algún comentario sobre el vaso tan chulo que me había agenciado, y me habría preguntado con timidez por qué no le había conseguido uno de esos a ella. No es culpa mía si está siempre enfadada. No es culpa mía el hecho de que no pueda sentirse a gusto en un autocar escolar que va recorriendo la Habana Vieja. El mundo es lo que tú logras que sea para ti.

# DEL REVÉS

## (abril)

Por primera vez en mucho tiempo, algo me empuja a volver a Washington. Me ha encantado el viaje a Cuba; después fuimos a Argentina, pero me hace mucha ilusión volver a casa y ver a Charlie. Tal vez debido a que es abogado y está fuera de la burbuja de la Casa Blanca, Charlie no se ve atrapado en los juegos de poder o las jerarquías ni en el rollo de los nombres importantes que viene contaminando mi cabeza desde hace años. Charlie es lo opuesto a una criatura de Washington.

Gracias a él, ahora soy una mejor compañera en el trabajo. Me acuerdo siempre de comunicarle a Lisa cuándo me voy del despacho. Le digo también cuánto rato voy a estar fuera, aunque en cierto sentido me hace sentir como si estuviese en tercero de primaria y le estuviese pidiendo permiso para ir al baño. También me comporto como una mejor amiga, y me esfuerzo por llamar por teléfono a mis antiguas compañeras de piso para preguntarles cómo están... y no para quejarme de Jason.

Charlie se encoge de hombros ante todo este circo, y poco a poco voy siguiendo sus indicaciones, lo cual comporta que disponga de un mayor espacio, en mi cabeza y en mi corazón, para ser productiva. Escucho con más atención. Estoy aprendiendo a perdonarme por lo ocurrido con Sam y con Jason, y con el paso de los días los observo ya por mi espejo retrovisor.

Las sesiones de terapia semanales que inicié en enero ayudan, como también me ayuda el apoyo de mis amigas y la cantidad de tiempo transcurrido desde la última vez que caí en el influjo de Jason.

El cocodrilo Tic Tac también aporta lo suyo: la cuenta atrás suena con fuerza y el fin se acerca. Resulta duro pensar en algo que no sea el hecho de que todo va convirtiéndose en asuntos del pasado.

Charlie me suelta la bomba frente a la Casa Blanca, tres días después de haber regresado a la ciudad: me dice que todavía sigue enamorado de la Chica Surfera. Me confiesa que han vuelto a verse mientras yo estaba en Cuba.

—¿Tiene gracia, no te parece? —le pregunto mientras estamos detenidos en la avenida Pennsylvania.

—¿El qué? —pregunta Charlie. Apenas puede mantenerme la mirada. Me pregunto si ella le estará esperando en su apartamento. Apenas puedo contener las lágrimas.

—Has hecho que yo sienta suficiente confianza en mí misma como para no engañar a nadie nunca más, pero ahora eres tú el que me engaña —le digo.

Charlie hace una mueca. Me dice que le preocupaba que volviese a enrollarme con Jason, que no quería que las cosas fuesen así.

—Lo siento mucho —dice.

Sí. Yo también lo siento.

# CORBATA NEGRA A MODO DE DISFRAZ

## (abril – mayo)

La confesión de Charlie es un miércoles, pero el viernes empieza el fin de semana de la cena de los corresponsales de la Casa Blanca. Todos mis pensamientos relativos al hecho de saber que pronto estaré fuera de la burbuja se van a la porra cuando me doy cuenta de que ya no me invitarán a más fiestas; y por «más fiestas» me refiero a cualquier clase de fiesta. Le envío un correo electrónico a David Remnick y me coloca en la lista de invitados del *New Yorker*, pero me avergüenza un poco haber tenido que pedir que me invitasen.

Se supone que en el Ala Oeste no tienes que correr, pero a nadie le importa lo que hagas en el edificio Eisenhower, el Hoboken del complejo que conforma la Casa Blanca —viviendas más baratas, mejores vistas pero más bajo estatus—, por eso voy a toda velocidad por el suelo ajedrezado: llego tarde para cubrir la entrevista a POTUS. Cuando llego al aparcamiento dejo de correr y empiezo a caminar con calma, como una persona equilibrada que llega a tiempo y no como la persona recientemente rechazada, triste y tardona que en realidad soy.

La entrevista es con el actor Bryan Cranston y estará moderada por Philip Galanes, de la sección de Estilo del *The New York Times*. Cuando entro en el vestíbulo del Ala Oeste veo a un grupo de personas apelotonadas en uno de los sofás, entre las que se encuentra el fotógrafo Damon Winter, que viajó con nosotros durante la campaña de 2012 y que ganó el Pulitzer por su fotografía de POTUS bajo la lluvia durante la campaña de 2008. Nos abrazamos y nos agarramos por los hombros mutuamente, hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

Bryan Cranston se pone en pie cuando Damon nos presenta. Podría tratarse de uno de los amables amigos de mi padre, debido al interés que muestra por mí sin ninguna clase de segunda intención, por el mero hecho de ser un ser humano y de estar aquí con él, en el vestíbulo del Ala Oeste. Pocos minutos después, oigo a Cranston decir, con su teatral tono de barítono: «Lo que ocurre con esta generación es un falso sentido de la intimidad», y a pesar de que no controlo el contexto de sus palabras, asiento desde el otro lado de la sala. Después de lo ocurrido con Jason y Charlie, estoy empezando a pensar que voy a vivir el resto de mi vida con un falso sentido de la intimidad.

Ferial, la secretaria del presidente, da luz verde, lo que quiere decir que POTUS está preparado, así que encabezo el grupo mientras el presidente les ofrece un orgulloso *tour* por el Despacho Oval antes de llevarlos hasta su comedor privado. De la pared del fondo cuelga un conocido cuadro grande de Lincoln, que luce un arcoíris sobre su cabeza. En una urna de cristal hay unos guantes de boxeo firmados que pertenecieron a Muhammad Ali. Sobre un antiguo escritorio hay toda una serie de libros viejos de Lincoln. Durante unos segundos me olvido de Charlie, mientras pulso el botón de grabación y me concentro en la escena.

Esa tarde, mientras el resto de los integrantes de la oficina de prensa se acicalan y se disponen a acudir a las fiestas del fin de semana de los corresponsales, me siento en el nido de pájaro y transcribo la entrevista con Cranston. A pesar de que viajamos con la prensa, y de que cubrimos todo lo relacionado con eventos periodísticos en la Casa Blanca, la oficina de prensa no incluye a las taquígrafas en la lista del fin de semana del Baile de Promoción de los Bichos Raros. Formamos parte del equipo, pero no estamos incluidos en él.

Sin embargo, este año, el último de Obama, todo es diferente: mañana por la noche, la noche del sábado, acudiré a la cena como invitada porque Carol Lee y Jeff Mason, dos periodistas de la Asociación de Corresponsales de la Casa Blanca, han invitado personalmente a los integrantes de nuestra sección después de comprobar que la oficina de prensa no nos incluyen nunca. «Vosotras trabajáis de lo lindo», me escribe Carol por correo electrónico, «o sea que tenéis que ir a la cena».

Una vez finalizada la transcripción de la cena, me dirijo a la fiesta del *New Yorker* en la terraza del Hotel W para encontrarme con Ingrid, Noah y Cole. Cuando salgo del ascensor noto que el aire es frío, pero también aprecio las chispas de las múltiples posibilidades. No hay tanta gente como había previsto. Durante la noche de este viernes suelen producirse migraciones, así que supongo que la fiesta de la revista *People* tiene que estar a punto de acabar y que la estampida general no tardará en llegar aquí.

Nada de todo esto, me recuerdo a mí misma, será nunca real, ni supondrá nada; no para mí, en todo caso, porque para que una fiesta en Washington tenga relevancia, debes tener algo con lo que negociar, y yo no dispongo de nada. Es un fin de semana de transacciones disfrazadas de elegante seducción. Los famosos y la gente con poder mezclan tan bien como el vodka, la soda y el zumo de arándanos de este Cape Codder que tengo en la mano mientras observo cómo las criaturas de Washington intercambian activos. Todo el mundo sonríe, pero nadie parece especialmente feliz. Me tomo la mitad de mi Cape Codder y les digo a los de mi grupo que me voy a casa. No estoy para fiestas.

—Yo también me voy —dice Noah—. Podemos bajar juntos en el ascensor.

Mientras esperamos frente a los ascensores, un hombre bajito aparece, como salido de la nada, con varias botellas de Coca-Cola en las manos, como si se tratase de un personaje secundario de *Alicia en el país de las maravillas*. Nos saluda y nos tiende la mano a los dos antes de que podamos acostumbrar la vista a su centelleante traje de cachemir. Nos pregunta de dónde somos, y a qué nos dedicamos, y como pocas cosas resultan más atractivas que el hecho de trabajar directamente con el presidente, le susurra unas palabras a Noah al oído, y algo en su tranquila forma de mirar me da a entender que ya sabía quién era Noah, y que este encuentro había sido premeditado, y que ahora soy yo el personaje secundario que no tiene línea de diálogo. Noah le pregunta a qué se dedica.

—Estoy en el negocio del arte, vendo arte.

—Me resultaría extraño que vendieses otra cosa —digo casi entre dientes.

—¿Qué decías? —pregunta, dirigiendo sus pequeños y brillantes ojos hacia mí.

—Dado que te dedicas al negocio del arte, resultaría extraño que vendieses otra cosa que no fuese arte.

Noah ríe. Cuando las puertas del ascensor se abren, el hombre bajito nos pregunta si también vamos a entrar, pero negamos con la cabeza y nos despedimos. Desaparece, él y su traje de cachemir, el Rumpelstiltskin de Washington.

—Tengo que irme a casa —le digo a Noah—. O voy a pasarme la noche atizando a la gente.

Noah niega con la cabeza.

—No, eso sería divertido, y tendrías razón, se lo merecerían.

Habla con ese tono suyo tan molón, que adoro u odio según si lo que intenta es reírse conmigo o de mí. En este caso, resbalo por la indiferencia de Noah: parece imparcial, como si fuese un mediador social. Aquí estamos, con la espalda apoyada contra la pared, viendo cómo se abren y se cierran las puertas de los ascensores. La gente sube y baja. El ir y venir de todos los que son alguien aquí.

—¿Quieres que vayamos a otra fiesta? —me pregunta Noah después de comprobar su teléfono móvil a mi lado. Echo de menos a Charlie y la falta de interés que sentía por este mundillo.

—No me han invitado a ninguna otra fiesta —le recuerdo a Noah con el tono petulante de una adolescente.

—No, vendrías conmigo, yo te colaría.

Noah me explica que tiene pensado ir a la fiesta que montan HBO y Google en la Renwick Gallery, que está al otro lado de la Casa Blanca.

—Bueno, me pilla de camino a casa —respondo despacio, suponiendo que voy a hacerle un favor a Noah. Ambos sabemos que soy agradecida, aunque no sea capaz de decirlo.

Sentirse incluido o rechazado, y la satisfacción que comporta estar donde está todo el mundo o donde no dejan entrar a casi nadie, lo es todo durante este fin de semana. Estás dentro o te quedas fuera. Prácticamente todo el mundo se siente excluido incluso aunque estén dentro.

En el bar pido bourbon para los chicos, pues Cole se reunirá con nosotros en un rato, y una copa de champán para mí. El barman frunce el ceño y me dice que puedo pedir dos copas como máximo, pero que va a hacer una excepción. No está intentando ligar conmigo, no se trata de eso sino de una reprimenda auténtica. Le explico que los bourbon son para mis amigos, que han tenido un largo día de trabajo. Espero que al ver cómo soy capaz de llevar tres bebidas con dos manos entienda que yo también me dediqué a esto, que tuve que cubrir largos y desagradecidos turnos.

Los chicos están junto a las escaleras que ascienden desde la parte frontal del Renwick. Da la impresión de que me están esperando, pero con ellos nunca se sabe. No me importa que tengan esa pinta de tíos guais siempre y cuando eso signifique que no voy a tener que subir las escaleras haciendo equilibrios con las copas. Hago que las copas tintineen y después ascendemos por la escalera, cubierta por una alfombra roja, dejando atrás mujeres ataviadas con diamantes que descienden con cuidado subidas a zapatos de altísimos tacones, con fulares de miles de dólares que rodean sus hombros de huesos ínfimos.

Adentrarse en la multitud congregada en lo alto de las escaleras es como tirarse al mar y dirigirse al punto en el que rompen las olas, donde sabes que la corriente te tumbará a menos que te sumerjas o surfees. Si te quedas quieta, el impacto acabará contigo. Como los chicos saben surfear, yo les sigo.

Un buen rato después, Noah, Cole, Ingrid, Teddy y yo nos encontramos y nos apelotonamos junto a la parte trasera del estrado, y después de haber pasado juntos muchas horas en diferentes bares, formamos un círculo alrededor de un altavoz de casi dos metros de altura y bailamos al ritmo de *Let's Go Crazy*, de Prince.

—Salgamos de aquí —nos dice Noah cuando acaba la canción. Así que nos montamos en un taxi y vamos a su casa. Una vez allí, abro la puerta de la nevera pero solo encuentro media botella de chardonnay y dos botellas de sidra. Abro los armarios en busca de algo que picar. El apartamento de Noah es una especie de cliché del típico soltero: no tiene comida, no tiene papel de váter, no tiene vasos limpios, pero sí dispone de un montón de muebles bonitos frente a una enorme pantalla de televisión y un alucinante equipo de música.

Ingrid encuentra una bolsa de guisantes de wasabi y los levanta como si fuese una niña orgullosa que hubiese pescado una lubina en su primer día de pesca. Aplaudimos su descubrimiento, nos lanzamos hacia los guisantes y nos sentamos y charlamos hasta las cinco de la madrugada. Cole hace divertidos comentarios sobre todos nuestros conocidos, desde POTUS a Teddy, pasando por la madre de Noah e Ingrid cuando está borracha. Nos reímos con tantas ganas que tenemos que rogarle que pare.

Cuando ya no puedo mantener los ojos abiertos, decido marcharme. Es un hermoso amanecer: gruesas manchas de color rosa y naranja extendiéndose por el cielo mientras asciendo la cuesta que lleva a mi casa. Las fiestas han estado bien, pero el rato que hemos pasado en la casa de Noah ha sido, con diferencia, mi parte favorita de

la noche. Estos tipos me parecían tan maduros... y ahora me burlo de ellos si no responden a mis mensajes de inmediato. Supongo que las mejores cosas te suceden cuando menos te lo esperas.

La noche del sábado no es tan exitosa, y voy a despertarme el domingo por la mañana acosada por los recuerdos. Porque después de la cena con los corresponsales, donde POTUS deja caer el micro, literalmente, no me permiten entrar en la fiesta de la MSNBC. Todos mis amigos logran acceder y yo me quedo en la acera sintiéndome una tonta viendo cómo dos becarios de diecinueve años me dan la espalda en su primer gesto de ejercicio del poder.

Paso la noche con mi almohada. Echo de menos a Charlie. Ojalá estuviese aquí para decirme lo que solía decirme siempre: que tengo una visión de Washington distorsionada, especialmente confusa. Si estuviese aquí podría salir a correr un rato mientras él prepara unos gofres y después podríamos ir hasta Hains Point y leer mientras pasa la tarde como si fuesen nubes. Pero ya no puedo hacer nada de eso, porque Charlie me dejó hace una semana.

Llamo a Lucas, mi viejo amigo que trabajaba conmigo en el despacho de las taquígrafas antes de dedicarse a tiempo completo a la música. Quedamos para tomar un café y me dice que está orgulloso de mí, que parezco más fuerte de lo que era cuando me conoció, hace ya cuatro años. Dice que tengo las cosas más claras.

—¿Cuándo vas a dejar ese trabajo que no va a ninguna parte y te pondrás a escribir? —me pregunta Lucas. Él lucha por su sueño día tras día. Yo no puedo decir lo mismo.

Regreso a casa y, a pesar de que es temprano, me meto en la cama pensando en lo que Lucas me ha dicho. ¿Cuándo voy a dar el salto?

Justo antes de dormirme, mi teléfono móvil se ilumina: mi antigua compañera de habitación, Megan Rooney, me ha enviado un mensaje desde los cuarteles de la campaña de Hillary, diciéndome: «Este fin de semana en Washington es de lo peor, ¿verdad?» Me río en la oscuridad. Megan sabe de lo que habla, incluso estando en Nueva York. Puedes enmascarar tus inseguridades con perfilador y ahogar tus dudas en champán, pero lograr pasar al otro lado de los cordones de terciopelo de las fiestas más exclusivas jamás te hará sentir tan bien como pasar un rato el domingo por la noche con amigos de verdad. Todo en este fin de semana —desde las listas de nombres hasta los

centros de mesa lujosos— ya han desaparecido, amontonados en el contenedor de algún callejón. Pero Megan es real. Y Lucas también es real. Y están trabajando para lograr un futuro mejor. Y yo, ¿en qué estoy trabajando?

Me escuecen los ojos por la mañana, y el cielo está gris, pero me obligo a salir a correr. Mientras recorro la calle, recupero la vieja sensación de sentir mis pies sobre el asfalto, lejos ya del fin de semana. No me siento mejor, pero sí más limpia.

# TODO ES JUSTO

(abril – mayo)

Mientras no dejo de darle vueltas a cómo Charlie cortó conmigo sin previo aviso, la burbuja se desplaza hasta Illinois, donde el presidente dará una charla en la facultad de Derecho de la Universidad de Chicago sobre el proceso judicial. Debido al fallecimiento del juez Scalia, POTUS ha nombrado a Merrick Garland para el Tribunal Supremo. Y cuando aparto la cortina de bastidores me topo con Jason, que lleva metida la mano izquierda en el bolsillo y está inclinado sobre un hombre más bajo que él diciéndole: «¿Es cierto eso?» Ambos me miran y sonríen antes de retomar la conversación. El hombre bajo alardea de su recién estrenado Tesla, que tiene aparcado fuera, y le propone ir a dar una rápida vueltecita.

A Jason le brillan los ojos y me atraviesa con la mirada, de un lado a otro, y me pregunta:

—¿Te apetece dar una vuelta?

Barajo mis posibilidades. Respiro hondo. Digo que *sí* y vuelvo a dar un paso hacia el lado oscuro, ¿o acaso es el primer paso hacia una saludable y platónica amistad?

Jason se vuelve hacia mí, sentada en el asiento de atrás, y me pregunta si estoy bien. Los chicos le han contado que estoy triste por lo ocurrido con Charlie, y me dice que espera que ya me sienta mejor al tiempo que estira el brazo para palmearme la rodilla. Cuando el hombre bajito pisa el acelerador y dejamos atrás a los agentes y la cinta roja, y los coches de policía y el del presidente, entiendo que he cometido un error. No puedo confiar en Jason. No es el mago que convierte apretones de manos en abrazos mediante trucos: él es el truco de magia. Tiene el poder de convertir una tarde cualquiera en una aventura.

Allá vamos, montados en un coche diseñado para pasar de cero a cien en 4,2 segundos. Nos hemos embarcado en un *tour* acelerado por Chicago; el hogar de Oprah, que fue la mansión de Muhammad Ali. Pasamos por un bar en el que podemos pedir desde el coche y

compramos unos batidos. Nos detenemos fugazmente en la que fue la casa del presidente en Hyde Park. Los agentes nos miran con sus gafas de sol negras cuando estamos a punto de chocar contra una barrera de hormigón.

Ya de vuelta en el aparcamiento de la Universidad de Chicago, Jason me abre la puerta.

—¿Lo has pasado bien?

Agarra el batido, que no había acabado, y lo tira a una papelera, librándose de las pruebas. Pero yo recuerdo lo que escribió Ken Kesey: «Es cierto incluso aunque no haya pasado.»

Apoya su mano en la parte baja de mi espalda y la deja ahí mientras cruzamos el aparcamiento. Los agentes murmuran en los micros que llevan en sus muñecas, y oímos: «El renegado se va.» Este es el circo al que yo pertenezco, así que sonrío y hago una reverencia. Todo forma parte del espectáculo.

La primavera está tocando a su fin en el otro lado del mundo. En Vietnam, el convoy avanza por las calles abarrotadas de sonrientes lugareños con carteles de bienvenida en las manos. De repente me siento abrumada mientras saludo a la multitud desde mi asiento en el autocar de prensa. Me enorgullece tanto que el presidente Obama sea nuestro embajador, que quiera venir a lugares como este, donde nuestra historia común es complicada, y que se dirija a la gente de manera directa y sincera, como un buen profesor.

Bien temprano, a la mañana siguiente, llegamos al palacio amarillo brillante del presidente en Hanoi. Nos quedamos fuera mientras los chicos fuman, hablando sobre la guerra de Vietnam, y en lo desagradable que tenía que resultar la vida con este calor húmedo antes incluso de que se le añadiesen las tácticas de guerrilla, los túneles, las bombas, la muerte, los cadáveres... la guerra. Hace un calor horrible, pero estoy encantada de estar aquí.

—¡Buenos días, Vietnam! —digo, extendiendo los brazos. Los chicos gruñen.

Observo mis zapatos planos rosa sobre la exuberante hierba, y después alzo la vista para fijarme en el cielo vietnamita, por donde vuelan pájaros que jamás había visto. Me alegra alzar la vista, recordar por qué estoy aquí.

—Beck, te lo digo en serio, deja de hacer fotos —me advierte

Teddy. El palacio amarillo es un estupendo trasfondo.

—Nunca volveremos a estar aquí, juntos, como ahora —digo y todos se ponen a mirar a su alrededor. Me dejan tomar todas las fotos que me da la gana.

Mi siguiente paso es ponerme un vestido negro y encerrar con él mi angustia. Noah, Jason, Teddy y yo vamos a Ho Chi Minh. Los amigos de Teddy que viven allí nos llevan a un bar y después a un club de baile. Jason se pone a flirtear con una chica en cuanto llegamos al club, así que yo me apoyo en la pared y me dedico a mirarlo. Nos hemos hecho amigos —todo lo amiga que podría llegar a ser de un tipo que me ha roto el corazón—, pero todavía me resulta complicado estar a su lado.

Mientras Teddy sale para hacer una llamada, yo me quedo en una esquina con los brazos cruzados. Noah me agarra y me saca a la pista de baile. No me apetece, pero Noah está frente a mí, y resulta todo un poco raro porque somos más o menos de la misma estatura, lo cual hace que formemos una buena pareja para los partidos de baloncesto, pero es un tanto extraño en una pista de baile. No me resulta agradable tener los ojos a la misma altura que él, y que coloque una de sus manos en mi cintura también me incomoda; incluso una hora después, sentados ya en un restaurante con los ojos clavados en un cuenco de codillo de cerdo, sigo sintiéndome rara. ¿Por qué Noah está haciendo esto? ¿Por qué tiene su cara tan cerca de la mía? Siento claustrofobia, vergüenza y escalofríos cuando Noah me toca y, como no puedo resistirlo más, me inclino sobre él y le beso porque me parece algo menos íntimo que la cercanía que compartimos.

Pero, ¡ja!, sus labios son como un muro.

—Vaya, Becky —me dice, apartándose de mí con gesto inexpresivo.

—¡Olvídalo! —le digo, poniéndome roja bajo las luces estroboscópicas.

Intento entender el gesto de Noah, pero entonces aparece Jason y nos dice que ha llegado el momento de volver a casa. Los chicos siempre siguen las órdenes de Jason, así que nos vamos. Mientras salimos, puedo sentir la presencia de Jason a mi espalda. Me toca justo por encima del culo y el rechazo de Noah de hace un minuto se convierte en un leve recuerdo periférico. Me vuelvo para agarrar la mano de Jason, pero él me alza entre sus brazos. Mis pies no tocan el suelo y aspiro su aroma a chicle de menta; un gesto de indulgencia propio de una adicta más allá de cualquier buen juicio. Antes de que

Jason me deje en el suelo otra vez, nos miramos fijamente sin hablar, diciéndonos todo lo que necesitamos saber sobre lo que queda de noche.

Cuando llegamos al hotel, le digo que quiero que algún miembro veterano del equipo me pase el programa actualizado, y Teddy y Jason se ofrecen a ir conmigo a buscarlo. Noah dice que se va a la cama. Cuando los tres recorremos el pasillo con los programas recién impresos, vemos que la puerta de la habitación de Noah está abierta. Me cuelo en ella, Teddy y Jason se quedan fuera riendo, y le pregunto a Noah a quién está esperando. Resulta divertido, todos estamos borrachos, Noah se ha quitado la camisa y nos dice que nos larguemos.

Y justo después, por primera vez en mucho tiempo, una temporada larga y saludable, dejo mi puerta entreabierta e invito a Jason a que pase.

«¿Estás segura?», me pregunta Jason desde su habitación en un mensaje de móvil.

«Sí», respondo, porque jamás he estado tan segura de algo. Más segura incluso de haber tomado a Charlie por una especie de Darcy, el personaje de *Orgullo y prejuicio*, cuando el mundo está lleno de Wickhams. Más segura incluso de que Charlie me engañó porque todo el mundo engaña a todo el mundo y a nadie le importa. Segura por completo de que esta noche puedo ser tan imprudente e impulsiva como la que más y vencerles en su propio terreno. Puedo ser como Jason y aprovecharme de la situación sin tener ninguna expectativa que vaya más allá de esta noche. Se trata de una diversión conocida, nada que no pueda manejar. Estamos en el extranjero, así que no cuenta, y hemos bebido, así que no importa. Observo el triángulo de luz en el techo de mi habitación.

A la mañana siguiente volamos a Japón y montamos en helicóptero para llevar a cabo la histórica visita a Hiroshima. De camino al monumento, un periodista señala hacia un río que la gente intentaba saltar para salvarse y siento cómo se me revuelve el estómago. Pienso en el tratado con Irán. Pienso en Corea del Norte. Pienso en el hongo nuclear y en los centenares de miles de personas que murieron, y en las deformaciones que sufrieron las siguientes generaciones.

Cuando llegamos al monumento de Hiroshima y escuchamos las declaraciones del presidente, me siento sumamente orgullosa de que POTUS sea POTUS. Me enorgullece que quiera compensar en lugar de incrementar la tensión. Quiere hacer lo correcto pensando en las generaciones por venir.

Cuando POTUS finaliza su discurso, el primer ministro Abe hace lo propio y después se alejan del atril y se acerca al público, que está sentado frente a ellos. POTUS se agacha y abraza a uno de los supervivientes del bombardeo de Hiroshima, que tuvo lugar hace setenta y un años. Observo la escena desde la tarima de prensa y tengo que hacer un esfuerzo por no llorar. El presidente abraza a aquel hombre en silencio, durante un buen rato. Y en ese gesto aprecio la gracia después de todo el inenarrable dolor.

# BIENVENIDA A LOS TREINTA

(junio)

Supongo que si hubiese pensado en preparar una fiesta divertida tal vez no habría cumplido los treinta. Si hubiese montado mucho follón sobre mi cumpleaños, tal vez me habría gustado. Maldita sea, menudo desastre.

El martes, Noah, Teddy, Cole, Ingrid y yo fuimos a ver tocar a los Lord Huron en el Wolf Trap. Cole se había unido al éxodo masivo y tan solo le quedaba una semana de trabajo en la Casa Blanca. Todo el mundo tenía los sentimientos a flor de piel. Las cosas tocaban a su fin.

Ingrid ocupará el puesto de Cole en el trabajo. No puedo negar que, en parte, me siento celosa: Ingrid, después de todo, es dos años más joven que yo y ya ha ascendido hábilmente los peldaños de una escalera en la que yo apenas puedo mantenerme en pie, y no digamos ya ascender. Pero Ingrid tiene talento y trabaja duro, y se ha convertido en mi amiga. La posición de Cole implica cierto poder, y yo espero que Ingrid sepa hacer uso de él con inteligencia. Es posible que lo más prometedor —lo que descarta la posibilidad de que se convierta en una especie de Serpiente de Cascabel novata— es que le preocupa el cargo.

—Lo harás bien —le digo mientras brindamos en el Wolf Trap con nuestros vasos de plástico—. Podrás portar el anillo sin dejar de ser tú misma. Eres como Frodo.

—Pero mucho más guapa —replica Ingrid, arrugando su pecosa nariz al reír de su propia ocurrencia.

—Una bendición y una maldición al mismo tiempo —le digo. Habida cuenta de que es una mujer joven y atractiva, dominar los entresijos del poder le resultará más complicado a ella que a Cole.

Los Lord Huron suben al escenario, la multitud chilla, Teddy deja de jugar al Clash of Clans con su teléfono móvil y todos dejamos que nuestros cuerpos sean mecidos por el sonido en este breve período de tiempo en el que vamos a estar juntos. Cuando les propongo hacernos una foto en grupo, los chicos no se quejan.

La noche se convierte en una de esas en las que se impone la música: muchas notas agudas y recorrido de los dedos por los trastes de las guitarras. Les pasamos los brazos por encima a quien tenemos al lado durante *The Night We Met*, y la letra casi me tumba: «*I had all of you, most of you, some and now none of you*.» Pienso en Sam, en Charlie y en Jason; resulta muy duro no poder volver atrás en el tiempo y hacerlo todo mejor. Pero ¿qué saldría de todo ello?

La noche antes de mi cumpleaños, organizo un baile en Washington, que da comienzo con una previa en la casa de Noah. La semana anterior, Jason me había preguntado qué quería para mi cumpleaños y yo le había dicho que deseaba lo que venía pidiéndole todos los años: la primera edición de un libro.

En la previa me agasajan con un montón de regalos: un bolígrafo presidencial que POTUS ha usado, un diario Shinola con mi nombre grabado en letras de oro, un bolso de mano L. L. Bean rosa y azul. Me conocen. Me tienen ganada.

Entonces aparece Jason y noto cómo algo se abre, mi corazón, floreciendo como el primer día de la primavera debido a la promesa de lo que está por llegar. Así es. Quiere demostrarles a Noah, Teddy e Ingrid que se preocupa por mí, y estará bien, será una prueba de que significo algo para él. Así es como se siente la felicidad. Veo a Jason con un pequeño paquete a su espalda.

—Esto es de parte de Jason —dice Noah sin sonreír cuando tomo en mis manos el regalo envuelto.

El paquete es demasiado voluminoso para ser un libro, y demasiado redondo. A través del papel noto el tacto del plástico. «Tal vez sea algo mejor que la primera edición de un libro», me digo. Pero el primer día de primavera se ha esfumado y en su lugar se ha impuesto un cielo plomizo. Algo me dice que no debería abrir el paquete. Tal vez sea el gesto de Noah, que me mira como si yo fuese un complicado problema en un examen de matemáticas.

Lo abro.

Miro hacia mi regazo.

No puedo alzar la vista. Nunca más voy a alzar la vista.

Quiero desaparecer.

*No*.

*No puede haberme hecho esto*.

—¿Me has comprado un vibrador? —susurro. Me tiemblan los labios al tiempo que me sonrojo.

—¡No es un vibrados cualquiera! —Jason sonríe, sin reparar en

que las lágrimas corren por mis mejillas—. ¡Es el mejor del mercado, cariño!

—Me has comprado un vibrador.

—¡Uno muy caro!

Jason inclina la cabeza hacia un lado. Está empezando a darse cuenta de que no voy a seguirle el juego. Es demasiado doloroso.

Está pensando qué decir, qué hacer. Por una vez, parece perplejo. Se ha quedado sin palabras.

—¿Alguien quiere algo de beber? —pregunta Ingrid para romper el muro de silencio.

—Te echo una mano —dice Cole.

—Sí, necesito otra cerveza —añade Teddy.

Noah entra con ellos.

—Es un vibrador muy bonito —dice Jason con una mirada dulce. Las lágrimas corren libremente por mi cara—. Ha costado más de trescientos dólares. Puedes devolverlo y quedarte con el dinero.

Suena mi teléfono móvil. Shilpa, Charlotte, Emma, mi hermano, mi hermana, Hope, Amelia y Tess ya están en el bar, y me piden que vaya a unirme a la fiesta y haga sonar la lista de reproducción que he estado preparando toda la semana.

—Voy a tener que irme —dice Jason—. No pretendía molestarte. Feliz cumpleaños.

Me tomo más chupitos de tequila en el bar esa noche que todos los que me tomé en la universidad. Cole habla con mi hermana y le pregunta si ha pasado algo entre Jason y yo. Ella se pone nerviosa, y yo me pongo nerviosa, y sigo tomando chupitos mucho después de que los chicos se hayan ido a casa de Noah.

A las dos de la madrugada llego a casa de Noah enfurecida, gritándole a Cole por qué ha estado acosando con preguntas sobre Jason y yo a mi hermana borracha. ¿Acaso Cole estaba al corriente de todo desde el principio? ¿O Noah? ¿Se habían limitado a observar cómo la cagaba una y otra vez sin decir nada, o ejercían como una especie de club de amigos de Jason, y lo veían todo como si se tratase de alguna clase de deporte de entretenimiento? ¿Me engañé al pensar que no sabían nada? Me siento humillada y herida —la gente de la administración de seguridad en el transporte tiene razón: «Si ves algo, dilo»—, pero ya es demasiado tarde y estoy demasiado cansada para discutir. Lo siguiente que recuerdo es que todo el mundo se fue de casa de Noah excepto yo, porque estoy tirada en el sofá, semi inconsciente. Noah se me acerca y me dice que no tiene sentido que

me enfade, que a quién le importa.

—¡A mí me importa! —farfullo con los ojos entornados.

—Yo creo que no debería importarte. No te estás preocupando por lo que tienes que preocuparte. Nada de eso importa. La amistad, sí. La gente que se preocupa por ti, también. La gente que te quiere sí que importa.

—¿De qué estás hablando? —le pregunto a pesar de que lo sé perfectamente. He puesto en peligro mis relaciones más importantes por un tío que no merece la pena.

—He visto cómo moría mi mejor amigo, Beck —dice Noah. Está hablando de Brandon Lepow, un apreciado miembro del equipo de Obama que murió en octubre debido a la leucemia—. La vida es demasiado corta para permitir que te traten mal —prosigue Noah—. No pierdas el tiempo con gente que te hace llorar. No vas a conseguir de ellos lo que tú andas buscando, y mientras lo intentas vas a perderte la parte divertida del asunto. De eso te estoy hablando.

Si no estuviese tan borracha le preguntaría a Noah desde cuándo está al corriente, cómo había sido eso de verme entrar en la boca del lobo tantas veces y no decir nada, pero siento la lengua como una patata y mis ojos no quieren seguir abiertos. Los ojos me dan vueltas incluso con los párpados cerrados. Al ver que no respondo, Noah me dice que se va a la cama. Pasa un lapso indeterminado antes de oírle gritar en la oscuridad del salón: —¿Te vas a ir a casa o qué?

—Sí —mascullo. Sé de sobras que no tendrá nada de comer en los armarios de la cocina. Mi estómago gruñe. Demasiado tequila y poca comida. Me adentro en su dormitorio para darle las buenas noches y él tira de mí y me abraza de un modo que no acostumbra.

Yo río.

—Vaya, mejor no, ya tuviste tu oportunidad en Vietnam.

Noah retira la cabeza, abre la boca para decir algo pero se calla.

—¿Qué? —le pregunto.

—Nada.

—Dilo —mascullo como la chica borracha y beligerante que soy en estos momentos.

—No quise que nos enrollásemos delante de Teddy y Jason —me confiesa. Extrañamente, todavía me está abrazando—. Además... dejé la puerta abierta para ti.

*¡¿Cómo?!*

El tequila habla por mí cuando le digo:

—Bueno, entonces bésame ahora.

Y lo hace.

Y entonces empezamos a besarnos de verdad, y yo me detengo y digo: —Qué raro es esto. ¿No te sorprende? Pensaba que iba a tener arcadas, porque tú eres tú, pero realmente besas muy bien y...

Vuelve a besarme y yo me veo obligada a callar.

Después de unos minutos, Noah se echa hacia atrás.

—No puedo hacer esto. Te quiero. No podemos hacer cosas raras. ¿Se te va a ir la pinza?

Dejo escapar una risotada.

—¿Es que no me conoces?

Noah suspira.

—Sí, te conozco.

—Entonces sabes que sí, se me va a ir la pinza.

—Bien. De acuerdo. Vamos a dejarlo —dice Noah, volviéndose y dándome la espalda.

Le palmeo el hombro.

—¿Qué pasa? —me pregunta enojado, como si él ya hubiese pasado página.

—Yo también te quiero, colega —le digo—. Aunque también, vaya, que besas muy bien. ¡Quién lo diría!

—Te odio —dice Noah, y tras cubrirse la cabeza con una almohada me pide que me quede.

Cuando me despierto encuentro a Noah durmiendo en el sofá. Siento cañonazos dentro de mi cabeza. Llamo a un taxi y le doy un golpe en el brazo antes de salir, riéndome de todo lo ocurrido. Ambos estábamos muy borrachos y nos comportamos como dos estúpidos.

Una vez en el taxi noto que el tequila amenaza con salir por donde entró. El taxista está haciendo sonar a todo volumen *Isn't She Lovely?*, de Stevie Wonder, pero jamás me había parecido tan poco adorable ese tema. El perfilador de ojos me ha llegado hasta la barbilla y tengo muchas ganas de vomitar, y hace mucho calor. Mi teléfono móvil se ilumina porque Noah me ha enviado un mensaje: «Bienvenida a los treinta.»

Cuando nos detenemos frente a mi apartamento, el taxista me pregunta si me encuentro bien. Yo asiento porque tengo la mandíbula sellada y, en cuanto pongo un pie fuera del coche, todo lo veo doble, el sol me castiga y yo vomito el tequila como si no hubiese un mañana. El taxista chilla, preguntándome una y otra vez si me encuentro bien, pero yo no estoy bien, pero él sigue chillando, intentando hacerse oír por encima de la canción, que sigue sonando a

todo volumen, regodeándose, burlándose de mi estado. «*Isn't she looovelyyy*.»

# PULSE

(junio)

La mañana de domingo posterior a mi cumpleaños empieza con un no parar de zumbidos. Una alerta de noticia tras otra. Una masacre en el club nocturno Pulse, en Orlando. Me siento de golpe, plenamente despierta, y leo sobre lo ocurrido. Un lobo solitario, un tiroteo de tres horas con la policía: cuarenta y nueve muertos, cincuenta y ocho heridos, un ataque terrorista contra la comunidad LGTBI. El asesinato en masa más numeroso en Estados Unidos hasta la fecha.

En mi teléfono móvil del trabajo veo que va a haber una declaración de POTUS en la sala de conferencias. El itinerario de la próxima semana va a ser reestructurado con el fin de que el presidente pueda ir a Orlando lo antes posible para encontrarse con los supervivientes y con las familias de las víctimas. El tirador disponía de un rifle de asalto y de una pistola. La mayoría de las víctimas son muy, muy jóvenes. Nos sentimos sacudidos y hastiados al mismo tiempo.

Al igual que lo ocurrido en San Bernardino, Killeen, Fort Hood, Binghamton, el patio de la Marina en Washington, Newtown, Samson, Aurora, Roseburg, Charleston, Seal Beach, Manchester, Appomattox, Carthage y Lafayette, el tiroteo en el club nocturno Pulse ha tenido lugar durante el mandato de Obama. Al igual que ha hecho después de cada una de esas matanzas, el presidente pide la reforma sobre el control de armas. Y al igual que ha hecho después de cada uno de esos tiroteos, el Congreso se cruza de brazos.

El vicepresidente Biden vuela con POTUS a Orlando ese mismo jueves. El grupo de prensa espera en una habitación sin ventanas varios pasillos más allá de donde el presidente y el vicepresidente se encuentran con los familiares de las víctimas. Voy al exterior y me quedo con Teddy en una zona sombría mientras fuma.

—Qué triste todo —dice mirando al suelo. Tiene las gafas de sol puestas y me pregunto si habrá estado llorando—. No sé cómo lo hace POTUS —dice—. La sala está llena de personas destrozadas.

La semana siguiente a lo ocurrido en el Pulse, me encuentro en mi apartamento desempaquetando todos mis regalos de cumpleaños, que Noah me ha traído. Miro el diario que me regalaron, y aprecio el peso del bolígrafo del presidente en mi mano antes de darme cuenta de que si no lo hubiese tocado podría haber conservado intactas las huellas de su mano izquierda.

Y entonces me fijo en el vibrador, que me mira desde el fondo de la caja. Cole, en un esfuerzo por hacerme reír, lo sacó de su paquete y le metió la punta a Noah por la oreja. Rebusco la caja original y el recibo de compra; tal vez pueda devolverlo y quedarme con los trescientos dólares. Encuentro una parte de la caja pero no el recibo, así que le envío un mensaje a Noah para pedirle que intente encontrarlo en su apartamento. «¿A eso has llegado?», se burla. Sé que solo está bromeando, pero no tardo en responderle: «Para vosotros no soy más que un gran chiste.»

«¿Qué?», escribe Noah.

«Soy un chiste, no importo, soy un entretenimiento barato.»

«Beck, ¿de qué estás hablando?»

Entro en mi habitación y empiezo a hiperventilar. Dejé a Sam para convertirme en el chiste de Jason. Mentí a mis amigos y me mentí a mí misma, llegué a odiarme durante mucho tiempo; he pasado muchas horas llorando por un tipo que siempre ha pensado en mí como una chica fácil. No merezco una primera edición. Soy un pedazo de plástico disponible, una pieza de recambio en la carretera. No soy consciente de cuánto tiempo pasa antes de oír el teléfono en la habitación de al lado. Me quedo mirándolo hasta que deja de sonar. Noah me telefonea diecisiete veces. Y ahora vuelve a hacerlo, por decimoctava ocasión.

—Por Dios, Beck, ¿qué demonios está pasando?

—Soy un chiste. Quiero desaparecer.

—Oye, colega, no eres un chiste y no vas a desaparecer.

—Pero quiero desaparecer —digo, sollozando.

—Eso está mal —dice Noah—. Pero, verás, ¿te encuentras bien o no?

—Estoy bien.

—Si no estás bien, voy para allá.

—Estoy bien.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa?

—Él cree que soy un chiste. Me regaló un vibrador.

Puedo oír cómo Noah contiene el aliento. Nunca antes le había

hablado con tanta confianza sobre Jason. Es nuestro momento Rubicón. Después de todo, ellos son amigos y colegas. Estoy poniendo a Noah en un brete. Me preocuparía haberlo hecho, si no estuviese sufriendo una especie de ataque de nervios.

—Tienes que pasar página, Beck.

A veces me gusta la frialdad de Noah, pero en estos momentos me fastidia.

—Muy bien, gracias, voy a colgar —le digo.

—Ya sé que estoy siendo duro contigo, pero es la verdad. No vas a conseguir lo que quieres de él, ni ahora ni nunca.

—Lo sé. Hasta luego.

—Puedes colgar si me prometes que no vas a hacerte daño.

—No voy a hacerme daño —le digo. Pero a mí misma me digo otra cosa: no voy a hacerme mucho daño.

—Puedo acercarme hasta ahí si quieres.

—No, estoy bien.

—De acuerdo. Hablamos mañana.

Cuelgo y empiezo a rebuscar por los cajones. Nunca he tenido tendencias autodestructivas, no en lo físico, pero Noah, queriendo protegerme de mí misma, me ha inspirado. «¿Qué me ayudaría a desaparecer?», me pregunto mientras acaricio el filo de los cuchillos. Entiendo ahora que ese es el motivo por el que la gente se hace cortes: para evitar sentir un dolor mucho más profundo. Agarro un soso pelador de patatas con un mango de plástico verde brillante y me imagino arrancando una gruesa tira de piel que vaya desde mi muñeca hasta la parte interior del codo. Tal vez eso me haría sentir mejor. Pero ¿y si no fuese así?

Dejo el pelador de patatas y agarro a *Bodhi*, mi dulce y enorme gato, al que le importan bien poco Jason o el Air Force One o los meses que le quedan a Obama en el gobierno. *Bodhi* maúlla mientras *Mary Jane* dibuja ochos entre mis piernas.

Tal vez debería llamar a alguien. Voy en busca de mi móvil pero cuando me hago con él veo que Noah me está llamando.

—¿Qué pasa? —digo.

—Cole y yo estamos abajo. Baja a saludarnos.

Bajo las cinco plantas y a través del cristal de la puerta de entrada los veo apoyados en el coche de Noah. Empiezo a llorar en cuanto abro la puerta. Son amigos de verdad. Es posible que sean gilipollas la mitad del tiempo, pero ahí están.

—Por Dios, Becky —dice Cole—. ¿Te han picado abejas en los

ojos? —Cole es más cariñoso que Noah y me da un abrazo—. Te he traído un Gatorade rojo. Es tu favorito, ¿verdad?

—El mío y el de POTUS —le recuerdo.

—Ah, es cierto, sí, él también quería venir pero le dijimos que mejor en otro momento.

—Ven aquí, Becky —dice Noah sonriendo.

—Te dije que estaba bien —le aseguro.

—Sí, pero pensé que..., qué demonios, es una noche estupenda y decidimos venir a ver a nuestra amiga Beck.

Estos hombres tienen treinta y pico y no salgo con ellos, ni siquiera me esperarían en un concierto si tuviese que ir al baño. Obviamente, no paro de llorar... y de gimotear. Porque a pesar de que no vamos a hablar de Jason, estos tipos están aquí por él. Así como existe un código fraternal, también lo hay en mi equipo. Ellos me tienen en cuenta.

Les pregunto si Teddy está al corriente.

—Claro que no. —Noah ríe.

—Para que se enterase de estas cosas tendría que apartar los ojos del Clash of Clans —añade Cole.

Clavo la vista en el suelo mientras me enjugo las lágrimas, un tanto cohibida, pero también profundamente emocionada de que hayan venido. No sé qué hacer. No puedo creer que estén aquí.

—Vas a estar bien, Beck —me dice Cole muy serio.

—Sin duda —añade Noah, mirándome antes de estirar el brazo y revolverme el pelo—. Y ahora vete a dormir un rato, ¿te parece?

Me despido de los chicos con la mano cuando se alejan. Tienen razón. Voy a estar bien.

# AFRONTA LO EXTRAÑO

## (julio)

Todo se está convirtiendo en lo último. Es el segundo semestre del último año, y todos estamos intentando hacer acopio y prepararnos, intentamos mantener la distancia de personas a las que hemos querido mucho, a pesar de lo molestas que podían llegar a ser. Hemos crecido juntos.

Volamos a la convención del partido Demócrata en Filadelfia para que POTUS apoye oficialmente a Hillary Clinton con el fin de que se convierta en la candidata demócrata a presidenta. La sensación que se tiene en Washington y, en consecuencia, en todo el país, es que Hillary ganará. No se lo digo a nadie, pero estoy muy triste. Antes de que POTUS suba al escenario, salgo a la parte de atrás de los muelles de carga donde los chicos están fumando. Necesito aire fresco. Necesito mantenerme alejada de la burbuja de Hillary Rodham Clinton, porque se comportan como si ya fuese la cuadragésima quinta presidenta y no estoy preparada para un pacífico traspaso de poderes.

Una cosa está clara, nadie tiene más estilo que Obama, pero algunos de los colaboradores más cercanos de Clinton afirman estar preocupados por Trump. He jugado muchos partidos de fútbol/baloncesto/lacrosse en los que sabíamos que éramos mejores que nuestras rivales, y tras empezar de manera perezosa, y de jugar por debajo de nuestro nivel, y de incluso haber tenido el marcador hasta el descanso a nuestro favor, perdíamos por un punto a falta de seis minutos, y entonces, vaya por Dios, sonaba el fin del partido y perdíamos porque nadie merece nada hasta ganárselo.

Le enseño el pin al agente del Servicio Secreto, que me ha

agarrado del brazo tal vez con fuerza excesiva —ha estado viajando con Hillary y no me conoce—, y entro en el pabellón y me coloco a un lado del escenario. Hay mucha gente aquí, y todos gritan, cantan y muestran pancartas.

Cuando los focos apuntan a POTUS al subir al escenario, aplaudo y chillo como si estuviese en un concierto suplicando por un bis. «Una canción más, POTUS, una canción más.» Noto que alguien me mira. Es David Plouffe, de pie junto a un puñado de estrategas veteranos. Sonreímos y nos saludamos con la mano. Miro al otro lado del pabellón, hacia todos los carteles azules de Obama: una marea de creyentes, una congregación de esperanza. Cuando POTUS se toma una de sus famosas pautas, me doy cuenta de que estoy rezando. Pido, suplico, mendigo, moviendo los labios entonando un mantra: «Por favor, no te vayas; por favor, no te vayas; por favor, no te vayas.»

Pero el cambio está por llegar... a toda velocidad.

La fiesta de despedida que ha organizado Cole traza una panorámica de lo más variopinta formada por miembros actuales y antiguos del equipo de la Casa Blanca, acaudalados donantes, agentes del Servicio Secreto e incluso unos cuantos famosos. Tras ocho años trabajando para Barack Obama, Cole ha hecho un montón de amigos, tanto entre los altos cargos como en el despacho de las taquígrafas. Jason y yo apenas hemos hablado desde el día de mi cumpleaños, pero aquí estamos, en la terraza del bar, celebrando con nuestro amigo.

—Hagámonos una foto —sugiero cuando estoy junto a Teddy, Cole, Noah e Ingrid. Después de todo, ¿cuándo volveremos a estar juntos? Los chicos son obedientes y no se quejan de que los obligue a apelotonarse. Pero entonces, Cole llama a Jason para que se una a nosotros. Cuando Jason me pasa un brazo sobre los hombros y pasa el otro sobre los hombros de Ingrid, puedo oler su aroma de chicle de menta y me veo obligada a ignorar el leve mareo que me provoca.

A eso de la medianoche, montamos en un taxi para ir a otro bar, donde se unen a nuestro grupo más amigos de Cole. Una hora más tarde, vamos a otro bar, que acabamos cerrando. Cuando el grupo se separa, todo el mundo monta en diferentes taxis y se va a dormir. Me digo a mí misma que lo mejor sería irme. Pero no me voy.

—¿Puedo acompañarte a casa caminando? —me pregunta Jason.

—El paseo es largo —le digo.

—Pues vamos allá.

Vamos dejando atrás manzana tras manzana, agarrados de la mano, hablando sin decirnos nada. Dentro de un año ninguno de los dos estaremos aquí. Dentro de seis meses, POTUS no será POTUS. ¿Querré menos a Jason cuando no pueda ver su Wagoneer en el aparcamiento del Ala Oeste todos los días? Aprieto su mano con más fuerza. No quiero dejarle ir. Sin duda es una estupidez, pero no quiero que nada cambie. Cuando Jason me sigue al interior del edificio de Megan, me justifico a mí misma diciéndome: lo de esta noche será la última vez, por los viejos tiempos. Apenas hemos llegado a la puerta del ascensor cuando él se inclina para besarme, y yo siento que me estoy hundiendo..., pero no en el océano Pacífico.

Gracias a los primeros atisbos grisáceos de la mañana que se cuelan por la persiana, compruebo que Jason todavía está tumbado a mi lado. Nos quedamos dormidos sin darnos cuenta. Alargo el brazo para tomar el vaso de agua que tengo junto a la cama y veo cómo el teléfono móvil de Jason se ilumina y vibra junto al vaso. Es Brooke. El teléfono deja de vibrar y puedo ver que ha llamado varias veces. Había dado por supuesto que este fin de semana estaba en Los Ángeles.

—¿Qué vas a decirle?

—Eso es lo que os diferencia —dice Jason, estirándose para besarme en lo alto de la cabeza—. Ella no pregunta.

# HACER UN MATE DESDE FUERA DE LA ZONA

## (agosto)

Al presidente le encanta el día de su cumpleaños. Todos los 4 de agosto me he planteado la posibilidad de sumar mi propia tarjeta de felicitación y buenos deseos para el presidente a la pila que se acumula sobre la diminuta mesa de Ferial, pero todos los años he acabado acobardándome. No quiero hacerle sentir incómodo. Trabajo para él; no somos amigos.

El año pasado, incluso llegué a comprar una vieja fotografía en eBay del concurso de mates de la NBA de 1985. Removí cielo y tierra para dar con esa foto, porque es una de las pocas en las que aparecen tanto el Doctor J —el jugador favorito del presidente— como Michael Jordan, que condujo a los Bulls a la victoria mientras POTUS trabajaba como organizador comunitario en Chicago y, por lo tanto, también ocupa un lugar privilegiado en su corazón.

Pero un año después, este año, el último de Obama como presidente, he reunido el coraje suficiente para hacer algo con la fotografía que compré en eBay. Noah no solo me ha animado a que le enviase una tarjeta al presidente, me ha prometido que se la entregaría personalmente a POTUS. «Tú tráemela hasta la puerta del Despacho Oval», me escribe en un mensaje.

Me acerco hasta la puerta del Despacho Oval, pero no hay modo de encontrar a Noah. Solo Ferial está en su despacho, y casi me vuelvo para marcharme. Pero Ferial, cuya intimidante belleza queda opacada por su calidez, me sonríe desde el otro lado de la pantalla del ordenador. Le entrego a ella el sobre de papel manila y le confieso que en años anteriores me dio vergüenza hacerlo. Me sonríe y me dice que

a él le encantan estas cosas, que el presidente valora todas y cada una de las tarjetas porque —y aquí compartimos un regocijo más íntimo y profundo— le encanta el día de su cumpleaños.

«Es mi última oportunidad de lanzar a canasta antes de que pite el fin del partido —me digo—. Mi única intención es que mi jefe se sienta especial el día de su cumpleaños, a pesar de que mi jefe es la persona que conoce los códigos de lanzamiento de los misiles nucleares.»

—¡Tú siempre te vas así, sin decir nada! —me dice.

Cuando llego de vuelta a mi despacho, veo que he recibido un correo electrónico. Es de Ferial. Me pregunta si puedo regresar al Despacho Oval. Lisa pone los ojos en blanco cuando le pido permiso para ir al servicio.

Al cruzar el aparcamiento del Ala Oeste, respiro hondo y me preparo para recoger con gracia mi nota y comportarme como si no pasase nada, como si aceptase con deportividad el hecho de ser un bicho raro. Pero en lugar de eso, Ferial me ofrece una amplia sonrisa cuando entro en su despacho.

—¡Le ha encantado! —exclama—. Justo antes de irse al Pentágono me ha pedido que me asegurase de hacerte llegar esto.

Ferial me tiende un pequeño sobre con mi nombre escrito en el frontal. Mi corazón deja de latir. Sé que es su propia letra. La letra del presidente.

# DEJA ESTA MIERDA

(septiembre)

Todo el mundo habla de sus planes posteriores a la futura victoria de Hillary Clinton. Pero yo no solo no tengo plan alguno, sino que muy pronto no voy a disponer siquiera de un lugar donde vivir. Cuando Megan regrese a Washington, en tanto que afamada redactora de discursos para la primera mujer presidenta de los Estados Unidos, querrá recuperar su apartamento.

—Piénsalo, Beck —me dice mi hermano por teléfono—, a estas alturas, el año que viene, te habrás convertido en una indigente con gatos tirada en el rincón de alguna calle de Filadelfia que le gritará a los coches que pasan: «¡Yo era alguien importante! ¡Podría haber llegado a ser aspirante!»

Sé que Zach está bromeando, pero la escena me parece bastante factible. ¿Qué pasaría si todo esto hubiese sido lo mejor que podría pasarme? ¿Qué pasaría si haber estado en la Casa Blanca hubiese sido mi mejor momento pero, habida cuenta de mis problemas afectivos, no hubiese podido disfrutar de ello?

Al día siguiente, mientras subo a la carrera las escalerillas del Air Force One, siento que me estoy hundiendo con mayor rapidez que una piedra en el bolsillo de Ofelia. Nos vamos tres días a Nueva York para asistir a los actos de Hillary Clinton destinados a conseguir fondos, también para nuestra última Asamblea General de las Naciones Unidas; y, finalmente, para acudir a la fiesta de cumpleaños de Hope. La ansiedad está empezando a abrirse camino entre la ilusión.

Cuando el Air Force One aterriza en el aeropuerto JFK, camino hasta un Nighthawk 4, me coloco los auriculares y cierro los ojos durante el ensordecedor vuelo de quince minutos hasta Manhattan, al igual que he hecho en otro montón de ocasiones. Cuando el convoy llega a la casa del restaurador Danny Meyer, en Gramercy Park, para el acto de recaudación de fondos de la campaña de Hillary Clinton, no alzo la vista de mi teléfono móvil. No tomo notas sobre lo que veo. No me maravillo al ver a los agentes del Servicio Secreto de pie en sus

lanchas en el East River, o el puente de Brooklyn iluminado mientras este día se funde con el anterior. No importa. Ya he visto estas cosas antes.

Pero entonces, en la sala de billar de la casa de Danny Meyer, donde he colocado mi ordenador portátil y tecleando la clave del wifi, veo a Avril Haines al otro lado de la estancia. Noah está sentado a mi lado, tecleando en su móvil del trabajo, y le digo lo mucho que admiro a esa mujer. He oído cómo Avril conducía una caldeada rueda de prensa sobre la recolocación de los refugiados con tal elocuencia y aplomo que dejé de teclear para observarla. Es la primera mujer en ocupar el cargo de viceconsejera de Seguridad Nacional. Antes de eso, Avril había sido la primera mujer en ser vicedirectora de la CIA. Y todavía antes de eso, Avril y su marido abrieron una librería en Baltimore en honor a su madre, que murió siendo ella adolescente.

—Es la primera vez que viaja con nosotros —dice Noah sin alzar la vista de su teléfono móvil.

—No puede ser —replico.

—Sí puede ser —asegura Noah, levantándose del sofá para comprobar cómo va la cena del presidente.

Avril está de pie al otro lado de la mesa de *ping-pong*, tecleando en su teléfono móvil. La admiración que siento por ella me lleva a acercarme sin ser consciente.

—¿Avril?

—¡Hola! —me dice como si me conociese; aunque me consta que no es así.

Le tiendo la mano, me presento y le digo cuál es mi ocupación.

—Solo quería decirte lo genial que estuviste en aquella rueda de prensa.

—¡Oh, sí, estuvo bien! —responde Avril con los ojos muy abiertos y esbozando una sonrisa al recordar a los periodistas conservadores que entendían el programa de recolocación como una amenaza para la seguridad nacional—. Pero ese fue el motivo por el que hicimos la rueda de prensa; para poder aclarar sus preocupaciones.

Avril es tan veterana que debería haberla dejado a solas, pero tengo la sensación de que realmente no le importa que me haya acercado. Me pregunto si tiene experiencia como docente. Sin duda no parece una aspirante a Vagina Gigante.

—Pero ya sabes cómo va la cosa —añade Avril—, por cada firme oponente hay un seguidor convencido. Por eso hay gobernadores conservadores que se oponen a trabajar con nosotros en el programa

de recolocación, pero por otra parte, esta misma semana un granjero de Idaho me ha llamado para decirme que dispone de varias hectáreas, que le envíe cuantos refugiados crea conveniente, y él les enseñará cómo trabajar la tierra.

—Vaya.

—¿A que sí? —dice Avril agarrándome la mano, sonriendo ante ese momento de solidaridad.

Josh Earnest se nos acerca para preguntarle algo a Avril, así que me excuso y les saludo con la mano mientras me alejo hacia el comedor de los grandes donantes demócratas para preparar la grabadora antes de que el presidente haga su declaración. Pocos minutos después de haber empezado, POTUS dice que Hillary Clinton será la próxima presidenta de los Estados Unidos. No puedo evitar preguntarme si ella no debería tocar madera, por si acaso. ¿No nos traerán mala suerte las declaraciones de este tipo? Pero todo el mundo aplaude y me regaño a mí misma por haber permitido que la naturaleza supersticiosa de mi madre haya colonizado la mejor parte de mí.

Mientras tanto, POTUS sigue hablando en una habitación llena de gente importante de Nueva York, dice: «Existe una razón por la cual todavía no hemos tenido a una mujer como presidenta: como sociedad todavía tenemos dificultades con lo que significa una mujer poderosa, y todavía nos incomoda en muchos sentidos, lo cual no es justo, pero es un detalle muy concluyente.» Echo un vistazo alrededor de la habitación buscando a Avril y la veo en el pasillo, junto a la Serpiente de Cascabel. Ambas teclean de manera frenética en sus teléfonos móviles de trabajo. Dudo mucho de que hayan oído lo que ha dicho el presidente, pero no importa: ellas son el ejemplo vivo de sus palabras.

La noche siguiente, después de un día entero en las Naciones Unidas, me acerco a Noah, que está fuera del hotel, e insisto en decirle que voy a ir con él allá donde vaya. Estoy desesperada por alejarme del centro de la ciudad, por apartarme de la burbuja.

Nos montamos en un taxi y vamos a la parte baja de la ciudad, a un bar donde nos esperan antiguos colegas de Noah. Lo que empieza siendo una divertida velada de cócteles en un bar hawaiano se transforma en una noche de lo más extraña, y el restaurante se llena de políticos conocidos, de gente influyente y adinerada; incluso

aparece una de las principales ayudantes de Clinton, que observa mi camisa con desdén cuando yo miro su deslumbrante bolso de mano en el que puede leerse, escrito con victoriosas piedras preciosas: HILLARY 2016.

Miro a mi alrededor y veo gente que pretende ascender por todas partes, tomando combinados Manhattan, pasando la bandeja con el tartar de atún; a cualquier criatura de Washington le encantaría estar aquí, en esta sala abarrotada de gente importante. Todo lo que tendría que hacer sería aferrarme a algún escalón y subir. Aquí están los contactos, el camino a seguir. Veo cómo cristaliza ante mí el mapa, como una constelación que se va perfilando. Mi cabeza no deja de dar vueltas debido a la combinación de Mai Tais, ego e inseguridad y, sin embargo, nunca he visto la vida con mayor claridad. Como esos que llevaban una corbata negra a modo de disfraz en la cena de corresponsales de la Casa Blanca, que no parecen especialmente felices. Poderosos, sí; ansiosos por demostrar algo, sin duda. ¿Ilusionados con la propia vida? En realidad, no.

Cuando regresamos al hotel, sigo a Noah hasta la *suite* que comparte con Teddy durante la Asamblea General de las Naciones Unidas en el ático de cuatro plantas. Debido a que la *suite* incluye la mitad del tejado del Hotel Lotte, con unas vistas de 360º de la ciudad, el Servicio Secreto decidió que no era lo bastante seguro para POTUS. La Casa Blanca iba a pagar por esa *suite* de todos modos, porque está en una planta segura, justo al lado de las estancias del presidente. Nadie puede salir al balcón y todas las ventanas están cegadas con pesadas y oscuras cortinas oscuras.

Vemos a Teddy dando vueltas alrededor de la barra de la habitación. Se oye el tintineo de hielo en el fondo de un vaso.

—Ah, hola, chicos —dice.

—Puedo oír tu sonrisa, Teddy —le digo mientras me saco la chaqueta y me dejo caer en uno de los amplios y confortables sofás. En el enorme televisor de plasma de setenta pulgadas están dando un partido de hockey.

—Muchachita —grita Teddy desde la barra—, ¿quieres muy cargado el Ruso Blanco?

—Muy cargado, sí. ¿Puedes prepararme uno?

—Por supuesto. Tengo aquí todos los ingredientes a excepción de la leche y el Kahlúa.

—Teddy —grita Noah antes de lanzarse al sofá a mi lado—, pásame una cerveza, ¿te importa?

Tras quitarme los zapatos, repaso mentalmente lo que han sido las últimas horas para mí.

—Ha sido muy intenso —le digo a Noah—. ¡Pero divertido!

Noah se endereza para recibir su cerveza después de que Teddy cruce el salón enmoquetado; lleva tres cervezas apretadas contra el pecho.

—No puedo creer que tengáis esta *suite* para vosotros —me maravillo mirando a través de las cristaleras que van del suelo al techo. El *skyline* se recorta incluso con excesiva perfección, como si fuese el decorado de una obra teatral en un instituto.

—¿Por qué? —me pregunta Teddy, y bebe de su cerveza—. Es decir, nosotros somos los miembros más responsables del equipo. Tiene sentido que la gente del equipo de avanzadilla haya confiado en nosotros cediéndonos esta habitación.

—Tienes razón —respondo. Me inclino hacia ellos y brindamos con las botellas—. Vosotros sois adultos plenamente responsables, y siempre tomáis decisiones adultas y acertadas.

Noah deja su cerveza sobre la mesita de cristal y me mira.

—Hablando de decisiones propias de adultos —dice muy despacio, con toda intención—, ¿cuándo vas a dejar este trabajo de mierda y vas a empezar a escribir?

Hablar sobre mi inexistente carrera de escritora me hace sentir vulnerable, como si Noah hubiese abierto el cajón superior de mi cómoda.

—Sí, muchachita —añade Teddy como si fuese un publicista—. ¿Cuándo vas a empezar a...? ¡Gol! —Teddy da un salto golpeando la cerveza de Noah y estirando los brazos para celebrar el reciente gol en el partido de hockey.

Noah y yo nos miramos y nos echamos a reír, pero no deja de mirarme. Está esperando una respuesta. Está responsabilizándome de mi sueño. En una ciudad que no es exactamente conocida por su espíritu creativo, Noah siempre me ha apoyado en lo de escribir; lo único que me importa lo suficiente como para no hablar de ello. Mi secreto más íntimo.

—Chicos —dice Teddy—, sé que estamos hablando del futuro de Beck y todas esas cosas, pero creo que deberíamos hablar de nuestro futuro común un momento.

—Yo no quiero —le digo.

—Yo tampoco —se suma Noah.

Resulta duro imaginar que no volveremos a viajar juntos, que no

nos veremos todos los días. Tan solo pensarlo me provoca nostalgia; aunque tal vez sería más correcto decir nostalgia de los viajes, de los hoteles, de los planes, del convoy y, por encima de todo, de Obama.

—Dios mío, os estáis poniendo muy serios —dice Teddy exasperado—. Lo único que quería proponeros es que llamemos al servicio de habitaciones. Podría ir a buscar algo para picar.

Veinte minutos después, estamos metiendo las patatas fritas en cuencos con kétchup en la terraza del Lotte Palace. No puedo dejar de pensar que aquí soy mucho más feliz que en aquel lujoso restaurante lleno de personas poderosas. A tomar por saco la escalera que permite ascender. Noah tiene razón: debería dejar esta mierda y ponerme a escribir en serio.

—Os quiero, chicos —dice Teddy, chupándose los dedos y repantigándose en una cheslón. Puedo oír la tranquila respiración de Noah, tumbado también en otra cheslón, ya dormido. Podría hacerme una bola y cerrar los ojos, pero sé que no me dormiría. Este es mi momento favorito del día. Estoy despierta en la terraza del Lotte Palace observando la puesta de sol sobre Manhattan, un triángulo de luz crece y se hace más brillante.

# EL SOL SALDRÁ

## (noviembre)

Deberíamos haber aprendido de la película *Titanic* que no hay barcos insumergibles, ni candidatos presidenciables. A pesar de la ventaja de Hillary, tres millones en el recuento de votos, el barco se ha hundido. Resulta fácil señalar a los culpables: los rusos, Comey, la misoginia, la sordera del partido Demócrata, los colegios electorales, el temor de los medios de comunicación conservadores.

Pero repartir culpas no hace que resulte menos doloroso.

La cosa no funciona así.

A la mañana siguiente, tomo el tren de regreso a Washington. Me acerco hasta el vagón cafetería y me siento extraña, como si estuviese rodeada de zombis. ¿Cómo hemos permitido que pase? Cuando llegamos a Union Station, se me revuelven las tripas cuando recuerdo lo que dijo FLOTUS en la convención del verano pasado: «Ser presidente no te cambia: pone en evidencia quién eres.»

Llego a la Casa Blanca a tiempo de salir al Rose Garden y observar al presidente haciendo una declaración sobre el resultado de las elecciones. No sé cómo puede hacerlo, pero sonríe. De algún modo, es capaz de alzar la vista del teleprónter, observar la puesta de sol y volver a bajarla para recordarnos —a los corresponsales, los cámaras, los muchos miembros del equipo que estamos en la columnata—: «El sol no se ha puesto.»

Los periodistas, habitualmente ansiosos por hacer algo de sangre, se muestran extrañamente silenciosos. Aquellos que han estado viajando con el séquito de Trump durante la campaña han sufrido su acoso en primera persona. Fue capaz de señalarles con un bolígrafo y

llamarles «enfermos» o «mentirosos», mientras sus seguidores les abucheaban, se burlaban de ellos y les lanzaban cosas.

¿Cómo vamos a poder pasar de un hombre que representa la esperanza y el intelecto a uno que niega el cambio climático y no condena a David Duke; que afirma que podría dispararle a un hombre en la calle y salir indemne, y eso sin que sepamos nada de sus finanzas; un hombre al que grabaron en una cinta hablando de acosar sexualmente a una mujer. Ese hombre, el principal instigador de la creencia de que Barack Obama sea realmente estadounidense y marioneta de Putin, representará ahora los intereses de este país desde el Despacho Oval.

El liderazgo del presidente Obama le obliga a encontrar siempre el lado positivo de todo, pero yo no soy capaz de alzar la vista. Veo a Amelia, embarazada de ocho meses, agarrándose el vientre mientras se agacha con su Nikon. Su bebé merece algo mejor que Donald Trump. Los zombis aumentan; el miedo y la tensión flotan en el ambiente. Me miro los pies y veo cómo las lágrimas caen sobre mis zapatos. Hoy me he vestido como si fuese a un funeral. Todo el mundo parece sentir lo mismo que yo: devastación, desengaño, indignación. Me centro en la voz del presidente más que en sus palabras, porque no estoy preparada para el maduro mensaje que está ofreciendo sobre el apoyo que merece la victoria de Trump. Sé que, por nuestro propio bien, lo adecuado es desearle que salga adelante, pero sabemos quién es Trump, y no es lo que los Estados Unidos necesitan.

Cuando Trump visita al presidente Obama en el Despacho Oval, me quedo en casa y no voy a trabajar. Es jueves, mi día de las declaraciones, pero no soy capaz de digerir la realidad, todavía no. Peggy me dice que lo entienda, y Lisa acude alegremente en mi lugar. Este párrafo está tomando una dirección totalmente equivocada.

Más tarde, ese mismo día, Noah me telefonea.

—Beck —me dice—, tienes que quedarte.

—¿Por qué?

—Tienes que quedarte cuando todos nos hayamos ido. Haberlos tenido aquí hoy... No tienen ni idea de lo que están haciendo.

—No puedo quedarme —le digo. Prefiero estar en el paro que trabajar para Trump.

—Eres escritora —dice Noah con total seriedad—. Claro que puedes quedarte. Tienes que hacerlo, y así podrás escribir sobre lo que veas, porque esto va a ser una locura.

Esa noche, veo en el móvil una llamada perdida de Jason. Pero

Jason nunca me ha llamado. Poco después, me envía un mensaje: «Tenemos que hablar. ¿Puedo llamarte?»

Y mi teléfono empieza a sonar. Jason.

—Estoy casado —me dice desde el otro lado de la línea—. Fuimos al ayuntamiento ayer... Ya está.

Hablamos durante una hora, pero no recuerdo nada de lo que me dice. Casi tiene sentido el hecho de que la victoria de Trump y el matrimonio de Jason con Brooke hayan tenido lugar la misma semana. El mundo, oficialmente, está vuelto del revés, ¿o acaso todos hemos estado ciegos a la realidad que nos rodeaba, al verdadero Estado de la Unión, durante los últimos años?

A la mañana siguiente, Jason aparece en mi puerta para ayudarme a reparar todo el daño que me ha hecho y el daño que yo he causado en mi apartamento. Habíamos trazado un plan hace mucho tiempo para enmasillar las paredes y pintar antes de que Megan regresase.

La idea de que Megan regresase a la ciudad convertida en una celebridad local me ha tenido sin aliento durante mucho tiempo. Layla incluso creía que Megan podría convertirse en la primera mujer que dirigiese al equipo de redactores de discursos de la Casa Blanca. En lugar de eso, mi brillante amiga regresa a la ciudad sin trabajo.

—¡Hola!

Jason se cuela en mi apartamento porque no he salido de la cama desde su llamada de teléfono de anoche.

—¿Qué tal? —dice Jason en voz baja al entrar en mi dormitorio, y se inclina para abrazarme cariñosamente, como si supiese que tengo todos los huesos desmenuzados. Ha traído varias bolsas con cosas para pintar. Empieza a sacarlas de las bolsas. Soy incapaz de moverme, me siento derrotada.

Jason se pone manos a la obra, a enmasillar.

—¿Eres más feliz ahora que te has casado? —le pregunto.

—Lo soy —responde—. Ya sabes que he llevado una vida de mierda durante mucho tiempo, Beck. —Está cubriendo todos los agujeros que hice con las uñas—. Eso de ir saltando por ahí y de mentir me ponía muy nervioso. —Me mira—. Era una vida de mierda, pero tengo la oportunidad de mejorar.

Jason me mira con el papel de lija en la mano.

—Ese es el otro tema del que quería hablar contigo —dice despacio—. Llegados a este punto, Brooke quiere formar una familia, y yo también.

No digo nada. No me muevo. No respiro. Supongo que si me quedo

muy quieta tal vez me duela menos. Es como si el colchón se hubiese convertido en una cama de clavos. Mi cabeza es ahora mismo un potro de tortura. Ya no voy a poder disfrutar de un rincón seguro en mi mente. No voy a moverme. No voy a pensar.

Jason se acerca y se tumba en la cama para abrazarme por la espalda, presionando la parte de atrás de mis rodillas con las suyas. Aquí estoy, tumbada en la cama el día después de nuestro último viaje, con el hombre al que he amado durante años. El hombre que se ha casado con su novia, la mujer que quiere ser la madre de sus hijos. El hombre que me abraza con fuerza sin que yo pueda dejar de temblar, y mientras brilla el sol a través de la ventana.

—Serás un padre estupendo —le digo.

—Tal vez —responde. Con él todo es siempre en condicional. El hombre de los «tal vez».

—Por favor, no me dejes tirada en tu mierdosa vida previa.

Lloro. Me resulta muy difícil hablar. Mi voz se rompe mientras las lágrimas descienden por mis mejillas en forma de torrente. Tengo ya las mangas mojadas.

—No voy a hacerlo —me dice. Estira el brazo y abre mis puños y me dice que tengo unos dedos muy bonitos.

—Gracias —gimoteo—. Tus hijos podrían haber tenido estos dedos —le digo con la voz rota, entre sollozos, y ambos nos echamos a reír.

Vemos cómo se seca la pintura gris. Al otro lado de la calle hay un cachorro, corriendo sobre unas patas grandes que todavía no se corresponden con su edad. Hay gente corriendo. Los padres agarran las manos de sus hijos para cruzar la calle camino del parque.

Jason vuelve a tapar las latas de pintura, se sienta a mi lado y me dice que tiene que irse, que va a llegar tarde a su reunión con POTUS. Jason me coloca sobre su regazo, me abraza como a un bebé, hace que lo rodee con mis brazos, por encima de los hombros. Esa es, con mucha diferencia, la posición más adecuada para provocar el llanto más espasmódico. Me aprieta con fuerza, acaricia mi pelo, me frota la espalda y descansa su mejilla sobre mi frente.

Pero tiene que irse.

—Ya hablaremos —me dice. Asiento a pesar de que sé que no lo haremos—. Te quiero, Beck —me susurra al oído. Es como si me besase. Observo desde la distancia cómo cierra la puerta a su espalda.

El día pasa. En un momento dado, me doy una ducha caliente. Intento comerme los restos de comida china, pero acabo tirándolo todo a la basura. El sol todavía no se ha puesto, pero me meto en la

cama, cierro los ojos y la luz desaparece.

# SE TRATA DE TRABAJO

(finales de noviembre)

La noticia de la boda de Jason reverbera allí donde vayamos, persiguiéndonos en nuestro último viaje al extranjero a Grecia, Alemania y Perú. Y casi siempre estoy a su lado cuando alguien se acerca para felicitarlo diciéndole que ha sido la mejor decisión de su vida: «¡Acabo de enterarme de la buena noticia, Jason! ¡Bien hecho! ¡Es una chica con suerte!»

Una noche, en Berlín, estoy cenando con Noah y Teddy. No hablamos de la boda de Jason ni de la investidura de Trump. En lugar de eso, comentamos mis solicitudes para el posgrado universitario: he enviado solicitudes a varios cursos de escritura. «Dinos si podemos ayudarte en algo», me dice Teddy, dándome una palmada en la mano.

Estoy alojada en el hotel de la prensa, por eso los chicos me acompañan, para asegurarse de que llego sana y salva. Pasamos por el mercado de Navidad que sufrirá un ataque terrorista dentro de un mes. Pero esta noche, al igual que la noche anterior, tenemos suerte. Esta noche está todo iluminado y las calles están cerradas y resuena el sonido de nuestros pasos.

Cuando cruzo la puerta giratoria, oigo que alguien me llama. Veo a una mujer joven sentada en un taburete en la barra del bar del hotel. Es Jessie, sentada junto a Terry, el redactor de discursos, y Chuck, el fotógrafo. Jessie trabaja en el despacho de Hope y a pesar de que apenas ha viajado unas cuantas veces, es divertida y habitualmente bastante alegre, pero al sentarme a su lado me doy cuenta de que ha estado llorando.

Me cuenta que había quedado con Hope para unirse a nuestro grupo durante la cena, pero que algo ha ocurrido y que sin comerlo ni beberlo han acabado incluidas en el pequeño grupo selecto que va a cenar con la Serpiente de Cascabel y otros miembros veteranos del equipo. Y a pesar de que todo el mundo insistió en que se sentasen, fue terriblemente incómodo, porque resultaba obvio que la Serpiente de Cascabel no las quería allí.

—No sé por qué me odia, ni siquiera me conoce —dice Jessie mirándome como un perrito apaleado.

Agarro a Jessie por los hombros.

—¿A ti te gustan ellos? —le pregunto—. ¿Crees que son divertidos? ¿Crees que pueden ser buenos amigos? —Niega con la cabeza violentamente y se enjuga las lágrimas—. No tienen ninguna importancia —le digo.

Jessie me dice lo mucho que me admira, que soy amiga de todo el mundo, que espera ser como yo algún día. Como lo ha dicho sin previo aviso, y es un cumplido muy grande, me quedo sin habla.

Le sonrío.

—No permitas que te atrapen —le digo—. Se sienten infelices. Envidian tu felicidad, que tengas toda la vida por delante, que tu carrera acabe de empezar.

Entiendo que esto se lo estoy diciendo a Jessie, pero también me lo estoy diciendo a mí misma. A lo mejor, después de todo, tal vez haya aprendido algo.

—¿Te gusta lo que haces? —le pregunto a Jessie—. ¿En estrategia digital?

Se yergue sobre el taburete y me mira a los ojos.

—Estoy jodidamente encantada.

—Entonces, amiga mía, eso es lo que jodidamente importa.

Jessie asiente y yo le paso el brazo sobre los hombros, como solía hacer cuando venía a verme a mi despacho alguna chica de primer año cuando era profesora en el internado. Jessie es buena en estrategia digital, y yo soy buena ayudándola a recordar qué es lo que se le da bien. Es como lo que siempre dice POTUS, ya se remita a los becarios de la Casa Blanca, Jerry Seinfeld o los jóvenes líderes vietnamitas: «Se trata de trabajo.» ¿Por qué habré perdido este detalle de vista? Estamos en Alemania, por el amor de Dios. Apenas hace unas horas transcribí una rueda de prensa de POTUS con una mujer que, al igual que él, sabe que se trata de trabajo: Angela Merkel. ¿Y sabéis quién más está al corriente de que se trata de trabajo? Elcaminteotras. Y Avril Haines. Y Megan Rooney. Y Susan Rice. Los escritores que amo, los atletas que admiro, los músicos que adoro. Y Ruth. No se me ocurre otra persona que tenga más claro que todo trata sobre el jodido trabajo que la tristemente célebre RBG.

Al volver a Washington me despido del apartamento de Megan, y Noah hace espacio para mi colchón hinchable en su habitación de invitados hasta que arregle las cosas.

—No te pongas muy cómoda, Becky —me dice, tendiéndome las llaves de su casa.

Antes de que el presidente pase cuarenta minutos concediendo entrevistas a la prensa regional en la Sala de Recepción Diplomática del Ala Este, preparo mi equipo de grabación y voy a saludar a uno de mis agentes favoritos del Servicio Secreto, Willem.

—¿Qué tal, lagarto? —me dice, señalando con el mentón hacia el caimán de oro en mi collar—. ¿Te vas a quedar por aquí?

—Lo cierto es que odio a Trump —le respondo. Se supone que no tienes que hablar de cuestiones políticas con los agentes porque ellos nunca van a manifestarse y lo mismo sucede con los militares, pero llegados a este punto, ¿a quién le importa eso?

Willem me mira y sonríe. Le brillan sus ojos azules. Y después de eso, con las manos aferradas a los faldones de su americana en la típica postura propia de los agentes, mira hacia delante. Podemos oír la voz del presidente al otro lado del pasillo.

Sin afectación alguna, Willem recita:

—«Si es más noble para el alma soportar las flechas y pedradas de la áspera Fortuna o armarse contra un mar de adversidades.» Eso es de Shakespeare —me dice Willem sonriendo—. *Hamlet*. ¿Lo habías oído antes?

—Nunca antes había oído a un agente citar a Shakespeare —mascullo finalmente.

—Nunca antes había oído a una taquígrafa decir que odia al próximo presidente —dice—. No caigas en los estereotipos. Sé lo que quieras ser. Puedes hacer cualquier cosa si eres sincera contigo misma.

—¿Qué está pasando aquí, señores? —pregunta el presidente, mientras camina sobre la moqueta y bromea con los cámaras que están preparando sus micrófonos.

Me dispongo a poner en marcha la grabadora, pero antes de eso, Willem me susurra:

—Sé fiel a ti misma.

Pocos días después acepto ir a tomar un café con Sam, que ha vuelto a Washington después de perder las elecciones en San Luis. Me

gusta volver a verlo. Estamos muy cómodos juntos. Me burlo de él porque lleva el pelo muy corto y él sigue llamándome Galletita. Me cuenta que va a volver a instalarse en Washington porque «aquí es donde está el trabajo». Me dice que, con su nueva novia, quieren comprar una casa lo bastante grande como para acomodar a sus dos perros.

—Eso es todo lo que siempre he querido —le digo a Sam—. Yo quería que tú y yo viviésemos en una casa llena de perros y gatos.

Me abraza y me susurra al oído:

—No, eso no era todo lo que tú querías. Necesitabas algo más. Tus sueños son más grandes que eso.

Nos despedimos y le digo que me alegro mucho por él. Y lo digo de corazón. Deseo que su relación esté llena de amor y de ilusión. La nuestra se rompió. En ocasiones, las mejores historias de amor no salen bien.

Repaso lo ocurrido en estos últimos cinco años, pienso en lo que realmente necesitaba. Buena música. Un buen libro. Una pelota de baloncesto hinchada y un vodka medio decente. Amigos que solo quisieran que fuese su amiga. Zapatillas de deporte para correr. Pienso en todas las reglas que he necesitado para vivir, y todas las reglas que he tenido que romper. Me bastan los dedos de una mano; prefiero bailar con mis zapatos rosa. No necesito respirar despacio; prefiero gritar por otro bis. No necesito la aprobación de las Vaginas Gigantes habida cuenta de que yo, a decir verdad, no apruebo su actitud. Prefiero establecer una nueva manera de hacer para todas las Jessies que lleguen cuando me haya ido; prefiero ayudarlas a alzar la vista y a querer ser respetadas por las razones correctas, no solo porque estén en el lugar adecuado en el momento justo. El futuro es femenino porque hay toda una marea de mujeres peleonas que están surgiendo y que serán recordadas por haber ayudado con todas sus fuerzas a ascender a otras hasta donde ellas están.

POTUS, como suele ser habitual, tiene razón. Se trata del trabajo, y tengo mucho trabajo que hacer. Le digo a Sam que lo quiero, pero que no voy a poder hablar con él durante un tiempo. Borro el número de Jason por última vez. Sé que esa pequeña y descarada cosita que llamamos amor me encontrará cuando esté preparada, pero en este momento tengo que escribir.

# MAHALO

(diciembre)

Cuando vamos a Hawái para el canto del cisne, me llevo conmigo a mi hermana pequeña, Caroline. POTUS se fija en ella en Hanauma Bay y le pregunta si es tan rápida como yo. Yo le digo que ni hablar —no es tan rápida como yo—, que es muchísimo más rápida. Caroline me mira, sorprendida porque ambas somos muy competitivas. Yo he disfrutado de mis momentos con POTUS; voy a dejar que ella también tenga el suyo.

Voy a dar una vuelta, sola, y conduzco hasta North Shore, con las ventanillas bajadas, sintiendo el momento presente, justo donde quiero estar. Escribo en la playa, respiro ese aire que huele y sabe diferente al de cualquier otro lugar en el que haya estado: es más dulce y más amable. Saludo a los extraños y hago el signo *shaka* de los surfistas cuando la gente de aquí, en sus oxidados cacharros, se detiene para dejarme cruzar la calle. Me ofrezco para tomar fotos a familias frente a higueras de Bengala. Cada respiración en Hawái es un regalo. Cada momento es *mahalo*.

Y corro. El sol de la mañana es mi iglesia. Me ato las zapatillas de deporte, henchida de emoción por lo que me espera. Cuando pulso el botón de *play* de mi banda sonora para entrenar y suena Diamond Head, siento que me recupero a mí misma, con rapidez y seguridad, con cada paso que doy. Suena *Heart It Races* en mi lista de reproducción y casi la salto. Pero decido escucharla, como si esa canción fuera a sonar de un modo diferente ahora que Sam y Jason ya no están. Ahora estoy yo. Y lo más gracioso es que suena diferente, pero también familiar, como si se tratase de una vieja amiga que hubiese crecido. Mientras asciendo la montaña que son los Diamond Head, Dr. Dog me lleva a cruzar un puente. Alzo los brazos y muevo las piernas en sincronía, al ritmo de la música: «*I race alone, I race alone, I race alone*.»

Cuando regresamos a Washington en enero, mi familia viene a la ciudad para hacerse las fotos de despedida con el presidente. Le piso el pie accidentalmente a POTUS cuando les cuenta que soy su colega de entrenamientos, que cuando va al gimnasio solo podía contar con Susan Rice y conmigo.

—Y además escribe bien —le dice POTUS a mi madre antes de rodearnos con sus brazos para tomarnos la foto.

En diciembre le pasé a Noah un texto para que se lo diese a POTUS, algo que escribí sobre él y sus hijas hace unos años. Quise darle las gracias del mejor modo que sé hacerlo.

—Zach, arréglate el pelo —le digo a mi hermano mayor antes de la foto.

—Sí, Zach, arréglate el pelo —se burla POTUS.

He estado en un rincón del Despacho Oval miles de veces, pero que ahora mi familia esté ahí es demasiado para mí: me siento como si hubiese pasado la mañana metiendo los dedos húmedos en todos los enchufes del edificio.

«No es más que un trabajo», me aseguró Von, el mayordomo, cuando nos conocimos. Ahora, en el Despacho Oval, entiendo lo que me quiso decir. No es más que una sala. La Casa Blanca no es más que un edificio. La Constitución no es más que un pergamino. Lo que importa es lo que colocamos en esas cosas. Creo que lo que trataba de decirme Von era que su trabajo no tenía nada de especial cuando me dijo que no era «más que un trabajo». Por supuesto que es algo especial. Pero en el momento en que empiezas a creer que dicho trabajo te hace especial, que eres una pieza imprescindible, comienzas a convertirte en una criatura de Washington. Es entonces cuando se vuelve peligroso. Estamos hechos de tripas, corazón e historias, no somos títulos ni formularios. Hemos tenido suerte, pero no somos especiales. Ha sido un privilegio y un honor y un trabajo. No te fíes de nadie que diga otra cosa.

—¿Qué pone en la alfombra? —me pregunta mi madre cuando ya nos conducen hacia la columnata.

Se refiere a la alfombra circular del Despacho Oval. He leído un millón de veces lo que pone en ella, la alfombra, bajo el círculo de estrellas del techo, que muy pocos de nosotros hemos tenido el placer de ver y admirar.

—Dice que el arco del universo moral es muy amplio, pero que se inclina hacia la justicia.

# NO PUEDES EVITAR QUE ACABE

## LO QUE DEBE ACABAR

(enero de 2017)

El 10 de enero de 2017, el presidente Obama ofrece su último discurso en Chicago.

Shilpa y centenares de otros miembros de la Casa Blanca han volado desde todos los rincones del mundo y ya están aquí, colocados sobre una tarima en asientos VIP, cuando llegamos directos desde el avión. Cuando veo a todas las personas que he conocido en los últimos cinco años me siento como si estuviésemos en el final de la película *Big Fish*. Ahí están Noah, Teddy, Cole, Ferial, Terry, Lawrence, Chuck, Pete, Rachael, Skye, Kendall, Jessie, Chad, Kelly, Marvin, Marie, Ingrid, Eliza, Lisa, Susan, Avril, Jen, Tess, Hope, Amelia, Layla, la Serpiente de Cascabel y, por supuesto, Jason. Me mira pero yo le ignoro. Finalmente, ambos hemos seguido adelante. Estoy preparada para ser una versión mejorada de mí misma; o al menos eso espero.

Entre bambalinas, este discurso de despedida se vive como algo a medio camino entre el frenesí de una boda y un entierro, la celebración de la vida y una misa funeral por lo que podría haber sido.

Me abro paso entre la multitud que se ha congregado y me topo con los miembros de la Asociación de Corresponsales de la Casa Blanca, así que preparo mi grabadora y la coloco junto a los altavoces.

Allá vamos.

El presidente camina por el escenario mientras suena, por última vez, *City of Blinding Lights*. Encuentro a Shilpa en la tarima de antiguos miembros. Nos agarramos de la mano y lloramos al tiempo que el estribillo de U2 nos golpea como si se tratase de una bolsa con ladrillos, como cuando escuchas «vuestra canción» el día que acabas de romper con tu pareja.

El discurso de despedida no resulta demasiado diferente de lo que podría ser el último concierto de una gira musical —POTUS remite a

sus grandes éxitos: «*Yes we can*»— y añade algunas cosas nuevas. «Sí, lo hicimos —dice—. Sí, lo hicimos.» Lloro como una madalena porque ha logrado reunir a gente llegada de todas partes, gente que ya no parece la misma, pero que sigue manteniendo idénticos valores de igualdad y justicia en su gigantesco y abierto corazón; gente a la que él ha inspirado a avanzar hacia un bien mayor atravesando dificultades, ya fuese desde la brillantez o bien del trabajo duro. Miro a mi alrededor y me veo a mí misma rodeada por diecisiete mil amigos que se esfuerzan con ahínco por escribir bien el párrafo que les ha tocado escribir.

—Gracias. Que Dios os bendiga. Y tal vez Dios siga bendiciendo a los Estados Unidos de América —dice POTUS muy despacio, atrapado por la multitud, por el momento.

Da un paso atrás para alejarse del atril, suena un atronador aplauso y empieza a sonar el tema *Land of Hope and Dreams*, de Bruce Springsteen, mientras la primera dama, Malia y Joe y Jill Biden se unen al presidente sobre el escenario.

—Tengo que prepararme para una entrevista —digo para nadie en particular. Quiero abrirme paso entre bambalinas, pero de repente mis pies parecen de cemento cuando noto a mi alrededor el familiar caos posterior a un discurso. El tiempo debería detenerse. Que se detenga, por favor. Por favor, que todo se detenga. Alguien me palmea el hombro. Es Jackie, la maquilladora del presidente. Me abraza de medio lado y desliza un paquete de pañuelos de papel en el bolsillo de mi americana. *Esto no puede estar pasando*.

Encuentro mi equipo de grabación, pongo en marcha el micrófono, hago una rápida prueba de sonido, como he hecho un millón de veces antes. Aparece POTUS y se fija en mis mejillas húmedas. Cuando tomo el micrófono y miro hacia las luces fluorescentes para enjugarme las lágrimas, en lo único que puedo pensar es en que tiene que existir un modo de ralentizar las cosas, de volver atrás, de cambiar el futuro. Todo esto tiene que ser una pesadilla. No estoy preparada. Nadie lo está.

Pero aquí está él. Nos ha encontrado. El cocodrilo Tic Tac. Supongo que siempre ha estado ahí, esperando.

Mi instinto me dice que eche a correr. Dentro de mi cabeza, una cinta continua repite: «Esto es todo. Esto es todo.» Pero no puedo escuchar lo que dice mi mente porque mi corazón late más rápido que cuando competía, como si fuese a sufrir un paro cardíaco o fuese a salírseme del pecho. Golpea, golpea, golpea, late, late, late cada vez

más rápido, más rápido, más rápido.

Pero el asunto es el siguiente: no puedes ser más rápida que el tiempo al igual que no puedes ser más rápida que tú misma.

En el vuelo a casa, Christine, una de mis asistentas de vuelo favoritas, me sirve un Cape Codder que ha preparado especialmente para mí Krissy, mi mamá en el Air Force One; demasiado fuerte, a su estilo. Pero entonces me quedo sin habla porque son la tripulación del Air Force One, y se han convertido en mi familia. Sé tantas cosas y a la vez tan pocas sobre ellos, pero igualmente les quiero. Tess y Hope, que están sentadas a mi derecha y a mi izquierda, y yo nos ponemos en pie y brindamos por Krissy, que ha cuidado de nosotras estando de viaje en más de sesenta países, tras miles de kilómetros.

POTUS se acerca a la cabina del equipo y pasa a nuestro lado. Hope se levanta de un salto para darle las gracias.

—No, gracias a ti, Hope —responde, pasándole el brazo por los hombros.

Quiero decirle a POTUS que su discurso me ha hecho pensar en unos maravillosos fuegos artificiales, pues cada vez que creía que una frase era la última, él seguía, y cada vez era mejor. Pero no le digo nada. Parece agotado. Me limito a sonreír y a esperar que me entienda.

Recuerdo la primera vez que oí el clic y el chirrido de la puerta. Recuerdo la primera vez que vi a POTUS acuclillarse para poder estar a la misma altura al abrazar a un niño pequeño. Recuerdo la primera vez que le vi haciendo reír a todo un auditorio —¡un pabellón deportivo al completo!— y la primera vez que me habló cuando estábamos corriendo en una cinta. Lo recuerdo entrando en la Sala Roosevelt para una rueda de prensa informativa con los corresponsales y pensar que se movía como un deportista, y entonces, diez segundos después, darme cuenta de que piensa como un académico. Recuerdo lo que me ha enseñado cuando he estado sentada oyéndole hablar en el Despacho Oval, en la vigilia de Newtown, en Laos y en Oklahoma, en Argentina y Anacostia, gracias a su paciencia, compasión, consideración y franqueza. Me enseñó que las prisas no son buenas consejeras. Me enseñó a asumir la responsabilidad por los propios errores, a escuchar, a mantener la alegría, a creer en la esperanza y a luchar por el optimismo.

Cuando POTUS sale de la cabina para el equipo, susurro:

—Adiós, señor, le quiero —lo bastante bajito para que solo Hope y Tess puedan oírme. Se echan a reír y Hope alza su copa para brindar. Tess inclina la cabeza, radiante.

—Tenemos tantos motivos para brindar —dice Tess con una sonrisa.

—Por ese hombre maravilloso, nuestro cuadragésimo cuarto presidente —dice Hope.

A través de mis empañados ojos puedo ver lágrimas en los de mis compañeras.

—Por Elcaminteotras —dice Tess.

—Por Amelia —añade Hope, porque nuestra añorada cuarta amiga está en casa con nuestra ya quinta amiga: su hija recién nacida.

Chocamos nuestras copas y entonces yo levanto la mía para un brindis más. Estoy llorando a mares, respiro hondo pero mi voz se rompe cuando, finalmente, digo:

—Por soñar a lo grande.

Lloro con más intensidad, pero Tess y Hope empiezan a reírse de mí.

—Eso ha sido un poquito cursi —se burla Tess.

—Lo cual es perfecto —añade Hope.

Brindamos, bebemos. Volamos a gran altitud hasta que oímos el ruido metálico de las alas y sentimos el chirrido del tren de aterrizaje. No puedes evitar que acabe lo que debe acabar.

# EPÍLOGO

# Que entren los payasos

> ¿Seré capaz de creer la perversión total de la que estoy siendo testigo?
>
> JOHN KENNEDY TOOLE, *La conjura de los necios*

El 20 de enero de 2017 comienza una pesadilla, pero estando despierta. Ahora soy taquígrafa en la administración Trump. ¿Os acordáis de aquel agujero lleno de serpientes de *En busca del arca perdida*? Ahora trabajo en ese agujero. En uno de los informes para la prensa en la Sala Este, siento una corriente de aire frío en mi espalda y al volverme veo a Steve Bannon al acecho en una esquina. El aparcamiento del Ala Oeste ya no está lleno de Toyotas Prius o Chevrolets, sino de Porches y Maseratis. Los marcos negros que ocupan las paredes del Ala Oeste ya no muestran fotografías de POTUS dándole la mano a otros líderes mundiales, o a niños pequeños o a soldados heridos. En lugar de eso, hay una ridícula exposición que muestra las multitudes el día de la investidura, con tomas aéreas de pequeñas franjas que pretenden establecer una serie de «hechos alternativos».

El subdirector de Comunicación nos dice que no necesita taquígrafas ni transcripción de las entrevistas porque «hay vídeos». No son conscientes de que en las entrevistas impresas o en la radio no hay vídeo. No se dan cuenta de un montón de cosas. Después de unas pocas semanas acaban decidiendo que sí que nos quieren, «pero, bueno, solo en algunas ocasiones».

Veo a los payasos napoleónicos pavonearse mal vestidos por el Ala Oeste. Veo a las contorsionistas, que creen que ir de un lado para otro en minifalda y con altísimos tacones no solo es una buena idea, sino un derecho de las mujeres. Veo a Hope Hicks convocar a Bill O'Reilly al Despacho Oval para una reunión de una hora previa a su entrevista grabada con Trump, y me maravilla comprobar la cantidad de tiempo del presidente electo que esta administración le dedica a famosos televisivos. Veo a Stephen Miller sonreír como un demoníaco Pee-wee

Herman mientras suelta chistes sobre la igualdad de género en un autocar lleno de mujeres pertenecientes a las Fuerzas Armadas. Soy testigo de todas esas cosas. Me obligo a alzar la vista para poder escribirlo.

—¿Dónde están tus zapatos rosa? —me pregunta Leo, el agente del Servicio Secreto cuando entro en el Ala Oeste.

—Estoy de luto —le digo.

Me guiña un ojo y sonríe, como si me estuviese diciendo: «Bravo.»

Llevo puesto mi sombrero rosa todos los días cuando cruzo las puertas, a los nuevos empleados les doy mal adrede direcciones del edificio Eisenhower, y arrugo la nariz cuando paso frente a los «medios liberales» instalados frente al equipo de prensa de Trump. En pocas palabras, estoy suplicando que me despidan.

«Cuando estuve en Afganistán —me cuenta una de las enfermeras —, tuve que tratar a prisioneros talibanes... Así que me acerco a esta gente más o menos del mismo modo.»

Durante la primera rueda de prensa de Trump a la que acudo en el Despacho Oval, me fijo en que la mesita detrás del escritorio, antes llena de fotografías de la familia Obama, ahora está vacía a excepción de una foto enmarcada del padre de Trump. No hay ni una sola foto de Barron, o de Melania, ni de Ivanka. Si Fred le hubiese dicho alguna vez a su hijo que lo quería, que estaba orgulloso de él, tal vez nada de todo esto habría pasado.

Cuando vuelo a Mar-a-Lago con esa Loca Cuadrilla de Payasos, oigo a todo volumen las noticias de la Fox News en cada una de las cabinas, lo que hace imposible oír el zumbido. Tras despegar, Trump se pierde mientras le enseña a Melania el avión. No sé cómo es posible que se haya perdido, pero él lo ha logrado. El Air Force One es un hermoso pájaro, pero no se diferencia gran cosa de cualquier 747 de línea comercial, con sus estrechos pasillos que llevan desde la parte delantera hasta la trasera. En cualquier caso, Trump acaba de pie frente a mi asiento, lo cual es poco menos que un camino sin salida: no hay que pasar por aquí a menos que alguien quiera hablar conmigo. Me pongo en pie porque, después de todo, es el presidente. A pesar de que esté totalmente perdido.

—Hola —me dice.

—Hola, señor —le digo dando un paso atrás, tal como aprendí a hacer con el presidente Obama. Pero al hacerlo, Trump da un paso hacia delante, ocupando mi espacio personal.

—Hola —dice de nuevo, con una sonrisa que él debe de considerar

encantadora. Da la impresión de que hubiese pasado la última década mirando de frente a las luces de una cama de rayos uva. En la pantalla del televisor se ven imágenes de Michael Flynn y se comentan las nuevas acusaciones contra él. Frente al televisor se encuentra el propio Michael Flynn, hablando con el guardaespaldas de Trump mientras saca unos documentos de su maletín.

Trump todavía está frente a mí cuando uno de los miembros de su equipo le toca el brazo y lo distrae.

—Por aquí, señor —le dice, conduciéndolo por el pasillo.

La última vez que recorro la Casa Blanca no soy consciente de estar haciéndolo por última vez. Cuando cruzo la columnata, me abrazo a mí misma para intentar combatir el frío aire de marzo y arrastro los pies desde el Ala Este de vuelta al Ala Oeste, perdiendo el tiempo durante el resto del día, y del día siguiente, y del posterior.

Con el micrófono en la mano y la mirada clavada en el Despacho Oval, me pregunto qué habría dicho POTUS si me hubiese visto limpiando el suelo en su ausencia. La brisa se cuela en el Rose Garden y a lo largo de toda la columnata, y cada brizna de hierba parece mecerse. ¿Qué me habría dicho POTUS si estuviese aquí? Besa cada pétalo y corta de raíz. El sol está en lo alto del cielo. El tiempo existe en todas partes. Observo a través de las puertas de cristal y veo al presidente Obama sentado en el Despacho Oval, tomando una taza de té sobre el escritorio. Está en un descanso entre una reunión y otra, y toma un bolígrafo y garabatea una nota con su mano izquierda.

Me veo a mí misma entrando en el Despacho Oval y poniendo en marcha la grabadora, comprobando el micrófono. El cuadragésimo cuarto presidente alza la vista del escritorio y dibuja una de sus serias aunque amables sonrisas que solía dedicarme antes de las ruedas de prensa. Sus ojos marrones bailan con tranquila sorpresa. Vuelvo a comprobar la grabadora y asiento hacia él. Estoy preparada. De acuerdo. Se detiene, porque siempre se detiene. Y entonces, con una voz fuerte y calmada, me pregunta, como siempre solía hacer: «Entonces, ¿qué vamos a hacer con esto?»

# GRACIAS

Out of all those kind of people,
You got a face with a view.

TALKING HEADS,
*This Must Be the Place (Naive Melody)*

Quiero brindar por mis padres, que jamás han salido a una pista de baile que no les gustase ni afrontaron un problema que no pudiesen solucionar. Gracias, Ninny, por ser siempre una infinita fuente de creatividad, belleza, apoyo, diversión, humor perspicaz y compasión. Gracias, papá, por ser la persona que mejor sabe escuchar, pensar, bailar, hacer de bombero y apaciguar. Vosotros sois el auténtico Dream Team.

Gracias, Zack, por enseñarme qué significa «apurarse» cuando yo pensaba que ya lo sabía, entrenándome para *American Gladiator*, por ser el fariseo de la familia y por contarme la historia de David Bowie/Luther Vandross cuando más necesitaba escucharla.

Gracias, Caroline, por hacer listas musicales con un montón de transiciones agradables y por realizar duros juicios sobre mi vestuario y las decisiones que tomo en la vida, que pueden doler pero que son certeros. Gracias por apoyarme tanto y resultar tan esclarecedora este último año, cuando más lo necesitaba.

Becky Sweren, este libro existe por ti. Mi querida niña, gracias por tu humor, aplomo, paciencia, elocuencia y asentada brillantez; tu inigualable «Beckynismo». Llamarte mi agente es como si Wilbur dijese que Charlotte era para él una simple araña. Siempre agradeceré tenerte a mi lado, y este proyecto se ha beneficiado inmensamente de tu genialidad.

Gracias a la alucinante y genial Julie Grau. Tu habilidad para encontrar lo verdadero hace que seas una editora de primera; tu paciencia para guiarme te ha convertido en una especie de *sherpa* anímica y miembro honorario de Elcaminteotras. Ojalá pudiese ser Sugar o Sheba, porque así caminaríamos juntas todos los días. Gracias

por ayudarme a dirigirme hacia lo bueno y por agarrarme de la mano durante el camino.

Gracias a todo el equipo de Spiegel & Grau, especialmente a Mengfei Chen, Ted Allen, Emily DeHuff, Annie Chagnot, Denise Cronin, Maria Braeckel, Barbara Fillon, Anna Belle Hindenlang, Mary Moates, Isabella Biedenharn, Leigh Marchant, Jessica Bonet, Andrea DeWerd, Theresa Zoro, Debbie Glasserman, Tom Perry, Greg Mollica y Cindy Spiegel. Gracias, Gina Centrello, por permitir que mis sueños se hiciesen realidad-no ficción en Penguin Random House.

Gracias, Vanessa Houghton, la primera en leer estas páginas y ver en ellas un libro. Estoy deseando ser testigo del enorme éxito (¡y diversión!) que te espera, mi querida dama.

Gracias, David Remnick y Emily Greenhouse, por leer los primeros textos y sugerirme que incluyese en ellos mi propia historia, lo que hizo que todo cambiase de arriba abajo.

Gracias, Dylan Loewe, por darle fuerzas a lo que era una pieza del engranaje en la fase inicial de este proyecto.

Gracias, David Litt, por guiarme y por tu generosidad respecto a todo lo relativo al libro.

Gracias, doctora Janice Hillmann, mi número uno, por ser tan maravillosamente divertida, guay y sabia.

Gracias, doctor Ron Shectman, por redirigirme siempre de vuelta a la escritura.

Gracias, doctor Mel Singer, por los sabios consejos, ese estupendo café y la risa fácil.

Gracias a mis profesores: el señor Michael Segal y la señora Jill Knight, en Lower Merion, y a la profesora Gertrude Hughes, el profesor Gayle Pemberton y a la tutora de mi tesis (y gracia salvadora), profesora Stephanie Kuduk Weiner, en Wesleyan.

Gracias, Siobhan Troy-Carranza, de Tranquil Space, por reír conmigo a pesar de la incomodidad que supone comportarse (o ser) como una paloma. ¿Qué tal para alguien que intenta abrir su corazón?

Gracias, Matthew Martin, Matt Levy y Neil Rosini, por vuestra amabilidad, sentido del humor, ojos de águila y por vuestros hachazos legales estilo *Tiburón*.

Gracias Peggy Suntum y Regina Wagner, por brindarme la oportunidad de mi vida.

Gracias a mi Familia Extendida por ser un grupo de bobos tan divertidos e inteligentes.

Gracias, Bird Bones y Wide Wale Corduroy, por vuestro

entusiasmo, apoyo y disposición para pasar por alto mi poco refinado lenguaje y mis pobres elecciones.

Gracias, Mommon, Tamara Stein, por ser un animal adorable, una pionera clave, una poderosa pero siempre formal provocadora política. Espero que esto haya sido delicioso.

Gracias a las Larkin-Gilmore, las mejores BTB que una chica podría desear.

Gracias al Evergreen Club por toda una infancia de paseos por la playa, charlas alrededor del fuego y sentimientos familiares.

Gracias, Minta, Mattie y a la familia Sayres/Watson, por ser tan divertidos y adorables.

Gracias, Chris Arnone, por brindar conmigo a pesar de mis preferencias en lo que a cócteles se refiere.

Gracias, Jeremy Doernburger, por apoyarme y soportar mis interminables gorjeos.

Gracias, David Turner, por confiar en mí y por nuestro capítulo. Estoy orgullosa de ti y espero que todos tus candidatos ganen y tus bandas favoritas no se separen.

Gracias, Jim Loftus, por ilustrarme sobre los peligros de la escritura, la importancia de Dorothy Parker y sobre la verdad de las ideas poéticas y los suelos de los bares.

Gracias, Caitria Mahoney, por hablarme de los caparazones de tortuga y hacerme reír con los tapones de las botellas de vino. Hurra por las grandes noches, las primeras horas de la mañana y el barco de Luke.

Gracias, Bobby Schmuck, por las reflexivas conversaciones durante los muchos viajes a Andrews. Gracias por resistir mi sesión post-Kesha y siempre aportar divertidas sorpresas, digresiones graciosas, certeras impresiones, chistes inteligentes y por tu afilada percepción.

Gracias, *Luke Rosa*, por recordarme que la vida es como un gran bufet si eres capaz de apreciar su amplitud. Que hay un montón de cosas que vienen y que van, de cosas que te llaman la atención y de caucásicos. Antes de que llegase *Bodhi*, estabas tú, mi dulce y Gran Gato remolón.

Gracias, Joe Paulsen, por el amor resistente, los buenos tiempos y los ojos entrecerrados. Gracias por incluirme en las mejores noches, por ser capaz de verme en los peores momentos, y por animarme siempre a escribir. Espero que las aguas del lago Minnetonka te purifiquen y adquieras total consciencia, Joe Cool.

Gracias, Sam Tubman, por la amistad, por los consejos sobre estilo

y las indicaciones de protocolo.

Gracias, Thomas Pagan Motta, por indicarme cómo permanecer en «Up and Away».

Gracias, Caitlin Owens y Kelly Nash, por dedicar vuestro tiempo a mi felicidad.

Gracias, Laurel Waterhouse y Rachel Steinberg, por ser tan sabias.

Gracias, Sandy Tattersall, por ser un buen hombre, por ser digno de perderse todos los días.

Gracias, Nick Hiebert y Ellie Doig, por el círculo de amistad y el rastro de cartas de papel, historias y poemas que guardo como un tesoro, y por no dejar de ser legales.

Gracias, Kerry Rose y Chris Dorbian, Isaac Katz y Erin McCarthy, por ser mis amigos de oro y también por ser mis parejas de oro.

Gracias, Jill Bronson, por una vida entera de amor antes de todos los consejos legales que cambiaron mi vida.

Gracias a mis amigos de la infancia, que se han convertido en apoyo adulto en Narby Neighbor: Jen y Ryan Denholm, Lish Berenson y Austin Hoggan. Vosotros, chicos, me habéis enseñado tantas cosas y me habéis dado tanto. Os quiero con toda el alma.

Gracias, Charlotte Hastings y Emma, las OG de la calle Swann, por haberme ayudado con las nueve esencias, el desempleo, y «un» jarrón de margaritas en el Lauriol Plaza.

Gracias, Sarada Peri, por dignificar este sueño hablando de él en voz alta, y por pedirme que le dedicase todo mi esfuerzo con ese estilo tuyo tan deliciosamente prosaico.

Gracias, Kat Narvaez, mi hermana en lo que a deportes y a mordiscos de perros peruanos de tres patas se refiere, por toda una vida de aventuras, huesos rotos, magia y travesuras.

Gracias, Bernadette Doykos, por las recomendaciones para el libro, los buenos consejos y las brillantes ideas. Gracias por ser la primera lectora y confiar plenamente en él.

Gracias, Megan Rooney, por compartir tu casa conmigo, así como tu seco humor, tu rápido ingenio y tu compasión. Eres la más generosa de las escritoras y mi complemento en lo que a fricadas se refiere.

Gracias, Joani Walsh, por las caminatas, las diabluras, el vino y la sabiduría que has compartido conmigo siempre que nos hemos encontrado. Me encanta que te comportes como una hermana mayor, tu atroz sentido de la orientación, tus rebeldes risotadas y tu protector instinto de bulldog. Eres mi ravioli.

Gracias, Amanda Lucidon, por enseñarme algunas de las lecciones

más importantes de la vida. Gracias por buscar siempre la luz y ayudarme a encontrar mi lado bueno. Te quiero por tu bondad, tu torpeza, tu amplitud de miras respecto al mundo y, por descontado, por tus alucinantes pasos de baile.

Gracias, Shilpa Hegde, por ser mi hermana, mi compañera Kesha, mi espíritu animal gemelo, y por ser la única que quieres tanto a *Bodhi* y a *MJ* como yo misma. No hay nadie con quien prefiera bailar en una silla mientras nos preocupamos de que nadie nos vea. Hemos brillado mucho, pero nadie tanto como tú, Shilp.

Gracias, Jamie Nash, por tu sonrisa de Pollyanna, tu fuerza y tu autenticidad. Tú eres el héroe innombrado de este libro, el ancla en los mejores momentos, en los peores también y en los más divertidos. Eres mis cereales Pot-Tart y mi pantalón de chándal de los domingos por la noche, mi colega de «un capítulo más», el vaivén de mi martillo. Y ahora deja de ser un genio en ciernes y ve en busca de tus ollas, sartenes y planes. Haz esa maldita cosa para la que has nacido.

Gracias, Hope Hall, la guerrera hippy del amor, por mostrarme lo que el universo puede hacer por ti cuando lo que quieres es hacer el bien. Gracias por tu incansable —y a veces incluso incómoda— fe en este libro cuando apenas era una intuición. Todo esto ha sido por Hope. Tú eres la hija predilecta, y soy tu mayor fan.

Gracias a todos los hombres y las mujeres que se dedican a servir sin hacer ruido, sino dedicándose al cien por cien, con orgullo y sacrificio. Habéis hecho que el tiempo que pasé en la Casa Blanca resultase divertido, sorprendente, lleno de humor y de amabilidad. Por los militares, la Unidad Médica, la tripulación del Air Force One, el Equipo Tecnológico, el Servicio Secreto, los aparcacoches, acomodadores, mayordomos, equipos de Tierra, los conserjes, el equipo del Ike, el equipo de Correos, la gente de la Marina y los que hacen el ponche de huevo. Siempre estaré en deuda con vosotros por un millón de razones y momentos. Gracias por cuidarme y por reír conmigo.

Gracias, equipo de prensa de la Casa Blanca, por demostrar que los perros hambrientos realmente corren más.

Gracias, vicepresidente Biden y doctora Biden, por su infinito optimismo y su contagiosa compasión. Convirtieron cada una de las casas en un hogar e hicieron que todos los extraños acabasen siendo amigos. No puedo decirles cuántas veces los he citado. Gracias por ser los más honestos maestros.

Gracias, presidente Obama y señora Obama, por el trabajo

incansable que desempeñaron y que continúan haciendo. Han demostrado el aspecto que tiene sumar la gracia al liderazgo, especialmente cuando no había cámaras y la multitud se había dispersado. Son, sencillamente, los mejores, y los más divertidos, y los más guais. Ha sido un honor y un auténtico privilegio. Gracias.

Y gracias a ti, lector. Mi mayor esperanza y mi sueño más deseado ha sido llegar hasta aquí, hasta tus manos, pero que el libro esté impreso no hace que todos los detalles personales aquí relatados resulten menos aterradores. Gracias por acompañarme en este viaje. Espero que hayas podido oír el zumbido de las alas.

Un testimonio personal y humano, excelentemente escrito, sobre la vida en La Casa Blanca

En el transcurso de largos viajes, atravesando zonas horarias, Beck traba amistad con un dinámico grupo de compañeros, jóvenes que, al igual que ella, dejan su vida cotidiana en tierra desde el instante en que suben al *Air Force One* para servir al primer mandatario.

**Unas memorias atrapantes que conducen al lector hasta el interior de la Casa Blanca durante la era Obama, donde podremos verlo todo a través de los ojos de una joven integrante del grupo de élite del presidente.**

**«Dorey-Stein ofrece una panorámica absolutamente fascinante de lo que supone estar cerca del poder en el momento en que se escribe la Historia.»**

PIPER KERMAN, autora de *Orange is the New Black* **«¿Quién habría dicho que el Ala Oeste de La Casa Blanca podía ser tan sexy? La excepcional perspectiva de la que gozó Beck queda patente en cada una de las páginas de este libro, así como su afilado sentido del humor.»**

LAUREN WEISBERGER, autora de *El diablo viste de Prada* **«La atrevida y conmovedora historia de una mujer que intenta abrirse camino en el mundo.»**

Libro de no ficción del mes de julio en *The Bookseller*

**Beck Dorey-Stein** fue la taquígrafa de Barack Obama. Lectora compulsiva y exprofesora de lengua inglesa, ha escrito *Desde un rincón de la Casa Blanca*, su primer libro, a partir de los recuerdos de sus años como miembro del equipo del presidente.

Título original: *From the Corner of the Oval*

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Rebecca Dorey-Stein
Publicado por acuerdo con Spiegel & Grau, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC.
Obra presentada por Julio F. Yáñez Agencia Literaria S. L., Barcelona, España © 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2018, Joan Trejo, por la traducción

Adaptación del diseño original de portada de Penguin Random House
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6448-6

Composición digital: Infillibres, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO

megustaleerEbooks

@megustaleer

@megustaleer

Desde un rincón de La Casa Blanca

Pautas para una aspirante a taquígrafa
Prólogo
ACTO I
- Uniendo los puntos
- Bienvenida al vecindario
- El grupito
- Vaginas gigantes
- El circo
- En nombre del feminismo
- Paraíso, el equipo de una sola persona
- Sueña a lo grande
- Estratega a la carrera
- Alzar la vista
- Abierta en canal

ACTO II
- Puedes ir donde quieras
- Esperanza y cambio
- Persiguiendo el sol
- Los lazos de nuestros cordones
- Triángulos de luz
- No bebas de esa agua
- Tomas falsas
- Vivir el sueño
- Escribamos bien nuestro párrafo

ACTO III
- Rota justo por la mitad
- Cicatriz
- Si las plegarias fueran sonido
- La chica que lo tiene todo
- Triple bogey
- Haz cuentas
- Creo en la esperanza
- Hundirse

ACTO IV
- Sola en lo más alto
- El camino ante nosotras
- Levantarse, mantenerse en pie

Imitaciones de la intimidad
*Amazing grace*
Ir hacia el bien
La balada de la calle Swann
Conseguir una base, dos bases, y eliminación por *strikes*
No nos aterrorizarán
ACTO V
No hagas que explote
De vuelta al partido
Del revés
Corbata negra a modo de disfraz
Todo es justo
Bienvenida a los treinta
Pulse
Afronta lo extraño
Hacer un mate desde fuera de la zona
Deja esta mierda
El sol saldrá
Se trata de trabajo
*Mahalo*
No puedes evitar que acabe lo que debe acabar
Epílogo
Gracias

Sobre este libro
Sobre Beck Dorey-Stein
Créditos